

THOMAS HARDING

PÁGINAS DE SANGRE

La enigmática historia de un cadáver,
una mansión en ruinas y un juicio insólito

RBA

D.J.57

THOMAS HARDING

**PÁGINAS
DE SANGRE**

Traducción de
Sergio Lledó Rando

RBA

Título original inglés: *Blood on the page*.
Autor: Thomas Harding.

© Thomas Harding, 2018.
© de la traducción: Sergio Lledó Rando, 2019.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.
Avda. Diagonal, 189 – 08018 Barcelona
rbalibros.com

La editorial William Heinemann y el autor han hecho todo lo posible por retribuir los derechos de autor de cualquier material que aparezca en este libro y corregirán cualquier omisión en las ediciones siguientes en caso de que les sean notificadas.

Primera edición: septiembre de 2019.

REF.: ODBO578
ISBN: 978-84-9187-521-5

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

A JAMES

LISTA DE PERSONAS

ALLAN CHAPPELOW

Paul Chappelow (hermano)
Karen Chappelow (madre)
Archibald Chappelow (padre)
George Chappelow (abuelo)
Torben Permin (hijo de su primo)
Merete Karlsborg (hija de su prima)
Patty Ainsworth (prima lejana)
James Chappelow (primo lejano)
Michael Chappelow (primo lejano)

WANG YAM* (nacido como Ren Hong)

Ren Bishi (abuelo)
Ren Yuanyuan (padre)
Zhang Xiulan (madre)
Ren Jining (primo segundo)
Zhu Xiaoping (prima segunda)
Li Jia (primera esposa)
Dong Hui (segunda esposa)
Angela (hija)
Brian (hijo)

VECINOS Y AMIGOS DE ALLAN CHAPPELOW

Lady Listowel
Steve y Jane Ainger
Peter Tausig
Nigel Steward

John y Peggy Sparrow
Thomas Carr (empleado de mantenimiento)

POLICÍA

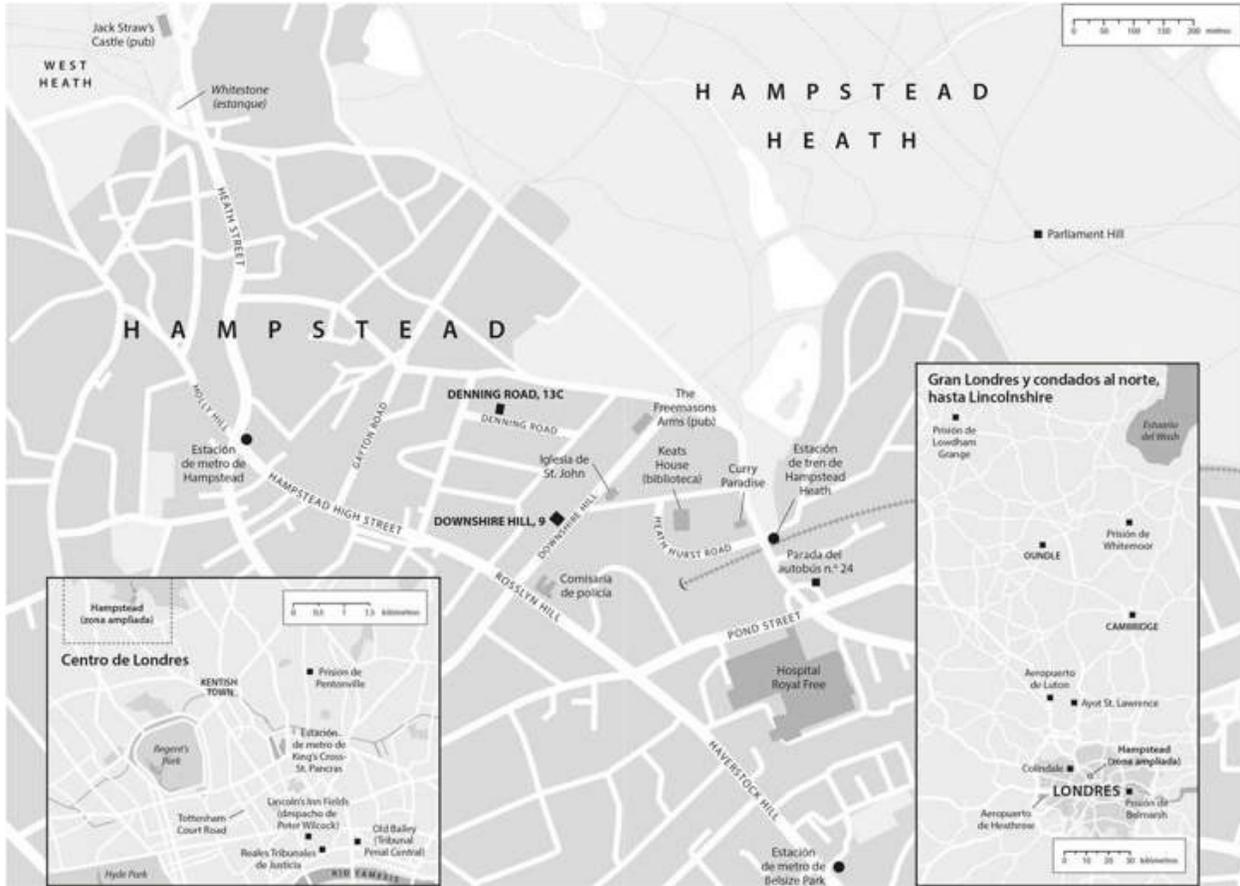
Pete Lansdown (inspector jefe del caso)
Peter Devlin (oficial a cargo del caso)
Gerry Pickering (detective, enlace con los familiares)
Rob Burrows (agente de policía)

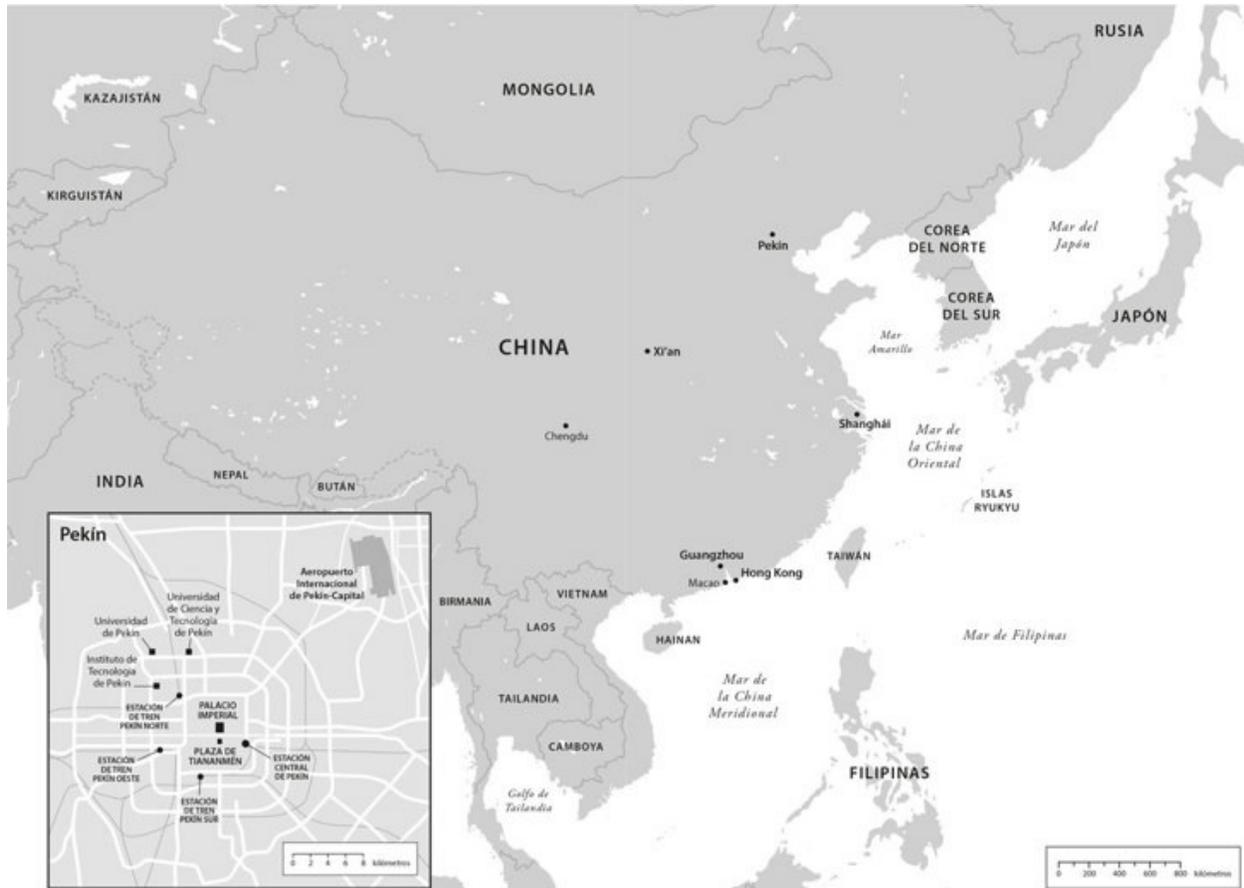
ABOGADOS

Geoffrey Robertson (abogado de Wang Yam)
Kirsty Brimelow (abogada de Wang Yam)
James Mullion (procurador y abogado de Wang Yam)
Peter Wilcock (abogado de Wang Yam)
Edward (Eddie) Preston (abogado y procurador de Wang Yam)
Mark Ellison (abogado de la acusación)
Juez Ouseley (juez en el Old Bailey, el Tribunal Penal Central, en Londres)

PERIODISTAS

Duncan Campbell (*The Guardian*)
Richard Norton-Taylor (*The Guardian*)
Dan Carrier (*Camden New Journal*)





NOTA DEL AUTOR

El caso Regina contra Wang Yam fue el primer juicio por asesinato de la historia moderna del derecho británico en ser celebrado *in camera*, excluyendo a la prensa y al público general del proceso. Esto se debió a una petición del gobierno para que ciertas partes del juicio fueran secretas por razones de seguridad nacional y/o para la protección de la identidad de un testigo.

Siguiendo esa petición, el 15 de enero de 2008 se emitió una orden basada en la sección II de la Ley de Desacato al Tribunal de 1981 que imponía restricciones de gran alcance respecto a la información sobre el juicio. En ella se declaraba que los periodistas no podían revelar pruebas, envíos de información, decisiones judiciales ni otros temas que se trataran u oyeran *in camera*, y que tampoco podían hacer especulaciones sobre los motivos por los que ciertas partes del juicio se celebraban a puerta cerrada. Igualmente, no puede volver a publicarse ningún informe sobre el proceso *in camera* —ya sea en forma de artículo, entrevista, carta, testimonio o cualquier otro documento—por miedo a caer en el desacato a esa orden, a pesar de que esos informes forman parte ya del dominio público.

Eso significa que existe una infranqueable laguna en el fondo de este libro. Pero esta es la historia completa, y es, hasta donde yo sé, la verdad.

泥人怕雨,谎言怕理

Así como la figura de barro teme al agua,
la mentira teme a la verdad.

Proverbio chino

PRÓLOGO

El sobre blanco que apareció en mi buzón el 18 de diciembre de 2015 no tenía remite. El matasellos indicaba que lo habían enviado dos días antes desde Peterborough (Inglaterra). En su interior había una tarjeta en la que aparecía un colibrí azul revoloteando junto a una madreselva de flores blancas. Al abrirla, vi lo que parecía la caligrafía de un niño:

Querido señor Harding:

¡Gracias hablar con James!

Pido Inside Justice que envía mis documentos legales y pido mi primo llamar usted por teléfono. ¡Espero puede venir a conocerme algún día!

Feliz Navidad y feliz Año Nuevo.

Atentamente,

WANG YAM

El hombre que firmaba la carta, Wang Yam, estaba cumpliendo cadena perpetua en la prisión de Whitemoor por asesinato. Una década atrás, su caso llamó considerablemente la atención de los medios de comunicación por la impactante naturaleza del crimen, pero también porque el juicio se celebró *in camera*: a puerta cerrada, bajo un control riguroso, en secreto.

«James» era el abogado y procurador de Wang Yam, James Mullion. Inside Justice es una organización sin ánimo de lucro que proporciona

asistencia legal a los presos. La tarjeta en sí fue toda una sorpresa. A mi esposa no le entusiasmó recibir correspondencia de un condenado por asesinato.

En cierto momento de mayo de 2006, un hombre de ochenta y seis años llamado Allan Chappelow fue golpeado hasta la muerte en su casa de Hampstead, en la zona noroeste de Londres. Lo descubrieron más de cuatro semanas después, sepultado bajo una montaña de metro y medio de papeles, en posición fetal, parcialmente quemado y cubierto de cera. En septiembre de 2006, Wang Yam, disidente chino, fue detenido en Suiza. Fue extraditado a Gran Bretaña, donde se le condenó por el asesinato de Allan Chappelow. Diez años después, seguía declarándose inocente y protestando.

La policía estaba segura de que había detenido a la persona correcta, aunque no había pruebas forenses que vincularan al acusado con el escenario del crimen. Un patólogo describió el asesinato como particularmente brutal, pero la acusación fue incapaz de demostrar que el acusado tuviera antecedentes de violencia. La policía dijo que Wang Yam había robado la correspondencia del buzón de Allan Chappelow repetidas veces después de matarlo, pero las tarjetas de crédito, las claves secretas y el pasaporte se encontraban intactos a plena vista sobre la cama de la víctima. Cuanto más leía sobre el caso más confuso se volvía todo.

Allan Chappelow era mi vecino, y Hampstead fue mi primer hogar. Durante la década de 1970, yo entregaba periódicos en sus buzones dorados, compraba caramelos en la oficina de correos, paseaba por el parque Hampstead Heath con mi familia. Allí fue donde aprendí a montar en bici un verano en el que mi padre me dijo que me daría una libra si lo conseguía, y también donde montaba en trineo siempre que nevaba.

A pesar de estar cerca de la metrópolis, en Hampstead siempre hubo un fuerte sentido propio de comunidad. Por las bodas de plata de la reina almorzamos en una larga ristra de mesas plegables con mantel dispuestas a lo largo de toda la calle. En la biblioteca de la Keats House, en la calle Keats Grove, había unas abuelitas amables que nos leían a mí y a otros niños. Y,

aunque éramos judíos, la mayoría de las Navidades íbamos con nuestros vecinos a la misa del gallo en la elegante iglesia que había al otro lado de la calle. En Halloween, mis amigos y yo llamábamos a los timbres de nuestros vecinos, y, si no nos contestaban o no nos traían caramelos, les metíamos petardos encendidos por debajo de la puerta. Tiempo después, durante la adolescencia, merodeábamos por el exterior de la parada de metro de Hampstead con los amigos y con nuestras primeras novias, sin avergonzarnos por nuestras públicas muestras de afecto.

Hampstead no fue solo el telón de fondo de mi niñez, sino el escenario en el que tuvo lugar. Me sabía los nombres de los árboles del parque Heath y de los tenderos más generosos (que me daban piruletas si esperaba tranquilo mientras mis padres compraban). Sabía dónde cambiar los tacones a nuestros zapatos, dónde arreglar los relojes y dónde enmarcar las fotografías. Sabía en qué panadería hacían el mejor pan, quién vendía las mejores flores, quién hacía el mejor chocolate a la taza. Se trataba, se trata, de un conocimiento físico. Es un lugar que creía conocer bien.

El asesinato de Allan Chappelow es una historia trágica e impactante, una historia que, para ser un caso al que se dio carpetazo rápidamente, resulta de una complejidad inquietante. De hecho, cuando comencé a investigar más, un abogado experimentado me advirtió de que estaba a punto de entrar en aguas «muy, muy turbias».

Tenía razón.

Un crimen de tamaño importancia reduce al autor y a su víctima a estereotipos conocidos: un hombre mayor al que dan una paliza mortal, un asesino a la fuga. Pero eso apenas supone una mínima parte de la historia. No quería averiguar solamente cómo había sido la muerte de Allan Chappelow, sino también su vida. ¿Cómo llega uno a vivir en una casa en ruinas en uno de los barrios más elegantes de Londres? Y también quería saber cosas acerca del hombre a quien culparon de su muerte. ¿Cómo demostrar que se es inocente? ¿Qué lleva a una persona a cometer un asesinato? Ante un tribunal se muestran dos relatos y le piden al jurado que decida en cuál de los dos cree

y cuál es la versión ganadora. Sin embargo, la vida rara vez es así de clara.

También me percaté de que esta historia me proporcionaba una rara oportunidad para comprender cómo funciona una investigación de asesinato moderna. En una era de conectividad constante, viajes internacionales baratos, pruebas de ADN, análisis forense de manchas de sangre por proyección y fonética forense, seguir el rastro a un criminal y después crear un caso sólido que convenza a un jurado requiere un trabajo de investigación metódico con dedicación y largas horas para recopilar, documentar y, después, hacer una criba de las pruebas. No tiene nada que ver con esos momentos de iluminación que vemos en los procedimientos policiales televisivos. Pero cuanto más empeño ponía yo en seguir la línea de puntos de la policía, menos clara quedaba la imagen del cuadro.

De modo que busqué más allá de la investigación. Intenté establecer quiénes eran realmente estos hombres. Informar acertadamente sobre las vidas de otros nunca es una tarea sencilla; la «objetividad» queda corrompida por la lente «subjetiva» del autor y las fuentes en las que se basa. No obstante, tuve que esforzarme más aún, ya que el crimen tuvo lugar en un mundo en penumbras habitado por estafadores, excéntricos y fabuladores, donde nada era lo que parecía. Busqué testigos y expertos que no habían sido entrevistados por la policía que arrojaban nueva luz sobre el caso. Una pregunta me llevó a otra, una prueba conducía a diez más y de ese modo comenzaron a surgir nuevos relatos que competían entre sí.

A medida que continuaba con mi investigación, se presentaron preguntas más importantes. ¿Por qué se celebró a puerta cerrada el caso de Wang Yam? ¿Es posible garantizar un juicio justo en secreto? En esta época en la que cada vez hay más amenazas criminales y terroristas, ¿están siendo sacrificadas las libertades personales y de información ante el altar de la seguridad nacional?

Y más allá de eso, había algo en esas dos vidas, tanto la de Wang Yam como la de Allan Chappelow, que me intrigaba. Quizás a través de sus historias pudiera albergar esperanzas de comprender mejor lo que significa vivir en los márgenes de la sociedad, qué sucede a puerta cerrada, qué puede ocurrir cuando nadie nos mira.

Páginas de sangre es una obra de no ficción. He intentado ser transparente en mi proceso y articular las ambigüedades del caso. Cuando ha sido posible, he permitido que los personajes hablen por sí mismos sin interrupciones, confiando en su versión de los hechos. También he dejado patentes los momentos en que surgían dudas respecto a la veracidad de sus afirmaciones, cuando tenía dificultades para desentrañar la verdad o se me ha impedido revelar ciertos hechos.

Obtener el punto de vista de la policía resultó una tarea difícil, ya que los agentes que seguían en activo en la Policía Metropolitana de Londres se negaban a compartir sus recuerdos al respecto. Por fortuna, había dos inspectores a cargo del caso que se habían jubilado recientemente y estaban dispuestos a hablar conmigo. Sus reminiscencias han resultado vitales. Para comprender mejor la versión de la policía, leí miles de páginas de evidencias y revisé declaraciones de testigos, testimonios de expertos, informes forenses, registros bancarios, documentos de viaje, cartas, fotografías y correos electrónicos.

Para explicar el papel que tuvo Wang Yam en este relato, confié principalmente en su memoria. Durante treinta horas de entrevistas telefónicas llevadas a cabo desde su celda de la prisión, le formulé preguntas indagatorias acerca de su vida, a menudo repasando los mismos temas para verificar los detalles. Siempre que pude, intenté contrastar sus recuerdos hablando con miembros de su familia o con anteriores conocidos.

Para la biografía de Allan Chappelow me basé en sus propias palabras, en varios libros y cartas y en sus fotografías, realizadas a lo largo de medio siglo, además de contar con el testimonio de sus parientes, amigos y vecinos. Yo también conocí a Allan Chappelow. Viví a cuatro casas de él durante dieciocho años. Es decir, siendo yo niño, lo veía como a ese extraño viejo que vive en la misma calle, ese vecino que ocasionalmente saludaba cuando me veía pasar, aunque no creo que él me reconociera, y seguro que ni sabía mi nombre. En cualquier caso, el hecho de que lo conociera hizo que yo nunca olvidara que, en el fondo, la suya era una historia muy triste, el asesinato de un viejo frágil cuyos amigos y familia todavía lloran su muerte. Una historia trágica con consecuencias que perduran en el tiempo.

Así que cuando recibí esa tarjeta navideña de Wang Yam, tuve que enfrentarme a una decisión: mirar hacia otro lado o intentar encontrar la verdad. Contesté a su carta. Quería saber por qué ese juicio se había celebrado en secreto. Quería saber quién había asesinado a mi vecino.

PRIMERA PARTE

EL CRIMEN

La imaginación, obviamente, puede abrir cualquier puerta, hacer girar la llave y dejar que el terror entre directamente.

A sangre fría,

TRUMAN CAPOTE

1

EL DESCUBRIMIENTO

En los días despejados puede verse todo Londres desde la cima de Parliament Hill. La frontera sur del Hampstead Heath se extiende hasta una pista de atletismo en Gospel Oak, antes de dar paso a las casas unifamiliares de Kentish Town y los bloques de apartamentos de Camden. El techo arqueado de la estación de trenes internacional de St. Pancras es lo siguiente que se ve; y, tras él, muchos edificios icónicos de la capital: la catedral de St. Paul, la torre de telecomunicaciones BT, los rascacielos «Gherkin» y Shard. Después, el London Eye y el palacio de Westminster, marcando la ruta del río Támesis; y más allá, sobre el horizonte, se divisan los cerros calizos que abrazan la frontera sur de la ciudad, a casi cincuenta kilómetros de distancia.

En verano, Parliament Hill, con su brisa prácticamente constante, es un lugar popular para echar a volar las cometas, hacer un picnic o, simplemente, sentarse en uno de sus muchos bancos de madera para disfrutar del paisaje. Si dejamos atrás las vistas de la ciudad y bajamos la colina hacia el oeste, hay un sendero estrecho que te lleva a través de un túnel de robles, arces y alerces antes de cruzar entre dos estanques, uno habitado por cisnes y patos, y el otro, por hombres y mujeres con la valentía suficiente como para bañarse en sus frías aguas. Cuando sigues adelante, el sendero se abre hacia un claro lleno de arbustos. Dos veces al año, durante las vacaciones de verano y Semana Santa,

este espacio se llena de norias, pasajes del terror, tióvivos y autos de choque. Aquí es donde acaba el Hampstead Heath, el parque más grande de Londres, con trescientas veinte hectáreas de prados, bosque, pozas y cursos de agua, y donde comienzan las calles del barrio de Hampstead.

Durante siglos, Hampstead fue un pueblo a las afueras de Londres, y era impasible a las intrigas y pasiones de la capital de Inglaterra. Después, atraería a pacientes con problemas pulmonares, ya que su altitud ofrece refugio ante la polución de las calles del centro de la ciudad. Más tarde, llegaron los poetas y los artistas, los novelistas y los actores,[1] que le confirieron a Hampstead un toque de cultura bohemia y una reputación de extravagancia. A finales del siglo xx, dada su proximidad a la zona centro de Londres —apenas a treinta minutos en autobús o tren desde el Soho o Covent Garden—, así como sus hermosas casas, boutiques de moda y elegantes cafés, Hampstead fue colonizada por abogados mercantiles y banqueros de altos vuelos, famosos internacionales, oligarcas, magnates de los medios de comunicación y marchantes de arte.

Pero se dice que Hampstead también tiene su lado oscuro. Por la noche, cuando cierran los comercios y se vacían las calles, cuando la luz azulada de las pantallas de televisión parpadea a través de las ventanas con las cortinas echadas, se instala la tensión. Los residentes saben que es mejor no acercarse al Hampstead Heath cuando anochece. La policía declaró ciertas zonas del Heath como «áreas peligrosas» tras una serie de robos violentos. Se creía que había delincuentes, ladrones y perversos que merodeaban por el bosque, acechando a caminantes solitarios, mujeres y niños. Lo propio de las novelas góticas.

No obstante, cuando se hace de día, se convierte en un mundo diferente. En la frontera suroeste del Heath se congregan bebedores en la extensa terraza que hay a la entrada del pub The Freemasons Arms, un local en expansión situado a los pies de Downshire Hill, una de las calles más caras de Londres. Cuando los paseantes suben por ella hacia Hampstead High Street[2] pasan ante unas cuantas casas de ladrillo de los siglos xviii y xix, todas ellas en excelentes condiciones, con puertas de hierro forjado y pulcros jardines delanteros. Un poco más allá, en la esquina con Keats Grove —un

camino estrecho que desciende abruptamente, donde vivió en su día el poeta John Keats—, está St. John, una iglesia de color crema con un campanario y un reloj de colores negro y dorado. Frente a la iglesia, en el lado derecho de Downshire Hill, hay una hilera de elegantes propiedades encaladas de estilo regencia retiradas unos cincuenta metros de la calzada.

Si continuamos adelante, vemos a la izquierda una casa ultramoderna en forma de cubo construida enteramente a base de cristal y finas vigas de acero azul, y después hay un gran bloque de pisos de ladrillo rojo de la época victoriana. Finalmente, dominando la calle, en las esquinas de Downshire Hill y Hampstead High Street, hay una comisaría de policía de tres pisos. Ahora desocupada, montó guardia durante más de un siglo, proporcionando protección a los residentes y comerciantes de Hampstead.

A las 11.55 de la mañana del 12 de junio de 2006, dos agentes de policía, Mike Cole y Sam Azouelos, patrullaban en coche por Hampstead High Street cuando recibieron una notificación de la central en su terminal móvil. Cole iba al volante del Ford Fiesta blanco. Debían dirigirse de inmediato al número 9 de Downshire Hill, en Hampstead. El mensaje les proporcionó la siguiente información de contexto:

El cliente del HSBC ALAN *[sic]* CHAPPELOW (edad: ochenta y seis años) ha realizado transacciones inusuales en su cuenta corriente que podrían ser fraudulentas. El departamento de fraude del HSBC ha intentado contactar con él, pero no han podido hacerlo. Cuando llamaron a su número, un hombre oriental contestó al teléfono haciéndose pasar por el SR. CHAPPELOW. El emisor de la llamada solicita que la policía constate el bienestar del SR. CHAPPELOW y le pidan que este llame al informante en cuanto pueda, si consiguen contactar con él.

Diez minutos después de recibir la petición, Cole y Azouelos llegaron a Downshire Hill. El número 9 estaba prácticamente en el medio exacto de la calle, en la acera de la izquierda, a cien metros de la iglesia de St. John. Cuando aparcaron delante de la casa, Cole y Azouelos vieron a otros dos agentes uniformados que les esperaban: Chantal Thomas y Ben Roberts. La temperatura era ya de 22 °C, algo inusual en esa época del año. Los meteorólogos habían pronosticado que las temperaturas alcanzarían los 24 °C

a media tarde e incluso era probable que se produjeran tormentas eléctricas. Cole y Azouelos dejaron sus chaquetas dentro del coche, cerraron las puertas y fueron a encontrarse con sus compañeros.

La casa no podía verse desde la calle. La vista estaba vedada por un muro de estuco medio derruido, sobre el que se apoyaban ramas de un extenso roble y habían crecido rododendros asilvestrados, y con dos columnas cubiertas de hiedra que enmarcaban una puerta de dos hojas de hierro forjado. Una de las columnas permanecía recta, tal vez por el apoyo del roble; la otra estaba ladeada, y en su capitel combado lucía las palabras MANOR HOUSE en letras mayúsculas de color azulado. Alguien se había tomado la molestia de apartar las ramas de la hiedra para que se viera el nombre de la casa, pero no lo suficiente como para repintar las desvaídas letras.

La puerta estaba entreabierta. Los cuatro agentes de policía se adentraron por el deteriorado sendero de cemento y, antes de llegar a la puerta principal, pasaron ante una vieja motocicleta Norton tapada con una lona cubierta de musgo. En sus buenos tiempos, la casa debió de ser extraordinariamente hermosa; un edificio de tres plantas color crema con dos balcones ornamentados, algunas ventanas arqueadas y un tejado plano. Ahora estaba en ruinas. Una hiedra gigantesca trepaba por la fachada y se extendía hacia el cielo en forma de horquilla, cubriendo parcialmente las ventanas.

El agente Azouelos, que lideraba la unidad policial, golpeó con firmeza una de las dos altas hojas azules de la puerta principal para llamar, pero nadie contestó. La puerta estaba cerrada, y no presentaba indicios de que hubiera sido forzada. Azouelos rodeó el inmueble para comprobar si había otra entrada al edificio, y miró por las ventanas de la planta baja, cada una de las cuales tenía barrotes de acero azul. A la derecha de la casa había un estrecho pasadizo bloqueado por un muro de ladrillo. Azouelos trepó por el muro entre los números 9 y 10 de la calle, caminó cuidadosamente por la cornisa y saltó hacia el callejón que había al otro lado. Ya en el jardín trasero, que estaba tan cubierto de árboles, arbustos y maleza que apenas podía distinguirse entre una planta y otra, descubrió que las ventanas traseras de la casa también estaban cerradas y tenían barrotes de acero.

Azouelos regresó a la entrada principal y habló con sus compañeros. Tras

una breve discusión, decidieron forzar la entrada para acceder al edificio. Las pesadas puertas delanteras medían casi dos metros y medio y tenían pequeñas ventanillas a la altura de los ojos. Azouelos sacó su porra negra de la funda y rompió uno de los cristales. Después metió la mano e intentó abrir la cerradura desde dentro, pero había una tabla pegada al interior de la puerta que le impedía soltar el resbalón. El agente tomó carrerilla y le dio una fuerte patada a la cerradura, y la puerta se abrió.

En el interior, el vestíbulo principal se adentraba en la oscuridad. Medía cuatro metros y medio de largo, y estaba completamente lleno de desperdicios. El suelo estaba cubierto de periódicos viejos, bolsas de plástico, botellas, fragmentos de madera y escombros. Del techo colgaban cables de electricidad sueltos. Al otro lado del pasillo había una gran puerta de color blanco, asimismo cerrada. Azouelos intentó abrirla también de una patada, pero esta vez no cedió, a pesar de que usó una fuerza considerable.

Los agentes de policía volvieron a discutir acerca de la situación. Preocupados porque le hubiera sucedido algo al anciano ocupante de la casa —tal vez se hubiera caído y no podía alcanzar el teléfono, o se hubiera quedado encerrado en una habitación— coincidieron en que era necesario entrar, y en que para ello necesitarían mejores herramientas. Azouelos y Cole condujeron hasta su comisaría de policía en West Hampstead, mientras sus compañeros permanecían en el domicilio y, tras conseguir autorización de su supervisor, el subinspector Nick Giles, regresaron a Downshire Hill poco después de la una de la tarde. Esta vez iban equipados con un ariete cilíndrico de acero rojo brillante de poco más de medio metro de largo al que llamaban el «ejecutor». Una vez dentro de la casa, el agente Cole, con su compañero detrás de él, agarró los asideros del ariete con los guantes puestos y arremetió contra la puerta. No consiguió nada. Necesitó cinco o seis intentos hasta lograr que cediera la cerradura, y entonces pudieron pasar.

«Se hizo evidente inmediatamente el desorden y desbarajuste que había en el domicilio», escribiría más tarde Azouelos en su informe oficial para la policía. «Había polvo por todas partes, y trozos de papel, libros y basura se amontonaba en todas las habitaciones. Parecía como si el propietario no hubiera tirado nunca nada». Al adentrarse en la casa percibió cierto olor.

«Había oído un cuerpo en descomposición anteriormente, y solo puedo describir ese olor como nauseabundo y dulce. La casa no olía así, sino más bien como lo que me parecían orines de algún animal. Había tanta basura y desperdicios dentro [de ella] y estaba tan mal cuidada que pensé que el olor podía deberse a cualquier cosa».

En una habitación encontró un carrito de la compra de tela escocesa con cajas vacías de tartaletas de la marca Mr. Kipling. A la izquierda de la escalera había un amplio salón que daba a la calle. Estaba demasiado oscuro como para vislumbrar nada en su interior. Llegando a la parte trasera de la casa había una sala más pequeña que daba al jardín y donde había una montaña de libros, papeles, estanterías metálicas y pilas de desechos que le llegaban a la altura del pecho. Dada la cantidad de basura que había, decidió no entrar allí.

Regresó al exterior y realizó una llamada por radio para pedir la ayuda de una tercera unidad. Cole y él continuaron la búsqueda. Miraron en el sótano, una oscura habitación cavernosa llena hasta arriba de basura, atados de papeles amarillentos, montañas de libros y muebles rotos. Inspeccionaron la cocina, que tenía una pequeña mesa de madera, dos sillas y un frigorífico que parecía no haber sido usado desde hacía años. Miraron en otra habitación grande que había en la planta principal —posiblemente fuera el comedor en otro tiempo—. Estaba demasiado atestada de muebles rotos, montañas de papeles y bolsas con escombros, como si alguien se hubiera quedado a medias en un proyecto de reforma. El aire estaba cargado de polvo, y la sala era húmeda y oscura; ninguna de las luces funcionaba.

Azouelos subió al piso de arriba, y se percató de que había cubos con orina en los escalones. En esta planta encontró un aseo con la bañera hasta arriba de libros, revistas y botellas de plástico. El váter estaba repleto de papeles. Entró en una habitación, miró bajo las mantas y bajo la cama, abrió un armario y retiró montones de ropa. Nada. Después, entró en otra habitación en la que había una cama cubierta con ropas viejas y un saco de dormir azul. Supuso que era el dormitorio de Chappelow. Sobre una repisa al lado de la cama había un viejo radiocasete. Otra estantería contenía libros y diarios. La habitación estaba caliente y húmeda, lo cual hacía incómoda la

inspección. Sobre la mesilla de noche había una botella con un líquido marrón. Azouelos supuso que se trataba también de orina. En el suelo había esparcidas diversas publicaciones. Entre ellas había un *Daily Mail* del 6 de mayo de 2006.

Llegaron más agentes a la casa, que trajeron linternas potentes para facilitar la búsqueda. No obstante, a pesar de sus exhaustivos esfuerzos, no pudieron encontrar ni rastro del propietario. Una inspectora recordaría después que «todas las zonas y superficies de la casa estaban llenas de polvo y todo tenía un aspecto grisáceo». Ella se dirigió a la escalera, pero no le pareció seguro subir por ahí. Una de las habitaciones estaba tan repleta de papeles y otros desechos que no podía ver nada en su interior. «La casa — escribió — tenía el aspecto de una propiedad en ruinas no habitable».

Dos horas después de que Azouelos y Mike Cole entraran por primera vez en el domicilio, este último llamó al subinspector Nick Giles y lo puso al día sobre la situación. Si encontraban un cadáver, Giles sería el responsable de acordonar la zona e informar al grupo de homicidios, que a su vez enviaría a un equipo de investigación al escenario del crimen. Pero todavía no se había encontrado ningún cuerpo. Giles le dijo a Cole que buscara indicios que pudieran indicarles el paradero de Allan Chappelow. Poco después, Cole encontró documentos que informaban sobre un viaje a Estados Unidos con salida el 26 de marzo y regreso el 1 de mayo, seis semanas antes del registro. También encontraron un talonario de cheques, una tarjeta de crédito de Sainsbury's, un pasaporte británico (todo ello a nombre de Allan Chappelow) y un artículo sobre la historia del aguacatero americano.

Finalmente, el registro acabó alrededor de las cinco de la tarde. Cole llamó a una carpintería de la zona para que sellaran con tablones las puertas de entrada que habían roto, y un joven operario llegó pocos minutos después. Atornilló dos pasadores por debajo y por encima de la cerradura de la puerta blanca que había al fondo del vestíbulo, y después los bloqueó con dos candados. Las puertas azules de hoja doble de la entrada principal quedaron cerradas, pero sin bloquear. Cuando volvieron a la comisaría de policía de West Hampstead, Giles le dijo a Cole que presentara un informe de desaparición de una persona de «bajo riesgo» en la base de datos Merlin de la

Policía Metropolitana de Londres.

Unas horas después, a las diez de la noche, Mike Cole llamó a la vecina que vivía en el número 10 de Downshire Hill, lady Listowel. Esta informó de que Chappelow había regresado efectivamente de sus vacaciones a principios de mayo, pero hacía semanas que no lo veía. En caso de que tuviera intención de marcharse nuevamente se lo habría dicho. Antes de acabar su turno, Cole realizó una copia de la fotografía del pasaporte de Chappelow y le pidió al sargento del turno de noche que la trasladara al departamento de personas desaparecidas.

¿Qué le había sucedido a Allan Chappelow? Se preguntaba Cole. Tal vez, a pesar de lo que aseguraba su vecina, se hubiera marchado de vacaciones, o quizás estuviera quedándose en casa de unos amigos. En cualquier caso, había que informar al banco HSBC de que, por el momento, había resultado imposible encontrar a su anciano cliente.

Allan Gordon Chappelow nació en Copenhague (Dinamarca) el 20 de agosto de 1919. Su padre, Archibald Cecil Chappelow, era un decorador y tapicero inglés de treinta y siete años que en aquel momento impartía un curso de restauración de antigüedades en la Universidad de Copenhague. Dispuesto a evitar el servicio militar a comienzos de la Primera Guerra Mundial, se había trasladado a Dinamarca, que se mantuvo neutral a lo largo de las hostilidades.

Karen, la madre de Allan, de treinta y nueve años, había nacido en la pequeña ciudad de Hillerød, justo al norte de Copenhague. Había conocido a Archibald tres años antes en la universidad, y no tardaron en casarse. Karen ocupaba su tiempo gestionando el hogar familiar y cuidando de los niños, especialmente de Paul, el hermano de Allan, que sufría parálisis cerebral. En una carta a un primo estadounidense, Archibald escribió que Paul «tuvo la desgracia de sufrir una lesión al nacer y es un tullido. Sus manos tienen cierta afección, habla entrecortado y camina como a trompicones. No obstante, es guapo, alegre y saludable, un gran lector y un ratón de biblioteca».

Poco después del nacimiento de Allan, al cabo de seis meses del final de la guerra, la familia regresó a Londres y se trasladaron al domicilio del padre

de Archibald, George Chappelow, que vivía en una pequeña casa en Hampstead. Estaban un poco apretados, pero contentos de volver a vivir en familia. Archibald se unió a la empresa del padre: George Chappelow & Son, que había sido fundada antes de la guerra. Según el membrete de la compañía, hacían «reformas y decoración, promotores de la vivienda y la propiedad». Instalados en el número 27A de Charles Street, una bocacalle de Berkeley Square, en el distrito de Mayfair, entre sus clientes se incluían los teatros, las galerías, los restaurantes y los clubes del West End de Londres. Al padre y al abuelo de Allan les encantaba trabajar juntos, y, cuando no estaban en el despacho, jugaban al tenis y al billar, o bien llevaban a sus esposas al teatro.

Unos años después, con la ayuda de George, Archibald, Karen y sus dos hijos pudieron trasladarse a una casa grande en el número 9 de Downshire Hill, en Hampstead.[3] Estaban contentos de tener al fin su propio espacio. Construida en 1823, su nueva casa estaba en buenas condiciones, tanto el interior como el exterior de ella. Hasta el final del siglo XIX, el edificio había sido el hogar del señorío de Belsize (que viene del francés *bel assis*, con el sentido de «bien situado»), y por ello fue llamada Manor House («casa señorial»). La propiedad contaba con un jardín trasero y otro frontal, repletos de una combinación de arbustos y árboles, en tanto que en la fachada había dos elegantes balcones de hierro forjado. En el interior había una sala de estar en forma de «L» con largos ventanales franceses, que llevaban al exterior, y una escalera con paneles de madera en las paredes, que a los Chappelow les parecía adecuada como galería pictórica. «Es prácticamente un ejemplo perfecto del estilo regencia tardío —escribió más tarde Archibald en su libro *Old Homes of England*, y añadió—: Tal vez sea una pequeña casa de campo emplazada entre bosques naturales —apuntó—, pero está a poco más de tres kilómetros de Oxford Street», es decir, del centro de Londres.

Los padres de Allan eran progresistas y apoyaban reformas radicales. Como miembros de la Sociedad Fabiana, que había sido fundada en 1884, creían en una transición hacia el socialismo y, particularmente, en la mejor redistribución de la riqueza. Cuando era niño, Allan oyó muchas historias sobre sus adelantados familiares. Por ejemplo, su bisabuelo Joseph Stevens,

que era predicador, abogaba por el cambio social, e hizo campaña por la mejora de las condiciones en las fábricas. En 1838, Stevens fue detenido y acusado de «asistir a una reunión ilegal», por lo que fue condenado a dieciocho meses de cárcel. No obstante, cuando salió, su reputación permanecía intacta, y contaba con la admiración de sus pares. Grace Chappelow, prima segunda de Allan, fue una de las mujeres que lideraron el movimiento sufragista. La detuvieron en numerosas ocasiones, participó en diversas huelgas de hambre en la cárcel y había sufrido la humillación de ser alimentada a la fuerza por las autoridades. Y después estaba su tío Eric Chappelow, el hermano de Archibald, un poeta que fue objetor de conciencia durante la Primera Guerra Mundial. Detenido y acusado de cobardía y traición, fue uno de los seis mil *conchies* («objetores de conciencia») encarcelados por el gobierno británico durante la Gran Guerra, lo que provocó una manifestación a escala nacional y peticiones de reforma. A pesar de las protestas de la familia, Eric pasó cuatro meses en prisión. Más tarde, el gobierno admitiría que se había equivocado al encarcelar a Eric y al resto de los objetores de conciencia.

En una carta a un primo de Estados Unidos, Archibald hablaba sobre sus valores personales y describía el carácter de la familia:

Personalmente, jamás creí en la guerra y nunca podré hacerlo. A menudo me pregunto si no estaría bien llevar a mi familia a un lugar donde brille el sol y se viva de manera abierta y sencilla, evitando los periódicos y sin preocuparse más que de tener el dinero justo para vivir. Creo que los Chappelow consiguen sacarle bastante partido a la vida, aunque pocos de ellos parecen ganar dinero, o conservarlo, si es que llegan a ganarlo. Encuentro muy interesante la historia de nuestra familia; hemos hecho muchas cosas buenas en nuestros tiempos, y siempre hemos sido personas sin miedo a decir lo que piensan. También somos «honorables», ya que no conozco a ningún miembro de la familia que haya caído en la quiebra.

Además de historias sobre sus heroicos familiares, al joven Allan también le contaron las tragedias que había sufrido la familia. Había un relato en particular que su abuelo George solía repetir y causaba en el chico una profunda impresión acerca de la importancia de la seguridad personal.

Edward Rayner Chappelow, tío abuelo de Allan, era un apasionado de la aventura. Se enroló en la marina mercante y navegó por los mares, luchó

contra los cafres (paganos negros) en Sudáfrica, y en Perú cargó embarcaciones de guano. En la primavera de 1885, Edward llegó a California dispuesto a instalarse. Se abstuvo de la bebida, adquirió un vivero propio y comenzó a cultivar la tierra. Un día, Edward visitó una pequeña comunidad al este de Los Ángeles para recuperar dos mil dólares que le debían. Y los cobró. Como era tarde, no pudo depositar el dinero en un banco. De regreso a casa, fue atacado por una banda de jóvenes que lo apuñalaron de muerte, arrastraron su cuerpo a una pequeña cabaña de madera y le prendieron fuego con parafina. Edward tenía solo veintisiete años.

A pesar de su pintoresca historia familiar, la infancia de Allan fue la típica de un niño educado en la clase media de Hampstead. En septiembre de 1927 comenzó sus estudios en The Hall, una escuela primaria privada a quince minutos a pie de Downshire Hill. El centro era conocido por sus altos logros académicos, así como por sus americanas, gorras y corbatas de color rosa; allí conoció Allan la obra de Shakespeare, y aprendió a leer latín y a adquirir succulentos caramelos en el quiosco.

Según las anotaciones privadas del director de la escuela Gerard Wathen, tras un primer trimestre «malillo», Allan había «mejorado mucho», era «inteligente» y «bueno en las manualidades». Otra de las entradas informaba de que el pupilo no era «un caso perdido en absoluto», sino «inusualmente inteligente en ciertos aspectos». Wathen dejó constancia de que el padre de Allan era un «artista arquitecto», su madre, una «danesa», y su hermano, un «tarado». El director también registró que, en febrero de 1930, Allan fue castigado con golpes de vara por una tal señora Bolton. No obstante, la causa de ese correctivo no se especificaba.

En The Hall, como en muchas otras instituciones educativas de aquella época, se permitían los castigos corporales. De hecho, para la edición de la revista escolar de 1932, un estudiante compuso los siguientes versos humorísticos con las letras del alfabeto:

R is for Rudeness (no not Mr. Rotherham). It's what the staff say when the boys come to

bother 'em.

S is for Sita, best-seller it seems, for some humourist said, «Go to him for ice-creams».

*T's for Thrashing, a penalty rare. You go to the study, the Principal's there.**

Los deportes también tuvieron un papel relevante en la juventud de Allan. Cuando no estaba jugando al tenis con su padre y su abuelo, a Allan lo motivaban para participar en deportes de equipo. En su último curso en The Hall, él era bateador del equipo de críquet de la escuela, y sus esfuerzos en la escuadra de *rugby* le granjearon un comentario del director en la revista escolar de 1933. «Chappelow (delantero) necesita más energía —escribió Wathen—. Es más útil en el barro que en terreno seco, cuando se necesita una mayor velocidad».

En sus horas libres, Allan daba de comer a los patos en los estanques del Hampstead Heath y subía a Parliament Hill para apreciar la vista de Londres. Recogía el pan de la panadería Rumbolds, en South End Green, y acompañaba a su madre a comprar frutas y verduras al mercado de Hampstead High Street. Aunque no asistía a la iglesia de St. John, al otro lado de la calle, ni a ninguna otra, ya que su familia era estrictamente atea, sí disfrutaba de las festividades: subía al tejado del número 9 de Downshire Hill para ver los fuegos artificiales de la Noche de Guy Fawkes, participaba en la búsqueda de los huevos de Pascua en el jardín trasero de la casa y disfrutaba de las comidas de Navidad con su familia en el comedor de celebraciones formales.

Allan era un lector compulsivo ya a edad temprana, y esta actividad le resultó más sencilla cuando su oftalmólogo le recetó unas gafas con gruesos cristales para corregir su miopía. Pasaba horas en su pequeña habitación, empapándose de los libros del momento, como *Emilio y los detectives*, *Swallows and Amazons* y *Los chicos del ferrocarril*. En un lugar de honor junto a su cama había una pequeña estantería en la que disponía sus lecturas favoritas.

Y lo que más le gustaba de todo era coleccionar sellos, ya que, como su madre, era un ferviente filatélico. Siempre que llegaba una carta a casa suplicaba para que le dieran el sobre. Si lo conseguía, usaba una tetera hirviendo para despegar el sello con cuidado antes de ponerlo a secar y,

después, incluirlo en uno de sus álbumes, dependiendo de su color, valor y tipo. Le gustaban especialmente los sellos extranjeros, en los que aparecían jefes de Estado, animales exóticos y plantas de apariencia extraña. Se sentaba en su cama y pasaba las horas hojeando sus álbumes, pensando en países lejanos que esperaba visitar algún día.

El segundo día de inspección en el número 9 de Downshire Hill comenzó a las tres de la tarde del martes 13 de junio de 2006. Mike Cole había vuelto a hablar con su supervisor, el subinspector Nick Giles, que dijo que el banco de Allan Chappelow había denunciado otro intento de utilizar su tarjeta de crédito. La policía sospechó cada vez más que se pudiera haber cometido un delito grave, y decidió regresar a la vivienda cuanto antes.

Como su compañero Sam Azouelos estaba de baja, Mike Cole fue con el agente Terry Seward hasta la comisaría de policía de Kentish Town, a unos tres kilómetros de Hampstead, donde recogió las llaves y continuó hasta el número 9 de Downshire Hill. El subinspector Nick Giles estaba esperándolos junto a la verja de entrada. Cole abrió la puerta principal y les hizo una breve visita guiada por el ruinoso inmueble. Su intención era hacer un registro más exhaustivo del lugar.

«Al entrar en la casa —escribió Seward después en un informe— olía a polvo y a algo en estado de descomposición». A pesar del calor que hacía fuera, la casa estaba fresca. Seward se puso unos guantes desechables y se dirigió al primer piso. Cuando subía por las escaleras se percató de que había un montón de moscardas revoloteando cerca de una ventana. «Aquí era donde olía más a podrido», escribió.

El subinspector Giles vio una escalera de mano en el piso de arriba, y subió al ático, abrió una trampilla y trepó hasta el tejado plano de la casa. Deambuló por él varios minutos, pero no había rastro del anciano. Miró desde el borde hacia el lugar donde podría haber caído, pero lo único que se veía en el jardín de abajo eran árboles y arbustos. Vio a Seward delante de la casa, y le pidió que buscara en el jardín, pero no encontraron nada.

Mientras continuaba la búsqueda en el interior de la casa, otros policías

recogían declaraciones de los residentes del lugar. Los vecinos dijeron a la policía que en los últimos años no veían mucho a Allan Chappelow. Habían acabado pensando que era un excéntrico y un ermitaño.[4] En cierta ocasión, uno de los vecinos le preguntó si podía hacerle una visita, y Chappelow declinó la oferta educadamente. Todos suponían que quizás estaba avergonzado por el estado de su casa.

Lady Listowel, que vivía en el número 10, repitió que no había visto a su vecino desde que regresó de Estados Unidos a principios de mayo. Mujer menuda, pero elegante, de unos setenta años, se había trasladado junto con su marido William Hare, quinto conde de Listowel, a su espaciosa residencia de estilo regencia en 1987. Según dijo, conocía a Allan muy bien, y echaba un ojo a su casa siempre que él estaba fuera. Cuando la gente de la calle se burlaba de Allan por ser un ermitaño o no cuidar de su propiedad, lady Listowel, de nombre Pamela, lo defendía. «Es un chico muy amable», decía. Le gustaba su jardín descuidado y la fauna que atraía, y apreciaba su carácter extravagante. Le parecía una persona inteligente, encantadora y extrovertida, y nunca le molestó el estado en que se encontraba su casa. Posiblemente a algunas personas no les guste vivir de esa forma, en realidad, a la mayoría, pero Allan había vivido allí desde que era un adolescente: si estaba cómodo así, ¿quién era ella para juzgarlo?

Peter Tausig, que vivía en el número 11, también afirmó que hacía tiempo que no veía a Allan. Con sesenta y seis años y jubilado de su empleo como banquero, Tausig dijo que solía cruzarse con su anciano vecino por la calle, normalmente cuando Allan iba a leer el periódico a la biblioteca de Keats Grove. Tausig creía ser una de las pocas personas de la calle que tenía un vínculo cercano con Allan. Dos o tres años antes, Allan le había dicho que ya no le llegaba la correspondencia. Tausig se ofreció a ayudarlo. Tras percatarse de que el problema era lo asilvestrado que estaba su jardín, hizo que podaran algunos de los árboles y arbustos. Desde aquel momento, Allan pasaba ocasionalmente por casa de Tausig para tomar el té. No hablaba de sí mismo, sino que prefería hablar de política, y en particular de su desprecio por George Bush y Tony Blair y su «injustificada» invasión de Irak.

Cuatro meses antes, Allan le había dicho que planeaba hacer un viaje a

Texas. «Parecía emocionado», recordaba Tausig. «Dijo que iba tras algo nuevo, algo grande, que su nuevo libro sobre George Bernard Shaw sería su obra maestra».

Mientras tanto, en el interior del número 9 de Downshire Hill, Cole buscaba cualquier correspondencia o información útil que hubiera podido obviar el día anterior. Pasó varias horas hojeando balances de cuentas, cartas, revistas y diarios, pero no encontró nada útil. Cole le preguntó al subinspector Giles qué debía hacer con los documentos de viaje y el pasaporte que se había llevado el día anterior. Su jefe le dijo que volviera a ponerlos donde los había encontrado.

Tras echar un nuevo vistazo alrededor de la vivienda, Cole y el resto de los policías abandonaron el edificio. Cerraron de nuevo las puertas y devolvieron las llaves a la comisaría de Kentish Town antes de la hora de la cena.

La mañana del miércoles 14 de junio, dos días después de la primera visita de Cole a la casa, el subinspector Nick Giles decidió tomar el mando de la búsqueda. Se había puesto en contacto con dos parientes lejanos de Allan Chappelow —Michael Chappelow, marchante de arte, y James Chappelow, profesor en la ciudad de Hemel Hempstead—, y ambos le habían dicho que era muy improbable que el anciano estuviera en otra parte que no fuera su casa. El subinspector estaba cada vez más preocupado por la posibilidad de que hubiera sucedido algo desafortunado. Tras dos días de búsqueda, todavía no estaban seguros de que Allan Chappelow no se hallara en su domicilio del 9 de Downshire Hill. La mitad de las habitaciones estaban tan llenas de desperdicios que no habían podido realizar una investigación exhaustiva. La mejor forma de asegurarse completamente sería vaciar todas las habitaciones. No obstante, tardarían semanas en hacerlo, ya que ese trabajo lo llevaría a cabo un equipo de registro especializado que tendría que fotografiar y catalogar cada elemento antes de trasladarlos. Mientras tanto, solo quedaba otra opción: la unidad canina.

Sobre las tres de la tarde, el subinspector Giles regresó al domicilio,

donde se encontró con Paul Vardon y Scott Stepney, cada uno de los cuales estaba acompañado por un pastor alemán negro y canela. Stepney y su perro fueron al piso de arriba, en tanto que Vardon dio una vuelta con su perra, Lacey, por la planta principal. Los pasillos, las escaleras y la habitación de la izquierda no suscitaron interés alguno en ella, pero en cuanto se aproximó a la habitación de la derecha, que estaba llena hasta arriba de papeles, emitió un ladrido grave específico y empezó a escarbar entre los papeles con sus garras. Vardon le dijo a Giles que era razonable concluir que había un cuerpo en descomposición de alguna clase en aquella habitación. Era posible que fuera desde comida podrida hasta un animal muerto, pero Vardon añadió que lo más probable era que se tratara de un cadáver. La única manera de comprobarlo sería retirar cuidadosamente toda la basura. El subinspector Giles, satisfecho de hacer finalmente algún progreso, cerró de nuevo la entrada a la casa, y después acordonó la propiedad entera con cinta azul y blanca.

A las cuatro de la tarde, de nuevo en la calle, frente a la casa, había llegado el momento de que el subinspector Giles pasara el caso al siguiente escalafón de la cadena de mando. Llamó a su jefe y lo informó de que habían encontrado algo y de que, a pesar de no poder asegurarlo completamente, era muy probable que se tratara del cuerpo de Allan Chappelow. Recomendó que enviaran al domicilio a un especialista en investigaciones de escenarios del crimen antes de que este estuviera más contaminado.

El caso quedaría ahora en manos de la unidad de homicidios del distrito noroeste de Londres y de su agente al mando, Pete Lansdown.

APUNTES DEL CASO

Decidí intentar dejar constancia de mi búsqueda: con quién hablaba, qué decían, cualquier pista que resultara interesante.

Primer paso, necesito hablar con el agente que dirige la investigación: Pete Lansdown. Encontré su número en internet tras varias horas de búsqueda, y lo llamé. Le sorprendió que hubiera conseguido dar con él, y sugirió que podría ganarme la vida como detective o inspector. Nos reunimos en un despacho tranquilo del Peel Centre de la Policía Metropolitana de Londres, en Colindale, en la zona norte de la ciudad. Su hermana, que también trabajaba para la Policía Metropolitana, nos trajo té y galletas. Me dijo que no debería concederme esa entrevista, ya que no había firmado el papeleo correspondiente, pero le había dicho al personal al mando que no había podido contactar conmigo para cancelar la visita (me enviarían un contrato en los próximos días). Me dijo que la muerte de Chappelow fue un suceso muy triste, una manera horrible de morir para un anciano. Me sugirió que hablara también con Peter Devlin, el detective que gestionó el día a día del caso. Sabía que estaba jubilado y que ahora vivía en Irlanda, pero no tenía su contacto. Me explicó cómo se realizaban las investigaciones de homicidios y lo que él consideraba que era la clave para establecer una teoría con éxito. Dijo que había cuatro «bloques» principales: las pruebas, los testigos, el escenario del crimen y la «victimología» (el círculo social de la víctima). A partir de ahí es posible establecer el método, el móvil y la ocasión: los motivos por los que un crimen sucede en un tiempo y un lugar determinados y de un modo en particular. Cuando me levanté para marcharme, Lansdown dijo que el asesinato de Allan Chappelow fue «uno de los mejores rompecabezas criminales que jamás haya visto».

He intentado encontrar una copia de las transcripciones del juicio por el asesinato de Allan Chappelow. Según me han dicho, solo puedo disponer de ellas si pago miles de libras a DTI Global, que tiene la exclusiva de las transcripciones de todos los juicios celebrados en el Old Bailey (el Tribunal Penal Central de Inglaterra y Gales, en Londres). Esto contrasta con lo que ocurre en Estados Unidos, donde puedes leerlos libremente en cualquier juzgado. He recibido un correo electrónico de DTI Global: «Hemos realizado la búsqueda en los juzgados —dicen—, y, desgraciadamente, debido a la antigüedad del caso, las cintas ya no están

disponibles». Y añaden que: «Nos resulta imposible ayudarle con su petición relativa a esa transcripción». Me sorprende mucho que hayan perdido las grabaciones, sobre todo siendo un caso con solo diez años de antigüedad y que sigue estando sujeto a apelación. Me siento frustrado por no poder leer o escuchar lo que los testigos y abogados dijeron en el tribunal.

Escribí a Wang Yam, que está recluido en la prisión de Whitemoor, en Cambridgeshire. No he vuelto a tener noticias suyas.

2

ALLAN CHAPPELOW

En septiembre de 1933, a los catorce años, Allan Chappelow fue enviado como interno a la escuela Oundle, a dos horas en coche al norte de Londres y a veinticuatro kilómetros de Peterborough. Paul, el hermano mayor de Allan, permaneció en casa debido a su parálisis cerebral.

Situado en el entorno de la localidad medieval de Oundle, a orillas del río Nene, el internado contaba con alojamiento y aulas, un conjunto de campos de críquet, fútbol y *rugby*, un vestíbulo de piedra de estilo gótico construido en 1908 y la impresionante capilla de St. Anthony. También disponía del campo de tiro de Elmington, que con sus 460 metros era uno de los más largos del país. Lo que atrajo a los padres de Allan fue su reputación como centro de excelencia en ingeniería y ciencias, así como sus métodos de enseñanza progresistas.

A su llegada, Allan fue destinado al alojamiento New House bajo la tutela del señor King, un anciano amable que trataba a sus pupilos con respeto y compasión. Allan se inscribió en muchas de las actividades de la escuela. Recibió clases de piano y se apuntó al club de fotografía. En su tiempo libre paseaba por los alrededores de las instalaciones tomando fotografías de árboles, flores y animales. Después, se encerraba en el cuarto oscuro de la escuela y bañaba el papel fotográfico en líquidos químicos malolientes,

mejorando poco a poco sus habilidades de revelado. A pesar de las inclinaciones antimilitaristas de su familia, lo obligaron también a participar en el Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales.

A principios de diciembre, Allan regresó a Londres para pasar las vacaciones de Navidad junto a su familia. Aunque había sido un primer trimestre sin incidentes, disfrutó de poder dormir en su propia cama en Downshire Hill. Cuando se despertó a la mañana siguiente, se puso sus gafas y buscó su álbum de sellos favorito, el que contenía la colección de estampas extranjeras. No estaba en la estantería en que lo había dejado la última vez. Sorprendido, y ya un poco más despierto, buscó por toda la habitación. Bajo la cama, detrás de sus libros, en los cajones de la cómoda. No estaba. Enojado, se reunió con sus padres a la mesa del desayuno y les dijo que sus sellos más valiosos habían desaparecido. Tras nuevas búsquedas, sus padres concluyeron que uno de los sirvientes de la familia debía de ser el culpable. Ese mismo día, a pesar de sus protestas de inocencia, el sirviente fue despedido. De todos modos, nunca encontraron su preciado álbum, y Allan quedó abatido.

Karen se esforzó por consolarlo. «Puedes empezarlo de nuevo», lo animó con ternura. Le dijo que era una oportunidad para redefinir el tipo de sellos que quería coleccionar. Durante esas vacaciones, trabajaron juntos para encontrar ejemplares nuevos y más raros incluso, pidiendo a los parientes que les guardaran sus sellos y rebuscando en los mercadillos locales. Cuando volvió a la escuela al trimestre siguiente, Allan pasó muchos de los recreos en el patio comparando e intercambiando sellos con sus amigos. Estaba dispuesto a encontrar cartas y postales inusuales, especialmente si procedían del extranjero. Tardaría algún tiempo en reconstruir su colección, pero iba camino de ello.

Allan disfrutaba con sus estudios, y era reconocido por su inteligencia y su esfuerzo. Por ejemplo, al final del primer curso le concedieron el premio de francés en el Día de Discursos (también hablaba pasablemente italiano, danés y alemán). Al año siguiente, en diciembre de 1934, participó en un simposio que organizaban los estudiantes llamado Junior Scientific Conversation, donde se plantó ante toda la escuela y presentó un mapa de

estaciones inalámbricas y telegráficas del mundo. También trabajó junto con otros tres estudiantes, y explicó cómo un recipiente hueco —por ejemplo, una barca o un cráneo— puede deformarse o destruirse si «existe una fuerza externa lo suficientemente poderosa». Se publicó un panfleto acerca del evento, y el nombre de Allan apareció impreso por primera vez. En su portada, se citaba la siguiente frase del matemático del siglo XVII John Newton: «No hay nada que pueda aprenderse mejor que mediante el juego». Durante su último año en la escuela, Allan tuvo la confianza suficiente como para enviar una de sus fotografías a un periódico local, y quedó encantado cuando la publicaron junto con su nombre.

Sin embargo, tras graduarse en julio de 1938, sus sueños de hacer carrera en el periodismo se desvanecieron cuando su padre le dijo que necesitaba conseguir un trabajo con unos ingresos estables. Quiso demostrar que podía conseguirlo por sí mismo, y comenzó como aprendiz en un banco del centro de Londres justo antes de cumplir los diecinueve años. Mientras tanto, su hermano Paul había encontrado un trabajo vendiendo tabaco y cigarrillos en una tienda local de Hampstead. A Archibald y Karen les gustaba tener a ambos hijos viviendo en casa con ellos.

Pete Lansdown se consideraba a sí mismo un lugareño.^[1] Hijo de una secretaria y de un artillero del Royal Tank Regiment, se había criado en «The Coombe», un alto edificio de apartamentos de King's Cross con amplias vistas a Regent's Park y a la zona de Londres que hay tras él. Lansdown era lo que se llama un «buscavidas». Había ingresado en la policía de Londres a los dieciocho años y aprendió el oficio como patrullero en el West End antes de ascender rápidamente en la cadena de mando. Su primer caso de asesinato fue en Chinatown: habían quemado una casa de apuestas en la que murieron varias personas. Tres años más tarde, ya era un reputado detective, y lo enviaron a Harlesden, en Brent,^[2] donde se unió al equipo que se ocupaba de las bandas violentas que dominaban el noroeste de Londres en aquella época.

En 1990, Lansdown fue destinado a la Brigada Regional de Delitos, que lidiaba con delitos graves y con el crimen organizado, y después, en 2000, lo

designaron inspector jefe del Equipo 3 de Investigaciones de Asesinato para la zona noroeste de Londres. Desde que comenzó como inspector jefe, había estado al mando de más de cincuenta casos de asesinato, de los cuales le enorgullecía poder decir que solo uno de ellos había quedado sin resolver. De hecho, la Policía Metropolitana tenía uno de los índices de éxito más elevados del mundo, con un 75 % de casos resueltos (mediante acusación y/o juicio), lo que contrastaba con el 64 % del FBI. Según la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, en el momento del asesinato de Allan, Londres tenía una de las tasas de asesinato más bajas de todas las capitales del mundo, con solo 1,8 asesinatos por cada cien mil personas, comparado con los 5,6 de Nueva York, 4,8 de Ciudad de México, 4,6 de Moscú y 4,4 de Ámsterdam. En 2006 se cometieron 172 asesinatos en Londres, y once de ellos tuvieron lugar en Camden, el distrito al que pertenece el área de Hampstead.

Lansdown, calvo, con más de metro ochenta, espalda ancha y muslos de jugador de *rugby*, no era el tipo de hombre con el que uno quisiera pelearse. No obstante, su traje de raya diplomática, su almidonada camisa blanca, su elegante corbata, sus gafas sin montura y sus relucientes zapatos de cuero calado sugerían una imagen más refinada. Los únicos indicios de sentimentalismo eran sus gemelos de la guerra de las Malvinas. Tenía maneras de instructor, y compartía sus conocimientos con los demás, usando palabras y expresiones técnicas que después tenía que explicar. En casa, estudiaba casos de asesinato de todo el mundo y leía libros sobre las últimas técnicas de investigación. Pero también tenía otros intereses: en su tiempo libre cuidaba de su flota de coches antiguos, de los cuales el máspreciado era un MGB descapotable de 1978 pintado de verde inglés y con brillantes tapacubos cromados en sus ruedas. Cuando era joven, sus compañeros de la policía lo llamaban «Lips» («Labios»), debido a que su boca era grande. Se quedó con ese apodo, incluso después de llegar a la jefatura. (Tal vez porque era propenso a hablar mucho.)

Cuando Pete Lansdown recibió la llamada del subinspector Giles diciéndole que era posible que hubiera un cadáver en el número 9 de Downshire Hill eran casi las cuatro de la tarde del 14 de junio de 2006.

Lansdown estaba sentado a su ordenado escritorio, en la segunda planta del Peel Centre de la Policía Metropolitana de Londres, en Colindale, a poco más de seis kilómetros del escenario del crimen. Al ser uno de los seis oficiales al cargo de las investigaciones de asesinato del noroeste de Londres, le tocaba ocuparse de cualquier caso nuevo que se presentara. En teoría, según le habían dicho, no tenía que hacerse cargo de ningún «trabajo» nuevo si no tenía recursos disponibles para ello. Pero, tras cinco años como jefe de uno de los equipos de investigación de asesinatos de la Policía Metropolitana, había aprendido que siempre estaba ocupado con algo —igual que sus compañeros— y que rechazar un trabajo significaría dificultar la tarea a otros. Podía llegar a tener hasta quince investigaciones de asesinato activas al mismo tiempo, junto con otras quince cuyos juicios estaban en marcha. Cada seis semanas le tocaba hacer guardia, y en esos momentos trabajaba un mínimo de sesenta horas a la semana, veinte más de las estipuladas en su contrato. Como siempre, aceptó el nuevo «trabajo».

«A los medios de comunicación les gusta pensar en el inspector de asesinatos como en un agente solitario con un pasado turbulento —comentó Lansdown—. En realidad, resolver los casos es un trabajo de equipo». Enumeró algunas de las profesiones implicadas: expertos forenses, directores de investigación de escenarios del crimen, servicios de información y patólogos. «Dicho esto —añadió—, también es cuestión de carácter, liderazgo y empuje».

Lansdown estaba al mando de veinte inspectores con el apoyo de ocho empleados civiles. Una de las primeras decisiones que tomaba era cómo catalogar la investigación. Esto dependía de lo que él llamaba su «solucionabilidad». Si era del «nivel C», un caso de fácil resolución, solo asignaba seis o siete de sus agentes. Un caso de «nivel B» lo obligaba a usar a sus veinte inspectores, al menos durante los primeros días. Los de máxima importancia, los de «nivel A» o «nivel A+» exigían que contactara con Scotland Yard y pidiera ayuda. Algunas de las investigaciones de asesinato del máximo nivel involucraban incluso a cuatrocientos agentes de policía. Su instinto le decía que este sería de «nivel B» o «B+».

Lo primero que hizo Lansdown fue enviar a Hampstead a un Equipo de

Evaluación de Homicidios (Homicide Assessment Team, HAT). Treinta minutos después, un director de investigación de escenarios del crimen llamado Steve Smale llegó al número 9 de Downshire Hill. Smale se ocuparía de fotografiar toda la propiedad y asegurarse de conservar el estado de la localización lo mejor que pudiera para el equipo forense que podría llegar después.

Una vez fotografiada la casa, Steve Smale y Nick Giles comenzaron a despejar la basura de la «Habitación Seis», que es como denominaron a aquella en la que la perra Lacey había ladrado. Encima de la montaña había grandes atados de papel de tamaño A3 doblados en manojos de quince centímetros de grosor. En cada una de las páginas aparecía el título del libro, *Shaw: The Chucker-Out*, y el nombre del autor, «Allan Chappelow». Según descubrieron, esos manuscritos eran de un libro que el propietario de la vivienda había escrito en 1969. Todas las páginas pertenecían a la misma obra, una biografía del dramaturgo George Bernard Shaw.

Los progresos de los inspectores eran de una lentitud tormentosa. Antes de retirar cada uno de los fardos tenían que buscar en ellos trazas de contacto humano —pisadas, huellas dactilares, restos de sangre, fibras— y realizar otra serie de fotografías. Cinco horas más tarde, y con tres cuartos de la montaña por revisar, el equipo todavía no había encontrado lo que excitó a Lacey. A las diez de la noche, Nick Giles dio su jornada por acabada y dejó que los inspectores continuaran con la búsqueda. Les comunicó que si encontraban algo debían ponerse en contacto inmediatamente con Lansdown. Se hacía ya de noche cuando Giles se metió en su coche. Era un alivio estar al aire libre, más fresco y menos hediondo que el interior. Mientras subía por Downshire Hill para dirigirse a la comisaría de la policía encontró la calle prácticamente desierta. Era la noche de un miércoles normal, pero la mayoría de la gente estaba en casa viendo el Mundial de fútbol.

Media hora después, tras haber desplazado un mayor número de manuscritos, Steve Smale vio algo que sobresalía entre la montaña de desperdicios. Una vez que hubo sacado varios atados de papel más, Smale reconoció una pierna humana vestida con un calcetín y un zapato. Llamó a Pete Lansdown, que todavía estaba en su despacho: habían encontrado lo que

llevaban buscando desde hacía tres días.

Durante el verano de 1938, Allan leía los periódicos cada mañana camino de su trabajo en el banco, que estaba situado en el centro de Londres. Veía que las tensiones entre Alemania y Gran Bretaña eran cada vez más intensas, y aquello le inquietaba tanto como al resto de la población. Los periódicos también informaban de que Adolf Hitler estaba reconstruyendo el ejército alemán y los cuerpos de aviación, contraviniendo claramente el Tratado de Versalles de 1919. Después, en septiembre de 1938, el primer ministro británico Neville Chamberlain viajó a Múnich para asistir a una conferencia de paz con Adolf Hitler. Cuando regresó al aeródromo de Heston, al oeste de Londres, Chamberlain declaró que había asegurado «la paz para nuestra época».

Muchas de las personas de la clase dirigente británica recelaban del Pacto de Múnich, y durante aquel invierno, hasta el Año Nuevo, se habló cada vez más de otra guerra con Alemania. Aunque el servicio militar obligatorio se había abolido tras la Primera Guerra Mundial, el 27 de abril de 1939 se reintrodujo una forma limitada de reclutamiento en respuesta al programa de rearme de Alemania y el aumento de la beligerancia. A partir de ese momento, los hombres solteros con edades comprendidas entre los veinte y los veintidós años serían llamados a cumplir con el servicio militar. Aunque por su edad habría tenido que alistarse, Paul, el hermano de Allan, contaba con una exención médica, y continuó trabajando en el estanco local. Sin embargo, Allan no pudo poner esa excusa cuando cumplió veinte años en agosto de 1939. Unos días más tarde recibió una carta a través de la puerta del número 9 de Downshire Hill en la que lo conminaban a presentarse al servicio.

Se enfrentaba a una disyuntiva: ¿se enrolaría en el ejército local como le habían requerido o se inspiraría en sus antepasados y tomaría la decisión política de objetar para intentar eludir el servicio militar? Esta decisión se convertiría en una cuestión crucial cuando, el 1 de septiembre, los tanques de Hitler invadieron Polonia. Dos días después, Gran Bretaña entraba en guerra

con Alemania.

Allan tenía un dilema. Aparte de la influencia de su familia y de sus amigos radicales, tal vez su mayor inspiración fuera el escritor, orador y dramaturgo George Bernard Shaw. Aunque solo tenía veinte años, Allan había leído la mayoría de las obras de teatro de Shaw, incluidas *Santa Juana*, *Pigmalión* y *Hombre y superhombre*, además de muchos de sus discursos. Aunque las objeciones de Shaw a la Primera Guerra Mundial fueron contra la opinión pública del momento, Allan se inspiró en ellas. Ahora, ante el comienzo de una nueva guerra, Shaw había vuelto a declarar su oposición al conflicto militar, aunque esta vez parecía tener más simpatía por el gobierno alemán y el italiano que por el suyo propio. Lo más inspirador para Allan fue el argumento de Shaw por el que las clases obreras de las diferentes naciones tenían que permanecer unidas y no luchar las guerras de los ricos y poderosos. Tras discutir el tema con sus padres durante días, Allan tomó una decisión.

De modo que, el 9 de marzo de 1940, Allan puso rumbo al tribunal. Fue solo en autobús desde Downshire Hill hasta St. Pancras, y esperó allí en un banquillo fuera del juzgado. Cuando le llegó el turno, se presentó ante él y fue interrogado por un grupo compuesto por un abogado, un miembro del sindicato y un miembro de la población civil. Ninguno de ellos pertenecía al ejército. Cuando le preguntaron por qué se negaba a servir a su país, Allan declaró: «Soy objetor de conciencia». Afirmó que rechazaba cualquier forma de guerra por cuestiones de principios basados en razones morales más que religiosas.

Allan era uno de entre los sesenta mil hombres y mil mujeres que habían solicitado la exención a servir en el ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial. El gobierno, en un esfuerzo por evitar el escándalo de la guerra anterior, intentó diferenciar entre los diversos solicitantes. Cerca de tres mil de las solicitudes fueron aprobadas por «exención incondicional», otras dieciocho mil fueron rechazadas por no considerarse «legítimas», tres mil personas fueron encarceladas (la mayoría de ellas en espera de una apelación), y al resto se les asignó trabajos civiles. Allan entró en esta última categoría. Le dijeron que tenía que dejar el banco y empezar a trabajar para el

Comité Ejecutivo de Agricultura de Guerra. Por lo tanto, a principios de junio comenzó a trabajar como jornalero en una finca a las afueras de Southampton. Unos meses más tarde fue trasladado a otra granja cerca de Winchester. Para su sorpresa, prefería ese trabajo a las tareas burocráticas que le habían dado en el banco. Le gustaba estar al aire libre, la camaradería con los otros campesinos, estar en contacto con la tierra.

El padre de Allan, de todos modos, renegaba de la política del gobierno. En una carta a un primo estadounidense escrita el 14 de mayo de 1940, Archibald escribió: «¿En qué modo puede beneficiar al país que mi hijo deje su empleo en el banco, donde es útil, para hacer un trabajo de campesino del que no conoce nada y donde no ayudará en nada, es algo que escapa a mi comprensión! Es su forma de fastidiarte, el gobierno te dice que puedes tener una conciencia, pero subraya su desaprobación por medio de una u otra forma de castigo. ¡Qué mezquino y ridículo es todo esto!».

El padre de Allan continuaba describiendo cómo estaba afectando la guerra a su negocio y el peligro que suponía para su casa de Downshire Hill:

A muchos de nosotros nos preocupa la falta de ingresos, que en mi caso supone una pérdida irreparable absoluta. Sí, creo que mi tío y mi padre pueden alegrarse de haber salido del negocio, yo estoy a punto de arruinarme y no me importaría dejarlo también, si no fuera porque tengo cargas familiares. Debido a mi difícil posición, es posible que tenga que vender mi hermosa casa estilo regencia de Hampstead. Era la niña de mis ojos.

En tanto que el padre se preocupaba por salvar la casa familiar, los problemas de su hijo con la ley no acababan. A principios de abril de 1941, Allan merodeaba por las calles de Winchester cuando se percató de un edificio que había sufrido grandes daños en un reciente bombardeo. Entristecido por la escena, comenzó a realizar fotografías hasta que un sargento de la policía que pasaba casualmente por allí corrió hasta él y lo arrestó.

En la comisaría de policía local, Allan fue acusado de quebrantar la Orden de Control de Fotografías de 1939. Según el sargento que lo había detenido, había cogido a Allan *in fraganti* realizando una fotografía no autorizada de un edificio bombardeado. Tres semanas más tarde, el 28 de abril de 1941, Allan fue citado a presentarse ante un magistrado en

Winchester. Estaba representado por un abogado, un tal señor A. D. N. Nabarro, quien dijo que su cliente de veintidós años era un «experto fotógrafo y siempre llevaba la cámara consigo». Su abogado continuó diciendo que Allan hizo todo lo posible por reparar el daño en cuanto se le indicó la falta. En su resumen del caso, el magistrado, el señor F. O. Langley, se dirigió al acusado: «Objeta a participar en la guerra, pero pasea por ahí realizando fotografías de los daños de la guerra. A mí no me parece coherente». La historia tuvo cobertura a escala nacional, tal vez como advertencia general. El diario *Hartlepool Northern Daily*, por ejemplo, indicaba que Allan había sido multado con la nada despreciable suma de veinte libras, más cinco por las costas.

Castigado doblemente por la ley, Allan decidió agachar la cabeza, y consiguió alejarse de los problemas durante el tiempo restante de la guerra. Los fines de semana podía salir de la granja para visitar a su hermano y sus padres en Londres, y durante el verano le daban varias semanas de descanso. En una de esas vacaciones, en julio de 1942, Allan estuvo durante quince días en la escuela de verano de la Sociedad Fabiana en Frensham Heights, a unos cuarenta kilómetros de Winchester. Allí conoció a los líderes teóricos socialistas Sidney y Beatrice Webb, que le permitieron tomar una serie de fotografías. Allan celebró sus primeros retratos de personajes famosos tanto como había apreciado su primera colección de sellos.

En octubre de 1943 le comunicaron que le habían asignado un nuevo trabajo en Londres. Trabajaría como observador para Defensa Civil. Cada noche salía del número 9 de Downshire Hill vestido con un uniforme de color caqui y su casco blanco sellado con la «W», que designaba a los vigilantes de los bombardeos, y tomaba un autobús que lo llevaba hasta Marble Arch. Allí pasaba la noche sobre la azotea del Hotel Cumberland^[3] supervisando Hyde Park y el centro de Londres en busca de aviones y misiles alemanes. Cuando localizaban alguno, sus compañeros y él hacían sonar la sirena, avisando a los residentes locales para que se dirigieran inmediatamente al refugio antiaéreo más cercano.

A Allan le pareció que, durante el día, una vez recuperadas las horas de sueño, le quedaba tiempo libre, así que se inscribió en el Birkbeck College

del centro de Londres. Durante dos años asistió a clases de ética y filosofía, impresionando particularmente a una de sus profesoras, Ruth Saw. «Tiene un interés auténtico por la filosofía y mucha capacidad —escribió Saw—. Además de interesarse por sus compañeros y sus problemas de conducta, el señor Chappelow tiene grandes deseos de serles de utilidad».

Esta era la vida de Allan, estudiando teoría moral por el día mientras buscaba misiles por la noche, cuando, un 8 de mayo de 1945, la guerra se dio por terminada finalmente en el Día de la Victoria. Una vez firmada la paz se preguntó qué debía hacer.

A las ocho de la mañana del 15 de junio de 2006, Pete Lansdown concertó una reunión en la comisaría de policía de Hampstead, a menos de doscientos metros del número 9 de Downshire Hill. Aunque las oficinas de la unidad de homicidios en Colindale servirían como base para la investigación, Lansdown decidió que sería más efectivo celebrar la reunión de ese día cerca del escenario del crimen. Ya hacía calor fuera, y lo más probable es que después hiciera más; todos llevaban mangas cortas. A su alrededor estaban aquellos que ya habían participado en la investigación: los agentes de policía al mando, los directores de la investigación del escenario del crimen, los agentes de la oficina de personas desaparecidas y el personal del Equipo de Evaluación de Homicidios (HAT). Los más jóvenes trabajarían con sus compañeros más experimentados, una especie de sistema de tutelaje para que pudieran desarrollar sus aptitudes y técnicas.

El propósito de esa reunión era recopilar todos los hechos conocidos hasta el momento y acordar un plan de actuación para las siguientes veinticuatro y cuarenta y ocho horas. Porque era durante este período temporal, que Lansdown llamaba las «horas de oro», cuando tenían más probabilidades de hacer grandes progresos. Este era el momento en que el autor de los hechos solía ser más vulnerable y tenía más probabilidades de cometer errores, lo cual haría que resultara más sencillo cazarlo. Además de eso, las «horas de oro» solían generar los mejores resultados forenses.

Lansdown comenzó informando a sus compañeros de que a partir de ese

momento el dispositivo pasaría a conocerse como Operación Barnesdale (esos nombres eran asignados aleatoriamente por la sala de operaciones de Colindale en cuanto se registraba el asesinato, y no tenían ningún significado específico). Desde que se había puesto en su conocimiento el caso la noche anterior, los inspectores apenas disponían de información alguna sobre Allan Chappelow. Rara vez usaba su teléfono móvil, y no tenía una línea telefónica fija ni acceso a internet. Tampoco parecía tener presencia en las redes sociales ni antecedentes delictivos. Además, aparte de su viaje a Estados Unidos, los vecinos no sabían nada acerca de sus actividades recientes.

Para dificultar más aún las cosas, continuó Lansdown, Chappelow aparentemente no tenía parientes cercanos, más allá de Michael y James Chappelow, primos lejanos con los que apenas tenía trato. El agente del equipo que ejercía como enlace con los familiares, Gerry Pickering, añadió que la víctima era soltera, no tenía hijos ni parientes, hermanos o hermanas vivos, ni personas que pudieran considerarse amigos. Por lo que afirmaban muchos, era un ermitaño. Esto, según dijo Lansdown a su equipo, dificultaría el trabajo de lo que él llamaba «victimología». Sin familia ni amigos, sería mucho más difícil comprender al hombre, así como sus costumbres, relaciones personales y motivaciones, todo lo cual podría ayudarles tanto a establecer el móvil como a descubrir al culpable de su muerte. Todos en aquella sala sabían que más del 80 % de los homicidas tienen algún vínculo con sus víctimas. Esta falta de información podía suponer un severo obstáculo para la investigación.

El examen forense también sería un reto, continuó Lansdown. El cadáver, una vez descubierto por completo, se encontraría probablemente en avanzado estado de descomposición, dado el significativo período de tiempo que había transcurrido desde la muerte. El estado en que se encontraba la casa no facilitaba en absoluto la situación. Incluso el hecho de recuperar el cuerpo de Chappelow supondría un esfuerzo considerable. No podían comenzar en el lugar donde yacía el cadáver. El equipo POLSA, los asesores de registro de la policía, tendría que empezar por donde suponían que el asesino había entrado al inmueble, la verja de entrada, retirando la vegetación y los escombros a medida que avanzaban hasta acercarse progresivamente al cuerpo. Aunque

esta parte del escenario del crimen ya había sufrido importantes alteraciones por parte de los inspectores, no querían pasar por alto ningún indicio. Tardarían días en hacerlo.

A su favor tenían cuatro elementos considerados como pruebas relevantes. Lansdown les entregó un informe que le había dado la noche anterior Peter Moutre, agente de la comisaría de policía de Hampstead. Moutre había escrito que solo seis semanas antes, poco antes de las cinco de la tarde del 2 de mayo, Allan Chappelow había visitado la comisaría y declarado ante el agente de guardia: «Me han robado la correspondencia». Tras dar su nombre, edad y dirección, Chappelow dijo que había estado cinco semanas fuera, pero que su vecina, Pamela Listowel, había introducido en el buzón de su puerta principal las cartas de mayor tamaño. Tras regresar a casa el día anterior, él había descubierto que alguien había forzado la puerta principal de su casa, y que en el vestíbulo no había correspondencia alguna.

Lansdown les entregó después un segundo informe de otra compañera de la comisaría de Hampstead, Teresa Weston, que era agente de prevención de delitos. En su declaración, Weston escribió que el 4 de mayo caminó hasta el número 9 de Downshire Hill y golpeó fuertemente la puerta, pero nadie respondió a su llamada. Depositó una carta en la que informaba a Allan Chappelow de que si requería una visita de la unidad de prevención de delitos, debía contactar con ella. Ese fue el último contacto que se tuvo con la víctima.

Lansdown dijo que había una tercera prueba que había provocado la visita realizada el 12 de junio por Cole y Azouelos. Se trataba de la llamada de la entidad bancaria HSBC en la que solicitaban que la policía visitara al señor Chappelow. El HSBC informó de que alguien había intentado depositar en su cuenta cheques a nombre de Allan Chappelow y de que este no había respondido a la solicitud del banco para que contactara con ellos.

La última prueba se refería al teléfono móvil de la víctima. A pesar de buscarlo durante tres días, no habían localizado el móvil de Allan Chappelow. Lansdown admitía que, dado el estado en que se encontraba el domicilio, todavía era posible encontrarlo, pero no le parecía probable. Según creía, alguien lo había robado. Gracias a una vieja factura que encontraron en

la habitación de Allan, descubrieron que su compañía telefónica era Orange. Tras una rápida llamada al operador les dijeron que se trataba de un Nokia de color negro y que su tarjeta SIM había sido utilizada en numerosas ocasiones durante las últimas semanas. Eso era todo cuanto podían decir por el momento. Para recibir un informe detallado de las llamadas, cuándo habían sido realizadas y a qué números, tendrían que conseguir acuse de recibo de una petición oficial que habría que hacer a través de la Unidad de Información de Telecomunicaciones de la Policía Metropolitana (MPS TIU) en Scotland Yard.

Para entender el crimen, dijo Lansdown ahora a sus compañeros, tenían que desarrollar un relato. ¿Por qué sucedió el asesinato en ese tiempo y lugar determinados? Lansdown creía que, según la información disponible en la reunión, había dos posibles teorías. Tal vez la víctima hubiera trabado relaciones con un estafador al que había dejado entrar en casa y había tenido lugar un altercado, resultando en el asesinato de Chappelow. La respuesta más probable, según dijo, era un asalto frustrado a la vivienda:[4] un timador había entrado subrepticamente en el vestíbulo del número 9 de Downshire Hill y había abierto la correspondencia de Chappelow. Mientras este se encontraba en Estados Unidos, el ladrón había robado varios cheques. Tras ser atrapado en el acto por el ocupante a su regreso, se había producido un forcejeo. El ladrón habría empujado entonces al anciano hasta la Habitación Seis —a pocos pasos de allí— y lo había asesinado. Por ahora esa sería la teoría con la que operarían.

Lansdown zanjó la reunión haciéndoles saber cuál sería la cadena de mando. Como inspector jefe, él quedaría a cargo de la estrategia general y decidiría qué línea tomarían las pesquisas. Dado que se trataba de un caso complejo, confiaría en sus mejores agentes. El ayudante de Lansdown sería Bill Jephson, un escocés de piel atezada especializado en investigaciones telefónicas. En ocasiones, sus rudos modales molestaban involuntariamente a sus compañeros, especialmente cuando abusaba de su autoridad y les decía lo que tenían que hacer, pero Jephson era un trabajador incansable y se había ganado el respeto por ser siempre el primero en llegar a la comisaría y el último en marcharse. El agente responsable del caso sería Peter Devlin, un

detective de homicidios de Glasgow con el que Lansdown trabajaba desde hacía años. Devlin era especialmente versado en investigaciones financieras, algo que el inspector jefe sospechaba que sería fundamental en ese caso. Jephson y, en particular, Devlin serían los encargados del día a día de la investigación.

Tras esto, Lansdown delegó las tareas a realizar. Un equipo iría puerta a puerta recogiendo declaraciones de los testigos. Tenían que averiguar cuanto pudieran sobre Allan Chappelow: con quién se relacionaba, cómo era y a qué se dedicaba. Un segundo equipo de agentes especialistas en escenarios del crimen debía continuar con el examen forense del domicilio, catalogando los elementos que encontraran, fotografiando las pruebas y descubriendo el cadáver por completo antes del mediodía. Por último, otro equipo recogería cualquier tipo de información bancaria y telefónica y, con suerte, localizaría a partir de ello las últimas actividades conocidas de Allan Chappelow. Dado que aparentemente habían robado el teléfono de la víctima, era posible que esto incluso les pusiera sobre la pista del asesino en sí.

Tras salir de la reunión, el subinspector Peter Devlin[5] caminó hasta el número 9 de Downshire Hill para verlo por sí mismo. Siguiendo el protocolo, se aseguró de no entrar en la propiedad, ya que sería su responsabilidad atrapar al culpable —cuando fuera que esto sucediera— y quería evitar cualquier posibilidad de contaminar el escenario del crimen.

Su primera impresión acerca del caso fue que sería «peliagudo», que el estado en que se encontraba la casa complicaría las cosas al equipo forense y que la investigación se dilataría en el tiempo. «Cuando sale un nuevo trabajo esperas que sea un buen caso —afirmó—. Yo me dije que este sería uno interesante». En la mayoría de los asesinatos hay implicado un miembro de la familia, un amigo o conocido, lo cual hace que resulten relativamente fáciles de resolver. Se identifica a un sospechoso durante las primeras veinticuatro horas y después se recogen pruebas que apoyen las pesquisas. Esta investigación, en cambio, supondría un desafío, lo cual agradaba a Devlin. Es más, le gustaba la localización. Pasarían los siguientes meses en Hampstead,

y él conocía sus calles y a su gente. Además, contaba con el añadido de tener buenas cafeterías. «Estaba tan excitado como puede estarlo uno tras treinta años en el oficio».

Peter Devlin nació en 1953, lejos de las frondosas calles de Hampstead Village. Se crío en una casa de vecinos junto a sus padres y dos hermanos menores en el distrito Pollokshaws de Glasgow.^[6] «Era una chabola —recordó— con un retrete exterior y una vista al parque de bomberos». Su padre era basurero, un «hombre duro con la reputación de ser honrado», y su madre trabajaba como limpiadora en una residencia privada. Era una mujer bajita y robusta con un buen sentido del humor. A pesar de que el suyo había sido un matrimonio al estilo de Romeo y Julieta —él procedía de una familia de devotos católicos y ella pertenecía a la fraternidad protestante Orden de Orange— en su casa reinaba el amor; era un hogar cálido y seguro al que acudir.

En 1970, Devlin dejó el colegio y comenzó a trabajar como administrativo en un banco. Tres años más tarde, aburrido con la vida de burócrata, se alistó en el cuerpo de policía y lo destinaron a la ajetreada comisaría de Oxford Street en Glasgow, como patrullero uniformado. A los veinticuatro años se casó con Denise, una chica nacida en Yorkshire que también vivía en Glasgow, y poco después le sugirió que se marcharan al sur, a pesar de que ninguno de ellos había estado antes en Londres. «Hagámoslo —dijo con valentía—. Vayámonos». Unos meses después, Devlin entró en la Policía Metropolitana, empezando de nuevo desde lo más bajo del escalafón. «Creía en el imperativo celta por el que los hijos mayores se trasladan a otra parte —dijo—. Iba en busca de aventuras».^[7]

Durante las dos décadas siguientes, su hambre de aventuras lo llevó a trabajos cada vez más emocionantes. Pasó de localizar a carteristas y ladrones de poca monta a infiltrarse entre narcotraficantes e investigar a agentes de policía vinculados con el crimen organizado. Poco a poco, el novato escocés se convirtió en el curtido subinspector de Londres al que pocas cosas podían sorprenderle. En el año 2000, todavía con ganas de aventuras, se unió al equipo de investigación de homicidios de Pete Lansdown en el norte de Londres.

Tras visitar el escenario del crimen en el número 9 de Downshire Hill, Devlin regresó a su despacho de Colindale. Allí cumplimentó una petición para que asignaran a un patólogo que examinara el cadáver y estableciera la causa de la muerte. Al contrario que sus compañeros, muchos de los cuales encontraron la forma de marchar a casa para ver el partido entre Inglaterra y Trinidad y Tobago del Mundial de fútbol a las cuatro de la tarde, Devlin permaneció en su escritorio toda la tarde, y hasta bien entrada la noche, leyendo los informes forenses preliminares y otros que había amontonados sobre su mesa.

Uno de los primeros documentos que había sobre esa pila era una declaración recogida ese mismo día por Nicholas Sullman, un cartero que trabajaba en la oficina de distribución postal de Hampstead. Sullman informó de que era el responsable de entregar el correo a los residentes de Downshire Hill y que con los años se había familiarizado con el excéntrico anciano que vivía en el número 9. «El jardín está hecho un desastre —había dicho el cartero a uno de los compañeros de Devlin—. Durante cierto tiempo, yo no estaba seguro de que viviera alguien en esa casa».

Entre cinco y seis semanas antes, tal vez el 5 o el 12 de mayo, Sullman había llegado a la puerta y se había encontrado la puerta principal bloqueada por ramas de los árboles caídas. No pudo depositar el correo del propietario en el buzón, de modo que había regresado a la oficina de distribución antes de continuar con su ronda. Unos cuarenta y cinco minutos después, se acercó a él un hombre en Heath Hurst Road, a unos cuatrocientos metros de la casa de Allan Chappelow. El hombre «me preguntó si había llevado el correo al número 9 de Downshire Hill». Cuando Sullman le dijo que no había podido hacerlo porque la puerta estaba bloqueada, el hombre le preguntó si tenía todavía las cartas, y Sullman le respondió que estaban en la oficina de distribución postal. Entonces, aquel individuo «me dijo que era el tío del ocupante» del número 9 de Downshire Hill y que «limpiaría la entrada». Según dijo el cartero, al día siguiente las ramas habían desaparecido, y añadió que «aquello debió de suponerle una ardua tarea».

Cuando le pidieron que describiera al hombre que lo había parado en Heath Hurst Road, Sullman dijo que era «chino. Un poco más bajo que yo,

que mido un metro setenta y cinco. Tendría unos cincuenta años. Su acento era inglés, aunque después de hablar con una vecina hoy, me refrescó la memoria y puede que su acento fuera americano». Añadió que se trataba de un hombre «de complexión normal, tal vez algo corpulento» y «recuerdo que posiblemente llevara una bolsa al hombro, vestía de beis, puede que los pantalones fueran de ante. Iba un poco desaliñado. Tenía el pelo moreno con flequillo y le llegaba a la altura del cuello».

Cuando terminó de leer la declaración, Devlin se preguntó si habría leído la primera descripción del hombre que había asesinado a Allan Chappelow. Entre la una y las dos de la madrugada se despidió del sargento de guardia de Colindale, subió a su coche y condujo hasta casa. Al día siguiente tendría que comenzar de nuevo a las nueve de la mañana, y necesitaba estar fresco.

Tras el final de la guerra, Allan quería más que nunca convertirse en reportero fotográfico. Su breve período en el banco le había hecho aborrecer el trabajo de oficinista. No obstante, entendía que su padre le advirtiera que sería duro ganarse la vida con la fotografía. Allan concluyó que la solución sería conseguir primero su licenciatura.

En otoño de 1945 rellenó la solicitud para estudiar en la universidad. Sus notas de la escuela eran excelentes, y Allan esperaba que su interés por la fotografía le diera ventaja respecto a otros estudiantes. No obstante, le preocupaba que sus años como objetor de conciencia supusieran una mancha en su solicitud. Por lo tanto, se sorprendió bastante cuando recibió una invitación para una entrevista en Trinity, la facultad más grande de la Universidad de Cambridge, y más todavía cuando vio que había sido aceptado para estudiar ciencias morales, como parte de su licenciatura de dos años. A pesar de sus ansiedades, la universidad parecía darle una segunda oportunidad.

Allan pasó el verano de 1946 ayudando a sus padres con la casa y preparándose para Cambridge. En su tiempo libre se dedicaba a la fotografía, realizando retratos de los miembros de la familia y de cualquiera a quien pudiera convencer para que posara para él. El 13 de agosto, por ejemplo,

consiguió fotografiar al escritor de 79 años H. G. Wells. La fotografía fue realizada en la residencia de Wells, en el número 13 de Hanover Terrace, en el centro de Londres, y captaba al celebrado autor mirando al vacío en actitud serena. Allan estaba contento con aquella imagen de su busto; le serviría como tarjeta de visita para otros posibles retratados.

Unas semanas después, a principios de septiembre, Allan Chappelow se despidió de sus padres y su hermano y marchó a la universidad a los veintisiete años. Se subió a su motocicleta Norton, que estaba aparcada en el jardín delantero del número 9 de Downshire Hill y, con sus pocas pertenencias metidas en las dos alforjas de cuero negro que llevaba, una a cada lado, recorrió los suburbios del norte de Londres hasta llegar a la A1, y después atravesó las planicies de Cambridgeshire.

No tardó en enamorarse de su nuevo hogar: de los grandes jardines y la verja de entrada conocida como Great Gate por la que pasaba cada mañana; del comedor revestido de roble donde la comida era abundante y gratuita; y de la biblioteca Wren, cuya tranquilidad permitía un estudio sosegado y productivo. Y, sobre todo, disfrutaba del río Cam, que manaba tras la facultad y sobre cuyas orillas cubiertas de hierba podía leer y realizar fotografías de las flores silvestres rosadas, amarillas o azules, o, mejor aún, navegar en una chalana.

Allan floreció en Cambridge, esforzándose en sus estudios y recibiendo buenas notas de sus tutores. Vivió durante un año en la facultad, y otro más en el número 22 de Portugal Street, donde compartió alojamiento con el príncipe Dimitri Obolensky, profesor lector de estudios eslavos de veintiocho años. No tardaron en hacerse amigos; Obolensky le contó a su compañero de piso cómo, tras la Revolución rusa de 1917, la armada británica había ayudado a su familia a huir de Rusia junto con el nieto del zar, y Allan le contaba historias de sus antepasados radicales y sus desacuerdos con los gobernantes.

En 1947, y nuevamente en 1948, Allan recibió el premio de oratoria Trinity College Hooper, hablando primero sobre el escritor H. G. Wells y después sobre James Keir Hardie, el primer miembro del Partido Laborista en el Parlamento. También obtuvo el segundo lugar en una competición de

ensayo en lengua inglesa. Y aunque no hizo muchos amigos —no se le daban muy bien las conversaciones de sociedad y no le gustaban las fiestas— tampoco hizo enemigos. La mayor parte del tiempo la pasaba en la biblioteca, en el río o en su habitación.

El verano de 1948, Allan se graduó con una licenciatura de tercera clase. Su baja nota final sorprendió tanto al candidato como a sus tutores, el primero creyendo que la enfermedad le había hecho bajar las notas, y estos últimos con la convicción de que la «amplitud de sus intereses podría haber supuesto una rémora para su trabajo académico», a pesar de que era capaz de alcanzar una graduación de clase II. El tutor de Allan, R. M. Rattenbury escribió en una nota: «No cabe duda de que es un hombre inteligente» y «ha mostrado pruebas de un buen trabajo».

Aunque sus notas estaban lejos de la excelencia, Allan se sentía en casa en el mundo académico y disfrutaba con la libertad que le otorgaba. Así que, en la primavera siguiente, solicitó plaza en la London School of Economics para estudiar psicología social e historia social del siglo XIX. Propuso como tema para su tesis a su pariente radical, el predicador Joseph Stevens, con un énfasis particular en el movimiento reformista de mediados del siglo XIX.

El 20 de mayo de 1949, durante una larga entrevista con el catedrático Beale de la London School of Economics, Allan explicó que su graduación de tercera clase no «representa su capacidad real» y ofreció numerosos testimonios que certificaban que podía hacerlo mejor. «Tiene tremendas ganas de ser aceptado inmediatamente —escribió Beale en sus notas—. Dudo mucho que debamos aceptarlo este semestre. —Y añadió—: Habla sin parar, tiene una gran opinión de sí mismo». A pesar de las reservas de Beale, el 16 de junio, el decano de estudiantes de posgrado escribió una carta a Allan, informándolo de que habían aceptado su solicitud para el siguiente semestre.

En su solicitud de beca escrita en julio de 1949 para el Ministerio de Educación, Allan escribió: «Mi relación familiar con Joseph Stevens (era mi tatarabuelo) me permite acceder a documentos originales y otras pruebas que no pueden encontrarse de otro modo». Concluía diciendo que su objetivo último era «proporcionarme una carrera académica, en psicología social, por ejemplo, un campo en el que parece haber una escasez de estudios

considerable», o, en su defecto, en «otros trabajos prácticos en el campo general de las ciencias sociales». Esta carta fue contestada inmediatamente, haciendo saber a Allan que le habían concedido una beca de dos años del gobierno.

Viviendo con sus padres, Allan reducía sus gastos y podía seguir con su interés por el periodismo fotográfico. Tuvo que trabajar duro. Al no tener experiencia laboral en ese campo, no podía vender un artículo antes de escribirlo. Tenía que escribirlo por su propia cuenta y riesgo, asumiendo los costes de desplazamiento con el riesgo de que los editores rechazaran su trabajo, lo cual sucedía más bien a menudo.

La gran oportunidad de Allan tuvo lugar durante la primavera de 1950. Una mañana soleada de finales de marzo decidió intentar entrevistar a su ídolo George Bernard Shaw. Primero le escribió una carta a Shaw, y adjuntó las fotografías que había realizado de Wells y los Webb. Después se desplazó con su motocicleta cuarenta y cinco minutos al norte de Londres hasta el pintoresco pueblo de Ayot St. Lawrence, donde vivía el dramaturgo. Por aquella época, el gran escritor estaba ya en su décima década de vida, y estaba recluido en su casa, que él llamó «Shaw's Corner». Allan llegó a la casa a las 12.15 del mediodía, pasó por la puerta de hierro forjado, llegó hasta la puerta principal y, tras golpear fuertemente la puerta, fue recibido por un hombre que se presentó como el doctor Loewenstein. Tras oír la misión que se había propuesto Allan, Loewenstein rechazó el paquete que quería entregarle y dijo: «No serviría para nada, recibimos muchas cartas por correo. Solo servirá para que pierdas las copias de las fotografías sin ningún sentido».

Decepcionado, Allan volvió a montar en su motocicleta y regresó a Londres. Cuando llevaba unos minutos de viaje decidió que no debía aceptar un «no» por respuesta, y volvió a Shaw's Corner. Esta vez fue recibido por una dama de mediana edad. «¿Sssí?, ¿qué quiere?», le preguntó con severidad. Allan le explicó que quería dejarle esa carta con las fotografías, y la mujer las aceptó a regañadientes y dijo: «Me encargaré de que las reciba. El señor Shaw es un hombre muy ocupado». Y la puerta volvió a cerrarse.

Seis días más tarde, Allan recibió un sobre en el número 9 de Downshire

Hill. Para su sorpresa, el remitente era George Bernard Shaw. La carta había sido mecanografiada en un papel azul fino, con sus pocas erratas corregidas a mano. «Lo que queda de mí es un esqueleto de noventa y tres años y medio —escribió Shaw—. Mejor dejarlo en paz. En cualquier caso, desaconsejo a todos que me visiten hasta que los días sean más largos, ya que nunca estoy libre antes de las cuatro de la tarde y a esa hora las calles aquí están ya oscuras, el camino es difícil de encontrar y la niebla es peligrosa en todo momento».

Movido por la impetuosidad de la juventud, Allan contestó a la carta ese mismo día: «¿Por qué se describe usted como un viejo esqueleto? ¡Debería avergonzarse! ¡Bah! ¡Pero si usted es el SUPERHOMBRE! Vuelva a poner el esqueleto en el armario y siga siendo la prueba viviente de su propia teoría de la Fuerza Vital». Esta vez no obtuvo respuesta.

Al cabo de tres meses, Allan mostraba sus fotografías una mañana de domingo en una exposición al aire libre junto al estanque Whitestone de Hampstead, uno de los lugares más altos de Londres, con vistas que se extendían hacia toda la ciudad. «Era uno de esos días de verano particularmente gloriosos —escribiría después—, cuando los rayos de sol, el cielo azul, el canto de los pájaros y el follaje verde susurrando ante la suave brisa hacían que a nadie le resultara posible sentir algo que no fuera benevolencia hacia la vida y hacia los hombres». Tuvo un repentino impulso, y decidió ir en moto hasta Ayot St. Lawrence una vez más. Como siempre, llevaba su cámara consigo, aunque ya había utilizado la mitad del carrete. Más dispuesto a continuar la marcha que a volver a casa a por otro rollo de película, se montó en su motocicleta y salió.

Una hora después estaba plantado ante la puerta principal de Shaw's Corner. Quien abrió la puerta fue nuevamente el ama de llaves de pelo gris, que esta vez se presentó como la señora Laden. Parecía contenta de verlo, y dijo que sus fotografías de los Webb habían estado posadas sobre la mesa durante varios días, pero lamentaba que el señor Shaw no podría reunirse con nadie, ya que había sufrido ciertas complicaciones médicas recientemente. Saldría a dar su paseo vespertino a las cuatro y media de la tarde, pero no debía molestarlo.

A pesar de las malas noticias, Allan permaneció en la escalinata de entrada charlando con la señora Laden y disfrutando del buen tiempo. Entonces, a las cuatro y media de la tarde en punto, oyeron pasos en el interior. «Ese es él —dijo la señora Laden—, preparándose para su paseo». Allan estaba emocionado; al menos podría decirle a la gente que había oído al «gigante desplazándose por su guarida».

La señora Laden entró en la casa y regresó al cabo de unos minutos. «Ah, señor Chappelow —dijo—. El señor Shaw estará encantado de verlo en la sala de estar. ¿Quiere acompañarme?». Allan, anonadado, siguió los pasos de la ama de llaves hasta el interior «como si viviera un sueño». Lo llevó hasta el salón. Sobre la repisa de la chimenea había una pequeña escultura que representaba a Shakespeare; junto a ella, la estatuilla de oro, el Oscar al mejor guion adaptado por el filme de 1938 *Pigmalión*, la adaptación al cine de su obra homónima. En la pared de enfrente había una fotografía de la mujer de Shaw, y en el ventanal en saliente, un busto del propio Shaw. A Allan, superado por la emoción, le inquietaba no saber qué decirle a Shaw, y más aún los feroces comentarios que pudiera dirigirle el escritor a él. «El corazón me golpeaba sobre el pecho como un martillo pilón», escribiría después. Entonces, la puerta se abrió, y Shaw entró en la habitación.

Me quedé literalmente mudo por el asombro y la fascinación que me causaba. ¡Qué eternidad puede vivirse en un breve momento de tiempo real! Tenía tantas ganas de ver en realidad lo que hasta hacía unos minutos no me parecía ni una posibilidad remota que lo único que pude hacer durante un buen rato era mirarlo. Bernard Shaw, por su parte también estaba allí de pie, inmóvil, con una mano en el pomo de la puerta y otra apoyada en su bastón, devolviéndome la mirada con una expresión ciertamente perpleja y un tanto divertida. Al final, rompió su silencio. Cuando empezó a hablar y reír se convirtió en la persona más encantadora y deliciosa que jamás haya conocido. Con su hermosa voz irlandesa, rica, apacible y estentórea, dijo: «Como ve, me queda poco ya».

No tardaron en encontrarse sentados uno frente a otro entablando una profunda conversación. Shaw le dijo que reconocía su apellido, y entre los dos descubrieron que la madre de Shaw había sido maestra de música de la prima de Allan, la sufragista Grace Chappelow. Después, Shaw le preguntó qué cámara utilizaba, y Allan le pasó su Zeiss Contax al dramaturgo para que la examinara. Enseguida se enzarzaron en una discusión sobre las ventajas y

desventajas de las diferentes marcas y modelos. Al cabo de unos minutos, Shaw lo invitó a «tomar tantas fotografías como quiera». De modo que, durante la siguiente hora, Shaw tuvo la gentileza de hacerle un recorrido por los alrededores de la casa y los jardines, posando cuando se lo pedía. En total, Allan consiguió realizar seis retratos de gran calidad. El anciano empezaba a cansarse, y Allan no solo no tenía más carrete, sino que tampoco quería abusar del recibimiento, así que se despidió, estrechando tres veces la mano de aquel gran hombre.

Al día siguiente, Allan reveló la película. Una vez finalizada la tarea le satisficieron los resultados. Las seis fotografías eran buenas y estaban bien encuadradas. Tom Todd, un editor amigo de su padre, fue a su casa a tomar el té al domingo siguiente y le dijo que las fotografías tenían la calidad suficiente para ser publicadas en un periódico. A Allan le preocupaba la posibilidad de que Shaw solo le hubiera permitido realizar esas fotografías porque apoyaba a la Sociedad Fabiana y de que no le daría el permiso para publicarlas. «Tonterías —dijo Todd—. Yo creo que le decepcionaría que no las publicaras».

Al día siguiente, Allan volvió a subirse a su motocicleta en dirección a Ayot St. Lawrence. Por el camino tuvo un pinchazo, y tras repararlo no llegó a su destino hasta pasadas las siete de la tarde. La señora Laden le dijo a la entrada de la casa que probablemente fuera demasiado tarde para ver a Shaw, pero después de comprobarlo, Allan fue invitado a pasar para una breve visita. Unos minutos más tarde, ambos estaban de pie en la salita observando juntos las fotografías de Allan. Shaw parecía satisfecho, especialmente con una en la que aparecía en el porche apoyado en su bastón con aspecto desafiante. El autor rio: «¡Esta tiene vida, esta hay que publicarla! ¡Llámela... *The chucker-out* (“El custodio”)!».

La entrevista de Allan con Bernard Shaw apareció en la siguiente edición semanal del *Daily Mail*. Hizo una impresión de *The chucker-out* de 50 × 40 centímetros y mandó que la enviaran a Shaw’s Corner. El domingo 10 de septiembre de 1950, seis semanas después de celebrar su nonagésimo cuarto cumpleaños, Shaw salió al jardín a podar unos arbustos. Resbaló y silbó fuertemente para que lo ayudaran. Lo llevaron apresuradamente al hospital,

donde le diagnosticaron la fractura de una pierna. Tras la operación, Shaw permaneció veinticuatro días en el hospital antes de regresar a casa para lo que serían las últimas semanas de su vida.[\[8\]](#) Su ama de llaves le preparó la habitación en la planta principal. En la pared de enfrente tenía el retrato de Allan Chappelow. Cuando los amigos lo visitaban, Shaw decía que era su fotografía favorita.

APUNTES DEL CASO

He recibido un correo electrónico de la hija de uno de los vecinos de Allan. Decía: «Todos le teníamos mucho cariño al señor Chappelow, que era un hombre encantador y amable». Después añadía que era un hombre que protegía con celo su privacidad y que le habría molestado que su vida (y muerte) se hiciera pública. Espero tener más suerte con el resto de los vecinos.

Me ha resultado imposible encontrar a ningún Peter Devlin en Irlanda, al menos no uno que haya trabajado para la Policía Metropolitana de Londres. Así que he llamado al Plan de Pensiones de la Policía. La amable señora me ha confirmado que Devlin estaba jubilado, pero que en realidad vivía en Inglaterra. Me prometió que si le escribía una carta se encargaría de que la enviaran a su dirección.

Llamé al abogado de Wang Yam, James Mullion. Le expliqué que estaba investigando el caso y que necesitaba información al respecto. Me dijo que solo podría hablar conmigo y darme acceso a los archivos de la defensa si su cliente daba su permiso. También me informó de que la carta que le había enviado a Wang Yam había sido confiscada por el director de la prisión.

Revisé los archivos de artículos del *Camden New Journal* en la biblioteca Holborn. En el primer artículo sobre el asesinato de Allan Chappelow informaban de que la policía estaba «siguiendo una línea de investigación por la que el señor Chappelow habría sido asesinado por ladrones que entraron en su casa y suplantaron su identidad, apoderándose de miles de libras de su cuenta bancaria». Otro artículo describía la historia básica de Wang Yam: había desempeñado un «papel secundario en una banda de estafadores que lo había utilizado», pero no tuvo nada que ver con el asesinato. Tengo que encontrar algún modo de hablar con él.

3

EL ASESINATO

A primera hora del 16 de junio llegó una llamada a la sala de redacción del *Camden New Journal*. El emisor dijo que había una importante actividad policial en el exterior del número 9 de Downshire Hill y que tal vez les gustaría echar un vistazo.

Hampstead era el territorio de Dan Carrier, así que le pasaron el aviso. El periodista, de treinta y dos años, era conocido localmente por su tenacidad y su integridad. Había empezado en el *Journal* a los doce años, haciendo entregas de periódicos a un penique el ejemplar. Con veinte años, Carrier entró en la redacción como aprendiz de periodista, y no se marchó desde entonces. El *Journal*, cuya propiedad recaía en manos de sus empleados y tenía su sede en un chalet adosado frente al supermercado Sainsbury's de Camden Town, era uno de los últimos semanarios verdaderamente independientes que quedaban en Gran Bretaña. Sus ventas eran escasas, su moral, muy alta, sus paredes necesitaban una mano de pintura y su baño, una buena reforma.

Dan Carrier había oído hablar por primera vez de Allan Chappelow cinco años antes, cuando el organismo británico de protección del patrimonio, English Heritage, había añadido el número 9 de Downshire Hill a su lista de inmuebles «en riesgo». En 2001, mientras miraba desde el exterior la casa en

ruinas, a Carrier le vinieron a la mente unas cuantas preguntas. ¿Quién era el dueño? ¿Por qué nadie se encargaba de cuidar esa casa? ¿Viviría en ella alguna persona con el corazón herido y que había dejado que se arruinara al estilo de la solterona señorita Havisham de *Grandes esperanzas*? Le pareció también que tenía cierto «aroma al Boo Radley de *Matar a un ruiseñor*».

Golpeó con los nudillos las puertas de doble hoja, y esperó. Después se abrieron, y tras ellas apareció Allan Chappelow, con aspecto desaliñado y bastante huraño. «¿Qué coño quiere?», le preguntó el propietario. Cuando Carrier comenzó a hacerle preguntas respecto a la casa, Chappelow dijo: «No, márchese, márchese». Y le cerró la puerta en las narices. Durante los siguientes años, el periodista intentaría hablar con él cinco o seis veces. Y en cada una de ellas fue despachado con rudeza.

Ahora, mientras conducía hacia Hampstead, Carrier sentía frustración por no haber llegado al fondo del asunto. No supo que Allan Chappelow había sido asesinado hasta que se lo dijeron cuando llegó al domicilio. «Me quedé bastante afectado y enojado —recordó Carrier—. Sentía que, en cierto modo, Allan me pertenecía. Me irritaba el no haber llegado a saber más de aquel extraño tipo, qué pasaba realmente con aquel viejo». El periodista observó cómo entraba y salía de la casa esa riada de especialistas del escenario del crimen con sus uniformes blancos. Habían colocado un contenedor amarillo al lado de la acera, y a cada tanto depositaban en ella un montón de escombros, muebles y otros desechos.

Carrier charló con varios de los vecinos e hizo fotografías, pero resultaba difícil saber lo que sucedía. Intentó trabar conversación con alguno de los policías que deambulaban por allí, pero nadie estaba dispuesto a hablar con él. Al parecer, los jefazos habían dado órdenes para que nadie hablara con la prensa.

La responsabilidad general de las relaciones con los medios de comunicación de la Policía Metropolitana de Londres recaía sobre el director de medios y comunicaciones. Este era quien se encargaba de ofrecer transparencia al público, al mismo tiempo que permitía que los agentes continuaran con sus investigaciones y salvaguardaba la reputación de la policía. La tradición dictaba que el contacto directo con los medios

nacionales y locales se dejaba en manos del inspector jefe. En este caso, obviamente, el inspector jefe era Pete Lansdown.

La opinión de Lansdown era que siempre podía mantenerse un equilibrio entre proteger la privacidad de la familia y utilizar a la prensa para ayudar en el desarrollo de las hipótesis. La cobertura de los medios de comunicación podía captar la atención del público y animar a los testigos a dar la cara. Si tenían suerte, un artículo podía provocar que el sospechoso hiciera algún movimiento en falso. Sin embargo, Lansdown era muy consciente de que los periodistas también acarreaban problemas. Podían hablar con testigos antes de que su equipo contactara con ellos, podían revelar detalles que él preferiría mantener en secreto y, lo más irritante de todo, podían cuestionar la forma en que se llevaba la investigación.

Cuando volvió a las oficinas del *Camden New Journal*,^[1] Dan comenzó a trabajar en su artículo. No había muchos casos de asesinato en Camden, aunque tampoco eran algo inaudito. De modo que el periodista estaba familiarizado con los diferentes estadios de las investigaciones de homicidios. Daría para varios artículos, según esperaba, así que llamaría a sus contactos en la policía para actualizar la información dentro de unos días. No obstante, por el momento se centró en lo que sabía. Su artículo presentaría testimonios de varios de los residentes locales, una breve semblanza de la víctima y una fotografía de la actividad policial en Downshire Hill, y se centraría en la perspectiva local del crimen.

El primer medio nacional que cubrió el asesinato fue el *Daily Mail*. Era una historia demasiado buena como para dejarla pasar, con un anciano escritor ermitaño, un brutal asesinato, suplantación de identidad y una localización de lujo. La mañana del 16 de junio publicaron un artículo con el titular: «Encuentran asesinado a un escritor en su casa de dos millones y medio de libras días después de que suplanten su identidad y vacíen su cuenta bancaria». En un artículo que ocupaba la totalidad de la página cinco, el *Mail* citaba a «fuentes de la policía» —posiblemente Pete Lansdown— que afirmaban estar trabajando con el supuesto de que la víctima intentó abortar un asalto a su casa y fue asesinada. Incluían una fotografía aérea del número 9 de Downshire Hill junto con el retrato *The chucker-out* de George Bernard

Shaw. También citaban el testimonio de un vecino que no quería revelar su identidad que calificó a la víctima como «uno de esos excéntricos de este mundo» y dijo que era «multimillonario», en referencia al valor del número 9 de Downshire Hill.

El 19 de junio, *The Guardian* ofreció un segundo relato posible. «Al señor Chappelow no se le conocían enemigos —informaban—. Una de las teorías es que un intruso había golpeado y torturado al señor Chappelow para sonsacarle sus datos bancarios antes de matarlo a golpes». El artículo añadía que Pete Lansdown «se negaba a especular sobre el móvil del crimen». Lo único que podía decir públicamente es que habían utilizado la odontología forense para confirmar que la identidad de la víctima se correspondía realmente con la de Allan Chappelow.

A las dos de la tarde del 16 de junio de 2006, el patólogo Robert Chapman llegó al número 9 de Downshire Hill para inspeccionar el cadáver de Allan Chappelow antes de que fuera transportado al tanatorio. Chapman, considerado uno de los mejores en su oficio, había realizado miles de autopsias, entre ellas las de la princesa Diana, Dodi Fayed y las víctimas de los atentados del metro de Londres en 2005.

Durante las dieciocho horas anteriores se habían retirado cuidadosamente los desechos que cubrían a Chappelow, revelando a un hombre completamente vestido que yacía en posición fetal bocabajo, con las caderas y rodillas flexionadas. Llevaba un jersey azul descolorido, pantalones azules de los que pendían unos tirantes y zapatos de cuero marrón. La cabeza estaba ligeramente girada hacia la izquierda y apoyada sobre el laminado de madera. Tenía los brazos doblados bajo el cuerpo.

Chapman, como todos los que habían entrado en la casa tras ser declarada escenario de un crimen, iba vestido con un equipo de protección personal, lo que la policía británica llama PPE (*personal protective equipment*), un mono de trabajo blanco que lo cubría de los pies a la cabeza. También llevaba una mascarilla, guantes de látex para cubrirse las manos y patucos de plásticos para los zapatos. Según el principio de Locard —así llamado en honor al

experto forense francés Edmond Locard—, el autor de un crimen traerá algo suyo al lugar de los hechos y se marchará llevándose algo de allí. Es la razón por la que ese atuendo era necesario, para evitar la contaminación del escenario del crimen, lo cual podría dificultar la localización del asesino.

Chapman se inclinó entonces para inspeccionar el cuerpo de cerca, le tomó el pulso y no se sorprendió de que la víctima no diera muestras de vida. El cadáver estaba helado. Cuando le tocó la mandíbula, los brazos y las piernas, notó que estaban rígidos y eran difíciles de mover. Tenía la cabeza y el pelo ennegrecidos por lo que parecía sangre seca, y el cráneo mostraba señales de estar fracturado, como si lo hubieran golpeado repetidas veces con un objeto contundente. El patólogo también se percató de que el rastro de sangre se había proyectado sobre los objetos que se encontraban cerca de la cabeza, y puso cuidado en no alterar esas pruebas. Después, cubrió las manos y la cabeza de Chappelow con una bolsa de papel para conservar su estado y examinarlas más tarde. Llegados a ese punto, algunos patólogos medían la temperatura del cadáver colocándole un termómetro en el recto, pero Chapman prefería dejar ese procedimiento hasta que llegara el momento de la autopsia propiamente dicha.

Le pareció que por el momento con eso sería suficiente. La tarea clave en ese estadio era observar a la víctima *in situ*, ver dónde había muerto la persona, si presentaba heridas, cómo habían ocultado el cadáver y si se había trasladado el cuerpo tras el asesinato. Para realizar cualquier otra investigación habría que esperar a disponer de las condiciones clínicas del mortuorio.

Una vez que el patólogo indicó que había finalizado su examen inicial, la entomóloga Samantha Pickles pasó a recoger muestras del cadáver. Con guantes en las manos, tomó unas pinzas metálicas y extrajo con cuidado cúmulos de huevos de moscardas de la ropa de la víctima, junto con numerosos puparios (que contienen las pupas) de alrededor del cuello y el codo derecho, y también moscardas adultas de la zona de la cabeza. Colocó estas muestras en matraces de plástico con una solución de etanol, los etiquetó y, después, los colocó en una bolsa térmica para examinarlos más tarde. Hizo señas para avisar de que había acabado y salió de la habitación.

Tras esto, dos agentes especialistas en escenarios del crimen introdujeron cuidadosamente el cuerpo de Allan Chappelow en una bolsa de plástico negra y lo colocaron sobre una camilla bajo la atenta mirada del patólogo. Cuando lo transportaron hasta la ambulancia estacionada fuera, los otros inspectores de la escena del crimen interrumpieron lo que estaban haciendo, realizando una pausa en señal de respeto. Cuando hubieron atado con correas el cadáver y cerraron las puertas, la ambulancia se marchó subiendo por Downshire Hill. Tardaría unos veinte minutos a través del tráfico ligero del mediodía para llegar al tanatorio de St. Pancras.

En septiembre de 1951 Allan regresó durante otro año a la London School of Economics (LSE). «El señor Chappelow tiene dificultades para financiar su investigación —escribió uno de los tutores—, de modo que su trabajo es difícil de calificar». Otro escribió: «Solo lo he visto una vez, y dudo que complete su tesis».

Allan no recibía apoyo económico de sus padres, y, aunque seguía viviendo en la casa familiar, la beca del gobierno no bastaba para cubrir sus gastos. En julio de 1952, Allan escribió a la administración de la LSE: «Me he visto seriamente perjudicado —dijo— por la necesidad de trabajar en un empleo con el que gane lo suficiente para comprar libros básicos y cumplir con variados gastos adicionales». Allan culpaba al gobierno por su negativa a extender la beca y afirmaba que no se matricularía para el curso siguiente.

En contraste con su carrera académica, su carrera periodística empezaba a despuntar. En los cinco años siguientes a su primicia sobre George Bernard Shaw, escribió un mínimo de nueve reportajes largos para el *Daily Mail*. Sus trabajos fueron publicados también en *Contemporary Review* e *Illustrated London News*. Entrevistó al escritor Somerset Maugham, al artista Augustus John y al filósofo Bertrand Russell. Los personajes sobre los que escribía Allan solían ser ancianos, normalmente artistas, políticos y filósofos, que divagaban acerca de su obra y de su futuro legado. En octubre de 1952, por ejemplo, Allan entrevistó al artista ermitaño de ochenta y cinco años sir Frank Brangwyn. «Sir Frank dio rienda suelta a sus visiones sobre el arte y la

vida, ofreciendo una muestra de fuegos artificiales de elocuencia que no tiene parangón con nada que yo haya experimentado antes —escribió Allan—. La vitalidad de ese hombre a sus casi ochenta y seis años era simplemente asombrosa».

Durante el verano de 1954, un año después de la muerte de Iósif Stalin, Allan participó junto con otros veintiséis estudiantes en un viaje por Rusia. Según afirmaba, era la primera vez que un grupo de turistas comunes visitaba Rusia desde 1939. El viaje fue organizado por el Departamento de Viajes del Sindicato Nacional de Estudiantes, y les costó noventa y cinco libras por cabeza. El grupo, de naturaleza apolítica, formaba parte de un intercambio en el cual un grupo de estudiantes rusos semejante realizaría una gira por Gran Bretaña. Allan esperaba también que ese viaje le proporcionara material suficiente para escribir un libro, una ambición que albergaba desde la infancia. Por lo tanto, antes de salir de Londres contactó con varias editoriales, llamando la atención finalmente de George G. Harrap & Co., que también había publicado las memorias de Winston Churchill y el popular libro infantil ilustrado *The Cave Boy of the Age of Stone*.

Allan tenía ganas de visitar Rusia desde que había compartido alojamiento en Cambridge con el príncipe Obolensky. «Tenía mucha curiosidad por la posibilidad de ver algo de la Unión Soviética con mis propios ojos —escribió después—. ¿Cómo era Rusia? ¿Cómo vivían los rusos? Solo tenía una noción muy difusa de todo ello. Por ejemplo, en cierto modo, era incapaz de imaginar a un ruso con bañador disfrutando en la playa». En su lugar, Allan tenía una vaga imagen mental de «personas estrictas, inhumanas y difíciles que decían “no” siempre, o casi siempre».

El grupo de estudiantes británicos viajó en tren y autocar a Rusia, donde visitaron museos y otros centros culturales. Además de Moscú y Leningrado, pasaron por Stalingrado y la ciudad balneario de Sochi. Al cabo de un mes, regresaron a Inglaterra, exhaustos, pero contentos con su viaje. Allan se sentó entonces a escribir un relato de su periplo, un manuscrito llamado *Russian holiday*. Este contenía varias anécdotas anodinas sobre sus aventuras tras el Telón de Acero, fotografías en color de la vida diaria que Allan había tomado en las calles de Rusia y un prólogo del parlamentario y premio Nobel de la

Paz sir Norman Angell. En su conclusión, Allan informaba de una manera un tanto ingenua de que «siempre tuvimos plena libertad para movernos por todas partes» y nuestros anfitriones nunca «intentaron inculcarnos sus opiniones ni realizar ningún intento de influir en nuestras impresiones». Añadió: «Nunca vi a un solo niño infeliz, miserable o desgraciado [...], y la gente parecía bastante, feliz, contenta (a menudo sonreían) y sana».[2] Allan finalizó su libro con el siguiente pasaje:

La ignorancia es en sí la negación de la civilización. La ignorancia genera miedo. El miedo genera odio. El odio genera histeria. Y la histeria puede llevarnos a la guerra. Una nueva guerra podría ser completamente desastrosa para toda la humanidad. Percatarse meramente de que el ruso medio (o el británico medio) es un ser humano amigable y con buen corazón que tiene prácticamente las mismas necesidades que las personas de la calle de cualquier otra nación, además de la creencia en la mutabilidad de las instituciones humanas y la evolución natural del espíritu de los hombres, supone dar los primeros pasos hacia un mundo más pacífico.

Russian holiday fue publicado en la primavera de 1955, y recibió críticas favorables de la prensa. Al parecer, la escritura era una ocupación que se ajustaba perfectamente a la personalidad de Allan. Con curiosidad intelectual, pero de preferencias solitarias, trabajador y diligente, estaba preparado para invertir las numerosas horas necesarias para triunfar como escritor.

Allan viajó a Albania con la Sociedad Albanesa de Gran Bretaña en 1957, con la esperanza de repetir el éxito alcanzado con *Russian Holiday*. Volvió a afirmar que se trataba del primer grupo de británicos que entraba en este país comunista desde el final de la guerra. Durante ese viaje, se hizo amigo de limpiabotas, agentes de aduana y tenderos. Y merodeó por una ciudad de acceso restringido en la que fue recibido con una curiosidad afable por parte de los lugareños (la llegada del grupo había sido anunciada en el periódico aquel día), hasta que lo arrestaron y fue detenido brevemente por la policía albanesa.

Cuando regresó a casa escribió un reportaje largo sobre sus aventuras para el *Daily Mail*. «Albania es un juego de colores y sonidos ante un fondo de montañas agrestes, pero a menudo hermosas, cielos azules y calor tropical —escribió—. Me encontraba constantemente ante la imposibilidad de creer que estuviera en Europa, en lugar de en la India o Afganistán». Allan, a la

edad de treinta y cinco años, parecía haber encontrado su vocación.

APUNTES DEL CASO

He recibido noticias del inspector de la policía retirado Peter Devlin. «Estaré encantado de ayudarle en lo que pueda —dijo—, teniendo en cuenta la Ley de Secretos Oficiales y posibles órdenes del juzgado». Nos vimos en el restaurante Pain Quotidien que hay junto a la estatua de Nelson Mandela en el South Bank de Londres. Había mucho ruido, pero no me importó, ya que Devlin tenía información muy interesante que compartir respecto a la investigación. Dijo que nunca creyó la versión de Wang Yam y que no fueron capaces de encontrar a sus supuestos cómplices. «Ahí no hay nada que rascar», dijo. Añadió que los abogados de Wang Yam habían jugado sucio con ellos, al no proporcionar la declaración de su cliente hasta la víspera de Navidad, justo antes del comienzo del juicio. En su opinión, el objetivo a largo plazo de Wang Yam era apoderarse del número 9 de Downshire Hill. Me asombra lo especulativa que es esa teoría. ¿Cómo podría transferirse la propiedad sin que haya un vendedor que esté de acuerdo o firme la documentación necesaria? Y, en caso de que Wang Yam lo hubiera conseguido, ¿no sería lógico que alguien se percatara de ello?

Me reuní con el abogado de Wang Yam, James Mullion, en su despacho, cerca del palacio de Buckingham. Me dijo que su cliente había dado el permiso para que viera los documentos de la defensa, pero solo se me permitió acceder a los documentos de las sesiones del juicio abiertas al público. Mullion fue sincero respecto a los posibles errores que pudieron cometerse en la estrategia de la defensa. Según dijo, Wang Yam era «testarudo», y se negó a declararse culpable de ninguna de las acusaciones, a pesar de que las pruebas de que había tratado con artículos robados eran «bastante convincentes». Mullion añadió que, «en mi opinión personal, lo habrían absuelto [del asesinato] si se hubiera declarado culpable de cometer fraude» en el primer juicio. Pasé el resto de la tarde examinando los expedientes de la defensa. Entre ellos había declaraciones de testigos, informes de patólogos, imágenes del escenario del crimen (incluyendo dibujos del número 9 de Downshire Hill donde encontraron el cuerpo) y un currículum de Wang Yam. Uno de los testimonios de la policía pertenecía a Jane Ainger, la vecina que vivía al lado de Allan Chappelow, quien dijo que lo había visto a principios de junio de 2006, menos de dos semanas antes de que la policía encontrara su cadáver. Pero la declaración de Ainger contradice la teoría de la policía, según

la cual el cuerpo de Chappelow yació en la casa durante semanas antes de ser descubierto. Necesito encontrar el informe de los entomólogos y hablar con Ainger. Uno de ellos tiene que estar equivocado.

Hablé con Tony Hillier, que vivió en el 36 de Downshire Hill hasta 2013 y es el antiguo presidente de Heath & Hampstead Society. Me proporcionó un resumen de puntos de vista de los residentes locales. Hillier dijo que la gente de la calle veía a Allan Chappelow como a un «excéntrico simpático» y que la reacción a su muerte fue de «conmoción y horror». Añadió que se habían producido «considerables contactos» entre Chappelow y Steven Ainger en el número 8. «Yo creo que existía un poco de tensión ahí». Era algo relacionado con los planes urbanísticos. Por contraste, la vecina del otro lado, lady Listowel, del número 10, tenía «buena disposición» hacia Allan y «se encargaba de cuidarlo». La otra persona que «se interesaba por él de manera altruista» era Peter Tausig, del número 11. Tausig «dejó claras sus intenciones de conocerlo y protegerlo, sin duda adoptó ese papel, de modo que creo que el resto de la calle sabía que había un pequeño ejército de personas» que cuidarían de él.

Tomé té y galletas con Peter Tausig. Me dijo que había aconsejado a Allan instalar un medidor de agua para reducir costes y que se había mostrado «extremadamente agradecido». Después de esto, Allan «empezó a confiar en mí para algunas cosas», entre ellas ayudarle con los Ainger de la casa de al lado, de quienes Allan afirmaba que «lo perseguían» y «hacían que su vida fuera un calvario». Allan decía que su casa era «la» casa de la calle, que quería conservarla para la historia. En cierto momento, Peter Tausig le pidió que le mostrara lo más interesante de la casa, pero el viejo «se negó», diciendo que estaba «en muy mal estado». Solo pudo visitar el número 9 de Downshire Hill tras la muerte de Allan. Se quedó anonadado al ver el ruinoso estado en que estaba la casa. Empiezo a entender el dilema de los vecinos: por una parte, querían ayudar a su vulnerable vecino, y por otra querían respetar su deseo de privacidad e independencia. ¿Fueron demasiado cautos?

He contactado con la Sociedad Anglo-albanesa esperando descubrir algo más del viaje de Allan a Albania. Pat Swire, secretaria de la sociedad, respondió diciendo que en la década de 1950 había dos sociedades britano-albanesas: la Asociación Anglo-albanesa, anticomunista, en la que había una mezcla de miembros británicos interesados en Albania y miembros de la diáspora albanesa en Inglaterra; y la Sociedad Albanesa de Gran Bretaña, que era más procomunista y cuyos miembros eran en su gran mayoría británicos. Allan era miembro de esta última. Tras su regreso de Albania, Allan asistió a reuniones de la Sociedad Albanesa, pero «apenas hablaba con nadie». Tras la caída de la Unión Soviética, ambos grupos británicos albaneses se fundieron en uno, pero Allan siguió pagando las cuotas. «Nuestros registros no dejan lugar a dudas de que pagó una suscripción anual en 2005 —escribió Pat—, de modo que en el momento de su fallecimiento era miembro de pleno derecho». Se ofreció a poner un aviso en su carta de notificación a los miembros para ver si alguno de ellos recordaba a Allan.

He recibido una carta del director de la cárcel en la que dice que han denegado mi petición de visita a Wang Yam. Según la política del gobierno (la orden PSI 37/2010), los presos solo pueden recibir visitas de periodistas en «circunstancias excepcionales». La única excepción (según la PSI 37/2010) es que el periodista sea capaz de convencer al Ministerio de Justicia de que la entrevista cara a cara será de interés para el público general, como en el caso de un error judicial. No lo entiendo, y apenas puedo creerlo. No estoy seguro de si esto significa que nunca podré visitar a Wang Yam o si simplemente tendré que esforzarme

más en ello.

4

LA FAMILIA DE LA VÍCTIMA

A finales de 1958, Allan contactó con el editor Charles Skilton. Además de Luxor Press, que publicó títulos como *Lesbian Love Old and New*, *Phallic Worship: A History of Sex and Sex Rites* y *Fanny Hill: Memoirs of a Woman of Pleasure*, Skilton también publicaba con su propio nombre libros de temática menos pornográfica, entre ellos, la exitosa saga de Billy Bunter.

A pesar de existir ya más de treinta biografías escritas sobre George Bernard Shaw desde su muerte en 1950, Allan fue capaz de convencer a Skilton de que había espacio en el mercado para otra más. Durante los dos años siguientes, Allan realizó una serie de entrevistas con los residentes de Ayot St. Lawrence —el cartero, el tendero, el farmacéutico y varios vecinos de Shaw—, un grupo de voces al que llamó «simposio». En su opinión, Shaw tenía dos vertientes: primero estaba el gran «GBS» que conocía el gran público, y después el otro, «el ser humano —oculto tras su máscara o fachada— que para mí resultó virtualmente opuesto al anterior: sensible, reservado casi hasta la timidez». La nueva obra de Allan sería un homenaje a este último.

Allan pasó el invierno de 1960-1961 corrigiendo las pruebas del libro, que llevaba por título *Shaw the Villager and Human Being*. Entonces, el 19 de febrero de 1961 murió Karen, la madre de Allan. Tenía setenta y nueve

años. Los médicos dijeron que falleció debido a su avanzada edad. A Allan, que tenía cuarenta y un años en aquel momento, le afectó profundamente la muerte de su madre. Siempre había tenido un vínculo más estrecho con ella que con su padre, y ella era la que ponía calma entre los dos cuando discutían. Al comienzo de *Shaw the Villager*, que fue publicado a la primavera siguiente, escribió: «Este libro está dedicado a mi madre. En recuerdo de su inquebrantable compasión y su apoyo incondicional e intemporal».

Sin embargo, al contrario de lo que sucedió con *Russian Holiday*, este nuevo libro no fue bien recibido por la prensa. Un crítico que se hacía llamar «Literary Lounger» («Holgazán Literario») lo describió como «interesante» pero «confuso». Otro crítico dijo que los comentarios de Allan «tenían el tono de un presentador que se esforzaba demasiado en que se produjera un debate». La crítica más dolorosa apareció en el *Daily Mail*, que Allan consideraba «su periódico». Bajo el titular «GBS hablando de sandeces y viceversa», el crítico anónimo calificó *Shaw the Villager* como una «recopilación elefantina de trescientas cuarenta y cuatro páginas», una «jungla de trivialidades» que contenía «necedades» del barbero de Shaw, tales como: «Me sorprendió el interés que mostraba el señor Shaw en todo, especialmente en las máquinas de cortar pelo eléctricas. Le encantaban. No era en absoluto un hombre anticuado».

En una «Nota al lector» que había al final de *Shaw the Villager*, Allan prometía un segundo volumen que, según dijo, se llamaría *Shaw: «The Chucker-Out»*. Su reacción, tanto a la crítica literaria como a la muerte de su madre, fue sumergirse más si cabe en el trabajo.

Tras la muerte de Karen, y en contraste con el retraimiento de Allan, Archibald Chappelow empezó a salir más. Le gustaba particularmente asistir al Player's Theatre, una bulliciosa y, en cierto modo, lujuriosa sala de fiestas de Covent Garden. Durante una de sus visitas, Archibald conoció a la gerente del teatro, Peggy March, una mujer atractiva y amante de la diversión que tenía veinticinco años menos que él. Peggy compartía la visión positiva de la vida que tenía Archibald, y no tardaron en salir juntos. En poco tiempo, él empezó a comprarle joyas, y alquiló un piso para ella en el West End. Nada

de esto agradaba especialmente a Allan, que sentía que su padre traicionaba la memoria de su madre y estaba siendo demasiado generoso con sus limitados fondos. El negocio de su padre nunca acabó de recuperarse tras la guerra, y Allan habría preferido que en caso de gastar dinero lo invirtiera en la casa, que necesitaba reparaciones urgentes.

A principios del otoño de 1965, con un tiempo más frío y húmedo de lo habitual para esas fechas, Paul, el hermano de Allan, cogió una neumonía. A pesar de su discapacidad, Paul había prosperado, pasando de vender cigarrillos en un estanco local a ser el contable de un empresario tabaquero con sede en la calle Charles, en la zona central de Londres. Las personas que tenían ese moderado nivel de parálisis cerebral solían alcanzar las esperanzas de vida de la población general. De modo que supuso una gran conmoción que la dolencia de Paul empeorara y que este muriera el 7 de octubre de 1965 en su cama de Downshire Hill. Tenía solo cuarenta y nueve años. Allan había perdido a su madre y a su hermano en un intervalo de cuatro inviernos.

Su depresión empeoró con la publicación en 1969 de *Shaw: «The Chucker-Out»*. El libro, que era una serie de fragmentos de pasajes pertenecientes a los textos y discursos de Shaw y contaba con una introducción de Vera Brittain, fue unánimemente vapuleado por la crítica. Stanley Weintraub, por ejemplo, renombrado crítico de Shaw que escribía en *The New York Times*, describió el libro como «valioso no gracias a las intervenciones editoriales de Chappelow, sino a pesar de ellas».

Al verano siguiente, el ambiente en la casa se vio en cierto modo apaciguado por la llegada de Torben Permin,^[1] el sobrino nieto de Karen, de veinticinco años. El plan de Torben, que voló desde Copenhague (Dinamarca), era pasar una semana asistiendo a un curso para mejorar su inglés. La casa estaba hecha un absoluto desastre; se habían realizado muy pocas reparaciones desde hacía años. Torben durmió en un sofá en la primera planta, con las paredes y los muebles cubiertos de polvo. Todo espacio disponible estaba lleno de antigüedades y cuadros en varios estadios de renovación. El aseo estaba asqueroso, con la bañera verde y negra por las algas y el moho. Para el desayuno, Archibald le cocinaba huevos fritos con beicon en un hornillo del atestado sótano.

Durante su estancia en Londres, Torben acompañó al padre de Allan y a su novia Peggy cuando salían al teatro, al cine y a los restaurantes. Allan se negaba a salir con ellos, y prefería quedarse en su habitación. Torben observó que, cuando se encontraban en las escaleras o a la entrada del baño, Allan y su padre podían saludarse o darse los buenos días, pero hasta ahí llegaba su comunicación. Según le contaron, la comida de Navidad era la única ocasión en la que padre e hijo se sentaban a la misma mesa.

Las cartas que escribía Allan a su familia suponen una de las pocas formas que tenía de interactuar con el mundo exterior, y nos proporcionan una visión inusitada del estado mental en que se encontraba por aquella época. El 17 de diciembre de 1973, por ejemplo, le escribió a su prima Margaret Ainsworth de Austin (Texas):

En cuanto a las contribuciones que pueda hacer al árbol genealógico de la familia, el hecho es que a) no sé mucho al respecto, y b) aunque me interesa y me gustaría investigar sobre este asunto, estoy demasiado ocupado con la segunda edición de mi libro *Shaw: «The Chucker-Out»* como para emplear un minuto en otra cosa; y la investigación genealógica, como supongo que ya has descubierto, puede ser un asunto muy complicado que exige mucho tiempo.

Allan ya no escribía para el *Daily Mail*, y dejó de vender sus fotografías a otros periódicos. Pasaba muchas horas en su habitación leyendo y releendo las cartas, discursos y manuscritos de George Bernard Shaw. Cuando sus amigos le preguntaban, decía que estaba trabajando en su nuevo libro sobre el genial escritor. La verdad era que sus esfuerzos no se traducían en grandes avances que pudiera mostrar.

En septiembre de 1976, el padre de Allan falleció en su propia cama. Acababa de cumplir noventa y cuatro años. Allan hizo los arreglos para que sacaran de la casa el cadáver del padre y lo incinerasen. Decidió no colocar las cenizas en la tumba que compartían su madre y su hermano en el cementerio de Highgate. Tampoco organizó ninguna misa funeraria, para sorpresa de sus primos británicos, daneses y estadounidenses.

Poco después de la muerte de su padre, Allan decidió que había llegado el momento de comprarse una nueva motocicleta. Aparcó su vieja Norton en el jardín delantero, la tapó con una lona y se fue de compras. En realidad, para

él no había más que una opción, la Vincent HRD 1000, también conocida como la «Black Shadow», una motocicleta terriblemente veloz que hacía un ruido atronador. En cierta ocasión, cuando la pilotaba calle abajo, un policía lo detuvo y lo advirtió de que tenía que llevar indumentaria protectora. Allan compró un casco de piel suave de tiempos anteriores a la guerra y, desde aquel momento, lo lució siempre que rodaba por las calles de Hampstead, junto con una vieja gabardina Mackintosh atada por la cintura con una cuerda que aleteaba al viento por detrás.

Fue por esta época cuando conoció a John Sparrow, que vivía junto con su esposa Peggy en Darmouth Park, cerca de él. John y Allan decidieron ganar un dinero extra trabajando para la oficina de correos durante la temporada de Navidad. Tras una semana de instrucción básica, se encontraron sentados uno junto al otro, clasificando el correo en pequeños anaqueles de madera en función de su código postal. «Era un tipo simpático», recordó John Sparrow. «Siempre tenía conversación, podía hablar de cualquier cosa». Al cabo de dos semanas, aquel trabajo temporal finalizó, pero siguieron siendo amigos.

Allan hablaba abiertamente de la relación con su padre, tal vez porque acababa de morir, y lo describía como un «bruto» que trataba a su mujer y a su hijo con crueldad y que era «extremadamente desagradable» con quienes estaban a su alrededor. Un hombre que «se dedicaba a vagar» y «nunca saludaba a nadie». Según decía, la razón por la que su padre nunca arregló la casa era que quería conservar su estado original. A consecuencia de ello, las cañerías eran primitivas y muchos de los desagües estaban en el exterior, con lo que a menudo se congelaban. A partir de esas conversaciones, y de otras, John Sparrow deducía que era «bastante posible», e incluso «probable», que Archibald maltratara físicamente a sus hijos y a su mujer.

Pero Allan también faltaba a la verdad. Le dijo a su nuevo amigo que no había entrado en acción durante la guerra porque tenía la obligación de cuidar de su hermano discapacitado. También afirmó que había tenido que convencer a la oficina de admisión de Cambridge porque no alcanzaba la nota de corte. Además, le contó a Sparrow que había mantenido romances con numerosas chicas y que pronto se casaría. Dado el olor corporal de Allan y su

costumbre de vestir con ropa sucia, por no hablar de las condiciones ruinosas de la casa, Sparrow no se creía en absoluto esas historias. Para él eran meras «fantasías».

John Sparrow fue uno de los pocos amigos, si no el único, al que Allan invitó a su casa, y sucedió solo en una ocasión. Al entrar en el número 9 de Downshire Hill, Sparrow se percató de que había enormes cantidades de antigüedades valiosas almacenadas en las habitaciones de abajo. En las plantas superiores, había columnas de libros y de papeles con escritos. «Era bastante reservado —dijo Sparrow—. Había cierto halo de misterio en torno a la casa».

Cuando Chappelow se reunía con sus amigos, siempre lo hacía bajo sus propias condiciones. Se montaba en su motocicleta y «hacía la ronda», según decía él mismo, para dejar regalos de Navidad o parar a tomar una copa. Al no tener teléfono en casa, era difícil localizarlo para concertar una cita con él y nunca dejaba entrar a nadie en su vivienda.

A pesar de criticar a su padre por ese mismo motivo, Allan se negaba a invertir en la casa. No tenía los fondos necesarios para devolver la gloria pasada a la propiedad, y en lugar de renovar la instalación eléctrica, la calefacción o la fontanería —lo cual pensaba que alteraría el tejido histórico de la casa—, decidió quedarse de brazos cruzados. Así fue como el edificio empezó a desmoronarse a su alrededor. El jardín estaba cubierto de vegetación, la pintura de las paredes estaba resquebrajada y desconchada. En su interior, las pilas de papeles, los libros antiguos, los cuadros a medio restaurar y los muebles viejos se amontonaban uno encima de otro para convertirse en montañas inamovibles, hasta que finalmente no quedaba más espacio sobre el suelo y resultaba imposible entrar en muchas de las habitaciones. Las cañerías dejaron de funcionar; el depósito de agua fría se soltó de su soporte, traspasó el suelo del desván y nunca fue reparado. El hornillo de la cocina se convirtió en una superficie más sobre la que almacenar cosas.

Hampstead Village también había cambiado desde los tiempos de juventud de Allan. Durante las décadas de 1960 y 1970 había aumentado su reputación como destino residencial codiciado, y, dada su proximidad al

centro de Londres y su atractiva combinación de casas de estilo regencia, georgiano y victoriano, así como los beneficios de vivir cerca del parque Heath, los precios subieron enormemente. Las viviendas más grandes eran divididas en pisos separados, lo que permitía a los arrendadores conseguir rentas más elevadas. Del mismo modo, los comercios tradicionales se vieron obligados a marcharse debido a los alquileres prohibitivos y a la subida de impuestos del ayuntamiento. La tienda de materiales de bellas artes Hegner's, la farmacia Morris, la panadería Rumbold's y el garaje Ruby's cerraron y fueron reemplazados por boutiques de moda, bares de tapas, establecimientos de utensilios de cocina de diseño y nuevos bloques de apartamentos. Los negocios familiares de la charcutería, la joyería y la cafetería se enfrentaron a un destino parecido, y fueron sustituidos por grandes cadenas y restaurantes caros. Finalmente, en 1980, McDonald's adquirió un edificio en Hampstead High Street.[2] Parece que a los residentes locales esto les pareció ir ya demasiado lejos, e iniciaron una campaña para impedir que la cadena de hamburgueserías obtuviera el permiso de urbanismo, una disputa que se prolongaría durante más de una década.

Dado el aumento del valor de mercado, para Allan habría sido fácil, e incluso sensato, trasladarse a una vivienda más pequeña y gestionable. De hecho, no pasaba una semana sin que recibiera en su buzón un sobre preguntando si estaba interesado en vender. Pero Allan, igual que su padre, se había comprometido fuertemente a mantener la casa. Para él, el número 9 de Downshire Hill era mucho más que un edificio de estilo regencia en una localización envidiable. Allí se sentía cómodo, conocía cada uno de sus rincones. Le recordaba a su madre y a su hermano. La mayoría de las personas no disfrutarían viviendo en unas condiciones cada vez más deplorables, pero a él no le importaba en absoluto. Haría cualquier cosa para proteger esa casa. Era su hogar.

A lo largo de la mañana del 16 de junio de 2006, el agente encargado de hacer de enlace con la familia, Gerald Pickering, intentó establecer contacto con los parientes de Allan Chappelow. Había hablado con dos de los primos

ingleses de la víctima, Michael y James Chappelow, pero ese hilo no llevaba a ninguna parte. Eran primos lejanos que apenas conocían a Allan y no podían proporcionar el contacto de ningún otro miembro de la familia. James Chappelow admitió que ni siquiera había conocido a su primo; la única vez que había intentado visitar el número 9 de Downshire Hill nadie contestó cuando llamó a la puerta. Por su parte, Michael no había visto a Allan desde hacía muchos años, y no tenía ninguna información valiosa que compartir.

No obstante, Pickering disponía de una pista acerca de otros familiares. Durante la primera búsqueda en el número 9 de Downshire Hill, la policía había encontrado una carta de una prima estadounidense de Allan, Patty Ainsworth. Estaba fechada el 4 de marzo de 2006, unas semanas antes de su viaje a Estados Unidos.

Pickering contactó con la oficina del Fiscal General de Austin (Texas), a través de Interpol, la red policial internacional. Unos días más tarde, dos miembros de la oficina del fiscal llegaron a la pequeña casa revestida de madera de Patty en Delwood, un barrio tranquilo al sureste de la ciudad. Al ver que no contestaba nadie, rodearon el inmueble y encontraron a Patty descargando la compra de su coche. Le mostraron sus identificaciones, le pidieron que les confirmara que se trataba de ella y, sin aviso previo, le dijeron que habían encontrado a su primo Allan Chappelow muerto en su casa de Londres.

«¿Cómo ha muerto?», preguntó cuando los hombres ya estaban a punto de marcharse. «Ha sido asesinado», dijeron, y le pidieron que se pusiera en contacto con Gerry Pickering de la Policía Metropolitana de Londres. Querían saber cuándo había sido la última vez que tuvo noticias de Allan tras su regreso a Inglaterra. Unas horas más tarde, Pickering recibió un correo electrónico de Patty Ainsworth. «Detective Pickering —escribió—. La carta que recibí de Allan fue escrita el 4 de mayo y tenía un matasellos del 6 de mayo. Habla sobre su viaje a Austin. Si necesita una copia de esa carta, hágame saber y podré enviársela por correo o fax». Unas horas más tarde, Pickering respondió que la carta era importante, ya que demostraría hasta qué momento permaneció Allan con vida. Sin duda le gustaría ver la carta, dijo, pero le sugirió que enviara una copia para que no se perdiera el original en el

envío.

Pickering recibió otro correo electrónico de Patty Ainsworth al día siguiente; esta vez adjuntaba una copia de la carta de Allan del 4 de mayo. «He estado en contacto con Michael Chappelow —escribió—, y nos preguntábamos si habrían encontrado por casualidad algún testamento entre los papeles de Allan». Pickering respondió ese mismo día, explicando que había hecho que examinaran la carta en la oficina de correos y que le habían dicho que había sido enviada entre las 18.30 del viernes 5 de mayo y el mediodía del sábado 6 de mayo. «De modo que puede conservar la carta, ya que es una prueba oficial del caso. Todavía estamos intentando trazar los últimos movimientos de Allan».

Respecto al testamento de su primo, Pickering dijo que no habían encontrado copia alguna en el número 9 de Downshire Hill y que preguntarían en los bancos de la víctima para comprobar si tenía algún abogado. «Por el momento la casa pasará a manos del gobierno local a partir de esta semana, ya que no hemos encontrado rastro de ningún pariente directo. En el sentido de hermanos, hermanas o primos de primer grado». El mensaje estaba claro: ni ella ni Michael Chappelow tenían muchas posibilidades de beneficiarse de la sustancial herencia de Allan Chappelow.

Pickering no tardó mucho en localizar a los primos daneses de Allan Chappelow. Mientras revisaban su diario de 1994, que los inspectores del escenario del crimen habían recogido del número 9 de Downshire Hill, Pickering vio una lista de tarjetas de Navidad. Sobre ella estaba escrito el nombre «Merete». También descubrió una tarjeta de negocios con el mismo nombre y decidió contactar con ella.

Merete Karlsborg le confirmó por vía telefónica que era la hija de una prima hermana de Allan —su abuelo Aage Permin era hermano de Karen—, lo que la convertía en el pariente vivo más cercano de los que había encontrado hasta la fecha. Merete puso en contacto después al detective británico con tres primos que tenían vínculos igual de cercanos con Allan, uno de los cuales era Torben Permin.

Dado que Torben hablaba un inglés excelente y había visitado a Allan en Londres, fue designado enlace familiar principal para los agentes de policía

británicos.

Cuando Torben preguntó respecto a los preparativos para el funeral de su primo, Pickering le dijo que eso le tocaba decidirlo a la familia, aunque tendrían que esperar hasta que los agentes de investigación estuvieran preparados para poner el cuerpo a disposición de la familia. Pickering dijo que volvería a ponerse en contacto con él en cuanto tuviera más información que ofrecerle.

APUNTES DEL CASO

Llamé al Registro Testamentario de Londres. Allan murió *ab intestato*, es decir, sin haber realizado testamento. Según la decisión del tribunal de 2006, su pariente o parientes más cercanos heredarían el número 9 de Downshire Hill y otros bienes (por valor de más de cuatro millones de libras en el momento de su muerte). El documento del juzgado remitía al abogado que sería fideicomiso testamentario, y también nombraba a uno de los parientes de Allan: Torben Permin. Llamé al abogado y me dijo que Torben Permin vivía en Copenhague, pero no recordaba más detalles al respecto. Solo pude localizarlo a través de internet, de modo que le envié un mensaje.

Tomé el té con un amigo de un amigo que es un eminente abogado con el estatus de consejero de la reina (QC).^{*} Le pedí que me explicara las bases del funcionamiento de un caso penal en el sistema legal del Reino Unido. También hablamos de la práctica imposible de que un periodista tenga acceso a los presos y la dificultad para conseguir las transcripciones de los juicios (en comparación con Estados Unidos). El QC dijo: «No soy un gran defensor de la justicia abierta». Añadió que el sistema del Reino Unido funcionaba bien otorgando un papel protagonista a los letrados para que estos se aseguren de que funcione con eficacia y rapidez.

Mi editor, angustiado con el secretismo del juicio, ha decidido hacer uso de asesoramiento legal exterior. Me han pedido que resuma el material de investigación recopilado y que detalle mis fuentes de información. Como periodista, necesito proteger a mis contactos, pero también quiero que el proceso sea lo más fluido posible. Le dije a mi editor que la asesoría legal externa no puede compartir ese material con nadie.

Tras el aviso que puse en el boletín informativo de la Sociedad Albanesa, contactó conmigo Antonia Young, que visitó Albania con Allan y cuatro personas más en septiembre de 1993. Recordaba que Allan había dicho que era «profesor» y que nunca llegó a «descubrir realmente quién era». Añadió que «no parecía tener ideas originales» y simplemente repetía lo que decían otros. Antonia me puso en contacto con Steve Cook, de Oregón (Estados Unidos), el organizador de aquel viaje de 1993. Este me escribió por correo electrónico: «Supongo que estamos hablando del mismo tipo, pero me resulta difícil creer que el Allan

que yo conocí fuera un escritor famoso. Era una de las personas más raras que haya conocido nunca, durante los diez días que estuvimos recorriendo los Alpes albaneses siempre parecía estar en las nubes». Cook añadió: «Me entristeció saber que lo habían asesinado. Mi mujer hizo una búsqueda en Google y hemos leído acerca de todo el asunto con consternación».

Estaba viendo la televisión cuando sonó el teléfono. Mi mujer me dijo que no lo cogiera, pero no me sonaba el número, así que contesté. «Hola, soy Wang Yam —dijo la voz al otro lado—. ¿Sabe quién soy?». Estuvimos hablando durante una hora. Dijo que lo acababan de trasladar desde la cárcel de Whitemoor («categoría A») a la de Lowdham Grange^[1] («categoría B»), donde les permitían realizar llamadas. Estaba llamando con un móvil de prepago desde su celda. Convenimos en hablar al día siguiente a las cinco de la tarde.

5

LA INVESTIGACIÓN

Allan, que tenía setenta y tres años en el verano de 1993, vio un anuncio en la revista *Outside*. Un aventurero estadounidense llamado Steve Cook estaba organizando una excursión de diez días de duración que atravesaría los Alpes albaneses, y buscaba compañeros de viaje. El régimen comunista había caído solo dos años antes, y Allan, que todavía tenía fresco su viaje a Rusia de la década de 1950, envió una carta para postularse.

Dos meses después viajó a Tirana, capital de Albania, desde donde tomó un autobús hacia la histórica ciudad de Escútari, en la zona montañosa del noroeste del país. Allí se reunió con Steve Cook y otros tres estadounidenses. A Cook le sorprendió que Allan —o «*mister Allan*», como se le conocería pronto entre los porteadores— no parecía en absoluto preparado para el viaje. Llevaba un mono de mecánico azul y unos zapatos de suela fina. No había prestado atención alguna a los avisos que había enviado Cook sobre los abruptos caminos o la necesidad de usar botas de montaña. Cook, preocupado por la seguridad del anciano inglés, le preguntó a Allan si estaba preparado para iniciar la marcha. «Estaré bien», insistió Allan.

Se marcharon a pie a la mañana siguiente en dirección a Bajram Curri, subiendo por el río Valbona hasta llegar a doscientos metros sobre el nivel del mar para comenzar una ascensión de 1.700 metros que los llevaría a

cruzar el valle de Valbona. A medida que avanzaban, las quebradas sin árboles de las montañas Malditas se erguían ante ellos. Cook recordaría después que «el señor Allan se desvaneció al poco de cruzar el valle. De modo que contratamos a unos albaneses que tenían un poni de montaña, montamos al señor Allan sobre las albardas con estribos de cuerda y seguimos la marcha». Los lugareños llevaban siglos usando ese camino, pero todavía no había sido adaptado para uso turístico. Por lo tanto, algunos de los tramos eran peligrosos, con caídas abruptas de más de cien metros por los costados. «El señor Allan —no obstante— se mostraba ajeno a ello, agarrándose de una mano mientras hacia fotografías al azar con la otra». Al final, el camino resultó demasiado traicionero incluso para el intrépido londinense. Los vaqueros albaneses le dieron instrucciones a Allan para que bajara del poni y se agarrara a su cola. Así fue arrastrado durante el resto del abrupto ascenso.

Tras descansar un poco, el grupo se aventuró por el otro lado de la montaña y pasó la noche en el pueblo de Theth. Al día siguiente caminaron hasta Selce, que estaba al norte, pero Allan seguía teniendo dificultades, así que el grupo regresó a Theth de nuevo para pasar la noche. Durante los siguientes días recorrieron en unas anticuadas camionetas chinas las peligrosas carreteras a Escútari, Tamara y Vermosh, donde exploraron un poco el terreno antes del regresar a Theth. Cook recordó que Allan volvía a parecer demasiado relajado con esas «peligrosas» excursiones.

En cierto momento, Allan señaló a uno de los miembros del grupo y preguntó quién era esa persona. Era Marash, la mujer de Cook, que llevaba ocho días con ellos. Otro de los participantes estadounidenses de la excursión dijo que había echado un vistazo al diario de Allan y estaba lleno de «garabatos y galimatías sin sentido». Allan le dijo al grupo que era de Oxford y dejó entrever que era profesor en la universidad. Después diría que trabajaba como cartero. A lo largo del viaje, Allan «nunca pareció tener idea de lo que sucedía —dijo Cook—, ni de dónde estábamos, a pesar de que le repetía las cosas pacientemente una y otra vez». Cook también advirtió que vistió con el mismo mono durante todos los días y que no se duchó una sola vez.

Al cabo de diez días de mucho viaje en las zonas de carga de esas viejas camionetas y de poco senderismo de verdad, el grupo regresó a Escútari. Se despidieron, y Allan regresó a Tirana, desde donde voló a casa. Durante los siguientes meses, Allan escribió repetidas veces a Cook para hacerle preguntas acerca del viaje, consultas del tipo «¿dónde estábamos el día tal?» o «¿qué hicimos tal día?». Esas Navidades, Allan le envió a Cook una postal en la que aparecía una mujer desnuda dentro de una cabina de teléfonos de Londres. Aparte de la felicitación navideña, el mensaje no se entendía: la escritura era prácticamente indescifrable.

Dos años después de que volviera de Albania, una nueva pareja se trasladó al número 8, la casa contigua a la de Allan Chappelow. Eran Steve y Jane Ainger. Al poco tiempo, los Ainger le propusieron hacer una ampliación de su finca que limitaría con su propiedad. El resultado, según contó Allan a sus otros vecinos, Peter Tausig y lady Listowel, sería transformar su casa en un chalet adosado, arruinando así su esplendor histórico y arquitectónico. ¿Cómo podía ser la «Manor House» —se preguntaba— si colindaba con otro edificio?

A lo largo de finales de la década de 1990 y principios del nuevo milenio, Allan estuvo enfrascado en una constante batalla dialéctica con los Ainger. En enero de 1998, por ejemplo, envió una objeción de cuatro páginas al distrito en respuesta a la petición urbanística de sus vecinos. «He vivido aquí durante los últimos sesenta y cuatro años —escribió—, y en todos estos años nunca habíamos tenido problemas con los ocupantes anteriores del número 8. Ambos eran escritores, igual que yo, por lo que eran miembros de una categoría especialmente respetuosa y necesitada de paz y tranquilidad, además de ausencia de ruidos y otras distracciones que puedan interferir con su trabajo». Tras esto añadió: «Como dijo Wordsworth: “Recordar reporta tranquilidad”».

A medida que se hizo septuagenario, Allan Chappelow se volvió más solitario y más excéntrico, alguien que almacenaba cosas de manera compulsiva. Durante más de veinte años había vivido solo, y el estado en que se encontraba el número 9 de Downshire Hill empeoró cada vez más. Ya no se lo veía apenas montar en motocicleta, aunque a veces trasteaba con ella en

su jardín. Una vez al día visitaba la biblioteca comunitaria de Keats Grove, a unos cinco minutos a pie de su casa, donde leía el *Daily Mail*, y después regresaba. Esa solía ser toda su interacción social.

A principios de 2001, Allan Chappelow trabó amistad con Thomas Carr, un carpintero de cincuenta y seis años que vivía con su mujer en un pequeño piso de Highgate, a unos veinte minutos en autobús de Downshire Hill. De vez en cuando, Chappelow pedía a Carr que le ayudara con reparaciones de la casa. Este manitas era la única persona a la que le permitía la entrada en el número 9 de Downshire Hill.

Carr lo ayudó con la casa, por ejemplo, retirando secciones del revestimiento de madera de las paredes del sótano. No obstante, nunca le pidió que arreglara los inutilizados baños ni los agujeros del tejado. De hecho, para impedir que el agua entrara en la casa, el propio Chappelow se subió al tejado y cubrió varias secciones de este con grandes trozos de plástico negro.

«Las únicas veces de las que tengo constancia que estuviera en el jardín —dijo Carr después— era cuando salía de la casa o entraba en ella. Y no tenía gran aprecio por sus muebles. Muchas de las habitaciones estaban tan llenas de trastos que casi no podías abrir las puertas». Chappelow nunca usaba la puerta trasera, añadió, y no podría haberlo hecho sin desplazar los muebles que se amontonaban sobre ella. «Tanto la casa como lo que había en su interior —dijo— estaban en un estado de abandono pésimo».

Carr también le dijo a la policía que la Habitación Seis, donde se encontró el cuerpo de Chappelow, estaba bastante ordenada. Ahí era donde su patrón guardaba sus manuscritos, almacenados de manera organizada en estanterías de metal dispuestas en la pared.

El subinspector Devlin pasó el resto del día 16 de junio de 2006 centrado en lo que había sucedido con el dinero de la víctima. Tras una serie de llamadas a entidades crediticias, directores de sucursales bancarias y operadores telefónicos, empezaron a llegar fardos con balances de cuentas, correos electrónicos, faxes y otra correspondencia al cuartel general de la Operación

Barnesdale en Colindale.

Allan Chappelow tenía cuatro cuentas corrientes, en los bancos RBS, HSBC, ING y Alliance & Leicester. También tenía una tarjeta de crédito de Sainsbury's que pagaba automáticamente mediante una domiciliación a su cuenta del HSBC. Estas cuentas corrientes contenían menos de mil libras entre todas, salvo la de ING, que contaba con algo más de 52.000 libras. El anciano escritor también tenía una cartera de inversiones, incluyendo 40.000 acciones en la empresa de entretenimiento Rank. Estas acciones generaban dividendos ocasionalmente, que se le enviaban por correo postal.

Dada la voz de alarma que había generado el HSBC, Devlin quería saber si Allan había sufrido alguna otra actividad fraudulenta. En las conversaciones con los bancos con los que trabajaba la víctima, Devlin descubrió que el 26 de mayo de 2006 se había realizado una petición para tener acceso *online* a la cuenta de Allan en RBS y habían enviado automáticamente un código de activación al número 9 de Downshire Hill. Este hecho era sospechoso, dado que no había conocimiento de que la víctima usara internet. Seis días más tarde, el 1 de junio a las 12.22, se utilizó el código de activación de RBS desde un ordenador (cuyo rastro llevó al locutorio Internet Lounge de Charing Cross Road) para generar una contraseña y un código PIN. Poco después, estos fueron utilizados para ver *online* la cuenta de Allan Chappelow en RBS, incluyendo un chequeo de sus pagos de facturas y domiciliaciones bancarias.

Ese mismo día, a las 14.26, se realizó una llamada a ING Direct desde una antena de telefonía móvil cerca de Langham Place, a veinte minutos a pie desde Charing Cross Road. El emisor de la llamada dijo que quería sacar dinero, pero había olvidado su número PIN. Al ser incapaz de responder a las preguntas de seguridad, la cuenta fue bloqueada y enviaron un nuevo código de seguridad a la dirección de residencia de Chappelow.

Cuatro días más tarde, justo antes del mediodía del 5 de junio, alguien accedió a la cuenta de ING Direct de Allan usando el nuevo número PIN desde un ordenador localizado en Crystal Amusements Ltd., un cibercafé de Charing Cross Road. Después de que esta persona fuera incapaz de introducir la fecha de seguridad requerida, alguien llamó a ING y, tras proporcionar

correctamente el PIN, el emisor de la llamada pudo cambiar esa fecha de seguridad por otra de su elección. Unos minutos más tarde, la persona tuvo acceso a la cuenta de ING vía internet y se transfirieron 20.000 libras a la cuenta de Allan en RBS. Dos días más tarde, poco después de las cuatro de la tarde del 7 de junio, se accedió a la cuenta de Allan en RBS desde el café-internet Qaran de Pratt Street. Se realizó una orden de pago y se transfirieron 10.000 libras a una cuenta llamada «Money TT, referencia Jenny».

Después, el 13 de junio, en pleno desarrollo del segundo día de registro del domicilio, alguien cambió la clave de seguridad de la tarjeta de crédito de Sainsbury's en un cajero que había a la salida del supermercado Tesco de Kentish Town, y poco después sacó veinte libras del banco Abbey National que había un poco más abajo. Esa noche volvieron a usar la tarjeta de crédito de Allan Chappelow, esta vez en el restaurante indio Curry Paradise de South End Green, a menos de diez minutos andando del número 9 de Downshire Hill.

Poco después de la hora del almuerzo del 16 de junio —tres días más tarde de que se realizara esa última transacción y un día después de que comenzara la investigación por homicidio—, el subinspector Peter Devlin llamó por primera vez al departamento de fraudes de la tarjeta de crédito de Sainsbury's. Normalmente, Devlin no habría podido obtener información de una institución financiera sin una Orden de Producción, una solicitud oficial de cinco páginas cuya redacción requería tiempo y esfuerzo y podría tardar semanas en procesarse. Pero esa noche, dada la gravedad del asunto, el oficinista al otro lado de la línea estaba deseando ayudar. Fue durante esta llamada cuando Devlin supo que la tarjeta de Allan Chappelow había sido utilizada recientemente en el restaurante Curry Paradise.

Tras poner al día a Pete Lansdown sobre las nuevas noticias y recibir la aprobación para entrevistar al personal del restaurante, Devlin se metió en el coche y puso rumbo al Curry Paradise de Hampstead junto con el agente Stewart O'Brien. Por primera vez desde que comenzó la investigación, Peter Devlin sentía que estaba tras la pista del asesino de Allan Chappelow.

Poco después de las cuatro de la tarde del viernes 16 de junio de 2006, Peter Devlin y Stewart O'Brien aparcaron en la puerta del Curry Paradise, un restaurante indio encajado entre la sucursal de Hampstead de la librería independiente Daunt Books y una oficina inmobiliaria, a menos de cien metros de la estación de tren de Hampstead Heath.

Dentro, los agentes de policía se reunieron con el encargado de Curry Paradise, Ali Shahid, y su jefe de camareros, Rafique Uddin. El Paradise, como se lo conocía localmente, era un local sofisticado. Con sus modernos acabados en roble y cristal, luces halógenas y paredes de ladrillo visto, el interior evocaba más la atmósfera de un bistró californiano que la de un establecimiento de *tandoori*. Mientras O'Brien hablaba con el camarero en la barra, Devlin se sentó con el propietario en una de las mesas del restaurante. Shahid confirmó que una pareja de aspecto oriental había cenado en el restaurante el 13 de junio. Cuando acabaron, el hombre pidió la cuenta, diciendo que tenían prisa porque llegaban tarde a una cita para ver una casa. No obstante, la tarjeta de crédito del cliente fue rechazada por la máquina, de modo que había telefoneado al banco. Se hizo llamar «Allan», recordaba Shahid. El banco se negó a desbloquear la tarjeta, así que el cliente, que no llevaba dinero encima, le dejó su teléfono móvil al encargado del restaurante a modo de depósito y prometió regresar en unos minutos para pagar la cuenta.

Una hora después, volvió la mujer y pagó la cuenta, una parte con tarjeta de crédito y otra en efectivo. Dejó una propina de dos libras. Shahid enumeró las características del hombre: tendría unos cuarenta años, según pensaba, y mediría un metro cincuenta y cinco, hablaba inglés, pero con un fuerte acento asiático, con pelo canoso corto con entradas y barba de uno o dos días. La descripción se acercaba bastante a la que el cartero Sullman hizo del hombre de las intermediaciones de Downshire Hill. Shahid también ofreció una descripción de la mujer: medía alrededor de un metro cincuenta, y también tenía acento. Su pelo era moreno, y lo llevaba atado en una cola. Shahid dijo que estaba seguro de que podría reconocer al hombre si lo viera de nuevo.

Devlin alzó la vista y vio que su compañero caminaba hacia él con aspecto de estar emocionado. «Utilizó un teléfono de tipo concha plateado —

dijo O'Brien— para llamar al banco. Usó su propio teléfono». Devlin, no obstante, no entendía lo que quería decir su compañero. O'Brien le explicó que el banco solo habría hablado con el timador si pensara que se trataba realmente de Allan Chappelow. Habrían identificado a su cliente a través de la tarjeta SIM. Pero el camarero del restaurante recordaba que el teléfono que usó el cliente era plateado y de tipo concha, lo cual no se correspondía con la descripción del móvil de Allan Chappelow. Esto significaba que el timador había colocado la tarjeta SIM de Allan en su propio teléfono. La Unidad de Inteligencia Criminal (Crime Intelligence Unit, CIU) de Scotland Yard podría localizar la dirección del timador a través del número IMEI que correspondía a ese teléfono con tapa.

Devlin llamó inmediatamente a Bill Jephson y le dijo que hiciera una solicitud urgente a Scotland Yard. Con suerte, podrían utilizar los datos captados durante la llamada telefónica a la empresa de la tarjeta de crédito y proporcionar la dirección del propietario de esa terminal. El problema, según se percató Devlin, es que ya era viernes por la tarde. Por lo tanto, era poco probable que ningún miembro de la CIU recibiera ese mensaje hasta el lunes. Devlin solo podía esperar que, para cuando tuvieran noticias de la CIU, el timador siguiera viviendo en la misma dirección.

APUNTES DEL CASO

Wang Yam llamó a las cinco de la tarde en punto. Me preguntó el número de mi teléfono fijo, ya que era más barato. Se lo di, pensando que así habría más probabilidades de hablar. Tendría que haberlo comentado antes con mi mujer y mi hija. Le pregunté por su día a día, y me dijo que lo que más le gustaba eran las clases de música. Después me cantó una canción que había compuesto. También me comunicó que no dormía bien (su compañero de celda roncaba). Coincidimos en que la llamada de teléfono seguramente estaba siendo monitorizada por las autoridades de la cárcel. Habló largo y tendido sobre su infancia y cómo creció en China. Le hablé acerca del crimen. «¿Mató usted a Allan Chappelow?», pregunté. «No —dijo (serenamente)—, soy inocente». Admitió haber recibido las tarjetas de crédito y cheques robados a la víctima a través de una banda de delincuentes chinos. Entonces, me planteó una cuestión interesante: si, tal como dice la policía, el usurpador del correo había regresado al número 9 de Downshire Hill después de saber que Allan Chappelow estaba muerto, ¿por qué no registró la casa y se llevó el pasaporte, la agenda de contactos, las tarjetas de crédito y las claves de seguridad que estaban a plena vista en la cama del viejo? Me parece una pregunta razonable.

El primo danés de Allan, Torben Permin, ha respondido. Trabaja como ingeniero para una compañía telefónica y vive en uno de los barrios residenciales de Copenhague. Al principio se mostró receloso, pero me ofreció su ayuda cuando le expliqué que quería saber más acerca de la vida de Allan. Torben dijo que su prima y ahijada Merete había recibido mayor parte de la herencia al ser hija única (la parte de Torben tuvo que repartirla con su hermano y su hermana). Aunque esto se adecuaba a las normas establecidas por la justicia británica, esa disparidad había generado malestar en la familia y hacía años que no hablaba con Merete. Añadió que posiblemente tuvieran algunas fotografías y cartas antiguas de Allan. Si las encontraba, me lo haría saber.

También he recibido una carta del Gestor de Patrocinio de Eventos y Derechos de Autor de la Policía Metropolitana de Londres en la que dice que estarían encantados de proporcionar agentes para que pudiera entrevistarlos para el libro, pero que me cobrarían 777,15 libras por ese servicio. Afirmó que antes de publicarlo tendría que «obtener

consentimiento por escrito previo» de la Policía Metropolitana y del entrevistado. En otros términos, esto significa que quieren tener control editorial sobre lo que escribo, y, obviamente, eso no me hace gracia. Necesito encontrar una forma de hablar con agentes implicados en el caso sin obtener el permiso de los mandos superiores.

6

EL PATÓLOGO

A pesar de la impresión que daba a los miembros de su familia, vecinos y periodistas de ser un ermitaño que vivía en estado de retiro, Allan Chappelow se vio con ganas de realizar al menos un viaje internacional más. El 18 de febrero de 2006, tres meses antes de que fuera asesinado, escribió a su prima Patty Ainsworth, de Austin (Texas), y le dijo que estaba planeando hacerle una visita.

En su carta, Allan explicaba que el *Daily Mail* intentaba apoyar la afectada industria turística ofreciendo viajes de vuelta gratuitos a Estados Unidos. Durante el invierno, él había reunido los veinticinco cupones necesarios, y ahora estaba en posición de viajar a la mitad del precio normal. Volaría de Londres a Boston el 26 de marzo de 2006, donde pasaría tres días investigando en la biblioteca del Boston College, y después viajaría en avión a Austin el 29 de marzo para realizar una investigación en el Harry Ransom Center de la Universidad de Texas, donde se encontraba el archivo Shaw y una de las colecciones de artefactos literarios y culturales más grande del mundo. «He estado pensando en aceptar la invitación de tu madre (¡de hace treinta años!) —escribió—, pero lo cierto es que la posibilidad no se ha hecho realidad hasta ahora, y naturalmente quiero aprovechar al máximo esta gran oportunidad que tengo». Le preguntó si le gustaría que se viesen.

Allan llegó al Aeropuerto Internacional Austin-Bergstrom el miércoles 29 de marzo de 2006. Estaba emocionado por contactar con su familia estadounidense y realizar la investigación en la Universidad de Texas.

Austin, a medio camino entre Houston y Dallas, era la capital del estado, con una población de algo más de setecientos mil habitantes. Situada a orillas del río Colorado y a escasa distancia en coche de fértiles colinas y cañones, Austin era una de las aglomeraciones urbanas de mayor crecimiento de la nación y atraía a muchos visitantes debido a su paisaje diverso y su dinamismo cultural. En la década anterior se había hecho famosa por su escena de rock alternativo y el festival de cine y música South by Southwest, y la pequeña ciudad era conocida por ser una isla liberal en un mar de conservadurismo. Igual que en el resto de Texas, en Austin también subirían las temperaturas primaverales. De hecho, cuando Allan salió del avión llegaban a los 26 °C. Los periódicos dijeron que para el fin de semana alcanzarían los 37 °C.

Allan tomó un taxi desde el aeropuerto hasta el albergue International Hostel, en Lakeshore Drive, en uno de los barrios residenciales al oeste de la ciudad. Allí le mostraron un dormitorio común con cuatro literas metálicas. Afortunadamente para el anciano de ochenta y seis años, una de las camas de abajo estaba libre. Dobladas sobre el colchón había una recia manta gris, una sábana y una almohada fina. También le dieron una toalla y, a cambio de un depósito de cinco dólares, una taquilla donde podría meter su maleta. Tras una noche de sueño intermitente en aquella habitación sin aire, dio cuenta del desayuno incluido, dispuesto en el comedor que había junto a la entrada del hostel: Cheerios, pan blanco, mantequilla de cacahuete, mermelada y una jarra con un café flojo, pero caliente. También había un cuenco grande de acero inoxidable del que se invitaba a los residentes a coger una manzana o plátano. «Come sano», rezaba en un cartel. La pizarra que había en la pared lo informó sobre las ofertas culturales del día: clase de yoga al mediodía, un taller a media tarde sobre políticas transgénero y un paseo por la playa al atardecer.

La mujer que había en el mostrador de recepción le dijo que la mejor forma de llegar a la ciudad era tomar el autobús número 7, y le vendió un

pase para todo el día. Tras caminar durante diez minutos por una carretera muy transitada, bastón en mano y con su mochila al hombro, Allan esperó quince minutos a que llegara el autobús. Aunque era temprano, hacía ya un calor brutal en la calle, y para cuando se sentó tenía ya la ropa empapada de sudor. El autobús, que daba tumbos por la accidentada autopista de seis carriles de East Riverside Drive, pasó ante talleres mecánicos, casas de prestamistas y cantinas, y se detenía cada doscientos metros para recoger a trabajadores hispanos camino del turno de la mañana. Al cabo de diez minutos, el vehículo giró abruptamente a la derecha, cruzando el río Colorado por el estrecho puente de South First Street. Estaban en el centro de la ciudad. Después, subieron por las calles numeradas, pasaron ante cafeterías y fachadas de torres acristaladas —Austin tenía muchos menos rascacielos que muchas otras ciudades estadounidenses—, se detuvieron cerca de la escalinata del Capitolio de color blanco de Texas y se adentraron en el campus universitario.

Tras un trayecto de cuarenta minutos, Allan bajó del autobús y caminó otros diez minutos por el polvoriento Martin Luther King Jr. Boulevard, con una cojera más pronunciada debido al cansancio. Finalmente llegó al Harry Ransom Center, biblioteca central y archivo de la Universidad de Texas. Entró en el edificio de cemento de forma cúbica, tomó el ascensor hasta la segunda planta y le explicó a la mujer del mostrador de información que había ido a investigar al escritor y dramaturgo George Bernard Shaw.

«Lo recuerdo bien —dijo el bibliotecario de investigación Richard Workman—, era un personaje singular». Richard le enseñó cómo utilizar el sistema informático para solicitar documentos del archivo. Cada día se sentaba en la misma silla de madera, cerca del puesto central del bibliotecario de investigación, y hojeaba los documentos que había solicitado del depósito. «Era un poco borde —dijo Richard—. Aunque vino por aquí cada día durante todo un mes, no hizo migas con el personal». Ese comportamiento no era lo habitual, señaló. Trabajó desde las nueve de la mañana, cuando abría la biblioteca, hasta las cinco de la tarde, cuando cerraba, y tuvo oportunidad de repasar cada uno de los artículos de su colección sobre Bernard Shaw.

Sentado en esta tranquila biblioteca, a ocho mil kilómetros de Inglaterra,

Allan se encontró con un intercambio epistolar que él mismo había mantenido con Shaw más de medio siglo antes. La correspondencia se dividía en dos partes; la breve respuesta corregida a mano de Shaw en la que se declaraba demasiado viejo y frágil para recibir visitas, y la segunda carta mecanografiada de Allan en la que le preguntaba si recordaba a su tatarabuelo Joseph Stevens. Allan estaba entusiasmado con ese descubrimiento. Durante los siguientes días continuó revisando los archivos. Los últimos años de Shaw eran los que más le interesaban. Con su enrevesada caligrafía, Allan escribió una lista de los documentos que quería fotocopiar.

Cierta tarde, Allan le preguntó al vigilante que había a la entrada de la biblioteca si podía llamar a una prima suya que vivía en Austin. El vigilante se disculpó, explicándole que él no tenía acceso a ningún teléfono, y le sugirió que buscara a alguien que estuviera trabajando todavía en las oficinas de administración. En la tercera planta, Allan encontró al bibliotecario Tom Best aún en su escritorio. Allan le explicó que necesitaba ayuda, y le entregó una carta de su prima con las palabras «espero que algún día nos visites en Texas» junto con un número de teléfono. Tom se ofreció a ayudarle, pero descubrió que el número de teléfono no estaba operativo. Percatándose de la edad del hombre que tenía ante sí, y sabiendo que el transporte público no llegaba a los barrios residenciales, Tom se ofreció a llevar a Allan a la casa de su prima en su vieja camioneta. «Esto va a ser una aventura», recordó Tom haber pensado.

Cuando llegaron a la pequeña casa de madera blanca del barrio Delwood no encontraron a nadie en casa. Tom llamó a varias de las casas colindantes mientras Allan se quedaba junto a la camioneta bajo aquel sol de justicia. Al ver que no contestaba nadie, Allan dijo que se quedaría esperando en la casa, pero Tom, preocupado por las altas temperaturas, le dijo que lo llevaría de regreso a su hostel y le sugirió que dejara una nota a su prima en la puerta.

Mientras recorrían la I-35 con un denso tráfico, charlaron. «Mi vieja camioneta tenía poca gasolina y estaba a punto de sobrecalentarse», recordó Tom. Había ruido, no tenían aire acondicionado y Allan tenía problemas de audición, de modo que se gritaban uno a otro. Hablaron sobre todo de política, quejándose ambos sobre sus líderes. Tom dijo algo poco halagador

de George Bush, y entonces Allan hizo aspavientos con indignación. «¡Blair no es ningún socialista! —bramó—. ¡Es un capitalista, de la cabeza a los pies!». Una hora después, Tom dejó a su nuevo amigo en el hostel y regresó al congestionado tráfico de la tarde, no sin antes prometer que seguirían en contacto. «Recuerdo al señor C como una persona de modales anticuados —dijo Tom—, preciso, tal vez metódico, cordialmente irritante».

A las 10.20 del sábado 17 de junio de 2006, el doctor Robert Chapman comenzó la autopsia de Allan Chappelow. El examen tuvo lugar en la planta baja del hospital St. Pancras, en el norte de Londres, un edificio de dos pisos de ladrillo rojo con clara necesidad de reformas. Era una morgue grande, llena de camillas de acero inoxidable, bandejas repletas de instrumental reluciente y un suelo de cemento pulido en cuyo centro había un desagüe. Chapman, vestido con uniforme quirúrgico y gorro azul, guantes y mascarilla, registró la información básica en una grabadora digital. Esto incluía la fecha, la hora de inicio de la autopsia y el lugar donde se realizaba, junto con su nombre y los de los cuatro miembros del equipo de Lansdown que se encontraban en la sala.

Tras realizar múltiples fotografías a color de Allan Chappelow, entre las que había primeros planos de sus lesiones, el patólogo comenzó el examen externo. Percibió que el jersey azul de la víctima estaba cubierto de cera solidificada y que había un área extensa de la parte delantera de la prenda que estaba quemada. También descubrió que el jersey rojo y el chaleco que llevaba debajo presentaban quemaduras y daños en las mangas. Junto a la piel encontró una faja de color carne asegurada con velcro que el fallecido llevaba para mantener en su sitio el pecho y el estómago. En los bolsillos de sus pantalones azules encontró un bolígrafo, un trozo de papel blanco, una cinta métrica, un capuchón y un cilindro para carretes de fotos vacío. Llevaba el jersey metido dentro de los pantalones con los tirantes por encima. Los pantalones estaban sin abrochar y con la cremallera abierta. Bajo la cabeza de la víctima había un chubasquero de color violáceo que había sido contaminado con fluidos corporales y estaba quemado por fuera.

El patólogo anotó que el cuerpo medía 1,69 metros de altura. Era de complexión delgada y, a pesar de su edad, seguía teniendo el pelo castaño. El cuerpo estaba en avanzado estado de descomposición y la piel, descolorida. Los daños por parásitos eran generalizados, según observó, y presentaba una piel curtida y de color entre amarillo y marrón, particularmente alrededor de las manos y las rodillas, debido a la deshidratación, o lo que el patólogo llamó «momificación». Chapman descubrió que la cabeza y el área cervical habían sufrido daños extensos, incluyendo la mandíbula, los huesos faciales y los pómulos. Fue de suma importancia descubrir que la base del cráneo estaba aplastada; que había fracturas extensas en el cuello (indicaban estrangulamiento); y que tenía muchas de las costillas rotas.

Al cabo de aproximadamente cuatro horas, Chapman concluyó su examen. En su informe declaró que Allan Chappelow había sufrido un mínimo de cinco golpes contundentes que habían resultado en múltiples lesiones en el cráneo. Dada la extensión de las heridas, era más probable que lo hubieran golpeado con un objeto pesado como un martillo o un palo de madera que simplemente pisado o aporreado con los puños. La causa de la muerte indicada fue «traumatismo craneal».

El informe del patólogo fue mecanografiado y enviado por correo electrónico a Lansdown, que se fijó en las quemaduras y la cera solidificada. ¿Es posible que Chappelow usara velas para iluminarse, ya que no había electricidad en la casa, y que se derramara encima la cera? ¿O tal vez el intruso hubiera tirado cera sobre la víctima para obligarlo a revelar la clave de seguridad de su tarjeta de crédito?

Pete Lansdown se percató de que había todavía demasiadas fisuras en el relato como para comprender de qué manera y por qué había muerto Chappelow. Para desvelar el caso era esencial descubrir más acerca de la historia de la víctima. ¿Por qué estaba ese extraño hombre viviendo solo en una casa en ruinas en los frondosos alrededores del noroeste de Londres? ¿Quién era Allan Chappelow?

Unos días después de dejar la nota en la puerta de la casa de su prima en

Austin, Allan recibió un mensaje de esta en su hostel. La noche siguiente, Patty Ainsworth y su marido Steve recogieron a Allan de la biblioteca y lo llevaron a cenar al asador Salt Lick, un restaurante familiar a unos diez kilómetros de Austin. Mientras comían costillas, puré de patatas y pan de maíz, Allan les dijo a Patty y a Steve que llevaba más de seis décadas viviendo en la misma casa y que estaba «orgulloso de ello». También hablaron de política, y Allan dijo que tenía «miedo de los chinos» y criticó de nuevo las políticas de Tony Blair.

Allan le dijo a Patty que ahora que estaba en Estados Unidos le gustaría saber más sobre su familia, en particular sobre William «Avocado» Chappelow, su tatarabuelo, que fue uno de los primeros en cultivar aguacates en California. ¿Le importaría ponerle en contacto con alguno de sus descendientes?, le preguntó. Esa misma semana, Patty le dijo a Allan que había hablado con el descendiente californiano más directo, pero que lamentablemente no quería hablar con él. Aunque decepcionado, Allan al parecer se hizo cargo enseguida, y le dijo a Patty que así al menos tendría más tiempo para investigar en la biblioteca.

Antes de marcharse de Austin, Allan le entregó a la bibliotecaria jefe una lista de los documentos que quería fotocopiar. En total eran 360 páginas que tendrían que ser enviadas a su casa en Inglaterra. La mujer del mostrador le dijo que el proceso podría tardar unas semanas, y le pidió a Allan los datos de su tarjeta de crédito.

El 29 de abril, un mes después de llegar a Austin, Allan voló a Boston, donde pasó otros dos días en la biblioteca del Boston College. Dos días después tomó un vuelo nocturno al aeropuerto de Heathrow, en Londres, y llegó allí el 1 de mayo de 2006 a las 7.30 de la mañana.

APUNTES DEL CASO

Tras varios intentos, he conseguido al fin hablar con Steven Ainger, que vive en el número 8 de Downshire Hill. Ainger dijo que Allan era «un excelente vecino, tranquilo, sin problemas, ¿qué más se puede pedir?». Cuando insistí en hablar sobre Allan Chappelow, dijo que prefería detener ahí la conversación debido al proceso de apelación que había abierto Wang Yam. Le pregunté en qué podían influir los asuntos legales de Wang Yam respecto a su relación con Allan Chappelow, y no contestó. ¿Tal vez no quisiera hablar mal del difunto?

También mantuve una conversación telefónica con Nigel Steward, que vive en Keats Grove, a menos de cien metros del número 9 de Downshire Hill. Dijo que había sido «muy afable» con Allan Chappelow, aunque en realidad solo lo conocía de saludarlo cordialmente. «El personaje que se ve en público por aquí —dijo— no se corresponde siempre con cómo es esa persona». Dijo que, en la época en que asesinaron a Allan, él era director del proyecto Hampstead Safer Neighbourhood para preservar la seguridad en el barrio, y que había podido constatar numerosos incidentes de robo de correspondencia y cubos de basura. Según sus estimaciones, esto había sucedido al menos en seis ocasiones a finales de 2006 y a lo largo de 2007 (mientras Wang Yam permanecía bajo custodia policial). Notificó cada uno de ellos a su contacto en la comisaría de policía de Hampstead. «Los delincuentes pasaban por aquí con sus camiones —dijo—, recogían los cubos de basura antes de que llegaran los basureros y los llevaban a un almacén de la zona este de Londres donde los revisaban. En aquel tiempo, los agentes inmobiliarios y los bancos no se tomaban la privacidad tan en serio, y había muchos casos de suplantación de identidad». A pesar de la similitud y la proximidad respecto al asalto a la casa de Allan, Steward dijo que ningún policía le había tomado declaración durante la investigación por asesinato. ¿Es posible que el asesinato de Allan Chappelow fuera parte de una serie de robos más amplia y que no tuviera nada que ver con Wang Yam?

Llamé a Lansdown y le pregunté por la posibilidad de que la existencia de otros ladrones de correo en la zona pudiera afectar a su teoría, según la cual, no era factible que hubiera más sospechosos del asesinato. «Podría ser», dijo. «Empieza a desmoronarse, ¿no le parece?», insistí. «Sí —respondió—, así es. Pero no teníamos ninguna información al

respecto ni nada parecido. ¿Hubo otros asaltos a casas en la zona? ¿Hubo otros intentos de estafa parecidos? No teníamos nada de eso». Dijo que estaba «absolutamente convencido» de que habían cogido a la persona adecuada.

Resulta que hubo un incendio en el número 9 de Downshire Hill menos de una semana después de que la vivienda fuera declarada escenario de un crimen. La inspectora jefe del escenario del crimen, Francesca Spennewyn, informó en su declaración oficial para la policía (que encontré al fondo de los archivos de la defensa) que «El 15 [de junio] la Unidad de Recuperación de Pruebas inició su trabajo, que concluyó el día 18. El equipo POLSA inició sus labores el 18 (limpieza del jardín) con registros efectuados los días 19, 20, 23 (incendio) y 29... Se declaró un incendio en la planta baja, justo al salir de la Habitación 6. Había que certificar la seguridad de la vivienda para continuar con el registro». Según el *Camden New Journal*, un tercio de la planta baja sufrió daños. Peter Devlin me confirmó a través de una conversación telefónica que el incendio había sido originado al caer una de las lámparas halógenas de la investigación. Añadió que ya habían sacado de la vivienda todas las pruebas importantes.

Tras una breve conversación, Wang Yam me pasó con su amigo Jack Hemming (anteriormente «John Moody», quien cambió su nombre en la cárcel). Jack dijo que se habían conocido en Whitemoor cinco años antes. Whitemoor era una prisión mucho más dura que Lowdham Grange. Cuando no estaban jugando al pimpón (lo hacían tres veces por semana, Wang Yam era mucho mejor que él) o trabajando (Jack enseñaba arte), se quedaban encerrados en sus celdas para no meterse en problemas. Jack cumplía una condena de treinta años por asesinar a su novia de Norwich y a su amante. Admitió haberlos asesinado (aunque no recuerda haberlos apuñalado), pero dijo que se trataba de un crimen pasional y que tendrían que haberlo juzgado por homicidio involuntario. Jack afirmó que no creía que Wang Yam pudiera hacer daño a nadie, «pero lo cierto es que tampoco pensaba que yo fuera capaz de hacerlo», añadió. Jack habló del carácter de Wang Yam. «Es generoso, muy amable y atento». Dijo que, aunque en la cárcel no solía haber mucho contacto físico, ellos se abrazaban frecuentemente. A veces lloraban y se consolaban uno a otro. «Si no fuera por Wang Yam —dijo al final de nuestra conversación— me encontraría muy solo».

7

LA PERSECUCIÓN

En cuanto llegó a la comisaría aquella mañana del lunes 19 de junio de 2006, Peter Devlin contactó con el banco que había expedido la tarjeta de crédito utilizada por la cliente en el restaurante Curry Paradise. Tras explicar la naturaleza de sus indagaciones y prometerles enviar por fax una orden judicial en su debido momento, preguntó por el nombre de la cliente y si había realizado compras recientes. Según dijo el representante de la compañía de la tarjeta de crédito, su nombre era Dong Hui y, efectivamente, había usado la tarjeta recientemente. De hecho, había comprado un billete de la aerolínea EasyJet esa misma mañana.

Devlin llamó a EasyJet, y pronto supo que Dong Hui había reservado un vuelo que salía del aeropuerto de Luton hacia Zúrich, en Suiza. Su vuelo acababa de despegar. Frustrado, Devlin informó a Pete Lansdown, que le sugirió que revisara las cámaras de seguridad del aeropuerto. ¿Tal vez hubieran captado alguna imagen de Dong Hui?

Alrededor de las cuatro de esa tarde, Devlin y Gerry Pickering continuaban en la oficina de seguridad del aeropuerto de Luton revisando las grabaciones cuando llamó Bill Jephson. El informe de la Unidad de Inteligencia Criminal de Scotland Yard acababa de llegar, según dijo. El móvil con tapa utilizado en el Curry Paradise estaba registrado en el número

13C de Denning Road, en Londres NW3, y pertenecía a un hombre llamado Wang Yam. Jephson le dijo a Devlin que se presentara en Denning Road cuanto antes.

El registro de la vivienda era una cuestión urgente, pero, en todo caso, el detective necesitaría una orden judicial. Obtener una sin previo aviso y a esa hora de la tarde requería de cierta pericia. Afortunadamente, gracias a un caso anterior, Devlin conocía a una jueza que vivía en Hampstead y con la que se llevaba bien.

Tardaron poco más de una hora en llegar en coche hasta el domicilio de la jueza. Aparcaron junto a una pequeña casa apartada en uno de los callejones de Hampstead. Devlin llamó al timbre, y enseguida les abrió la puerta una mujer mayor que parecía a punto de salir de la casa. Tras disculparse por molestarla, Devlin explicó el motivo de su visita y por qué pensaba que se había cometido un acto delictivo. Minutos después, la jueza firmó el formulario de diez páginas que permitía el registro y le deseó suerte.

Denning Road era una calle tranquila y estrecha situada en el corazón de Hampstead Village. En su parte alta se cruzaba con Willoughby Road, que a la izquierda comunicaba con Hampstead High Street, con sus tiendas de moda, sus cafés con terrazas y la estación de metro, mientras que a la derecha quedaba el pub Wells Tavern y, pasado este, el Hampstead Heath. A cada lado de Denning Road había una hilera de edificios de ladrillo marrón de tres plantas, todos ellos con unos escalones que daban a un bonito porche blanco. Devlin se percató de que el piso del propietario del teléfono estaba justo a la vuelta de la esquina de la casa de Allan Chappelow,^[1] a un paseo de menos de cinco minutos.

La casera del piso, Anna Toma, estaba esperándolos al pie de los escalones de piedra blanca. Junto a ella había una gran montaña de bolsas de basura verde y muebles abandonados. Estos pertenecían a Wang Yam y a su novia Dong Hui, según dijo Toma a la policía tras las presentaciones pertinentes. Sus inquilinos se habían trasladado durante el fin de semana, añadió. Devlin no los había encontrado por poco.

Una vez que echó un vistazo a la orden de registro, Toma acompañó a los agentes de policía a la puerta principal, subió con ellos por las anchas

escaleras enmoquetadas y llegaron al primer piso. Allí abrió un candado y, después, la puerta pintada de blanco del piso C. En su interior, el apartamento de dos habitaciones aparecía desocupado. Había algunos trozos de papel sueltos desperdigados por el suelo beis. Las estanterías de la habitación estaban vacías, así como los armarios de la cocina. La nevera, la lavadora y la secadora permanecían en su sitio. Había un carnet de estudiante de la tienda HMV sobre la mesa del salón. En el baño se habían dejado un peine y un cepillo de dientes. Devlin, decepcionado, se percató de que no podía hacer mucho más. Le dijo a la casera que cerrara la puerta con llave y después la selló con cinta policial de color blanquiazul. Había pasado a formar parte del escenario del crimen.

Tras esto, llamó a Colindale y le dijo que enviaran a un analista de manchas de sangre al lugar. Si tenían suerte encontrarían algo que relacionara ese piso con el número 9 de Downshire Hill o con Allan Chappelow. Los agentes hablaron con los vecinos del edificio mientras esperaban a que llegaran los expertos del equipo forense.

En los bajos, los detectives encontraron a Teresa Rona, natural de España, que vivía en el edificio desde noviembre de 2004. Dijo a la policía que una pareja china se había trasladado a la primera planta del edificio hacía aproximadamente un año. A veces, los nuevos vecinos discutían a tal volumen que el marido de Teresa había golpeado el techo con una escoba. Teresa informó de que ese fin de semana había visto a dos mujeres chinas cargando una vieja furgoneta blanca que había aparcada frente a la casa. Entre esas pertenencias había «feas» bolsas de lavandería de plástico. Supuso que el varón de origen chino estaría ayudando con la mudanza, pero no lo había visto. La última vez que había visto a las dos mujeres fue alrededor de las diez de la mañana de ese mismo día.

La vecina Bev Wilson, del último piso, dijo que se había encontrado con su vecino chino en el vestíbulo comunitario una semana antes, el 12 de junio. Le sorprendió mucho ver que él tenía más canas que antes. Bev también le dijo a la policía que, en septiembre de 2005, preocupada por las noticias que aparecían en los medios sobre las suplantaciones de identidad, solicitó un certificado de antecedentes penales de todos los residentes del edificio.

Cuando este llegó, descubrió que junto al nombre de Wang Yam aparecían las palabras «fraude» y «falsedad documental». No compartió esa información con nadie, pero desde aquel momento desconfió de su vecino y se aseguró de ser siempre la primera en recoger el correo por las mañanas.

Siete semanas antes, la mañana del 1 de mayo de 2006, y después de su vuelo nocturno desde Estados Unidos, Allan Chappelow regresaba a su casa en el número 9 de Downshire Hill. En cuanto llegó a la puerta principal se percató de que algo pasaba. Le dio la impresión de que habían forzado la cerradura. No había ninguna carta en el vestíbulo principal. Estaba esperando un cheque de devolución de la oficina de impuestos, y le preocupó que lo pudieran haber robado.

Al día siguiente, denunció en la comisaría de Hampstead que habían forzado su puerta, pero no quedó convencido de que fueran a tomar medidas al respecto. A día 8 de mayo, el cheque todavía no había llegado, de modo que llamó a la línea de atención al cliente de la agencia tributaria británica. Comenzó explicando su problema:

Quiero informar de que he estado en el extranjero, y al volver he descubierto que alguien ha forzado la entrada principal de mi casa hace muy pocos días, creo que durante el último día de fiesta, y ha robado cartas, entre otras cosas; y si ustedes habían enviado ya el informe de la renta, que creo que debieron enviarlo en abril, entonces es posible que... este viniera con un cheque adjunto de devolución de impuestos. Quiero que anulen ese cheque y que expidan un duplicado.

La empleada de atención al cliente le formuló antes un par de preguntas de seguridad, y después confirmó que el día 2 de mayo habían enviado un cheque a su casa por valor de 4.628,35 libras. Cuando Allan dijo que el cheque no había llegado o lo habían robado, la empleada respondió que lo cancelaría y expedirían un nuevo cheque.

La llamada telefónica continuó durante seis minutos más, mientras el emisor daba sus datos de contacto y la empleada volvía a confirmar que le habían enviado un cheque el día 2 de mayo. «¿A qué día estamos? — preguntó Allan Chappelow—. No sé ni en qué día vivimos; estoy muy

desorientado desde que volví de viaje. ¿Estamos a día 4 o 5? La empleada le dijo que era día 8 y que probablemente la carta no había llegado todavía. «Eso era justamente lo que quería saber —dijo el anciano—, me escama mucho que hayan robado todas las cartas, pero no se hayan llevado aparentemente nada más, aunque lo dejaremos ahí, yo ya he cumplido». Allan Chappelow se despidió y dio por terminada la llamada.

Tras hablar con los inquilinos del número 13 de Denning Road, Peter Devlin tomó declaración a la casera, Anna Toma. Según dijo, la primera vez que tuvo noticias de la pareja china fue en junio de 2005, cuando contestaron a un anuncio que ella había puesto en el periódico gratuito *Loot*. Toma quería trasladarse a Italia para cuidar de su anciana madre, y necesitaba alquilar el piso durante un breve período.

Se encontró en el apartamento con una mujer que se hacía llamar indistintamente «Vivien» y «Dong Hui», junto con un hombre al que ella describió como su novio y que se presentó como «John Wang». Después, llegaría a conocerlo como «Wang Yam». Recordaba que le había dicho que era director de una sucursal bancaria, que poseía varias empresas y que su familia de Hong Kong era rica. Según añadió, los padres de Dong Hui se quedarían en el apartamento durante unos meses ese mismo año, por lo que necesitarían dos habitaciones.

Mientras Wang Yam revisaba el piso, su novia se quedó en la entrada. Toma, sorprendida, le preguntó por qué no echaba un vistazo, y esta respondió: «Él es el jefe y es quien paga». Al cabo de unos minutos, Wang Yam volvió a la entrada de la casa y dijo que lo alquilarían. Había algo en él que ponía nerviosa a la arrendataria. No creía la historia que le había contado sobre su trabajo ni sobre su familia. Pero tenía que alquilar el piso cuanto antes, así que no podía tener muchos remilgos. Tras discutir algunos detalles —por ejemplo, compartirían los gastos de la compra de mobiliario, y él pagaría el día 22 de cada mes—, ambos firmaron el contrato de alquiler. Después, él le entregó un cheque de dos mil libras, que cubría el primer mes de alquiler y un depósito de 675 libras. Esa noche, el 22 de junio de 2005,

Wang Yam y Dong Hui se trasladaron al número 13C de Denning Road.

Una semana después, el banco de Anna Toma la informó de que el cheque había sido denegado. Cuando lo llamó, Wang se disculpó y le envió un nuevo cheque. Este también fue denegado. Finalmente, tras las presiones de la arrendataria, le dio algo de dinero en efectivo, pero nunca llegó a ponerse al día con el alquiler. Una vez que regresó de Italia en septiembre, Toma puso en venta el inmueble, pero cuando aparecían los potenciales compradores, Wang Yam se negaba a que entraran o les enseñaba el desaliñado piso en calzoncillos. La agente inmobiliaria de Toma le dijo que no enseñaría la casa hasta que no desahuciara al inquilino.

Anna Toma afirmó que, siempre que hablaba con Wang Yam sobre el pago del alquiler o sobre las visitas, este ponía excusas diferentes. Una vez le dijo que estaba divorciándose de su esposa y que esta no le permitía ver a su hija. En otra ocasión le dijo que el juzgado había congelado sus activos. «Se le daba muy bien hacer que sintiera pena por él —dijo a los agentes de policía—, pero estaba haciéndome perder el tiempo y arruinándome la vida». Toma, cansada, le dijo a su abogado que le enviara una notificación de desahucio.

En una audiencia ante el tribunal celebrada el 26 de abril de 2006, el juez ordenó a los agentes judiciales que expulsaran a Wang Yam para finales de la primera semana de junio. También dictaba que el arrendatario tenía que pagarle la renta atrasada que debía a la arrendadora, que llegados a ese punto superaba las tres mil libras. Tras una petición realizada por Wang Yam, el desahucio se pospuso hasta el día 20 de junio.

La propietaria le dijo después a la policía que la noche anterior, el domingo 18 de junio, había recibido un mensaje de Teresa, su inquilina de los bajos, en el que le decía que los vecinos de arriba estaban mudándose. Toma condujo inmediatamente hasta Denning Road y llamó a la puerta del piso C. Según dijo, tardaron una eternidad en contestar, pero finalmente, abrieron la puerta. Era Dong Hui. Según dijo a la propietaria, Wang Yam no estaba. Toma declaró que Dong Hui tenía una actitud «evasiva», «taimada» y «sospechosa».

Cuando le pidieron una descripción de la pareja, dijo que Dong Hui tendría unos veintinueve años, con la piel muy pálida y una media melena

morena que no pasaba de la barbilla. En cuanto a Wang Yam, Toma dijo que «a veces parecía no ir afeitado, pero no siempre. No lleva gafas y tiene una cara bastante redonda. Tiene aspecto de chino». Dijo también que a menudo llevaba una chaqueta beis y una mochila de largas correas al hombro. «La última vez que lo vi —añadió—, su pelo era castaño claro y gris».

La experta en manchas de sangre de la policía científica había completado el examen del apartamento de Wang Yam. Primero había dispuesto una cámara para grabar todo el proceso. Después había rociado el suelo de manera precisa con Luminol, un compuesto químico que se colorea de azul durante unos treinta segundos al entrar en contacto con la sangre. Los resultados, no obstante, fueron negativos. No había ningún rastro de sangre. También se buscaron fibras y otras materias orgánicas, como el vello humano. Estas tendrían que ser analizadas en el laboratorio.

Peter Devlin se preguntó adónde habría ido Wang Yam. ¿Cómo había llegado a vivir en ese piso de Denning Road? ¿Cuál era su historial?

SEGUNDA PARTE

EL SOSPECHOSO

El castigo del mentiroso no es en absoluto que nadie lo crea, sino que él es incapaz de creer a nadie.

La quintaesencia del ibsenismo,
GEORGE BERNARD SHAW

8

WANG YAM

Xi'an está considerada una de las cuatro ciudades más importantes de China. [1] Situada a unos mil kilómetros al suroeste de la capital, Xi'an fue en su momento el histórico punto de partida de la Ruta de la Seda, el lugar del que salía el transporte de mercancías hacia Europa, convirtiéndose en una encrucijada económica y cultural clave.

Sin embargo, en 1961, Xi'an permanecía en un pobre estado de desarrollo en comparación con las principales ciudades de Europa y Estados Unidos. Apenas se veían vehículos motorizados por sus calles; los residentes de la ciudad se desplazaban en bicicleta, autobús o a pie. Las fotografías de la época revelan carreteras polvorientas llenas de hombres, mujeres y niños con atuendos similares que vestían pantalones, chaquetas y gorras maoístas a juego; las tiendas estaban llenas de artículos básicos, sin marca y de colores apagados; una ciudad de edificios fundamentalmente bajos cuyas vistas apenas eran interrumpidas por algún semáforo, poste telefónico o tendido eléctrico.

Wang Yam nació en el hospital principal de Xi'an el 27 de abril de 1961. [2] Su nombre original era Ren Hong[3] —se lo cambiaría después de cumplir los treinta años—, siendo su apellido Ren. Su padre, Ren Yuanyuan, [4] era un hombre de veintiún años de cara redonda y pelo moreno corto,

oficial del Ejército Popular de Liberación chino. Su madre, Zhang Xiulan, tenía veintidós años y estudiaba la carrera de medicina. Con un rostro amable y estatura media, ella llevaba el pelo largo, como marcaba la tradición. Sus padres eran de la provincia de Heilongjiang, en el extremo noreste del país, cerca de la frontera rusa. Habían llegado a Xi'an a principios de la década de 1930, tras la invasión del norte de China por Japón.

El abuelo de Wang Yam era Ren Bishi, uno de los héroes revolucionarios más famosos del país. Ren Bishi fue un líder militar fundamental en la Larga Marcha entre 1934 y 1936, amigo íntimo de Mao Zedong, padre fundador de la República Popular de China. Cuando Ren Bishi murió, en octubre de 1950, entre los portadores del féretro estaban el presidente Mao y Peng Zhen, el alcalde de Pekín.

Justo una década antes del nacimiento de Wang Yam, el presidente Mao había aprobado la Ley del Matrimonio, elevando la edad mínima permitida para el casamiento a los veinte años para los hombres y los dieciocho para las mujeres, y prohibiendo los matrimonios concertados y las bodas no autorizadas por el gobierno. El eslogan era: «Los hombres y las mujeres son iguales, una participación por cada persona». Como resultado de ello, llegados a principios de la década de 1960, más del 90 % de los matrimonios estaban registrados oficialmente. Sin embargo, los padres de Wang Yam nunca se casaron. Wang Yam era lo que se conocía comúnmente como un «hijo secreto», fruto de una relación extramatrimonial que habría supuesto una vergüenza para la familia en caso de hacerse pública. El nacimiento de Wang Yam no quedó registrado en el libro de familia oficial de los Ren.

Aunque sus progenitores mantenían una relación amorosa, Wang Yam apenas veía a su padre, ya que este fue destinado rápidamente a otra provincia con el ejército. Su primer recuerdo era coger la pistola de su padre del sitio donde la guardaba en la habitación. Al oír que alguien se acercaba se asustó. Corrió fuera de la casa y tiró la pistola a un pozo. Aunque su padre se preguntaba a menudo qué habría sucedido con su pistola, Wang Yam nunca confesó.

Cuando tenía cuatro años, su madre y él se trasladaron a la capital para que ella pudiera proseguir con sus estudios. Por aquel tiempo, Pekín estaba

en medio de un período de crecimiento extraordinario, habiendo cuadruplicado su población desde principios de la década de 1950 y pasando de 2 a 8 millones de habitantes. Mientras el resto del país había sufrido hambrunas y pobreza tras el Gran Salto Adelante —en el que la agricultura del país había sido colectivizada de manera brutal e inefectiva—, a Pekín le había ido infinitamente mejor. A principios de la década de 1960 se habían destruido zonas enteras de la ciudad para dar cabida a fábricas, bloques de apartamentos y oficinas gubernamentales. La capital había pasado a ser el centro de la educación superior china, con la fusión de universidades establecidas y el traslado de otras a Pekín.

Wang Yam y su madre vivían entonces en un piso pequeño de una sola habitación con un dormitorio individual y una cocina. Tras la llamada de Mao a tratar a las mujeres igual que a los hombres en el entorno laboral, se esperaba que Xiulan trabajara tanto como sus compañeros masculinos, aunque le pagaban menos y apenas recibía provisiones para cuidar de su hijo. Wang Yam, por lo tanto, apenas veía a su madre. A veces la acompañaba al hospital, una práctica que el resto de los empleados veía con malos ojos, pero lo normal era que quedara al cuidado de una vecina.

Durante el verano de 1966, Wang Yam y su madre oyeron el rumor de una muchedumbre que avanzaba por las calles. Salieron para unirse a ellos y se quedó asombrado con los saltos que daban los adultos, cantando canciones y gritando al unísono. Gritaban: «¡Larga vida al presidente Mao!»; y sostenían *El pequeño libro rojo* en el aire. Al niño Yam le parecía como si bailaran. En realidad, estaba tomando parte en una manifestación en apoyo de la Revolución Cultural con el propósito de erradicar a los «Cuatro Viejos»: viejas costumbres, viejos hábitos, vieja cultura y viejas ideas.

Las autoridades consideraron que Xiulan era sospechosa de mantener contactos con los rusos, pues sus padres vivían junto a la frontera soviética. Se preguntaban si apoyaba la revolución. ¿Tal vez fuera una espía extranjera? Aunque había participado fervientemente en las manifestaciones durante la primavera y el verano, ahora redoblaba sus esfuerzos. Permanecía hasta tarde en reuniones políticas, y siempre iba vestida con su uniforme maoísta: pantalones y chaqueta verde, gorra verde, *El pequeño libro rojo* en su bolsillo

y un emblema del presidente Mao que había comprado en un puesto callejero. Sin embargo, a pesar de su celo revolucionario, en noviembre de 1968, Xiulan recibió una orden de traslado a una parte remota del sur de China para comenzar a trabajar como médica rural.

La madre de Wang Yam no fue la única. Durante los siguientes años, más de diecisiete millones de jóvenes y profesionales saldrían de las ciudades para marchar a zonas rurales. Esto era parte del movimiento de Mao «Envío al campo», que animaba a los estudiantes y profesionales a reubicarse para que pudieran trabajar con los campesinos y aprender de ellos, a los que se consideraba de mayor pureza ideológica.

De tal forma, a finales de noviembre, Wang Yam y su madre se despidieron de sus amigos de Pekín y se dirigieron hacia la estación de trenes central de la ciudad. El vagón de tren al que subieron no tenía asientos ni bancos; se parecía más a un contenedor de mercancías que a un compartimento de pasajeros. Había ya treinta personas sentadas en el interior, y otros tantos subieron antes de la salida. Finalmente, tras varias horas de espera, el tren salió en dirección a la ciudad de origen de Wang Yam: Xi'an.

Mientras avanzaban a trompicones por las afueras de la capital de la ciudad, el pequeño Wang Yam, de siete años, miraba por los laterales del vagón a través de las rendijas de madera. Veía pasar edificios, puentes y la nieve sobre el suelo. No tardó en ver campos de cultivo, granjas y ganado. Su madre le dijo que se sentara, ya que el viaje sería largo. Habían llevado pan, y pudieron preparar té en un pequeño hornillo, pero sin mantas ni un fuego propiamente dicho, no tardaron en sufrir un frío extremo. Todo cuanto tenían era un pequeño petate con prendas de vestir, sin ropa de cama. Cualquier cosa que se considerase burguesa estaba prohibida: la Revolución Cultural era, al fin y al cabo, antiintelectual. Su madre ni siquiera llevaba consigo su maletín de médico; le dijeron que el hospital comarcal tendría todo cuanto necesitara. Wang Yam acabó durmiéndose sobre su regazo.

Finalmente, tras dos jornadas de viaje extenuante, llegaron a Xi'an. Cuando bajaron del tren compraron comida en un puesto de la estación y caminaron hasta la estación de autobuses que había en los alrededores. Después pusieron rumbo de nuevo hacia el sur, viajando otros cuatrocientos

kilómetros más hacia la montañosa región sureña de Shaanxi. Al siguiente día llegaron a Tao Yuan Cun, o el pueblo del Campo de Melocotones, un emplazamiento remoto situado en las riberas del río Dan Jiang y rodeado por un frondoso bosque. Con solo quinientas familias, el pueblo parecía minúsculo en comparación con Pekín, incluso con Xi'an. No había edificios de más de una planta, no había postes de electricidad ni de telegrafía. Las calles estaban sin pavimentar y llenas de socavones.

Wang Yam acompañó a su madre mientras esta preguntaba la dirección, y después la siguió a su paso por aquellas calles desconocidas. Unos minutos después llegaron a una pequeña casa de una habitación construida con ladrillos de barro y con un techado de tejas grises. En su interior conocieron a la médica y a su hijo adolescente con los que convivirían. Ella también había sido reubicada desde la ciudad.

Al día siguiente, Xiulan empezó a trabajar en el centro médico del pueblo. Con servicios médicos básicos y pocas camas, aquello no podía considerarse un hospital. Descubrió que los residentes estaban temerosos por sus «prácticas médicas occidentales» y que preferían los remedios herbales heredados a través de generaciones. La joven médica no tardó mucho en aprender a sujetar a sus pacientes por la muñeca, como si les tomara el pulso, una parte esencial del diagnóstico en la medicina tradicional china, mientras ofrecía sus diagnósticos.

Por su parte, Wang Yam asistía al colegio del pueblo, un edificio de una habitación con un único profesor y escasos alumnos. Al ser uno de los pocos niños nacidos fuera, lo trataban de forma diferente, pero él intentaba adaptarse. El pueblo, como la mayor parte de la región, estaba plagado de pobreza. Durante el Gran Salto Adelante, las pequeñas granjas familiares se habían colectivizado, lo que provocó el desplome del rendimiento de los cultivos y la generalización de las hambrunas. Llegados al final del primer mes, Wang Yam advirtió que iba mejor vestido que la mayoría de sus compañeros de clase y también que comía mejor. Esto se debía en parte a que su madre tenía una mejor educación, pero también a que recibían el apoyo económico de su padre. De algún modo, su padre ahorraba lo suficiente para enviarles unas dos libras al mes, lo que en aquella época era una suma

importante.

Xiulan era plenamente consciente de las ventajas económicas de su hijo. Si veía a otro niño sin ropa o zapatos, les ofrecía los de Wang Yam. Cuando los vecinos le daban comida a su hijo, lo que sucedía a menudo, le regañaba y le ordenaba que la devolviera. «Era una buena mujer —recordó Wang Yam—, trabajadora y con un gran corazón».

Cierto día, Wang Yam estaba comiendo su almuerzo en el patio de la escuela junto con el resto de los alumnos. Cuando se hartó, le tiró un trozo de pan al perro que merodeaba a su alrededor. Antes de que este pudiera coger la comida, uno de sus compañeros se adelantó, agarró el pan ante la boca del perro y se lo comió. Wang Yam nunca había visto a alguien tan hambriento como para actuar de ese modo.

En ocasiones, cuando se desplazaba a otros pueblos más remotos incluso que aquel donde vivían, Xiulan llevaba a su hijo con ella. A Wang Yam le encantaban las aventuras, caminar por los estrechos senderos que separaban los campos de arroz, cruzar puentes de madera desvencijada que atravesaban ríos salvajes, ascender montañas abruptas desde las que se veían vistas espectaculares de los valles. Sin embargo, la mayor parte de las veces él se quedaba en el pueblo. Aunque se sentía solo cuando su madre no estaba, Yam no mostraba sus emociones; se enorgullecía de no haber llorado nunca. Cada día que iba a la escuela se esforzaba cuanto podía en clase, y después regresaba a su pequeña casa, donde quedaba al cuidado de la mujer con la que convivían. No obstante, cuando su madre volvía al pueblo, él sentía cierto alivio. No tardaban en volver a su vieja rutina: ella se marchaba a trabajar y él a la escuela, para después reunirse por la tarde para cenar. Pero incluso esa sencilla vida rural, a la que se adaptaba lentamente, pronto se vería alterada.

Desde la toma del poder de Mao en 1949, y hasta 1968, la educación primaria y secundaria había estado dominada por el Cuerpo de Jóvenes Pioneros del Partido Comunista de China. Ahora que Mao realizaba un llamamiento a un cambio fundamental en la sociedad, una ola de sentimiento antiintelectual recorría el país. Una de las consecuencias fue el ascenso de un nuevo movimiento juvenil radical de masas cuyos miembros se llamaban

«guardias rojos». En cuestión de semanas, la radio informó sobre el apoyo que ofrecía Mao a esta red de fanáticos adolescentes. Días después, Wang Yam y el resto de los alumnos de su escuela primaria fueron organizados en torno a un equivalente infantil, conocido como los «pequeños guardias rojos». Aunque no había un uniforme oficial, la mayoría de ellos vestía con pantalones, chaquetas y gorra de color caqui y un brazalete en el que decía: «Guardia Roja».

En los meses anteriores Wang Yam había estudiado caligrafía china, historia y filosofía, pero ahora se miraba con desprecio a Confucio y al resto de los «pensadores viejos». La escuela ya no era obligatoria, y cuando se daban clases había poca asistencia. Mientras en otras escuelas locales los profesores sufrían humillaciones públicas e incluso violentos ataques, Wang Yam y sus compañeros de clase se limitaban a la agresión verbal. Llamaban «capitalista» y «reaccionario» a su profesor, a pesar de que era un campesino sin apenas educación y le insistían en que les enseñara cosas sobre la ideología comunista. Si el profesor leía un cuento tradicional parecido al de la liebre y la tortuga, los niños gritaban hasta que recitaba una historia sobre la Larga Marcha o la épica victoria de Mao contra los invasores japoneses.

Ese mismo mes, el padre de uno de sus compañeros de clase fue criticado públicamente por proceder de una familia de «campesinos ricos» y no ser fiable políticamente. Wang Yam oyó que tales «criminales» eran enviados a centros de reeducación, lo que significaba pasar un tiempo sin poder trabajar, una reducción de los ingresos y la pérdida del estatus en el pueblo. Le preocupaba lo que pudiera sucederle a su madre. Ahora, una parte de su instrucción se basaba en pasar al menos medio día a la semana trabajando en las granjas cercanas, acarreando cajas pesadas de fertilizante desde el pueblo hasta los campos, recogiendo el trigo durante la cosecha, reforzando las riberas del río o cosechando manzanas. En los encuentros de los pequeños guardias rojos, Wang Yam y sus amigos cantaban canciones revolucionarias y recitaban pasajes de *El pequeño libro rojo* de Mao. A veces, las manifestaciones políticas tomaban un cariz violento.

Cierto día, cuando Wang Yam tenía ocho años, presencié una ejecución en masa junto a la orilla del río. Trece hombres del pueblo se habían unido

para desplazar una estatua del presidente Mao y esta se les escapó de las manos y se rompió al caer al suelo. El secretario del partido en la región utilizó esto como excusa para sentenciarlos a la pena de muerte y fusilarlos con un pelotón sin juicio previo. Cuando Wang Yam oyó que había una ejecución se escabulló de casa y corrió hacia el río. Observó cómo los soldados disparaban sus armas. Los acusados recibieron un tiro en la cabeza; la sangre y los sesos salieron despedidos de sus cráneos y los cuerpos cayeron al suelo. Una de las madres corrió hacia ellos con lágrimas en los ojos y sostuvo a su hijo entre sus brazos. El oficial al mando le dijo que no debería llorar, porque su hijo era contrario a Mao, un enemigo del Estado, y si no se apartaba de allí también ella recibiría un tiro. La madre del fusilado salió corriendo. «En aquellos tiempos, la única alternativa era estar con el sistema», recordaba Wang Yam. «No teníamos ni idea de lo que había que creer y lo que no había que creer. Éramos demasiado jóvenes».

Semanas después de aquella ejecución pública, Wang Yam volvió a casa desde la escuela y le dijeron que habían ingresado a su madre en el centro médico. Corrió hasta allí, y encontró a Xiulan postrada en una cama, recobrándose de una operación de emergencia. Le dijeron que había contraído una infección gastrointestinal aguda y que habían intentado extraerle parte del intestino grueso. Se apostó junto a su cama e intentó hablar con ella, pero no le respondía. Permaneció sentado junto a ella aquel día y el siguiente, esperando a que despertara. Una enfermera aparecía por allí cada varias horas para comprobar el estado de su madre, pero no había progresos. Entonces, durante la mañana del tercer día, se percató de que su pecho había dejado de moverse. Una enfermera entró, comprobó las constantes vitales de la paciente y le dijo a Wang Yam que su madre había muerto. Corrió hacia el bosque que había detrás de la clínica hasta que encontró una pequeña cabaña de madera. Entró, se sentó sobre el sucio suelo, sepultó su rostro bajo sus brazos y lloró.

La tarde del 19 de junio de 2006, con Wang Yam en paradero desconocido, Peter Devlin necesitaba comprender más acerca de su sospechoso principal.

¿Cuáles habían sido sus actividades recientes? ¿Quiénes fueron las últimas personas con las que se relacionó? ¿Qué había hecho anteriormente? A partir de esos datos tal vez pudieran localizarlo.

Los inspectores, reunidos en torno a una mesa de la comisaría de policía de Colindale, revisaron las bolsas de basura verdes que habían recogido en Denning Road. Había muchas cosas interesantes. En su interior descubrieron varias fotografías, ropa vieja, hojas impresas y todo tipo de documentos, entre ellos balances bancarios y folletos inmobiliarios, junto con un diario escrito en caracteres chinos, números de teléfono y lo que parecían ser citas concertadas. Todos esos objetos tendrían que ser fotografiados, catalogados y almacenados para su exploración posterior.

Lo más interesante de todo resultó ser un currículum que clasificaba la educación y la historia laboral de Wang Yam. Al parecer, el sospechoso había crecido y asistido a la escuela en China. Por razones que no se explicaban en el currículum, Wang Yam había llegado al Reino Unido a principios de la década de 1990 y después había cursado estudios universitarios en Londres antes de trabajar para varios contratistas de defensa.

A medida que revisaban los documentos, Devlin anotaba los datos básicos en su libreta, y después añadía nuevas líneas de indagación. Tendrían que contactar con personas que conocieran a Wang Yam, que pudieran confirmar su historia laboral y tal vez ofrecer una explicación de los motivos por los que este hombre se veía implicado en el asesinato de Allan Chappelow.

Tras la muerte de su madre, Wang Yam permaneció en aquel pueblo remoto durante un año más. Se quedó con la médico que cuidaba de él cuando su madre estaba fuera. En la primavera de 1970 se trasladó a casa de la hermana de su madre, Zhang Xuying, y el marido de esta, Ren Li Yi,^[5] que vivían a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de Xi'an.

Como muchos de los habitantes de la región, la tía y el tío de Wang Yam vivían en un *yaodong*, una casa en forma de cueva construida en la ladera de una colina. Los *yaodong* eran comunes en esa parte de la provincia de

Shaanxi; de hecho, Mao Zedong tenía su centro de operaciones prerrevolucionario en un conjunto de cuevas parecidas en los alrededores de la ciudad de Yan'an. Aunque su nueva casa era un tanto primitiva, Wang Yam recibió el cariño y el apoyo de sus tíos y se sintió feliz por primera vez desde que salió de Pekín.

Después de pasar más de dos años sin escolarizar durante su período en el pueblo, Wang Yam se dedicó con denuedo a sus estudios. Llegados a este punto, el fanatismo de la Revolución Cultural había decaído, y se volvía al plan de estudios tradicional. Las clases preferidas de Wang Yam eran matemáticas y física, materias en las que sobresalía. Sus profesores, al percatarse de sus habilidades, lo motivaron, y él acabó accediendo a una institución más prestigiosa.

El 9 de septiembre de 1976, a la edad de quince años, Wang Yam encontró a su tía en cierto estado de excitación cuando volvió del colegio. Le dijo que estaba escuchando las noticias en la radio y que Mao Zedong había muerto. Wang Yam se quedó asombrado y enojado. «Yo quería al presidente Mao —recordó—. No había motivo alguno para no hacerlo. Para nosotros, él era el salvador del país y del pueblo y había establecido el régimen comunista». Aquella noche, su tía cocinó *dim sum*, un plato que solía servirse para celebrar el Año Nuevo chino. Cuando la vecina se enteró del menú, lo denunció a la policía local. Al parecer, esa cena no era lo suficientemente recatada. Les hicieron una advertencia oficial para que en el futuro comieran de manera más decorosa.

Unos días más tarde, el 18 de septiembre, Wang Yam formaba en el patio del colegio junto con el resto de sus compañeros de clase. Todos llevaban pantalones y camisa blanca para mostrar sus respetos al difunto líder. Permanecieron de pie durante dos horas mientras sonaba música funeraria a través de los altavoces. En cierto momento, uno de los chicos le dio una patada en la espinilla. «No estás llorando lo suficiente —dijo el niño—, llora más fuerte». Wang Yam intentó llorar tanto como los otros, pero el chico volvió a darle otra patada. No llegó a verter ninguna lágrima, pero parecía tan desconsolado que nadie lo denunció.

La noche del lunes 19 de junio de 2006, Peter Devlin alertó a las principales aerolíneas y operadores ferroviarios. Les proporcionó la descripción de Wang Yam que habían realizado a partir de las declaraciones del personal del restaurante Curry Paradise y de sus vecinos de Denning Road, y solicitó información urgente a este respecto.

A la mañana siguiente, la oficina de seguridad de Eurostar informó de que se había reservado un billete de tren que salía hacia Bruselas desde la estación de Waterloo de Londres a nombre de Wang Yam a las 15.15 del jueves anterior, el 15 de junio. Los representantes de Eurostar no pudieron garantizar quién había utilizado el billete (en esa estación, los billetes no se contrastan con documentos de identidad), pero la policía estaba segura de que había sido Wang Yam.

La mañana del 15 de junio había habido un gran contingente de policías merodeando por el número 9 de Downshire Hill. Se había acordonado la propiedad, hombres y mujeres vestidos con monos blancos sacaban basura de la casa y la tiraban en un contenedor situado en la calle. Habían montado una tienda de campaña en el jardín donde los inspectores examinaban las pruebas. Otros policías de uniforme iban puerta a puerta entrevistándose con los vecinos. Cualquiera que pasara por allí se habría percatado de que estaban realizando una investigación policial importante.

Al parecer, los principales sospechosos del asesinato de Allan Chappelow se habían dado a la fuga.

APUNTES DEL CASO

Volví a reunirme con Lansdown en Colindale. Me enseñó las oficinas del equipo de investigación de homicidios, y tomamos un té en la cafetería. Le pregunté qué pensaba de que Wang Yam saliera del país el 15 de junio de 2006, un día después de que se encontrara el cadáver de Allan. «Estoy seguro de que la actividad policial motivó su escapada^[1] —me dijo Lansdown—. Sabían que había comenzado el juego. Los asustamos». Le conté entonces parte de mi investigación y que este caso cada vez me generaba más dudas. Volvió a mencionar aquello de los «cuatro bloques principales». Estaba seguro de que habían cogido a la persona adecuada. Creía que Wang Yam era un mentiroso patológico. Según dijo, «alguien ha asesinado a Allan Chappelow» y no había «alternativa factible». «Si parece un asesino y huele a asesino, es un asesino».

No obstante, encontré en los archivos de la defensa una copia de un billete de avión de Wang Yam y Dong Hui para volar a Zúrich el 4 de enero de 2004, lo que demuestra que habían viajado previamente a Suiza. También encontré una declaración de Deborah Sheppard durante el primer juicio a Wang Yam. Sheppard, arrendadora de un inmueble en Hampstead, le había enseñado un piso a Wang Yam el 7 de junio de 2006, una semana antes de que la policía encontrara el cadáver de Allan. Recordaba que Wang Yam le había dicho que «estarían de viaje gran parte del tiempo», lo que coincide con su relato, según el cual planeaba viajar a Suiza.

Fui a las oficinas londinenses de la abogada y QC (consejera de la reina) Kirsty Brimelow, quien representó a Wang Yam durante más de diez años y que seguía trabajando en la apelación. Dijo que ni ella ni el resto de los abogados de la defensa creyeron las alegaciones de Wang Yam desde un principio. Por ejemplo, no habían podido verificar que Wang Yam hubiera estudiado en el Imperial College, como explicitaba en su currículum. Añadió que Wang Yam no tenía «un talante sincero» y que el equipo de la defensa lo consideró un «fabulador» desde un primer momento.

Recibí un correo electrónico de Francesca Spennwyn, la detective de la Unidad de Homicidios y Delitos Graves. Dijo que no podrían «devolver ninguno de los efectos personales de Chappelow en este momento, debido a pesquisas operacionales»

relacionadas con la apelación de Wang Yam. Una década después del asesinato, la Policía Metropolitana todavía no había devuelto a la familia de Allan Chappelow su ropa, sus libros, sus cartas y su agenda.

Wang Yam me llamó a las cinco de la tarde, como de costumbre. Cuando le pregunté qué haría cuando saliera de la cárcel, me dijo que había estado investigando formas de mejorar el motor de combustión interna. «He desarrollado un nuevo motor basado en energía de hidrógeno —dijo—. Revolucionará la forma en que se construyen los coches». Cuesta creer que haya podido conseguir eso desde la cárcel.

9

LAS PRUEBAS

En septiembre de 1987, tras completar la educación secundaria y graduarse en la Universidad Politécnica del Noroeste de Xi'an, Wang Yam, con veintiséis años, se trasladó a Pekín para estudiar un máster en la Universidad de Ciencia y Tecnología. Dedicó sus estudios a la ingeniería y física del estado sólido. En su tiempo libre estudiaba inglés, lo que le sirvió para comprender programación informática y para leer trabajos académicos extranjeros.

Por aquella época conoció a Zhu Xiaoping, que también estudiaba en la Universidad de Pekín. Cuando esta le dijo que era nieta de Ren Bishi, Wang Yam se quedó atónito, y declaró ser también nieto de este. Desde aquel momento, siempre que socializaban, Wang Yam la presentaba como su «prima hermana, nieta del famoso Ren Bishi». Xiaoping prefería referirse a él simplemente como su «amigo».

Poco después de su primer encuentro, Wang Yam descubrió que el novio de Xiaoping necesitaba una habitación, así que lo invitó a vivir en su residencia estudiantil. Los tres jóvenes, que se hicieron inseparables, pasaban muchas horas jugando al pimpón en las salas de estudiantes y bebiendo cerveza en los bares locales. De vez en cuando, Wang Yam visitaba a la madre de Xiaoping, que parecía estar encantada de haber encontrado a un

pariente perdido hacía tanto tiempo. Aunque estaba decidido a no aprovecharse de sus nuevas conexiones, a Wang Yam le gustaba tener una relación cercana con Xiaoping y su familia.

En la primavera de 1989, cuarenta años después de que el presidente Mao y sus camaradas comunistas tomaran el poder, surgieron manifestaciones a favor de la democracia en toda China. Los manifestantes pedían una apertura del régimen, libertad de reunión, libertad de expresión y un menor control de la industria y la agricultura. Esas protestas habían estado impulsadas por la muerte de Hu Yaobang el 15 de abril de 1989. Como secretario general del Partido Comunista, Hu había sido el adalid de la liberalización económica, y abogaba por la reforma del Estado de partido único, hasta que un grupo de viejas glorias del partido y oficiales del ejército lo obligaron a dimitir en enero de 1987. A lo largo de los días y las semanas siguientes, las protestas fueron ganando tamaño y confianza. La falta de respuesta del gobierno fue interpretada no solo como una señal de que la libertad de expresión era posible, sino como que incluso se les animaba a ejercerla. Envalentonados, los estudiantes empezaron a reunirse en espacios públicos con pancartas en mandarín e inglés en las que se hacía un llamamiento al cambio y hablaban sobre sus inquietudes sinceramente con los corresponsales extranjeros. A finales de abril y principios de mayo de 1989, las organizaciones de estudiantes promovieron manifestaciones, marchas y charlas en más de trescientas ciudades de todo el país. El epicentro de todas las protestas era la plaza de Tiananmén de Pekín.

La plaza de Tiananmén, con una superficie de más de cuarenta hectáreas, siempre fue muy simbólica para el régimen comunista, ya que no solo fue allí donde el presidente Mao proclamó por primera vez la creación de la República Popular de China el 1 de octubre de 1949, sino que era el lugar donde se encontraba el parlamento de la nación (Asamblea Nacional Popular) y el mausoleo del presidente. En el momento álgido de las protestas se congregaron en la plaza más de un millón de manifestantes.

Finalmente, el día 20 de mayo, el gobierno decidió actuar, y el máximo líder Deng Xiaoping anunció la imposición de la ley marcial. Se desplazaron a Pekín más de doscientos cincuenta mil soldados; algunos llegaron por

carretera, otros en tren y muchos por aire. Durante los siguientes días, los estudiantes repelieron a las fuerzas del gobierno con más de cien mil manifestantes congregados en el centro de la ciudad de Pekín. Por un momento, se produjo un punto muerto.

Al principio de los disturbios, Wang Yam formaba parte de la asociación de estudiantes oficial patrocinada por el gobierno, lo que lo identificaba como partidario del régimen comunista. Aunque los medios de información propiedad del Estado apenas daban noticias sobre las protestas, había oído hablar de ellas a través de sus compañeros y amigos. A finales de mayo, Wang Yam estaba cada vez más preocupado por la línea dura adoptada por el gobierno ante las protestas, por lo que se desvinculó de la asociación. Ahora empezaba a pasar más tiempo con los disidentes, participando en los talleres y las charlas diarias que se celebraban en torno a la universidad.

El 2 de junio, mientras empujaba su bicicleta por la plaza de Tiananmén y disfrutaba del ambiente positivo y esperanzador, Wang Yam vio al general de división F., un amigo de la familia que era oficial del Ejército Popular de Liberación. Al hablar con él, le sorprendió lo poco que sabía el militar acerca de los acontecimientos políticos que se desarrollaban. Según dijo F., no tenían permiso para leer los periódicos ni ver la televisión. Una vez que comprendió lo que sucedía en la plaza, el comandante general pareció compartir las inquietudes de Wang Yam respecto a la presencia del ejército en Pekín y coincidía en que los soldados no deberían interrumpir las protestas. Poco después de despedirse del general de división, se tropezó con una periodista de un medio neerlandés que se llamaba Caroline. Ella le preguntó en mandarín por sus opiniones sobre la protesta y sobre cuál creía que sería el resultado de aquello. «Espero que el gobierno entre en razón», dijo. Cuando esta le pidió conocer a alguno de los líderes estudiantiles, Wang Yam accedió a ayudarla, y momentos después la presentaba ante ellos.

El día 3 de junio, después del almuerzo, Wang Yam montó en bici hasta el apartamento de un amigo, donde conoció a la estudiante de veinticuatro años Li Jia. Le pareció tan atractiva como inteligente, de modo que pasó el resto de la tarde hablando con ella. Esta le contó que era la líder de una de las asociaciones estudiantiles y que estudiaba un máster en economía. También

le dijo que apoyaba las protestas. Al cabo de unas tres horas, Wang Yam se disculpó y regresó a su propia habitación.

Esa misma noche, Wang Yam se unió a una multitud que había a la entrada de la Universidad de Pekín leyendo boletines que habían pegado en las paredes. Según leyó, las tropas se habían desplazado a cinco zonas principales de la ciudad, y los estudiantes manifestantes hacían llamamientos para realizar bloqueos de calles que impidieran su avance hasta la plaza de Tiananmén. Se hablaba de que esa tarde habría una manifestación mayor incluso y que sería reprimida con mucha violencia. Aunque ya habían oído antes amenazas parecidas, Wang Yam esperaba que el gobierno no tomara decisiones precipitadas. Al darse la vuelta, Yam vio a Li Jia, que había acudido también a leer los boletines. Le recordó que tuviera cuidado, y se marchó, prometiendo volver a verla pronto.

Pasó el resto de la noche con un profesor y su familia en el piso de ellos. Después, alrededor de las once, la esposa del profesor los urgió a que vieran las noticias. El gobierno estaba advirtiendo de que si los manifestantes no abandonaban la plaza se enfrentarían a terribles consecuencias. Wang Yam oyó disparos durante la noche, y vio resplandores blancos que iluminaban el cielo.

A la mañana siguiente, temprano, tras haber dormido poco, Wang Yam fue en bicicleta hasta la plaza. Ya había amanecido y las calles estaban impregnadas con los restos de la pasada noche: un mar de bicicletas tiradas en el suelo, bolsos, cámaras, botellas y latas de gas mostaza. Allí había sucedido algo terrible. Los dueños de esas bicicletas habían debido de huir presas del pánico. Al mirar a su alrededor con más atención, detectó orificios de balas en las paredes y vio ventanas rotas. Entonces encontró a dos niños que yacían sobre el suelo, un chico y una chica. Al arrodillarse junto a ellos para ayudarlos se percató de que no respiraban. Vio que tenían heridas de bala.

Impulsado por la rabia, fue en bicicleta hasta un hospital cercano. Allí vio cientos de personas con costillas y brazos rotos, rostros ensangrentados. También había docenas de cuerpos, todos ellos con heridas de bala, algunas en la espalda. Resultaba obvio que el ejército había irrumpido en la plaza

disparando a diestro y siniestro. Cuando volvía a la universidad se encontró con un compañero que le contó que dos de los fallecidos eran amigos suyos a quienes habían disparado los soldados. Otro había sido aplastado por un tanque. La única forma de identificarlo fue la llave de su taquilla de la universidad que encontraron junto a su cadáver.

Preocupado entonces por Li Jia y su integridad física, corrió hasta la habitación de ella, en una de las residencias femeninas de la universidad. Al llegar, Yam encontró la puerta cerrada, y nadie respondió a sus llamadas. Cada vez más angustiado, le escribió una nota y la pegó en su puerta: «No estoy muerto, ven a buscarme, Wang Yam».

Le inquietaba quedarse en el alojamiento universitario, de modo que fue en bicicleta hasta la casa de su prima Xiaoping, en la zona central de Pekín, que estaba situada en un complejo vallado y protegido con guardias armados. Xiaoping estaba allí, y también su madre, hija de Ren Bishi. Pasaron juntos aquella inquieta noche, viendo las noticias en busca de novedades sobre los acontecimientos de ese día, hablando en susurros, asegurándose unos a otros que todo iría a mejor.

A la mañana siguiente, el 5 de junio, Wang Yam volvió a la residencia de Li Jia. Al ver su bicicleta aparcada fuera, se percató de que al final no había ido a la plaza de Tiananmén. Ese mismo día, uno de sus compañeros de clase le dijo que su padre la había recogido y que estaba en casa con su familia. Enfurecido todavía por los acontecimientos del día anterior, Wang Yam se encaró con un policía que vio en la calle. «¿Cuántas personas más tienen que morir? —le preguntó con rabia—. ¡El gobierno central es un desastre!». Antes de que pudiera continuar, un extraño lo apartó de allí. Tuvo suerte de que no lo detuvieran.

A la mañana siguiente, mientras Wang Yam estaba trabajando en su despacho de la universidad, entraron dos policías uniformados sin llamar a la puerta. Querían saber quién era el general de división con el que había hablado en la plaza, de qué habían hablado y si el militar simpatizaba con las protestas. También querían saber qué le había contado a la periodista neerlandesa. Wang Yam no estaba seguro de cómo habían llegado a enterarse de sus actividades en la plaza; lo más probable era que hubiese miles de

soplones infiltrados entre los manifestantes que informaban a sus jefes del partido. A pesar de las insistentes preguntas de los policías, Wang Yam se negó a proporcionarles información alguna.

Durante las siguientes semanas fue interrogado tres veces por el oficial de seguridad de su departamento junto con el vicerrector de la Universidad de Pekín. Guardó silencio, incluso cuando lo amenazaron con exiliarlo a una mina de carbón para «reeducación laboral». Cuando acabó el interrogatorio quedó en un estado de preocupación absoluta. Amaba a su patria desde que tenía uso de razón, pero, si el gobierno estaba dispuesto a disparar sobre civiles desarmados, ¿qué más podría pasar? ¿Qué futuro tenía él en China?

La ola de calor de Londres continuó hasta la tercera semana de junio de 2006. Normalmente, las temperaturas no pasaban de los veinticinco grados en aquella época del año, pero, algunos días, el termostato del coche de Pete Lansdown alcanzó más de treinta grados. Mientras los turistas tomaban el sol en los parques y los heladeros disfrutaban con el aumento de las ventas, el hombre al mando de la investigación por el asesinato de Chappelow empezaba a ponerse nervioso.

El mayor problema al que se enfrentaba Lansdown era que todavía no sabía el paradero de Wang Yam ni de Dong Hui. El último sitio del que se tenía conocimiento de la presencia de Wang Yam era la terminal del Eurostar en Bruselas, el 15 de junio, mientras que la última vez que se había visto a Dong era en el aeropuerto londinense de Luton camino de Zúrich, el 16 de junio. Lansdown estaba deseando dar la «alerta roja» a través de Interpol, lo que habría alertado a los cuerpos policiales de todo el mundo del peligro que suponía Wang Yam y habría supuesto exigir su detención. Sin embargo, sus superiores le dieron la frustrante noticia de que las alertas rojas solo podían emitirse cuando se creía que el sujeto suponía una amenaza mortal. Creía posible que Wang Yam hubiera asesinado a Allan Chappelow, pero no le parecía probable que volviera a matar.

No obstante, le permitieron añadir el nombre del sospechoso a la base de datos de Interpol, lo cual hizo, informando a sus colegas internacionales de

que Wang Yam estaba en búsqueda y captura en el Reino Unido. Como última bala en la recámara, envió también una petición a las autoridades chinas a través del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, preguntándoles si tenían alguna información sobre Wang Yam, tal vez un informe de antecedentes penales o una copia de su ficha policial.

Mientras esperaban la respuesta de Interpol, Pete Lansdown y Peter Devlin se centraron en confirmar con exactitud cómo había sido asesinado Allan Chappelow. Gracias al informe del patólogo, sabían que la víctima había recibido numerosos golpes en la cabeza y el cuello. No se había encontrado aún el arma del crimen en el lugar de los hechos, aunque todavía tenían esperanzas de hacerlo. No obstante, entendía que el registro se prolongaría al menos durante una semana más. Lansdown también había recibido el informe de un experto en análisis de manchas de sangre que descubrió que no había rastro de sangre junto a la puerta de entrada, el vestíbulo ni el pasillo principal. La conclusión era que Allan había sido golpeado hasta la muerte en la Habitación Seis. La pregunta era obligada: si hubo un asalto frustrado a la vivienda, ¿por qué no se encontraron pruebas forenses o muestras de ADN (pruebas de que existió un forcejeo) entre la puerta de entrada y el lugar donde encontraron el cadáver?

Los informes forenses planteaban más preguntas que las que respondían. ¿Qué sentido tenía la cera? ¿Por qué estaba Allan sepultado bajo media tonelada de papeles? ¿Pudo un solo asaltante mover tanto peso? Lo más positivo fue que la policía científica había encontrado seis colillas de cigarrillos junto a la Habitación Seis. Habría que enviarlas al laboratorio para que se hicieran pruebas de ADN. También habían identificado una serie de pisadas en la parte inferior de las páginas del manuscrito que cubrían el cuerpo, así como muestras de sangre cerca del pomo de la puerta de entrada. Esas pruebas serían de ayuda una vez que se identificara a un culpable.

Tras hablar con los vecinos y conocidos de Allan Chappelow durante los días anteriores, Lansdown y su equipo tenían claro que la única persona que tenía acceso a la vivienda era el hombre que hacía las reparaciones, Thomas Carr. Como tal, estaba considerado como posible sospechoso. Las dudas de Devlin aumentaron cuando el equipo forense encontró el ADN de Carr en un

guante de látex y un pañuelo de papel que se encontraron a unos metros del cadáver.

Enviaron a dos detectives para hablar con Thomas Carr. Unas horas más tarde Devlin tenía su testimonio sobre el escritorio. Carr había dicho que el 8 de mayo de 2006 estaba arreglando uno de los bajantes de su casa. Al cabo de unos minutos empezó a sentirse mal, de modo que subió a su habitación y se echó en la cama. «Creo que llamé a la ambulancia cerca de las 11.40», dijo. Lo llevaron al hospital Royal Free de Hampstead. Tras realizarle algunas pruebas, el médico que le atendió le dijo que había tenido un ataque al corazón, y Carr permaneció en el hospital durante cuatro semanas y media. Devlin sabía que Chappelow aún estaba con vida el día 8 de mayo, ya que tenían una grabación en la que hablaba con la agencia tributaria. La investigación de homicidios acababa de perder al único otro sospechoso que tenía.

La siguiente labor de Lansdown y Devlin era determinar cuándo había fallecido la víctima. Esta línea de investigación les permitiría establecer lo que algunos llamaban la «ocasión», confirmar o descartar a un sospechoso dependiendo de que pudieran proporcionar una coartada creíble. Para establecer la hora de la muerte acudieron a Samantha Pickles, la entomóloga que había recogido muestras de moscarda azul y de pupas del número 9 de Downshire Hill.

El 24 de junio Pickles se reunió con su supervisor, el doctor Martin Hall, en el laboratorio del Museo de Historia Natural, y examinaron juntas esas muestras. Cuando una persona muere, su cuerpo empieza a descomponerse de inmediato. Lo normal es que las moscardas encuentren el cadáver en un período de veinticuatro horas y coloquen los huevos en sus orificios, incluyendo la boca, las narinas y las heridas abiertas. Estos huevos se convierten en larvas o gusanos que crecen rápidamente y después migran del cuerpo (aunque normalmente cerca de él) para encontrar un lugar seguro en el que pasar al estadio de pupa. Al cabo de unos días, emerge un ejemplar de mosca, y el ciclo empieza de nuevo. La velocidad a la que se descompone el cadáver y el tiempo que tarda una moscarda en surgir varía en función de las condiciones climatológicas. Cuanto más calor hace, más se acelera este

proceso. Pickles y Hall observaron inmediatamente que las muestras pertenecían a la moscarda azul común (*Calliphora vicina*). Una de las moscas era macho. A partir de sus patas dobladas y arrugadas los científicos concluyeron que acababa de salir. También identificaron dos pupas en su estadio final de desarrollo, con sus ojos rojos y oscuros filamentos parecidos a pelos claramente visibles.

Después, usaron los datos de la Oficina de Meteorología, que proporcionaba las temperaturas de los dos meses anteriores, y se basaron en los períodos de germinación estándar anotados en las tablas de los libros de referencia para determinar que el ciclo de desarrollo para que surgiera la moscarda correspondía al 16 de junio.

En el informe que entregó al equipo de homicidios, el doctor Hall dijo que, en retrospectiva, el último día posible en el que establecer el día de la muerte era el 16 de mayo. Aunque reconocía que eran especulaciones, el científico sugirió que el asesinato había tenido lugar probablemente entre el 9 y el 16 de mayo.[1] Dado que la policía había encontrado su cuerpo el 14 de junio, esto suponía que Allan Chappelow había permanecido sin descubrir durante un mínimo de cuatro semanas. También significaba que la persona que había llamado a los bancos de la víctima y visitado el número 9 de Downshire Hill para recoger las claves de seguridad lo había hecho bastante después de que se produjera el asesinato. Devlin pensó que el asesino debía de tener una mente muy fría para volver a la casa mientras el cuerpo seguía pudriéndose bajo una montaña de papeles.

A lo largo del verano y del invierno de 1989, Wang Yam y Li Jia se encontraron a menudo. Li Jia le dijo que se había graduado entre el cupo del 5 % de excelencia en su clase de la universidad, que se había especializado en historia económica británica y que actualmente trabajaba en dos capítulos de un libro que se titularía «El gran diccionario de economía».

Tras conocer a sus respectivas familias, se trasladaron a un pequeño piso y poco después decidieron casarse. El 17 de septiembre de 1991, el distrito Xicheng de Pekín les otorgó el certificado de capacidad matrimonial.[2] El

documento rezaba: «este matrimonio está en conformidad con las provisiones de la Ley de Casamientos de la República Popular de China». Wang Yam tenía treinta años; Li Jia, veintiséis. Una vez que tuvieron la documentación en regla, se casaron con una breve ceremonia y celebraron una pequeña fiesta en un restaurante local para algunos amigos y miembros de la familia. «Éramos felices juntos —recordó Wang Yam más tarde—. Estábamos enamorados».

Dado que las autoridades parecían haber perdido interés en él, Wang Yam regresó a su puesto en la Universidad de Ciencia y Tecnología de Pekín. Ubicado en la habitación número 230 del edificio 10, trabajaba como investigador en el desarrollo de sensores eléctricos para el floreciente programa nuclear chino. Mientras tanto, Li Jia empezó a trabajar en el Instituto de Investigación de Comercio Internacional, dentro del Ministerio de Relaciones Económicas Exteriores. Su principal labor era investigar el comercio extranjero en el mercado único europeo, y en particular aquel que estuviera relacionado con China y Gran Bretaña.

Tras las protestas de la plaza de Tiananmén, el gobierno chino pasó a manos de miembros del ala dura del partido que se oponían a la libertad política y al mercado libre. Deng Xiaoping se apartó de su posición como máximo líder, y varios miembros del politburó fueron reemplazados. Mientras tanto, la comunidad internacional rechazó la actitud de China, lo cual redujo las exportaciones internacionales chinas y ralentizó sus acuerdos de comercio exterior. Los miembros del Ministerio de Comercio se encontraban entre los más afectados, en especial aquellos especializados en relaciones con Gran Bretaña y Estados Unidos. Así, a principios de 1992, Li Jia oyó que era posible que la reubicaran en la ciudad de Fushun, en la provincia de Liaoning, al sur de Manchuria, como parte de un programa de reeducación. Consternada ante tal perspectiva, le dijo a Wang Yam que quería salir del país. Este coincidió en que había llegado el momento de marcharse.

El gobierno había restringido los viajes al extranjero desde la revolución de 1949, lo cual causó un particular resentimiento entre los sectores más cultivados de la población. En 1986, la Asamblea Nacional Popular de China

respondió a ello aprobando una ley de inmigración que recogía el derecho del ciudadano a abandonar el país. En el período entre 1982 y 1990 el número de emigrantes anuales se cuadruplicó hasta alcanzar las 234.000 personas. La nueva ley requería cumplir con al menos una de dos razones para el viaje: participar en un programa de estudios internacional o reunirse con la familia en el extranjero. Sin embargo, Wang Yam y Li Jia, no conocían a nadie en el extranjero ni habían sido aceptados en ninguna universidad fuera del país.

La primera semana de agosto de 1992, Wang Yam tomó un avión desde Pekín a Shenzhen, en la provincia de Guangdong. Esta ciudad, situada en el extremo sureste de China, era la principal ruta de acceso a Hong Kong. En cuanto llegó, reservó habitación en un hotel de cinco estrellas. Al día siguiente, llamó al despacho del alcalde de la ciudad y amigo de la familia, Li Hao, quien se ofreció a ayudarle a obtener la documentación para entrar en Hong Kong, que entonces estaba aún bajo control del gobierno británico.[3]

Dos semanas más tarde, Wang Yam pagó la cuenta del hotel y tomó un taxi hasta la frontera con Hong Kong. No le contó nada a Li Jia sobre sus planes por si la policía la interrogaba acerca de su desaparición. Todo cuanto tenía consigo era un pequeño maletín en el que llevaba su cartera, el pasaporte y varias fotografías de familia. No quería dar la impresión de que su estancia sería prolongada. Cuando llegó su turno, entregó la documentación al agente del control de pasaportes chino, que le echó un vistazo, la contrastó con la pantalla de su ordenador y, tras una breve pausa, le indicó que siguiera adelante. Unos cien metros después tuvo que detenerse ante otro control aduanero, esta vez dirigido por miembros de la policía de fronteras de Hong Kong.

Después de coger el pasaporte de Wang Yam, el guardia le preguntó en cantonés cuál era el propósito de su visita. Wang Yam respondió en inglés que tenía «problemas políticos» y que «quería salir de China». El guardia se quedó un tanto sorprendido. «¿Habla usted inglés?», dijo, y después le sugirió que volviera a China. Wang Yam respondió que no podía, que no era seguro y que también quería sacar a su esposa del país. El guardia consultó con uno de sus supervisores y después dijeron a Wang Yam que subiera a un coche para que lo llevaran al centro de la ciudad, donde realizarían una

entrevista en profundidad.

Mientras recorrían las calles, miró a través de las ventanillas del coche y se quedó maravillado. Era la primera vez que salía de China, y se quedó anonadado al ver las altas torres de oficinas de acero acristaladas, los resplandecientes neones de las vallas publicitarias, las calles llenas de coches occidentales y los artículos de lujo que se mostraban en los escaparates de las tiendas. Sintió un alivio tremendo, «como si me quitaran un montón de ladrillos de los hombros —recordaría más tarde—. Aquello era una tierra libre».

Durante los tres días siguientes, Wang Yam fue interrogado por diferentes agentes. Algunos pertenecían claramente al cuerpo policial de Hong Kong, otros, al departamento de inmigración.

Mientras le interrogaban, sus captores le quitaron la agenda telefónica y llamaron a varias personas para intentar verificar su historia. Sus tíos corroboraron sus datos biográficos elementales, igual que hizo su mujer. Cuando hablaron con el profesor de la universidad con el que trabajaba Wang Yam, le dijeron que sus compañeros habían avisado a las autoridades de que este había desaparecido y que la policía de Pekín estaba buscándolo.

«¿A dónde le gustaría trasladarse?», preguntaron sus interrogadores. «A cualquier país donde hablen inglés», respondió él.

Criticar la forma en la que se ha dirigido la investigación policial es una práctica habitual de los abogados de la defensa. Pueden decir que los detectives han sido muy agresivos con algún testigo, que la recogida de datos forenses se ha realizado de manera torpe, o tal vez que se ha roto la cadena de pruebas. Una de las quejas más comunes es que la policía se apresura en emitir un juicio. Según esta teoría, identifican rápidamente a un culpable y después construyen el caso en torno a él.

Peter Devlin era plenamente consciente de esas potenciales acusaciones. Había estado presente en suficientes juicios como para saber que el remedio era presentar un caso sin fisuras a la Fiscalía de la Corona (Crown Prosecution Service, CPS). Sus compañeros seguirían buscando a Wang

Yam, pero, mientras tanto, él conseguiría las pruebas. De este modo, conforme la primavera de 2006 iba dando paso al verano, se recopilaron testimonios de empleados de aerolíneas, de la banca, e inmobiliarios, de representantes de ventas telefónicas y de profesionales médicos que hubieran entablado contacto con Wang Yam o Dong Hui.

El banco HSBC le proporcionó las imágenes de las cámaras de seguridad en las que aparecía un hombre depositando cuatro cheques en su oficina de Tottenham Court Road, entre los cuales se incluía la devolución de impuestos de la agencia tributaria de Allan Chappelow. Ese hombre llevaba una chaqueta beis y una mochila al hombro. Tenía un aspecto parecido al Wang Yam de las fotografías que la policía había encontrado en el piso de Denning Road. Después, la librería Foyles entregó una imagen fija de un hombre que compró dos libros usando la tarjeta de crédito de Allan Chappelow. Parecía tratarse de la misma persona. Finalmente, obtuvieron imágenes del circuito cerrado de televisión en las que se veía a un individuo que utilizaba la tarjeta de crédito de Sainsbury's de la víctima en un cajero automático de Kentish Town. Estas imágenes eran menos nítidas, pero era posible que concordaran con la descripción del sospechoso.

Para principios de julio, Devlin confiaba en que un buen abogado sería capaz de convencer al jurado de que Wang Yam había hecho uso de objetos robados a la víctima. Lo que estaba menos claro era el móvil del asesinato. ¿Por qué había dado una paliza de muerte a un anciano? ¿Por qué volvió descaradamente al inmueble después del crimen? Devlin se percató de que necesitaba comprender cómo había intentado robar Wang Yam el dinero de la cuenta de depósito de Allan Chappelow.

A raíz de sus conversaciones con los agentes de seguridad de los bancos RBS e ING, Devlin supo que en cierto momento se habían transferido diez mil libras del dinero de la víctima a través de Money TT, una entidad de compensación bancaria que pertenecía a un tal He Jia Jin. Tras investigar algo más, el detective descubrió que He Jia Jin era uno de los personajes más controvertidos de Chinatown.

He Jia Jin, de cuarenta y tres años, controlaba un buen número de empresas en Londres,^[4] aparte de la mencionada Money TT. Había sido

vicepresidente de la Asociación China de Chinatown, editaba una publicación quincenal y tenía contactos en la embajada china. También asistía a fiestas y socializaba con diplomáticos, aunque afirmaba que no trabajaba con miembros del ejército chino. En 1997, las autoridades británicas condenaron a He Jia Jin por falsificación y comercio de productos de imitación. Según varios artículos de prensa, también había sido condenado en Grecia y Hong Kong, pero no cumplió condena en ninguno de esos países. En 2004, la policía le incautó ciento cincuenta mil libras, pero tuvieron que devolverle ese dinero con intereses ya que no había pruebas que demostraran la comisión de un delito. Actualmente, estaba recurriendo un dictamen más reciente por el que un juez del Tribunal Supremo había congelado un millón y medio de libras de sus activos. A lo largo de los años había sido sospechoso de trata de blancas, de blanqueo de dinero, de fraude fiscal y de ser un miembro de la triada 14K, la segunda organización delictiva más importante de China. En una de sus apariciones ante el tribunal, He Jia Jin admitió que algunos lo consideraban como el «Osama Bin Laden chino».

Tras informar a Lansdown sobre la nueva línea que tomaban sus pesquisas, Devlin y Pickering se dirigieron a Kennington, al sur de Londres, para entrevistarse con He Jia Jin. Se reunieron con él en su lugar de trabajo, un edificio de una sola planta en una calle comercial tranquila. El empresario chino hizo esperar unos minutos a los agentes antes de invitarlos a pasar a su despacho. He Jia Jin era de estatura baja, pelo moreno y bastante corto y rostro redondo, y vestía un traje caro. «Era muy inteligente —recordó Devlin—, encantador no, pero sí servicial». Durante toda la conversación, uno de los asociados de He Jia Jin permaneció de centinela en la puerta.

He Jia Jin le dijo a Devlin que el viernes 9 de junio de 2006 se había realizado una transferencia de diez mil libras desde la cuenta del RBS de Allan Chappelow a la cuenta de Money TT de Wang Yam. He Jia Jin, preocupado porque pudiera ser una operación fraudulenta, pidió a RBS que diera marcha atrás a la transacción. Unas horas más tarde, He Jia Jin había recibido en su móvil una llamada de teléfono de un número desconocido. El hombre que había al otro lado de la línea se presentó como John Wong, quien le pidió que restableciera la transferencia. He Jia Jin se sorprendió, ya que la

operación había sido realizada a nombre de Wang Yam. Según recordaba, el cliente estaba enfadado, y exigía que se solucionara el problema inmediatamente. He Jia Jin intentó dar largas al cliente, pero este lo llamó en repetidas ocasiones. De hecho, Wang Yam lo telefoneaba con tal frecuencia que He Jia Jin apenas podía dedicarse a su trabajo. Finalmente, aceptó reunirse con él al día siguiente, en la oficina de Money TT en Kennington.

Wang Yam y He Jia Jin se entrevistaron durante una hora a las 22.30 del 12 de junio de 2006, aproximadamente en el mismo momento en que la policía concluía su primera jornada de registro en el número 9 de Downshire Hill. Mientras He Jian Jin hacía una copia del pasaporte de Wang Yam, este dijo que había asistido al Imperial College y que era abogado en un conocido bufete situado en el número 80 de Shaftesbury Avenue, en Londres. Después, criticó a la empresa Money TT por su pésima gestión, y se ofreció para preparar la salida a bolsa de la misma en la Bolsa de Londres. He Jia Jin lo escuchó con atención, pero no hizo comentarios al respecto. Según dijo a la policía, aquel hombre no le inspiraba confianza. Conocía aquel edificio en el 80 de Shaftesbury Avenue, y no creía que hubiera ningún bufete de abogados instalado allí. Por alguna razón que no llegó a explicarse, Wang Yam (o John Wong) parecía querer trabar amistad con él.

He Jia Jin recordaba que, al final de la reunión, Wang Yam cogió un bolígrafo y apuntó su correo electrónico en el papel secante que había sobre el escritorio del director del banco: *johnwongmbox@hotmail.com*.^[5] Wang Yam le dijo que volviera a transferir los fondos a Money TT al día siguiente, y que la referencia debería ser el nombre de su amiga: «Jenny». Quería que le fuera notificada la transacción en cuanto llegara el dinero.

Devlin dijo: «A simple vista, He Jia Jin había sido de gran ayuda». No parecía estar ocultando nada, pero Devlin admitía estar «contaminado» por lo que sabía del empresario. Desconfiaba, pero no había pruebas que corroborasen sus suspicacias. La pista más importante era «Jenny». Devlin no creía que se tratara de Dong Hui, que también se hacía llamar «Vivien». El nombre «Jenny» ya había aparecido anteriormente en la investigación, en relación con otra de las transacciones de Wang Yam, cuando depositó los cuatro cheques de Allan Chappelow en su cuenta bancaria del HSBC.

Después había intentado transferir poco más de catorce mil libras a una cuenta del Bank of China, también a nombre de «Jenny». Devlin decidió que había llegado la hora de visitar a esa «Jenny». Pero antes, tendrían que hablar con la primera esposa de Wang Yam, Li Jia.

APUNTES DEL CASO

Fui al Museo de Historia Natural para reunirme con el doctor Martin Hall, el entomólogo que preparó el informe sobre la fecha de fallecimiento para la policía. Hall dijo que las moscardas suelen encontrar la carne en descomposición durante las primeras veinticuatro horas después de la muerte. Para confirmar este punto había dejado recientemente una cabeza de cerdo en el tejado de un edificio cercano y observó que las moscas llegaron al cabo de unas horas. En otro experimento, Hall metió una cabeza de cerdo en una maleta, y le sorprendió descubrir que las moscardas fueron capaces de poner sus huevos a través de la cremallera para depositarlos sobre el cuerpo del animal muerto. Dijo que determinar la fecha de muerte probable cuando un cadáver ha permanecido oculto durante tanto tiempo se convierte en una tarea especulativa. Le mencioné que Jane Ainger recordaba haber visto a Allan Chappelow a principios de junio, al menos dos semanas antes de la fecha de muerte más tardía que él había establecido. Hall dijo que tal vez la hubiera calculado mal, ya que el cuerpo estaría a mayor temperatura bajo los manuscritos, lo cual habría acelerado la descomposición y el ciclo vital de las moscardas. Esto haría que la fecha de muerte estuviera más cercana a los inicios del mes de junio.

Sigo revisando los archivos de la defensa (tengo más de mil páginas del despacho de James Mullion). En su declaración a la policía, Thomas Carr confirmó que a veces trabajaba para Chappelow haciendo tareas de mantenimiento y que tenía acceso al número 9 de Downshire Hill. También dijo que no fumaba y que lo habían llevado al hospital el día 8 de mayo de 2006. El historial médico de Carr confirmó que había sufrido efectivamente «dolores en el pecho» y que lo habían ingresado en el hospital Royal Free, pero, según el sello del parte de accidentes y urgencias del hospital, había llegado a las 14.46 del 9 de mayo de 2006. Esto significa que existe un intervalo de casi veinticuatro horas del que no sabemos nada entre el último acto de Chappelow del que tenemos constancia (su llamada a la agencia tributaria el 8 de mayo) y la llegada de Carr al hospital. ¿Tiene importancia esto?

Le pregunté a Kirsty Brimelow, abogada de Wang Yam, sobre la posibilidad de que Thomas Carr fuera un sospechoso alternativo. Según dijo, los testigos suelen cometer errores en sus declaraciones, y añadió que, cuando lo vio en el juicio (viejo y frágil), lo había

descartado como sospechoso potencial. Me preguntó qué motivos podría tener Carr para asesinar a Allan Chappelow.

Volví a hablar con James Mullion, abogado y procurador legal de Wang Yam (WY), y me dijo que este último me había puesto en la lista de visitas. Sin embargo, cuando he llamado a la prisión, mi nombre no constaba en ninguna parte. He llamado al departamento de prensa del Ministerio de Justicia para explicarles que me ha resultado imposible hacer progresos con las autoridades de la prisión y para preguntarles si podían ayudarme a concertar una cita con Wang Yam. Me han dicho que haga un escrito formal, lo cual he hecho (de nuevo).

He contratado a una investigadora en Pekín para que me ayude a localizar el historial de Wang Yam. Dijo que es muy complicado encontrar documentos en papel en China, sobre todo si se remontan a las décadas de 1960 y 1970. Sí consiguió hablar por teléfono con el que fuera supervisor académico de WY, el profesor Chen Nanxian. Chen afirmó que los detalles «se han perdido en la memoria», debido a que Wang Yam «se fue de la universidad china hace veinte años». Chen también dijo que su antiguo pupilo era «muy extraño». Cuando se le conminó a que se explicara, lo único que dijo fue: «Verdades y mentiras, verdades y mentiras». El catedrático se negó a hablar más del asunto. Empieza a preocuparme que Wang Yam pueda estar manipulándome.

10

LA LLEGADA

El 27 de agosto de 1992, Wang Yam llegó en coche al aeropuerto de Hong Kong, y después tomó un avión nocturno hacia Londres. Todo cuanto poseía era su maletín con algunas prendas de ropa que le habían proporcionado las autoridades de Hong Kong y la pequeña colección de objetos personales que había traído de China.

A la mañana siguiente aterrizó temprano en el aeropuerto de Gatwick. Tras una breve parada en el control de inmigración, tomó un taxi hacia el hostel Cricket Field, que pertenecía al Departamento de Refugiados, situado en el número 244 de Sebert Road, en Forest Gate, en la zona nordeste de Londres. Realizó la inscripción con la amable mujer keniana que había en el mostrador de recepción, y después lo condujeron hasta su habitación, en la tercera planta. Era pequeña, con dos camas individuales, dos cómodas y una ventana con vistas a un cementerio. La moqueta estaba vieja, y los pósteres de animales salvajes que había colgados en las paredes tenían las esquinas despegadas. Compartiría la habitación con un refugiado de Somalia, según le contó la señora keniana. Este sería su hogar durante las próximas semanas, hasta que pudiera encontrar un alojamiento más permanente. Wang Yam había pasado a ser huésped del gobierno de Su Majestad.

En cuanto deshizo su escaso equipaje, volvió al piso de abajo y preguntó

cómo podía realizar una llamada al extranjero. Quería contactar con Li Jia. La encargada de la recepción le señaló el teléfono de pago que había en el vestíbulo y le explicó que si quería llamar a China necesitaría una gran cantidad de monedas.

Unos minutos más tarde, ya con un montón de monedas de una libra apiladas ordenadamente sobre el teléfono, llamó al número de Li Jia. Era la primera vez que hablaba con ella en prácticamente un mes. «Estoy a salvo y en Londres —le dijo—. Estoy bien y no estoy en la cárcel». Su mujer, no obstante, estaba furiosa. Se había marchado de Pekín sin decirle a dónde iba. Había pasado unas semanas aterradoras. Estaba convencida de que habían pinchado su teléfono y de que abrían su correspondencia. Le dijo que, si hubiera sabido lo que intentaba hacer, le habría impedido hacerlo. Al cabo de unos minutos de charla, acordaron hablar al cabo de un día, más o menos. Wang Yam esperaba que para entonces ya tendría las ideas más claras respecto al país.

A la mañana siguiente se despertó más fresco y dispuesto a explorar Londres. Después de tomar el desayuno en el piso de abajo, lo primero que quería hacer era depositar su dinero, de modo que pidió que le indicaran el camino hacia la calle principal, y salió en busca de un banco. Todo le resultaba desconocido. Nunca había estado en Europa, y por primera vez en su vida sentía formar parte de una minoría. Tras varias horas caminando entró en un pub para tomar una cerveza, su primera pinta inglesa, y le sorprendió ver que estaba lleno de viejos. En Pekín, los bares estaban poblados de estudiantes y solteros, mientras que los hombres mayores se quedaban en casa. Se preguntó dónde estarían todos los jóvenes. Después de eso, intentó abrir una cuenta corriente, pero descubrió que la oficina estaba cerrada. Esto también le sorprendió; en Pekín, los sábados los bancos estaban abiertos durante todo el día.

Al día siguiente, domingo por la mañana, tomó un tren temprano hacia el centro de Londres y deambuló arriba y abajo por Oxford Street, un distrito comercial tan famoso que cuando era niño ya había oído hablar de él. De nuevo volvió a asombrarse. Las calles estaban desiertas, las aceras vacías y la mayoría de los establecimientos cerrados. Consiguió encontrar una tienda

abierta, una casa de subastas en la que vendían aparatos electrónicos y otros artículos de consumo. El hombre que había en la puerta parecía amigable, y animó a Wang Yam a entrar. Se dijo a sí mismo que necesitaba algunas cosas, ya que había podido traer muy poco consigo desde Hong Kong. Unos minutos después, salía de la tienda con una bolsa de basura negra grande llena de productos. En cuanto regresó a su habitación del hostel se puso a trastear sus nuevos juguetes. Había un reloj digital, una radio y una cámara de fotos, pero, después de manipularlos durante un rato, se dio cuenta de que ninguno de ellos funcionaba realmente. «Me sentí como un auténtico idiota —recordó—. Mi inglés no era muy bueno, y no entendía lo que decían los hombres de la casa de subastas». El lunes ya no tenía dinero. Era día de fiesta, y Wang Yam pidió dinero prestado a la amable señora de recepción para comprar comida. No era una forma nada halagüeña de empezar en su nuevo país.

El martes, cuando bajó a desayunar, vio que había un mensaje para él en el mostrador de recepción: le habían concertado una cita con un especialista en derecho tributario en el centro de Londres. Wang Yam llegó una hora después al número 3 de Field Court, las oficinas del QC Philip Baker. Este, un hombre orondo con gafas sin montura, barba canosa y un rostro amable, estaba casado con una mujer china, y desde 1989 había ayudado a más de 300 ciudadanos chinos a pedir asilo político en el Reino Unido. Muchos, como Wang Yam, tenían vínculos con el movimiento a favor de la democracia en China.

Wang Yam pasó el mediodía con él, le contó su historia y rellenó el formulario para solicitar asilo político. «El señor Yam teme que, si vuelve a China, sufrirá terribles consecuencias —escribió Baker—. Es prácticamente seguro que las autoridades chinas tienen conocimiento de sus actividades en 1989. Ha escapado del país sin permiso en un momento en el que trabajaba en un proyecto militar de alto secreto. También le preocupa poner en peligro la seguridad de quien fue su supervisor y del general de división F. Si regresara a China y lo interrogaran, podría verse obligado a desvelar la implicación que tuvieron estos en los acontecimientos de 1989. Las consecuencias para esas personas serían extremadamente graves». A media

tarde ya habían completado su formulario y lo habían enviado por correo al Departamento de Inmigración y Regularización del Reino Unido, ubicado en Lunar House, en Croydon, al sur de Londres.

A lo largo de las siguientes semanas, Philip Baker ayudó a su nuevo cliente de otras formas. Se lo presentó a una red de inmigrantes chinos. Respondió a sus preguntas sobre cómo solicitar vivienda social y cómo abrir una cuenta corriente en el banco. Y, tal vez lo más importante, con su carta de presentación y recomendación, Wang Yam pudo obtener un empleo como investigador en el departamento de física del Queen Mary and Westfield College, en Mile End, en la zona este de Londres. Después, en octubre de 1992, solo unas semanas después de su llegada al Reino Unido (algo inusitadamente rápido), Wang Yam recibió sus documentos de refugiado del Ministerio del Interior. «El gobierno del Reino Unido me dispensó todos los cuidados», dijo.

Wang Yam se implicó en la política a favor de la democracia en China a través de sus nuevos contactos. Asistía a las marchas y repartía folletos en Chinatown. Fue allí, durante uno de estos eventos, cuando se encontró con una joven llamada Jia Zhao, también conocida como Jenny Zhao. Esta, como Wang Yam, también se había radicalizado a raíz de las protestas de la plaza de Tiananmén. Se hicieron amigos y no tardaron en acostarse juntos.

A principios de diciembre de 1992, sintiéndose culpable por su romance con Jenny Zhao, Wang Yam habló con Li Jia para que se reuniera con él en Londres. Al principio, a ella no le convencía la idea. Aunque antes estaba preocupada por una posible reubicación en provincias, ahora su posición en el Instituto de Investigación de Comercio Internacional era más segura. Había recibido una suma considerable por un nuevo libro sobre prácticas comerciales inglesas y la habían ascendido recientemente para gestionar licencias comerciales con Taiwán. No obstante, a pesar de su éxito profesional, quería estar con él. Tras una semana de conversaciones, ambos acordaron que ella debería volar a Londres cuanto antes.

El 18 de diciembre de 1992, Wang Yam escribió a Philip Baker. Tras agradecerle toda su «amable ayuda», le informó de que había recibido una carta de su padre, vía Hong Kong, en la que lo animaba a «aplicarse en los

estudios y *revolver [sic]* a China en una *situación ventaja [sic]* en el futuro». Wang Yam escribió a Philip Baker que «es tiempo duro para mí solo. Quiero mi esposa aquí cuanto antes. Sé que es muy difícil, pero intentaré lo mejor». Le sugería que quizá Philip Baker podía enviar el historial laboral de Li Jia a su «amigo de la Universidad de Oxford».

Para viajar al Reino Unido, Li Jia tenía que solicitar primero un pasaporte a las autoridades de Pekín y, aunque lo hizo, su solicitud fue denegada. Volvió a intentarlo a través de sus conexiones familiares y empresariales, pero se lo denegaron nuevamente. Por aquel tiempo, Pekín era una de las cinco ciudades que se disputaban la celebración de los Juegos Olímpicos de 2000. La ganadora sería anunciada en una gala que se celebraría en Monte Carlo a finales de septiembre. Wang Yam, enfurecido al ver que su esposa estaba atrapada en China, llamó «a un funcionario de alto rango del gobierno en Pekín», y prometió «armar un escándalo» si Li Jia no recibía inmediatamente un visado para viajar. Unos días más tarde, le comunicaron que era libre para volar a Inglaterra. Al oír las noticias, Wang Yam escribió a Philip Baker. «Acabo de saber que mi mujer tiene pasaporte. Yo y mi familia muy contentos», añadiendo: «Muy gracias por ayuda y preocupación».

Así, el 23 de septiembre de 1993, Li Jia llegó a la terminal de llegadas del aeropuerto londinense de Heathrow. Wang Yam se sentía emocionado de poder ver a su mujer, y caminó hacia ella con los brazos abiertos y dispuesto a darle un abrazo. Pero Li Jia lo rechazó con empujones. «Estaba muy enfadada», recordó Wang Yam. Tras una conversación malhumorada, se dirigieron en metro hasta Finsbury Park, donde Wang Yam había alquilado una habitación en una pensión.

Al día siguiente, volvió a escribir a Philip Baker.

Apreciado Philip Baker:

Mi esposa llegó aquí ayer noche. He preparado todo ahora. Muy gracias por ayuda. Queremos visitar a su hora convenida.

Atentamente,

WANG YAM

«Pasamos toda la semana en la cama —dijo Wang Yam—, poniéndonos al día, hablando sobre el tiempo que habíamos perdido». Al parecer, desde que su marido había huido de China, Li Jia no había podido dormir bien. Dijo que la policía secreta había llamado para preguntar dónde estaba. Parecían estar buscando a algún culpable de su ausencia. Él le contó lo que había pasado en Hong Kong, cómo había conseguido cruzar la frontera, su entrevista con los funcionarios británicos y sus primeros días en Londres.

Al cabo de unas semanas, Li Jia ingresó en un máster de la Universidad London School of Economics. Cuando lo acabó, al año siguiente, consiguió un empleo en Bank of China, en el centro de Londres. Mientras tanto, Wang Yam pasó al Imperial College y empezó un doctorado en el departamento de electrónica.

Cuando visitaban a su amigo Philip Baker en su casa para tomar el té, Wang Yam y Li Jia parecían estar a gusto juntos. «Era obvio que se querían uno al otro —recordaba Baker—. Ella tenía un buen empleo en un banco, y él estaba estudiando en una de las mejores universidades del mundo. Ambos habían conseguido tener un inglés excelente. Cada vez les iba mejor».

Incapaz de contactar con Li Jia por teléfono, Peter Devlin decidió visitarla en su casa, en Wimbledon. Si quería delinear la primera época de Wang Yam en Gran Bretaña necesitaba tomar declaración a su esposa.

Una hora después de salir de Colindale, el subinspector Peter Devlin y el agente Rob Burrows aparcaron frente a una casa de dos pisos en el número 18 de Melrose Avenue. Tras llamar al timbre, les abrió la puerta una señora china delgada. No parecía contenta de que se hubieran presentado en su casa, y no los invitó a pasar. Cuando Devlin le explicó que estaba dirigiendo una investigación por el asesinato de Allan Chappelow, ella le pidió que confirmara su identidad. «Parecía paranoica —dijo Devlin más tarde—. Hablaba un buen inglés, pero no quería comunicarse con nosotros». Le hicieron varias preguntas sencillas: ¿cuándo conoció a Wang Yam? ¿Cuándo habló con él por última vez? ¿Sabe dónde se encuentra? Pero sus respuestas eran vagas y confusas. Los policías tuvieron la impresión de que se negaba a

colaborar. Al cabo de unos minutos, ella cerró la puerta, y ellos volvieron al coche. «Esto ha sido una completa pérdida de tiempo», dijo Devlin cuando regresaron al vehículo.

Unos días más tarde, Peter Devlin y Gerry Pickering condujeron hasta Merseyside para hablar con Jenny Zhao, el nombre que aparecía en las transacciones que había realizado Wang Yam entre el HSBC y Money TT. La encontraron en Wallasey, un barrio desfavorecido de Wirral, cerca de Liverpool. Trabajaba en la clínica de medicina china Jia Min, un pequeño edificio de ladrillo rojo de dos plantas en Poulton Street, situado frente a un establecimiento de venta de patatas fritas y un salón de belleza, a poca distancia de Central Park, un espacio público conocido por la preponderancia de drogadictos y vandalismo.

Cuando entraron en el local les saludó una mujer china, alta, esbelta y atractiva, que estaba de pie junto a un cliente que había en uno de los asientos. Al verla ocupada, los agentes le permitieron que acabara el tratamiento. Mientras esperaban, llegó el marido de Jenny, que se quedó perplejo ante la presencia de los dos agentes de policía, pero hizo caso a las señas de su mujer y esperó junto a ellos. Una vez hubo finalizado, cuando el cliente pagó y se marchó, Gerry Pickering se dirigió hacia ella. «¿Es usted Jenny Zhao?», preguntó. «Sí, soy yo», respondió ella con un acento londinense que conservaba todavía rasgos de su vida en Pekín. «Queda usted detenida por conspiración para cometer fraude —continuó Pickering— a raíz de la investigación por el asesinato de Allan Chappelow, según la cual cheques robados al señor Chappelow han sido ingresados en una cuenta con la intención de ser transferidos a su cuenta corriente». Devlin observó atentamente su reacción, y se percató de que Jenny parecía no estar sorprendida, como si esperara aquella visita. Después, la policía escoltó a Jenny y a su marido hasta la comisaría de policía cercana de Manor Road.

Jenny dijo que había conocido a John Wong (el nombre al que respondía Wang Yam en 1993)[1] unos dos años después de su llegada a Inglaterra. Vivían ambos en Finsbury Park, en el norte de Londres; él era asesor informático por aquella época, mientras que ella estaba empezando como practicante en la medicina china. Perdieron el contacto cuando ella se trasladó

a Liverpool en 1999, hasta la primavera de 2006, cuando lo llamó para preguntarle si podía quedarse con él en Londres. Cuando la policía le pidió la fecha exacta, consultó su diario y dijo que había sido el 5 de mayo de 2006. Ella fue en su coche, y lo recogió en la estación de metro de Holloway, y él le dio indicaciones para llegar a su piso de Denning Road, en Hampstead. Recordaba que, durante el trayecto en coche, él le dijo que ahora se dedicaba al negocio hipotecario. Dong Hui estaba esperándolos cuando llegaron a casa. Él la presentó como su «compañera de piso».

Aquella noche, mientras cenaban, Wang Yam, le explicó que estaba intentando ayudar a un familiar chino a que consiguiera el visado para trabajar en el Reino Unido, y que necesitaba un valedor que garantizara su estancia. Para demostrar su estabilidad financiera, este valedor precisaba tener en la cuenta un mínimo de diez mil libras en ahorros. Le preguntó si estaría dispuesta a ayudarlo en caso de que le transfiriese esos fondos a su cuenta. Cuando le preguntó por qué no lo hacía él mismo, Wang Yam le contestó que, al contrario que ella, no contaba con una fuente de ingresos estable. Ella accedió a ayudarlo, y rieron cuando Wang Yam le dijo que, obviamente, ella tendría que devolverle ese dinero después. Al día siguiente, ella lo llamó y le proporcionó sus datos bancarios de Bank of China.

Wang Yam la llamó tres semanas más tarde, diciendo que había transferido el dinero desde el HSBC a su cuenta de Bank of China. La suma era algo superior a catorce mil libras. Sin embargo, cuando Jenny telefoneó a Bank of China, le dijeron que el dinero no había llegado. Wang Yam dijo que tal vez había escrito incorrectamente los datos, y prometió que llamaría a su banco.

Según Jenny, corría la segunda semana de junio cuando Wang Yam la llamó para notificarle que Dong Hui y él se marchaban de Londres.

Le preguntó si le importaría ayudar a Dong Hui a hacer la mudanza.^[2] No le explicó el motivo, pero Jenny asumía que sería porque él estaría fuera del país. El sábado 17 de junio condujo hasta Londres, y durante ese fin de semana ayudó a Dong Hui a transportar nueve maletas y doce bolsas de basura llenas de cosas a un trastero de la empresa Safestore en el norte de Londres. Una vez en el trastero, Dong Hui rellenó un formulario usando el

nombre «Vivien Don» y dijo que regresaría entre dos y cuatro semanas más tarde para recoger sus pertenencias.

Antes de despedirse, Jenny Zhao le prestó a Dong Hui doscientas cincuenta libras para que pudiera tomar un avión y reunirse con Wang Yam. Jenny volvió a hablar con este durante el fin de semana. Él le dio las gracias por su ayuda, y le dijo que había encontrado un empleo en Europa y que se quedaría «allí durante un tiempo». Jenny no supo en qué pueblo o ciudad vivía Wang Yam.

Una vez concluida la entrevista, Devlin le pidió a Jenny que firmara su declaración como testigo. Después, le comunicó que quedaba en libertad para marchar a casa, y que pronto volverían a ponerse en contacto con ella. También le dijo que debía hablar con ellos si recibía noticias de Wang Yam o Dong Hui, o bien si recordaba algún otro detalle. Dos horas después de que comenzara el interrogatorio, Jenny cogió su bolso, se puso el abrigo, volvió con su marido, que estaba en la sala de espera, y salió de la comisaría de policía.

APUNTES DEL CASO

Quise comprobar los datos del currículum de Wang Yam. Envié un correo electrónico a Centerprise International, en donde decía haber trabajado, adjuntando una lista de todos los nombres que Wang Yam había usado. Su departamento de recursos humanos contestó, diciendo: «Hemos revisado nuestros archivos, y no hay registro alguno de los nombres que usted cita».

También contacté con el Imperial College (que aparecía asimismo en el currículum de Wang Yam) para comprobar si había estudiado allí. Su abogada, Kirsty Brimelow ya me había explicado que eso no era cierto. En la oficina de antiguos alumnos dijeron que lo comprobarían.

Llamé a Peter Devlin y le pregunté por el estado mental de Wang Yam. «Tengo tan buena intuición como el que más —dijo—, y he acertado muchas más veces de las que me he equivocado». Según creía él, es más fácil decir si alguien es inocente que si es culpable. Cuando detienen a alguien por asesinato y la persona no pregunta quién era la víctima es una señal de que están implicados en ello. Igualmente, cuando dicen «no tengo nada que declarar» también es mala señal; cuando alguien es inocente se desvive por decirlo. Devlin no daba mucha importancia a síntomas físicos como el sudor, los tics o el mirar hacia arriba cuando se miente. Dijo que la torre de telefonía móvil, el banco y las cámaras de seguridad demostraban que Wang Yam era un mentiroso. «Nunca he creído su versión de los hechos —dijo Devlin—. Nadie podía entender sus motivos para actuar así. Era un fabulador tipo Walter Mitty».

Tengo muchos problemas para hablar con personas que conocieran a Wang Yam en el Reino Unido. He conseguido dar con el número de teléfono móvil de Jenny Zhao, pero se niega a hablar conmigo. No obstante, he conseguido contactar con Philip Baker, el abogado que lo ayudó cuando llegó al Reino Unido, y hemos concertado una cita.

Mis investigadores en Pekín y Xi'an también tienen problemas para confirmar la historia pasada de Wang Yam. Todas las personas a quienes se acercan niegan conocerlo o no quieren hablar. Según me dicen, el hecho de que haya permanecido diez años fuera del país es suficiente, pero el hecho de que haya sido condenado por asesinato —en China tener un

familiar en prisión en una vergüenza para la familia— hace que resulte prácticamente imposible. Los investigadores han localizado a Ren Jining, de quien Wang Yam dijo que era su hermanastro. Ren Jining ha escrito libros sobre su famoso abuelo, Ren Bishi. Fueron necesarias varias llamadas para que se sintiera cómodo (al principio negaba incluso ser Ren Jining), pero al final accedió a hablar. Dijo que Wang Yam no era nieto de Ren Bishi, ni tampoco hijo de Ren Yuanyuan, ni primo suyo. Ren Jining dijo que si continuaba divulgando tales «mentiras» lo demandaría.

Wang Yam me ha proporcionado finalmente el nombre de alguien del Reino Unido que lo conoce: Xing Sheng He. Nos encontramos en un restaurante hermosamente decorado de Richmond, en Surrey. Xing pidió una enorme cantidad de comida, y parecía querer ser afable conmigo. Hijo de un guardaespaldas del presidente Mao, Xing había abandonado China hacía más de veinte años. Dijo que conoció a Wang Yam a principios de la década de 1990 cuando fue a un taller situado en el sur de Londres a reparar su ordenador. Durante los siguientes años se vieron ocasionalmente; Wang Yam ayudó a la esposa de Xing a abrir una cuenta corriente en una sucursal bancaria de Londres, y lo invitaron a cenar a su casa. Xing dijo que, en una de sus primeras conversaciones, Wang Yam dijo que era nieto de Ren Bishi e hijo de Ren Yuanyuan. La casualidad quiso que Xing hubiera conocido a Yuanyuan, y había estado en su casa de Pekín muchas veces. Recordaba que su amigo tenía hijos pequeños, pero no sabía sus nombres. Xing le hizo varias preguntas para contrastar esa historia. Le preguntó cuál era la dirección de su padre y cómo se llamaba su abuela. No solo contestó bien a las preguntas, sino que incluso lloró cuando mencionó a su abuela (y también a su padre), de modo que Xing concluyó que era efectivamente miembro de la famosa familia Ren. La última vez que había visto a Wang Yam fue a principios del año 2000, y se quedó de piedra al saber que estaba en la cárcel acusado de asesinato. Xing no creía que Wang Yam fuera capaz de matar a nadie. ¿A quién debería creer yo, al supuesto hermanastro o al amigo de la familia?

11

EXTRADICIÓN

La situación financiera de Wang Yam mejoró hacia mediados de la década de 1990, cuando Li Jia ganaba un buen salario en Bank of China. Se marcharon de aquel piso de una habitación en Finsbury Park para trasladarse a los barrios residenciales del sur de Londres. Primero alquilaron una vivienda en Stuart Road, en Southwark, y después compraron una casa adosada de dos plantas en el número 18 de Melrose Avenue, en Wimbledon. Era un inmueble encantador con un amplio jardín, cocina moderna y un salón con ventanal en saliente.

Para pagar la entrada de su nueva casa, Wang Yam pidió dinero prestado entre sus contactos de la comunidad china. Las condiciones del préstamo eran usureras, y no tardó en sentir la presión de tener que ganar más dinero. Según afirmaba, en 1997 dejó el Imperial College sin completar su doctorado y montó diferentes empresas.^[1] La primera de ellas fue Quantum Electronics Corporation Ltd., identificada en el registro mercantil del Reino Unido (Companies House) como empresa de «mantenimiento de equipos informáticos y de oficinas». A esta le siguieron otras empresas, entre ellas una compañía de reparaciones informáticas, otra de telefonía móvil y una de fotocopiadoras.

Li Jia quedó embarazada a principios de 1998, y nueve meses más tarde,

el 13 de noviembre, dio a luz a su hija. Le pusieron un nombre inglés, Angela, que significa mensajera de Dios. En muchas familias chinas la tradición dicta que los abuelos ayuden a la crianza de los niños, y dado que Li Jia tendría que volver pronto a su puesto en Bank of China y que Wang Yam estaba ocupado con sus empresas, consiguieron la documentación para que la madre de Li Jia los visitara en Londres. A los seis meses, Cuando expiró su visado de turista, la madre de Li Jia se llevó a Angela con ella a China, donde permanecería hasta el año siguiente. Les resultó duro separarse de su hija, pero estaban contentos de que estuviera bien atendida y conociera la cultura china.

Cuando regresó de tomar declaración a Jenny Zhao en Liverpool, Peter Devlin se centró en recopilar más pruebas acerca de Wang Yam y Dong Hui. Ahora que habían identificado a varios testigos y tenían fotografías de los sospechosos, su siguiente prioridad era verificar que todos estuvieran hablando de las mismas personas.

En las ruedas de reconocimiento tradicionales[2] se llevaba a una víctima o testigo a la comisaría de policía, la acompañaban a una pequeña habitación en penumbra y la invitaban a mirar a través de un cristal de visión unidireccional. Al otro lado había un mínimo de cinco actores que esperaban pacientemente junto al sospechoso. No era extraño que los participantes en la ronda repitieran una frase o línea que el testigo recordara haber oído. Lo normal era que la policía ya tuviera una idea clara de la identidad del delincuente y que utilizara la ronda de reconocimiento simplemente para confirmar sus sospechas. Pero, aunque esas rondas solían ser provechosas, también planteaban algunos problemas. A muchas de las víctimas les intimidaba estar cerca de la persona que los había asaltado, y se sentían mal. Es más, organizar las rondas ocupaba bastante tiempo, ya que los agentes de policía tenían que recorrer la ciudad o pueblo en busca de personas de apariencia similar. Y, lo que es peor, estas ruedas de identificación proporcionaban a la policía numerosas oportunidades para interferir en el resultado,[3] por ejemplo, cuando los agentes, a veces, hacían sugerencias

sutiles o no tan sutiles respecto a cuál era la opción «más adecuada».

En respuesta a estas y otras críticas, el cuerpo policial de Yorkshire introdujo en marzo de 2003 una versión digitalizada de la ronda de reconocimiento que después adoptarían otros veinte cuerpos de policía del Reino Unido, entre ellos la Policía Metropolitana de Londres. Actualmente, las víctimas y los testigos se sentaban ante una pantalla de ordenador, ya fuera en la comisaría o con un portátil, y se les presentaba una serie de fragmentos de vídeo sacados de una extensa base de datos con más de veinte mil personas. Conocido como sistema de Grabación Electrónica de Reconocimiento de Identidad Virtual (o VIPER, por sus siglas en inglés),^[4] era más rápido y menos estresante a nivel emocional, y costaba la cuarta parte del método tradicional. Asimismo, según el Ministerio del Interior, que había supervisado el sistema, también era menos susceptible a las interferencias de la policía. En la inauguración del sistema VIPER, el ministro del Interior David Blunkett declaró a *The Yorkshire Post* que «el sistema se ha mostrado particularmente efectivo para identificar a atracadores callejeros», y añadió que «llevará a esos delincuentes ante la justicia de manera mucho más rápida y los sacará de las calles, donde están causando mucho perjuicio».

Así, la mañana del 4 de julio de 2006, el «agente designado para la proyección», el sargento Nigel Green, preparó el programa VIPER en la comisaría de policía de Kilburn del norte de Londres. La entrevista sería grabada y ni Peter Devlin ni ninguno de sus compañeros estaría presente. A las 11.22, se le mostró el programa de identificación al primer testigo: el cartero, Nicholas Sullman.

Tras esa primera declaración que realizó el día posterior a que encontraran el cadáver de Allan Chappelow, Sullman había ofrecido un testimonio adicional que proporcionaba nuevos datos a la investigación. El cartero indicó que el hombre que se había dirigido a él cuando hacía su ronda era «medio inglés y medio chino» y que estaba «seguro al 80 %» de que hablaba con «un acento inglés del sureste» y de que, «definitivamente, no tenía ningún acento regional». Añadió que «no tendría problemas en reconocerlo» si volviera a verlo. También dijo que llevaba «unas gafas de montura gruesa como las que solía ponerse el humorista Eric Morecambe».

El testimonio de Sullman fue considerado crucial. Aunque ese último detalle en el que afirmaba que el individuo de origen chino llevaba unas gafas de montura gruesa, fue un quebradero de cabeza para Devlin durante algunas semanas. Sullman era la única persona que identificaba a Wang Yam —si es que efectivamente era él a quien Sullman vio— como alguien que usara gafas en público. Anna Toma, la arrendadora, había dejado claro que nunca lo había visto llevar gafas.[5] Lo mismo decían todos los demás testigos. Además, tampoco las usaba en las imágenes de las cámaras de seguridad del banco, y su óptico informó de que solo le había recetado gafas de lectura, las cuales eran grises. Esa era otra de las razones por las que la entrevista VIPER de aquel día era tan importante, dejar claro a quién había visto realmente el cartero.

«Está usted aquí hoy —dijo Nigel Green desde detrás del ordenador a Nicholas Sullman, que estaba sentado frente a él— para comprobar si puede identificar al individuo que vio en una fecha indeterminada, pero enmarcada, según cree, en los últimos dos meses, y [que] se dirigió a usted para preguntarle por el correo de una dirección en particular». Green explicó entonces que le mostrarían nueve fragmentos de vídeo y que era posible que la persona que el testigo había visto «apareciera o no apareciera» en la grabación. Una vez que Sullman confirmó que entendía el proceso, le mostraron fragmentos en los que se veían nueve posibles sospechosos, y, tras una breve pausa, volvieron a mostrarle las imágenes. El único fragmento en el que se veía a un hombre chino sin afeitado que llevaba una chaqueta de color beis era el primero: Wang Yam.

Una vez que concluyó la presentación, Green dijo formalmente: «Si la persona a la que ha venido a identificar ha aparecido en la grabación, diga el número que aparecía en la pantalla cuando se mostró a esa persona». Sullman contestó: «No estoy completamente seguro, pero la número uno es la única persona que se parece a la imagen que tengo de él en la cabeza». Aunque Green consideraba que el testigo había demostrado un «fuerte elemento de reconocimiento», no creía que se tratara de una «identificación fehaciente».

Anna Toma, arrendadora del piso, y Ali Shahid, encargado del restaurante Curry Paradise, también fueron entrevistados ese día. Esos dos testigos

reconocieron claramente a Wang Yam, en contraste con el cartero, y Nigel Green creía que lo habían identificado con seguridad. A las 12.06 del mediodía, dos horas después de comenzar, Green concluyó con la presentación VIPER, introdujo el vídeo con las respuestas de los testigos en un sobre, lo etiquetó y mecanografió sus notas al respecto.

Cuando Devlin leyó el informe VIPER se alegró de que dos de los testigos principales hubieran identificado con seguridad al sospechoso. Pero le preocupaba la respuesta dubitativa de Sullman. Era la única persona que podía situar a Wang Yam en las inmediaciones del número 9 de Downshire Hill, y dado que no había pruebas forenses que relacionaran al sospechoso con el escenario de los hechos, resultaba un duro varapalo para su investigación.

Llegados a principios de 2000, la mayoría de las aventureras empresas de Wang Yam habían cesado su actividad o fracasado en su intento de generar una cantidad significativa de dinero. Una de ellas, Quantum Electronics Corporation Ltd., incluso había sido declarada en bancarrota. Varios de sus socios empresariales estaban tan indignados que interpusieron una demanda civil contra Wang Yam. Este, por su parte, seguía recibiendo llamadas semanales de los prestamistas que habían financiado su casa.

Cuando Angela regresó al 18 de Melrose Avenue en la primavera del año 2000, el estado anímico familiar empeoró. Aunque consiguieron una niñera china a través de sus contactos, Li Jia y Wang Yam parecían incapaces de adaptarse a las responsabilidades de su reciente paternidad y a la manera en que afectaba a su relación. Según Wang Yam, Li Jia se quejaba de que había un compañero que la acosaba en el trabajo. No obstante, él sospechaba que tenía un romance con un alemán que trabajaba en Commerzbank. «Sinceramente, yo he tenido más infidelidades que ella», confesó, pero eso no quitaba que se le «rompiera el corazón» al imaginarla con otro hombre. La confianza entre ambos se rompió definitivamente cuando él la acusó de entrar en su cuenta de correo electrónico y de espiar su teléfono.

Poco después, Wang Yam se marchó del número 18 de Melrose Avenue

para trasladarse a un piso en Hampstead, al norte de Londres. «Li Jia no lo aceptó —recordaba Wang Yam—, y no paraba de llorar. Quería que volviera. Me llamaba continuamente al teléfono móvil. Fue muy duro». No tardaron mucho en concretar el divorcio.

Wang Yam asistió a un curso para nuevos prestamistas hipotecarios con la esperanza de mejorar su situación financiera, y después montó una complicada red de compañías de servicios financieros con nombres como First Credit International Limited, Global Combined Services y Credit General Group PLC.^[6] Alquiló un despacho en el centro de Londres, imprimió tarjetas de empresa, registró los nombres de los dominios, creó las cuentas de las direcciones de correo..., y después empezó a buscar clientes para esos negocios. Una de sus herramientas de marketing era anunciarse en los periódicos locales y ofrecer hipotecas de la financiera Sun Life a precios atractivos para personas de origen chino.

En otoño de 2001, uno de los anuncios de Wang Yam llamó la atención del señor y la señora Lee, que vivían en Market Drayton, un pueblo cerca de Stoke-on-Trent. Contactaron con él a través de su empresa First Credit International Limited, y unos días más tarde, el 3 de septiembre, viajó al norte desde Londres para visitarlos en su casa. Tras rellenar una solicitud de hipoteca para Sun Life, les pidió tres cheques, dos para pagar la cuota de la solicitud y otro para cubrir sus emolumentos.

Al volver a Londres, Wang Yam se percató de que había cometido un error con la documentación y llamó a los Lee para solucionar el problema. Les dijo que uno de los dos cheques para pagar los gastos del procedimiento debería ir a nombre de su empresa, First Credit International Limited, y les pidió permiso para cambiar el nombre del beneficiario. Los Lee consideraron que esto era muy sospechoso, y pidieron que les devolviera su dinero, pero Wang Yam se negó, alegando que no era reembolsable. Al acabar la conversación ninguna de las partes había quedado satisfecha. Sin embargo, Wang Yam cambió el nombre que aparecía en el cheque igualmente y lo depositó en su cuenta corriente.

Unos meses más tarde, los Lee llamaron a Wang Yam y le pidieron ayuda con una nueva solicitud de hipoteca. Cuando este les preguntó si estaban

realmente seguros, le contestaron afirmativamente, y Wang Yam volvió a tomar el tren hacia el norte. Esta vez lo recibieron en la estación dos agentes de policía que se lo llevaron para interrogarlo. Tras explicar su versión de los hechos, le dieron una advertencia y lo pusieron en libertad sin cargos.

El problema que tuvo con los Lee no fue la única ocasión en la que Wang Yam captó la atención de la policía. En 2002, unos agentes judiciales se presentaron en su casa de Melrose Avenue para embargar bienes que cubrieran sus deudas. Una vez dentro del domicilio encontraron cinco tarjetas de crédito que no pertenecían a Wang Yam ni a Li Jia. Esta vez lo llevaron a la comisaría de Wimbledon para interrogarlo. Dijo que las estaba guardando en nombre de unos amigos y volvieron a ponerlo en libertad sin cargos.

Además de vender préstamos hipotecarios y reparar ordenadores personales, Wang Yam también especulaba con dominios de páginas de internet. En aquella época era posible adquirir un dominio por una pequeña suma y venderlo después por una gran cantidad de dinero a una empresa desesperada por proteger su marca. Nombres como *sex.com*, *money.com* y *marijuana.com* se vendieron por millones de dólares. Dado que a veces registrar el nombre costaba solo diez dólares y podías almacenarlos en un servidor por unos quince dólares al año, la especulación con los nombres de dominios prometía unos beneficios potenciales enormes.

Llegados a 2003, Wang Yam había acaparado más de seiscientos dominios. Algunos de ellos —como *jamboreefoods.com*, *mygroceryads.com*, y *higdonsfoods.com* hilaban demasiado fino. Otros, no obstante, eran realmente prometedores. *Bankofhongkong.net*, por ejemplo, podría interesarle a Hong Kong and Shanghai Bank (HSBC); seguramente, *StandardLife.cn* sería objeto de deseo del banco Standard Life; en tanto que *food4less.com* reproducía el nombre de una cadena de tiendas de comestibles cuyo propietario era Kroger, que con sus sesenta mil millones de dólares en ventas en 2005, era una de las cadenas de supermercados más grandes de Estados Unidos. Así mismo, *fleming.com* congeniaba con Robert Fleming & Co., un banco escocés que se vendió en el año 2000 a Chase Manhattan Bank por más de siete mil millones de dólares. En cierto modo, esos dominios ofrecían a Wang Yam su única esperanza de amasar una cantidad de dinero

significativa de manera legal. A pesar de ello, fracasó en su intento de capitalizar sus inversiones. O las retenía durante demasiado tiempo, rechazando las pocas ofertas a la baja que llegaban a su bandeja de entrada, o no conseguía atraer el interés necesario.

Entonces, el gigante alimentario Kroger lo demandó por *food4less.com*. En sus alegaciones, Kroger dijo que el nombre del dominio había sido registrado originalmente con otro mastodonte de los supermercados y que, cuando este se había declarado en bancarrota en julio de 2003, ambos habían acordado que una compañía intermediaria compraría el nombre del dominio y después se lo vendería a ellos, Kroger. No obstante, durante ese período de tiempo, la «empresa» de Wang Yam, Star Asset Management, se había hecho con el nombre y lo había registrado. La demanda afirmaba que «no hay un registro claro de cómo [Star Asset Management] se convirtió en registrante del dominio». Kroger informó de que había intentado contactar con Star Asset Management o, en otras palabras, con Wang Yam «mediante todos los contactos enumerados en el registro de dominios», pero no habían obtenido respuesta. Poco después, un comité de arbitraje concedió el nombre «food4less» a Kroger. Al cabo de unos meses, otro comité entregó el dominio *StandardLife.cn* a Standard Life. Había perdido toda oportunidad de evitar el juicio y llegar a un acuerdo que posiblemente habría ascendido a cientos de miles de dólares.[7]

A lo largo del verano de 2006, Peter Devlin recopiló información sobre el historial empresarial de Wang Yam. El registro mercantil británico contaba con anotaciones de todas las empresas que él había establecido, los nombres, fechas de nacimiento y direcciones de todos los socios implicados, copias de las cuentas bancarias y de cualquier expediente de disoluciones que se hubiera producido. Lo complicado era que el sospechoso había utilizado diferentes nombres al registrarse como director —Wang Yam, Yam Wang y Wong Yam—, aunque Devlin localizó las empresas relacionadas con sus socios (que afortunadamente habían usado sus nombres originales) y obtuvo un extenso listado. Rastrear el historial de Wang Yam como especulador de

dominios web fue igual de directo. Una simple búsqueda en el portal «Whois» desveló una larga lista de dominios registrados a nombre de Wang Yam, Ren Hong y otros pseudónimos.

La tarea de reconstruir los movimientos de Wang Yam durante la primavera de 2006 fue mucho más complicada. Peter Devlin y su equipo contactaron con las entidades bancarias del sospechoso, sus empresas crediticias y proveedores de internet. Se trataba de un trabajo arduo, y requería una considerable atención a los detalles. Cada una de las organizaciones exigía la presentación de una solicitud oficial individual para la que había que conseguir aprobación. Cuando remitían las pruebas, estas tenían que ser etiquetadas y numeradas antes de poder revisarse. Si aparecía alguna información de utilidad tenía que contrastarse con el inventario acumulado procedente de otras fuentes.

Los datos del teléfono móvil fueron probablemente los más difíciles de compilar. Además de rastrear las llamadas de teléfono realizadas con el dispositivo de Allan Chappelow, la policía tenía que reunir las llamadas que se hicieron con los teléfonos de Wang Yam, Li Jia y Dong Hui, junto con las de otros testigos, incluyendo a Jenny Zhao y He Jia Jin. A partir de esta vasta extensión de información, necesitaban identificar cuándo tuvieron lugar cada una de ellas y qué antena de telefonía las cubrió (para poder determinar la localización del emisor), además de transcribir las conversaciones si había grabaciones disponibles. Esta tarea resultó muy pesada, debido a que las llamadas telefónicas estaban protegidas por estrictas leyes de privacidad y había que realizar una solicitud separada para cada línea, lo que requería horas de papeleo.

Tardarían meses en reunir toda esa información.

En el verano de 2004, Wang Yam voló de Londres a Shanghái para hacer negocios con ciertas aseguradoras chinas. Aunque viajaba con pasaporte británico y con su nombre adoptado, se puso nervioso al llegar a China. ¿Lo reconocerían en el control de pasaportes y se lo llevarían para interrogarlo y preguntarle por su papel en las protestas estudiantiles de 1989?

En la cola del control vio a una joven mujer china de baja estatura esperando junto a él. Empezaron a conversar. Se llamaba Dong Hui. También vivía en Londres, donde estudiaba marketing en la Universidad de Middlesex. Regresaba a China para ver a sus padres y al resto de la familia. A medida que la cola avanzaba continuaron charlando, y antes de que le llegara el turno a Dong Hui acordaron verse esa misma semana. Al cabo de unos minutos, tras recoger su equipaje y pasar por el control de aduanas, Wang Yam tomó asiento en un autobús que lo llevaría al centro de la ciudad. Lo había conseguido.

Shanghái había cambiado drásticamente desde su última visita a principios de la década de 1990. Enormes grúas se cernían sobre el horizonte. Habían barrido sectores enteros de la ciudad para dar cabida a un bosque de bloques de apartamentos, y sus calles estaban llenas de coches, motocicletas y bicicletas eléctricas. Incluso desde el interior del autobús se notaba que la contaminación era asfixiante. Una sórdida miasma gris se filtraba a través de los débiles rayos de sol, en tanto que muchos de los viandantes llevaban mascarillas.

Wang Yam visitó a su anciana abuela en el hospital mientras estuvo en Shanghái. Cuando se detuvo ante ella, se percató de que estaba demasiado débil para reconocerlo. La esposa del gran héroe chino Ren Bishi, de noventa y cuatro años, llevaba muchos meses enferma, y ya le quedaba poco tiempo de vida. Wang Yam quería mucho a su abuela, y le entristeció enormemente saber que probablemente sería la última vez que la viera.

Unos días más tarde, Wang Yam llamó a Dong Hui a su teléfono móvil. Durante esa semana se encontraron en dos ocasiones. Dong Hui dijo que le gustaba jugar al pimpón y que tanto ella como su padre habían sido campeones en ese deporte. Él contestó que también jugaba y que de pequeño había entrenado con un famoso jugador que conocía a su padre. Según afirmaba Wang Yam, ella le contó que su familia era originaria de Taiwán y que tenía primos en Alemania y Estados Unidos, uno de los cuales era el tenista Michael Chang (ganador de Roland Garros y cuartofinalista de Wimbledon). Su familia era conservadora y adinerada en relación con los estándares chinos. El salario de su padre era de 150.000 yuanes, unas seis

veces más que el salario medio nacional.

Los padres de Dong Hui vivían en Wuhan, la capital de Hubei, la provincia central del interior de China. Como no tenía suficiente tiempo para conocerlos personalmente antes de regresar a Inglaterra, Wang Yam llamó al padre de Dong Hui. Se presentó ante él por vía telefónica, le dijo que vivía en Londres, que dirigía una empresa exitosa y que quería tener una relación sentimental con Dong Hui. Su padre dio las gracias a Wang Yam por llamarlo, y le prometió que hablaría con su antiguo entrenador para comprobar sus referencias.

Según Wang Yam, al padre de Dong Hui no le gustó lo que oyó de él: no era una persona de fiar políticamente, no contaba con independencia económica, estaba divorciado e incluso tenía una hija pequeña. Él quería que Dong Hui se trasladara a Estados Unidos cuando se licenciara para aprovechar las oportunidades y recibir la ayuda de los miembros de su familia que vivían allí. No quería que quedara ligada a ese hombre mayor con tan pocas perspectivas de futuro. Sin embargo, Dong Hui se mostró implacable. Dijo que le gustaba Wang Yam y que quería verlo en Inglaterra. A sus padres les resultaría complicado controlarla estando a ocho zonas horarias y más de ocho mil kilómetros de distancia.

En septiembre de 2004, Dong Hui voló a Londres para cursar su segundo año de marketing y completar su trabajo de máster. No tardaron mucho en mantener una relación sentimental, y, a pesar de la diferencia de edad, se enamoraron completamente. En la entrada de su diario del 6 de enero de 2005, Dong Hui reflejó lo que sentía por Wang Yam:

Ha pasado otro Año Nuevo. Llevo casi dos años en Londres, y por el momento no he conseguido nada. Tengo pendiente mi trabajo de máster y no estoy preparada mentalmente para ir a trabajar. Sin embargo, mi vida amorosa ha sufrido un vuelco estremecedor; dolores que derriten el corazón y perseverancia. Sé que es un hombre del que estoy perdidamente enamorada. Cuanto más me enamoro más miedo me da. Temo que uno de estos días ya no esté conmigo. No hablo acerca de su persona, sino de su corazón. Cuando estoy ante él me siento como una princesa caprichosa, y en otras ocasiones, como una mujer madura. A veces soy un pájaro dócil, y otras veces soy como una madre. Siempre quiere que lo ame y que lo posea con toda la intensidad. Sé que es el primer hombre al que quiero con todo mi cuerpo y alma. Mamá me dijo una vez: «No esperes demasiado». Pero yo siempre espero conseguir lo que quiero. Qué ganas tengo de ponerme un vestido de novia. Ese es mi sueño, mi sueño.

Poco después, Wang Yam y Dong Hui acordaron que debían trasladarse a vivir juntos y hablaron sobre el mejor sitio para hacerlo. Él tomaba el autobús hasta su oficina en el centro de Londres y ella tenía que ir en metro a clase todos los días, así que optaron por un piso de una habitación en el número 49 de Gayton Road, en Hampstead, ya que era asequible y se encontraba a la misma distancia de ambos lugares.

Sin embargo, no todo fueron días de rosas para la pareja en Londres. A Dong Hui no le hacían gracia las visitas semanales que hacía su novio a su hija de seis años. No le gustaba que, para hacerlo, tuviera que ir al número 18 de Melrose Avenue, en Wimbledon, donde vivía su exmujer, la casa cuya propiedad seguían compartiendo. Y tampoco le gustaban las cartas y llamadas telefónicas que recibía de sus padres, que la conminaban a dejar a Wang Yam. Pero ella insistió. Lo amaba y se prometió que siempre estarían juntos.

En la primavera de 2005, Wang Yam y Dong Hui decidieron buscar un nuevo piso. Su madre los visitaría la primera semana de junio y necesitarían más espacio. Aunque sus padres no aprobaban la relación, echaban de menos a su hija. «No les quedaba otra opción —diría después Wang Yam—. Tenían que aceptarme».

A pesar de las tensiones, Dong Hui estaba de buen humor. El 26 de mayo de 2005 añadió otra anotación a su diario:

Hoy fui al parque sola y me quedé allí una eternidad. Había muchos niños jugando alegremente frente a mí. Vi a una niña subida a un columpio. Se balanceaba hasta lo más alto con el viento. Estaba muy contenta y disfrutaba al máximo. Su larga melena también flotaba libremente ante la brisa. La niña estaba completamente inmersa en el hermoso sol de media tarde.

En una entrada posterior confesaba: «Tengo muchas ganas de tener un bebé». Pronto, esperaba, también ella tendría una «familia acogedora y tranquila», sería madre y podría visitar el parque infantil con su marido y los niños.

Las últimas semanas habían sido largas y extenuantes para Peter Devlin. Mientras el resto de su equipo se encargaba de otros trabajos, Rob Burrows, Gerry Pickering y él siguieron centrándose en el asesinato de Allan Chappelow.

Para el día de la final del Mundial de fútbol, el 9 de julio de 2006, un apasionante partido en el que el capitán de Francia fue expulsado por dar un cabezazo en el pecho a un adversario y que los italianos acabaron ganando en la tanda de penaltis, Devlin se preguntaba si encontrarían algún día a Wang Yam. Podría estar en cualquier parte.

Frustrado, volvió a preguntar a su jefe si era posible emitir la «alerta roja», pero la respuesta de Lansdown seguía siendo un no rotundo. Le pidió que, en lugar de eso, redoblara sus esfuerzos con las pruebas del banco, el teléfono e internet, lo que podría ayudarles a localizar al sospechoso principal.

Entonces tuvieron un golpe de suerte. Al principio de la investigación, Devlin le había pedido al agente Rob Burrows que contactara con Iomart, la empresa que gestionaba los dominios de Wang Yam. Durante esas indagaciones, Iomart dijo que la cuenta estaba a nombre de «Ren Hong» y seguía activa. Fue Burrows quien sugirió que tal vez pudieran localizar al sospechoso cuando intentara renovar alguno de sus dominios.

El 24 de julio, Iomart dio aviso de que Wang Yam había pagado recientemente tres dominios de su cuenta: *Americabancorp.com*, *Fleming-china.com* y *London-re.com*. Utilizaron los registros del servidor Apache para localizar la actividad *online* de una dirección IP registrada como 212.4.86.73. Esta, según informó Iomart al agente Burrows, pertenecía a un ordenador localizado en el cantón de Zug, en Suiza. Unos días más tarde, Iomart recibió una llamada referente a la cuenta Ren Hong. El número de teléfono del Reino Unido que aparecía registrado en la pantalla del empleado de atención al cliente era +44 765 253 888, y, según descubrió Burrows, estaba siendo reenviado desde el +41 417 116 767, un número suizo. Ahora contaban con dos pruebas que indicaban el paradero de Wang Yam. Al conocer estas noticias, Pete Lansdown pidió a Peter Devlin que preparase una orden internacional de búsqueda y captura para enviarla a las autoridades suizas.

Mientras tanto, Devlin siguió reuniendo información sobre el historial

financiero del sospechoso.

El 19 de septiembre de 2005, Wang Yam había solicitado declararse en quiebra personal en los Reales Tribunales de Justicia del centro de Londres. Rellenó el formulario 6.28, pagó la tarifa de 310 libras esterlinas y le dijeron que la audiencia tendría lugar en la sala 211 de la segunda planta del edificio Thomas More. En su solicitud, Wang Yam declaraba que estaba desempleado y debía más de un millón de libras. El listado de quiebras era toda una letanía de estafas del pasado.

Muchos de sus deudores eran conocidos. Debía diez mil libras a su primera esposa, Li Jia, por ejemplo, así como tres mil libras a su madre. También debía cincuenta mil libras a «Jessie» Li Ping Chang, la propietaria de un restaurante chino del sur de Londres, cuyo marido, como Wang Yam, había sido uno de los directores de Sun Life Financial Limited. Debía 57.000 libras a Tae Young Jung (también conocido como «Tyger Jung»), el propietario de una empresa de moda londinense. Jung le había ayudado a financiar la compra del número 18 de Melrose Avenue y nunca había recibido su dinero. Lo más asombroso es que Wang Yam afirmaba deber doscientas cincuenta mil libras al padre de Dong Hui, «un préstamo para adquirir una empresa vinícola», según se leía en el pliego. Cuando el tribunal le preguntó por qué solicitaba la quiebra personal, Wang Yam escribió que «el acreedor presiona demasiado y no da más tiempo» y que «intento montar Negocio ganar el Dinero devolverlo [sic]. Pero he luchado casi tres años. Ha fracasado». Ya con la quiebra garantizada, Wang Yam fue declarado insolvente a efectos oficiales.

Como parte de la investigación, Devlin visitó también al médico de Dong Hui en Hampstead y reunió su historial clínico. A partir de ello, descubrió que había quedado embarazada en enero de 2006. Presumiblemente, informó a Wang Yam sobre ello a principios de marzo. Dada la quiebra, la falta de empleo y los problemas con la casera Anna Toma, y después lo del bebé, Devlin pensó que a principios de la primavera de 2006 el sospechoso debía de encontrarse desesperado.

Así pues, al detective le sorprendió averiguar que por esas fechas Wang Yam se ofreció a comprar una casa en Hampstead Village por valor de 1,6

millones de libras. El inmueble estaba situado en el 48 de Gayton Road, la misma calle en la que había convivido por primera vez con Dong Hui. Como parte de esta nueva transacción, Wang Yam había dejado pruebas de su solvencia a un agente inmobiliario de Chestertons. Entre los documentos proporcionados incluía un balance bancario de Credit Suisse que mostraba que poseía más de 34 millones de libras en su cuenta. Sin embargo, tras realizar averiguaciones en el banco suizo, no consiguieron confirmar que Wang Yam hubiera sido cliente del banco.

Hablando con otros agentes inmobiliarios, Devlin supo que la casa de Gayton Road no era el único inmueble por el que Wang Yam había realizado ofertas de compra. De hecho, había dejado sus datos a un mínimo de diez agentes inmobiliarios del norte de Londres y vio más de veinte pisos y casas. Para dar legitimidad a esto, dijo a varios de los agentes que su familia poseía un banco en Hong Kong, y a otros les dijo que trabajaba para el banco Credit Suisse en Mayfair.[8] Ofrecía diferentes cuentas de correo electrónico a las sucursales que visitaba. En Goldschmidt and Howland proporcionó el correo *JohnWong@axasunlife.com*. Con Savills utilizó *John-Wong@fleming.com*; con Winkworths, *JohnWongmbox@yahoo.com*; y con la inmobiliaria Chestertons usó *Johnwong@swissbanktrust.com*. Añadió que compraba con dinero en efectivo, y explicó que tenía muchas cuentas en paraísos fiscales.

Por poner un ejemplo, Wang Yam había informado a un agente de la inmobiliaria Foxtons, en Notting Hill Gate, que estaba interesado en comprar inmuebles valorados entre 3,5 y 8 millones de libras. Incluso hablaron sobre la compra del edificio Montpelier Hall, que estaba en el mercado por veinte millones de libras. Wang Yam dijo que tendría que «revisar sus finanzas». Miró dos inmuebles en Prince of Wales Terrace valorados en cuatro millones cada uno, y le dijo al agente que quería que «su gente lo viera». También le echó un vistazo a una pequeña casa georgiana en el número 40A de Downshire Hill, a menos de cien metros de la casa de Allan Chappelow.

Devlin había descubierto que Wang Yam realizó una oferta de 960.000 libras por otra casa de Gayton Road, esta vez en el número 56. La oferta fue enviada a los agentes inmobiliarios TK International, había sido aceptada por el comprador y se envió a un aparejador para que examinara la propiedad. No

obstante, el trato no se cerró, ya que el «comprador no pudo obtener fondos debido a problemas con su esposa, de la que se estaba separando». Cuando el cheque que había extendido al aparejador fue devuelto, este se presentó en el piso de Denning Road, pero Dong Hui dijo que su novio no se encontraba en el domicilio y que no sabía cuándo volvería.

Solo a través de más entrevistas y de escudriñar montañas de registros financieros fue capaz Devlin de reconstruir los últimos días del sospechoso en Inglaterra. El 5 de junio, el mismo día que se transfirieron veinte mil libras de la cuenta que Allan Chappelow tenía en ING, Wang Yam había visitado el concesionario de automóviles HR Owen en Euston Road, donde dijo que quería comprar un Volvo. Le dejó al representante de ventas un cheque por valor de 500 libras en concepto de depósito por un coche que costaba 23.000, pero ese cheque también fue devuelto, y Wang Yam nunca regresó al concesionario. Al día siguiente, el 6 de junio, incluso vio otro piso en Hampstead. Entregó a la propietaria, Sarah Jacobs, un cheque de 1.850 libras a cuenta de la fianza y tres semanas de alquiler de la vivienda. Ese cheque también fue rechazado.

La última búsqueda de vivienda de Wang Yam tuvo lugar el 13 de junio de 2006, después de que los agentes Mike Cole y Sam Azouelos entraran por primera vez al número 9 de Downshire Hill. Esa misma tarde, Wang Yam entró en la agencia inmobiliaria TK International de Hampstead y dijo que estaba «todavía buscando».

Cuarenta y ocho horas más tarde subiría a un tren con destino a Bruselas.

En 2006, cuando se arrestaba a un sospechoso en Inglaterra, la carga de la prueba era relativamente baja. Se le decía por qué lo detenían, le leían los derechos y después normalmente lo dejaban en libertad a la espera de futuras investigaciones y de que se celebrara el juicio. Ese período de tiempo intermedio daba a la policía la oportunidad de interrogar al acusado y a otros testigos, así como de reunir tantas pruebas como fuera posible. No obstante, cuando se trataba de una orden de detención internacional, la Fiscalía de la Corona tenía que estar convencida previamente de que había pruebas

suficientes como para disponer de un 50 % de probabilidad de ganar el juicio. Eso también significaba que la policía no podría entrevistar al sospechoso tras la detención.

Devlin y Lansdown estaban convencidos de que habían encontrado a su hombre. Tenían un móvil: los numerosos informes sobre los problemas financieros de Wang Yam. Tenían la ocasión: Wang Yam vivía a la vuelta de la esquina de la casa de Allan Chappelow; y creían que el cartero Nicholas Sullman, aunque se mostraba dudoso, vinculaba al sospechoso con el escenario del crimen. Además, tenían multitud de pruebas: tal vez la mejor de todas fueran las imágenes de la cámara de seguridad en las que Wang Yam depositaba los cheques de la víctima en su propia cuenta bancaria. Según pensaban, aquello era más que suficiente.

Si Wang Yam hubiera sido localizado en un país miembro de la Unión Europea (UE), podrían haber expedido una orden europea de detención y entrega, pero dado que Suiza no formaba parte de la UE, la orden de detención tendría que procesarse a través de la Unidad de Delincuencia Internacional en el Ministerio del Interior británico y después ser enviada a las autoridades suizas. Normalmente, la solicitud de una detención internacional podía tardar semanas, e incluso meses, ya que el complicado formulario tenía que contar primero con la aprobación de la Fiscalía de la Corona y después ser traducido al francés. No obstante, por fortuna, Devlin había enviado recientemente una orden de detención a las autoridades francesas, y pudo reutilizar gran parte del material para este caso.

Una vez rellenado todo el papeleo, Lansdown y Devlin esperaron a que les dieran una respuesta. Pasaron semanas. Lansdown pidió a la Unidad de Delincuencia Criminal que presionaran a sus homólogos suizos, pero seguían sin tener noticias. Tenía muchas preguntas: ¿vivía realmente Wang Yam en Zug? ¿Había hablado la Policía Federal de Suiza con él? ¿Estaba Dong Hui con él? Pero no obtuvo respuesta a sus preguntas. «No teníamos nada —diría Lansdown más tarde—. Era como un agujero negro. Los suizos son muy herméticos».

APUNTES DEL CASO

Recibí una llamada de la esposa de Thomas Carr. Yo le había dejado varios mensajes en su buzón de voz y quería saber de qué se trataba. Me informó de que su marido había conocido a Allan y lo ayudaba de vez en cuando haciendo chapuzas en la casa. «Se puso muy triste —dijo— cuando se enteró de la muerte de Allan». Después me contó que su marido había muerto en 2008 de un ataque al corazón. Intenté mantener la conversación, pero se negó a responder a ninguna otra pregunta, y después me dijo que no volviera a llamar. Me sentí fatal por haberme entrometido, y también por mis sospechas iniciales respecto a Carr.

Wang Yam me llamó a las cinco de la tarde, como de costumbre. Le pregunté por los contratos inmobiliarios que había intentado cerrar justo después de declararse en quiebra. Estaba claro que no podía permitirse costear ninguna de las casas por las que hizo ofertas. Respondió con rapidez. «El dinero no era mío —dijo—, tenía un primo en Xi'an que era muy rico. Quería enviar a sus hijos al Reino Unido, y tenía dinero en efectivo». Según dijo, este tipo de compras con intermediario no eran especialmente comunes en 2006, pero actualmente estaban muy extendidas. «El mercado inmobiliario londinense es una apuesta segura para los inversores extranjeros», añadió. Ahora, la historia sí cobraba algo más de sentido.

A las siete y media de la tarde volvió a llamarme. Yo estaba en la cocina, cenando con mi familia. Ha empezado a hacer esto con más frecuencia, telefonar sin cita previa. «Quiero contarte algo más», me dijo. Unos años atrás había trabado amistad con un interno que también estaba cumpliendo condena por asesinato: jugaban juntos al pimpón, y empezaron a confiar el uno en el otro. Cierta día estaban en la celda de Wang Yam leyendo el diario; el interno estaba en la cama, y Wang Yam, en una silla. Su compañero estaba mirando un artículo sobre el asesinato de la presentadora de la BBC Jill Dando cuando, sin venir a cuento, dijo: «Fui yo». El preso le dijo que había ido en moto hasta la casa de Jill Dando (ella estaba abriendo la puerta de casa) y la apuntó con una pistola. «¡Bang, bang!», dijo. Dos disparos (los periódicos informaban de que había sido un solo disparo). Después huyó a toda velocidad. Wang Yam recordaba que el interno le había dicho que, al contrario de lo que decían en la prensa, no tenía nada que ver con Bosnia. En realidad estaba relacionado con el

hampa británica, a la que Dando exponía públicamente en su programa de televisión *Crimewatch*. Después, la conversación fue por otros derroteros. Wang Yam dijo que tras la confesión del preso envió la información por carta a Philip Baker, pero el abogado advirtió a Wang Yam que si alguien de la cárcel descubría que era un soplón se pondría en peligro. A pesar de las advertencias de Baker, Wang Yam también envió la confesión del interno a un funcionario del juzgado. Le sorprendió que no lo visitara nadie para interrogarlo. Es posible que Wang Yam quisiera llamar la atención (la mía), o tal vez el interno se lo contara realmente (pero era una locura). Puede que sea cierto. Tengo que entregar esa información a la policía, pero no quiero hacer el ridículo.

12

EL FUNERAL

El 25 de septiembre de 2006, el detective Gerry Pickering envió un correo electrónico a Patty Ainsworth, la prima estadounidense de Allan Chappelow, para ponerla al día sobre la investigación. «Ya tenemos suficientes pruebas para acusar a nuestro principal sospechoso, y estamos esperando la confirmación de una orden de detención internacional —escribió—. Una vez que esta sea aprobada por el juez, saldremos al extranjero para detenerlo y traerlo nuevamente a Inglaterra». Añadió que la carta que había proporcionado a la Policía Metropolitana «ha ayudado», ya que demostraba que su pariente permanecía con vida entre el 5 y el 6 de mayo. «No puedo añadir demasiado sobre el resto de nuestras averiguaciones, pero una vez formalizada la acusación podré contarle más detalles al respecto».

Pickering también le explicó que los parientes daneses de Allan se responsabilizarían de sus bienes inmuebles. Se celebraría un funeral en Londres en un plazo de cuatro días. Patty no había visitado el Reino Unido desde la década de 1970, y el billete saldría caro, pero dado el tiempo que había pasado con Allan esa primavera, sentía el deber de estar presente.

El sepelio se celebró a las 14.30 del 29 de septiembre de 2006 en la capilla Hoop Lane de Golders Green, donde habían incinerado a George Bernard Shaw en 1950. El cuerpo de Allan Chappelow yacía en un ataúd de

madera oscura en la parte trasera de un gran coche fúnebre que lo había transportado desde el tanatorio de St. Pancras. Cuando llegaron los familiares y los amigos, estaba custodiado por seis operarios de la funeraria Floyd and Son vestidos con traje negro y sedosos sombreros de copa.

La escasa comitiva del funeral se reunió en el jardín que había a la entrada de la capilla, y se presentaron entre ellos. Eran menos de veinte personas en total. La familia estaba representada por cuatro de los primos de Allan que habían viajado en avión desde Copenhague (entre ellos, Torben Permin y Merete Karlsborg), junto con sus dos parientes lejanos de Inglaterra, Michael Chappelow y James Chappelow, además de Patty Ainsworth, que vino de Estados Unidos. Habían acudido los amigos de Allan, John y Peggy Sparrow, así como la directora de la Sociedad George Bernard Shaw. Así mismo, asistieron varios de los vecinos de Downshire Hill, entre ellos, Peter Tausig y lady Listowel. El periodista local Dan Carrier también estuvo presente.

Pete Lansdown permanecía a una distancia prudencial, observando. No era normal que el director de una investigación asistiera al funeral de una víctima de asesinato. Había muchas cosas que podían salir mal. Era posible que lo bombardearan con preguntas y que respondiera algo inapropiado, o que algún miembro de la familia interpretara su presencia como una intrusión. Sin embargo, para Lansdown, permanecer al margen habría sido un error. Quería asegurarse de que Allan Chappelow recibía la despedida adecuada. Lansdown identificó un acento estadounidense, se aproximó a Patty Ainsworth y se presentó. Esta, como había concertado con Gerry Pickering, le entregó la carta original que Allan le envió tras su viaje a Estados Unidos. Lansdown se lo agradeció y le comunicó que la pondrían bajo custodia para su posible uso en el juicio.

Uno de los dolientes preguntó quién sería el encargado de pronunciar el discurso. Pronto quedó patente que ninguno de ellos conocía lo suficiente a Allan para ofrecerle el homenaje apropiado. El sacerdote contratado por la familia se ofreció a decir unas palabras, y preguntó si tenían alguna sugerencia. De nuevo, se produjo un incómodo silencio. Uno de los primos daneses había acudido con una copia del libro de Allan Shaw: «*The Chucker-*

Out», y sugirió que lo utilizaran como base para el panegírico.

Unos minutos más tarde, el grupo fue conducido hasta la capilla. Mientras se sentaban, vieron que el ataúd de madera de Allan descansaba ahora sobre una plataforma metálica con ruedas a la izquierda de la sala. Cuando el órgano dejó de sonar, el sacerdote se levantó y leyó la biografía del autor impresa en la cubierta trasera de *Shaw: «The Chucker-Out»*. «Allan Chappelow era máster de Humanidades por la Universidad de Cambridge, y fue galardonado por sus estudios allí en dos ocasiones —comenzó diciendo—. Ha viajado alrededor del mundo, y su libro *Russian Holiday* (1955), en el que describe sus experiencias como uno de los primeros visitantes de la Unión Soviética unos meses después de la muerte de Stalin, fue ampliamente aclamado...». Los asistentes al funeral escuchaban atentamente cómo el sacerdote intentaba con valentía pronunciar un panegírico emotivo a partir de las frías palabras del material de mercadotecnia. «En *Shaw the Villager*, una obra de naturaleza completamente diferente, el señor Chappelow se mostró asimismo como un maestro de su propio material —siguió arriesgándose a decir el cura—, *Shaw: «The Chucker-Out»* se complementa con este y trata principalmente sobre su personalidad pública. Se trata de un estudio en el que se presentan las visiones de Shaw y se examina de manera crítica su naturaleza controvertida y paradójica».

Cuando el sacerdote se sentó, un hombrecillo con barba vestido con ropa sucia y con los dedos amarillentos salió a la palestra y empezó a vociferar desde el estrado. «¡Allan habría estado en contra de que se hiciera esto! —gritó—. ¡Él no creía en la religión!». Su discurso empezó a divagar y a volverse incoherente. Alguien susurró que se trataba de un indigente de Hampstead. Cuando quedó claro que no tenía intención alguna de parar, Pete Lansdown se acercó hasta él, agarró al hombre gentilmente por el codo y lo apartó de allí. Cuando pasaron ante la comitiva, Dan Carrier, olió el alcohol que desprendía el aliento del reventador.

El órgano volvió a sonar, sobre todo para ocultar el sonido de la máquina que se había puesto en funcionamiento. La plataforma rodante propulsó el ataúd hacia dos portezuelas de madera que se abrieron, revelaron las llamas que había en su interior y después volvieron a cerrarse, consumiendo el

cuerpo de Allan Chappelow. Tras una breve pausa, un conserje abrió una puerta de madera grande que había al fondo de la sala. El funeral completo había durado menos de diez minutos. Tras esto, los cuatro primos daneses, los vecinos, Michael y James Chappelow, junto con el resto de los asistentes, tomaron té con galletas en una salita que había junto a la capilla. Para la mayoría de ellos fue un alivio que la ceremonia se diera por concluida. Patty Ainsworth recordaba que la situación fue incómoda y «un poco triste».[1]

Cuando salía del funeral de Allan Chappelow, Pete Lansdown notó cómo vibraba el teléfono en el interior de su bolsillo; era Peter Devlin. «Lo han cogido —dijo Devlin—. Los suizos han detenido a Wang Yam».

TERCERA PARTE

LA ACUSACIÓN

El problema con todas las acusaciones de la policía es que, una vez que tienen a quien creen que es su hombre, no se muestran abiertos a ninguna otra línea de investigación que pueda llevarlos a otras conclusiones. Todo aquello que no encaje con la teoría oficial es susceptible de quedar excluido.

The Case of Oscar Slater,
ARTHUR CONAN DOYLE

LA DETENCIÓN

Tardaron un tiempo en averiguar qué había sucedido, pero tras hablar con sus contactos en la policía belga, alemana y suiza, Pete Lansdown y Peter Devlin consiguieron finalmente reconstruir los movimientos de Wang Yam y Dong Hui.

El 18 de junio de 2006, tres días después de salir de Londres, Wang Yam tomó el tren de alta velocidad Inter City Express (ICE) de Bruselas a Fráncfort del Meno, en Alemania, y después subió a un expreso que lo llevó a Basilea y, más tarde, a Zúrich, la capital económica de Suiza. El viaje duró algo menos de diez horas. Cuando llegó, se instaló en el Apart-Hotel, en Karlstrasse, un pequeño establecimiento familiar que cuesta 150 libras por noche. Al día siguiente, 19 de junio, recogió a Dong Hui, que había volado hasta allí desde el aeropuerto de Luton. Pagaron el hotel con la tarjeta de crédito de esta.

Un día después visitaron el consulado británico de Zúrich para obtener un permiso matrimonial en Suiza. Wang Yam explicó que visitaba el país por un asunto de negocios y que ya había estado allí muchas otras veces. Continuó diciendo que querían casarse en el Reino Unido, pero que les habían dicho que, dado que Dong Hui tenía la nacionalidad china y había entrado al país con un visado de estudiante, tendrían que casarse fuera del país y después

volver a solicitar permiso de entrada.

El funcionario del consulado les informó de que primero tendrían que rellenar un documento del Registro Civil del Reino Unido que demostrara que no existían impedimentos legales para su casamiento. Wang Yam escribió que vivían en el número 49 de Gayton Road en Hampstead y que no había estado casado anteriormente. El funcionario hizo una copia de los pasaportes de ambos y les dijo que si tenían suerte su documentación estaría en regla para la última semana de septiembre.

A finales de junio, Wang Yam y Dong Hui se mudaron a una habitación encima del restaurante Peking Duck en el pueblo de Oberägeri. Este, con una población de algo menos de seis mil habitantes, estaba situado en el cantón de Zug, unos cincuenta kilómetros al sur de Zúrich. Asentada a orillas del lago de Ägeri y con unas vistas gloriosas de los Bajos Alpes, Oberägeri atraía en verano a visitantes de toda Europa. Tenían una habitación pequeña con una sola ventana que daba a la calle mayor del pueblo. Compartían el baño y la cocina con otros ocupantes. El restaurante estaba bien situado; nadie repararía en otros dos chinos que entraban y salían del Peking Duck.

Wang Yam visitaba ocasionalmente la biblioteca local para leer las noticias y mantener controladas sus inversiones en internet. Durante este período utilizó la tarjeta de crédito de Dong Hui para renovar 127 de sus dominios a través de su cuenta *online* de Iomart, y registró más de veinte nombres nuevos, entre ellos *flemingtrust.com* y *beijingwatch.org*.^[1] Cuando no estaba delante del ordenador o hablando con el servicio de atención al cliente de Iomart, pasaba tiempo en el lago. Al contrario que en Londres, donde sentía mucha presión, allí tenía todo el tiempo del mundo. Se apostaba dentro del agua con el pecho descubierto y una caña de pescar en la mano, y esperaba que algún pez mordisqueara el pan que colgaba de su anzuelo. Si empezaba a tener demasiado calor, soltaba la caña y se ponía a nadar.

A Dong Hui, que estaba embarazada de cinco meses, no le gustaba nadar, ni tampoco el calor y los turistas que se congregaban en las cafeterías que había en las riberas del lago. Prefería quedarse en la habitación situada sobre el restaurante a leer libros y hablar con sus amigos de Inglaterra y China. Estaba impaciente por conseguir el permiso matrimonial para poder regresar

a Londres a tiempo para que su hijo naciera allí. Era fundamental que su bebé naciera en Inglaterra para que el niño —los médicos le habían dicho que sería varón— obtuviera la ciudadanía británica.

Unas semanas antes del funeral de Allan Chappelow, el consulado británico de Zúrich llamó a Wang Yam para comunicarle que habían recibido los documentos que confirmaban que podía casarse libremente. Después, el 20 de septiembre, Wang Yam y Dong Hui solicitaron el permiso de casamiento en el registro civil de Kolinplatz, en Zug. Allí, les dijeron que antes tenían que empadronarse en una oficina de la policía suiza.

Al día siguiente, el 21 de septiembre, Wang Yam y Dong Hui hicieron una visita a la comisaría de policía de Zug, un edificio de tres plantas de piedra blanca coronado con una torreta de baldosas rojas. Realizaron su inscripción con la sargento que había en el mostrador de entrada. Wang Yam dijo que estaba en Suiza por un viaje de negocios y que tenía intención de casarse con su novia embarazada. Cuando la agente contrastó los datos de la pareja china pareció sorprenderse por lo que había averiguado. «La policía británica los está buscando», dijo. Wang Yam respondió que no tenía idea del motivo, y la agente le dijo que lo revisaría y se pondría en contacto con ellos.

Una semana después, la noche del 27 de septiembre,^[2] Wang Yam y Dong Hui estaban en su habitación preparando la cena cuando oyeron que se abría la puerta. Entraron tres agentes de la policía de Zug —botas y pantalones negros, camisa y gorra azul—, cada uno de ellos con pistolas en sus cintos. «Necesitamos hablar con usted —dijo la agente que los había atendido la semana anterior—. Tiene que venir con nosotros». «De acuerdo —dijo Wang Yam, todavía con la cuchara en la mano—. ¿De qué se trata?». «Se lo diremos en la comisaría de policía», respondió la sargento.

Uno de los policías le dijo a Wang Yam que se pusiera las manos a la espalda y le colocó las esposas en las muñecas. Los otros realizaron un registro rudimentario y confiscaron varios artículos, entre ellos el teléfono móvil, su pasaporte y un disco duro. Durante todo ese tiempo, Dong Hui permaneció observando la escena sin decir palabra. Wang Yam fue escoltado bruscamente escaleras abajo hasta el vehículo que les esperaba fuera.

Una hora más tarde se encontraba sentado en una sala de interrogatorios

con la agente de policía de la comisaría de Zug. El interrogatorio se llevó a cabo en inglés. Wang Yam estaba relajado; pensó que probablemente tendría que ver con el estatus migratorio de Dong Hui o algo por el estilo. La agente repitió entonces que la policía estaba buscándolo, y esta vez le comunicó el motivo: se lo buscaba por asesinato.

«Me quedé de piedra —afirmaría después Wang Yam—. No sabía de qué estaban hablando». Según dijo, sus pensamientos se sucedían a toda velocidad en un intento de averiguar de qué se trataba y adaptarse a lo que estaba sucediendo. Estaba confundido. Decidió que lo mejor sería contar su versión de los hechos. «Puedo aclararlo enseguida», dijo, y sugirió hablar con el consulado británico de Zúrich, pero la agente rechazó su propuesta, y dijo que la entrevista había terminado.

Formalizaron su ingreso, y después lo llevaron a los calabozos que había en el sótano de la comisaría. En la celda de al lado había una alemana grandota a la que habían detenido por tráfico de drogas. Tras charlar un rato con ella, le dio las buenas noches e intentó dormir en el fino colchón que había sobre la estructura metálica de la cama.

Al día siguiente, Wang Yam se reunió con su abogado, que lo había representado anteriormente en los negocios que tenía en Zug. Después, lo llevaron a su primera audiencia en una sala que parecía más una oficina que un juzgado. El juez vestía con un traje oscuro y estaba sentado ante un simple escritorio junto a un traductor y un taquígrafo. Le explicó que la Policía Metropolitana de Londres había solicitado a través del Ministerio del Interior británico la extradición de Wang Yam bajo la acusación de estafa y asesinato. Si deseaba hacerlo, podía interponer un recurso contra la extradición en la corte federal. ¿Qué tenía que decir al respecto?

Wang Yam se declaró inocente de todas las acusaciones, pero no apelaría la extradición. El juez dijo que daría al acusado veinticuatro horas para que lo reconsiderase y que, si cambiaba de opinión, podría llamar al juzgado en cualquier momento. Pasado ese tiempo sería demasiado tarde para hacerlo. A la mañana siguiente, Wang Yam informó al juez de que había decidido regresar a Inglaterra para limpiar su reputación. En respuesta a esto, sus carceleros le dijeron que permanecería en los calabozos de la comisaría de

Zug mientras se preparaba la documentación para realizar la extradición. Era probable que el proceso se prolongara entre uno y dos meses.[3]

A media tarde del 8 de octubre de 2006, justo dos semanas después de la detención de Wang Yam, Peter Devlin, Gerry Pickering y el subinspector Tressey Clarke se trasladaron en coche desde Colindale hasta el aeropuerto de Heathrow. Vestían con ropa de paisano e iban en un vehículo sin distintivos policiales. Se trataba de un momento decisivo en la Operación Barnesdale. Habían oído que Dong Hui regresaba de Inglaterra para poder dar a luz en un hospital de Londres. Le darían la bienvenida cuando desembarcara del avión.

Al llegar a la terminal 2 del aeropuerto, los inspectores de homicidios fueron escoltados al acceso a las puertas de embarque por agentes de inmigración. Cuando el vuelo 324 de Swiss International Airlines procedente de Zúrich aterrizó poco después de las cuatro de la tarde, se encontraban esperando a la salida. El piloto pidió que todos los pasajeros permanecieran en sus asientos, salvo la mujer sentada en el asiento 12F. Unos segundos después, una pequeña mujer de origen chino robusta y en avanzado estado de gestación salió del avión y entró en la terminal. «¿Es usted Dong Hui?», dijo Clarke, reconociéndola por una fotografía. Cuando la pasajera confirmó su identidad, Gerry Pickering le mostró la orden de detención y dijo: «Queda usted detenida por conspiración en la estafa, conspiración en el robo y bajo la sospecha del asesinato de Allan Chappelow». Dong Hui parecía en estado de conmoción. «¡Asesinato! —gritó—. ¡Ya han detenido por asesinato a mi pareja John en Suiza!».

Pickering le preguntó después si esperaba que viniera alguien a recogerla al aeropuerto. Dong Hui dijo que se suponía que su amiga Jenny Zhao la recogería, pero la policía no la había visto en la zona de llegadas del aeropuerto cuando habían pasado por allí minutos antes, de modo que decidieron no esperar. Tras recoger el equipaje de Dong Hui, esperaron a que pasara por el control de aduanas, y después la escoltaron a la salida del aeropuerto.

Los agentes llevaron a Dong Hui a la comisaría de Holborn del centro de Londres, adonde llegaron poco después de las siete de la tarde. Peter Devlin le ofreció algo de beber, se sentó frente a ella y dio comienzo al interrogatorio. ¿Qué relación tenía con Wang Yam? ¿Había visitado en alguna ocasión el número 9 de Downshire Hill? ¿Por qué se marchó de Inglaterra tan apresuradamente en junio?

Devlin recordaba que el inglés de la mujer al hablar era «bueno, pero no perfecto», y de vez en cuando consultaba un diccionario electrónico para revisar el significado de alguna palabra. Quedó claro que hacía días que no hablaba con Wang Yam y que estaba ansiosa por saber cómo se encontraba. Explicó que había vuelto a Londres para que su hijo naciera en el Reino Unido y tuviera la nacionalidad británica. Devlin dijo que, aparte de eso, se mostró «muy difícil» en la entrevista y sus respuestas eran «totalmente dispersas». «No conseguimos que proporcionara un relato coherente. Hablaba, pero sin decir nada. Parecía perdida. Estaba asustada».

Finalmente, cerca de las nueve de la noche, Devlin dio por concluida la entrevista. Dong Hui parecía estar exhausta, y él no creía que adelantara gran cosa manteniéndola allí por más tiempo. La sospechosa aceptó de buen grado su proposición de encontrarle algún lugar donde pasar la noche, y una hora después se despidió de ella a la entrada de un hotel que había en las inmediaciones. Al día siguiente iría a Finchley, al norte de Londres, donde se quedaría con una de sus amigas. Después, pediría cita para ver a su médico en Hampstead.

Al cabo de unos días, Peter Devlin recibió una traducción del diario personal de Dong Hui, que había sido requisado cuando la detuvieron. Una de las entradas la había escrito apenas seis días antes de su regreso a Londres.

2 de octubre de 2006

Estoy al borde de un ataque de nervios. La policía [suiza] ha detenido a mi prometido. Dijeron que se debía a un caso de asesinato. No me permiten verlo y quiero saber si se encuentra bien y cómo está de salud. Siempre que pienso en el tiempo que hemos pasado juntos se me saltan las lágrimas. Solo ahora me doy cuenta de cuánto lo quiero. Aunque nadie más crea que es el marido ideal, en el fondo de mi corazón sé que sí lo es, y lo quiero mucho. Esa es la razón por la que estoy sufriendo tanto, aparte de por estar embarazada. Tengo que aprender a ser fuerte, a enfrentarme al dolor de las

emociones y tener aún más valentía para encajar los golpes mentales que llegarán. Aun cuando no se posea nada, no puede perderse la fe.

La policía vigiló de cerca a Dong Hui durante las siguientes semanas, pero fueron incapaces de conseguir una declaración más útil que la primera. «Siempre sospeché que sabía más —recordaría después Devlin—, pero no encontramos prueba alguna, más allá de su relación con Wang Yam».

Un mes más tarde, el 11 de noviembre, día del Armisticio, Peter Devlin regresaba al aeropuerto de Heathrow, esta vez a la comisaría de Bath Road, situada cerca de la terminal 2. Poco después de las 14.30, recibió una llamada que lo avisaba de que el preso estaba de camino. Salió de la comisaría y esperó en el patio a que llegara el equipo de extradición. Se había levantado viento, y aunque llevaba puesto el abrigo, esperaba que no se demorasen mucho.

Unos minutos después, aparcó allí un furgón policial. Un agente se bajó de él y abrió la puerta trasera. Tras ella salió el sospechoso, un hombre delgado, de estatura media, de origen chino con pelo corto y entrecano: Wang Yam. El detenido parecía tranquilo y confiado, sin preocuparse aparentemente por lo que iba a sucederle. «Nos alegraba tenerlo de nuevo en Inglaterra[4] —recordó después Peter Devlin—. Había pruebas suficientes para pensar que había sido el autor del crimen, y nos generaba cierta satisfacción que estuviera bajo custodia».

Una vez entregado el reo, la escolta de extradición entregó a Devlin una caja sellada con pruebas incriminatorias recogidas en Suiza. Entre otros artículos, había un par de zapatos del número 46, un disco duro externo plateado de la marca Safecom y el pasaporte de Wang Yam.[5] Las autoridades suizas entregaron también tres teléfonos móviles encontrados en la habitación que había sobre el Peking Duck. Devlin tomó al preso del brazo y entró con él en el área de recepción de la entrada a la comisaría. Allí formalizaron su ingreso y tomaron sus huellas dactilares. Después condujeron al preso a una sala de custodia, donde le dijeron que tomara asiento.

Al cabo de unos minutos, Peter Devlin estaba sentado frente a Wang Yam. «Está usted acusado del asesinato de Allan Chappelow —dijo— y de diversas estafas. No está obligado a hacer declaraciones, pero podría perjudicar su defensa si no mencionara, cuando se le pregunte, algo que pueda relatar después en el juicio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra».

«Me niego a hacer declaraciones —dijo Wang Yam—. Quiero hablar con un abogado, y [después] podrán interrogarme y contaré todo en detalle paso por paso». Dado que no tenía abogado, se le proporcionó una lista de posibles bufetes cuyas facturas pagaría el programa de asistencia legal del gobierno. En breve, estuvo hablando con James Mullion, el abogado del turno de oficio del bufete de Londres Janes Solicitors. Se le permitió también hablar con Dong Hui. Llamó a su novia por teléfono y la informó de que había regresado a Londres, no sufría daño alguno y estaba bajo custodia policial. Ella le dijo que el embarazo iba bien, aunque se sentía un poco incómoda, y prometió que lo visitaría pronto.

Esa misma noche, James Mullion llegó en coche desde el centro de Londres y pasó las siguientes dos horas en una sala de entrevistas con su nuevo cliente. Durante esa conversación, Wang Yam le dijo a su abogado que, efectivamente, él había tenido en su poder los cheques de Allan Chappelow y que había intentado depositarlos en el banco HSBC, pero que no lo había asesinado ni había estado nunca en su casa. Mullion le preguntó por qué tenía los cheques de la víctima. Wang Yam le explicó que se había relacionado con un grupo de gánsteres chinos que estaban implicados en suplantación de identidad y blanqueo de dinero negro.

A medida que Wang Yam proseguía con su historia, Mullion realizaba rápidas anotaciones. Le sorprendió lo que reveló Wang Yam, pero también se mostraba escéptico. No era la primera vez que oía afirmaciones extravagantes de alguien acusado de un crimen grave. Algunos eran enfermos mentales, otros simplemente se andaban con evasivas. Al mismo tiempo, no descartó la versión de Wang Yam ni le dijo que aquello era ridículo.

La conversación pasó rápidamente a tratar sobre lo que sucedería a partir de ese momento. Mullion explicó a su cliente que sería interrogado por la

policía cuando acabaran la reunión y que su conversación sería grabada. Le dijo que no realizara declaraciones. Necesitaban tiempo para preparar su defensa. Lo mantendrían en custodia general hasta que se instruyera la causa, y después, hasta el comienzo del juicio, se le asignaría otra prisión, probablemente de «categoría A», dado que se trataba de una acusación por asesinato. Su bufete, Janes Solicitors, le proporcionaría asesoramiento y lo representaría sin coste alguno.

A las 22.10 de esa misma noche, Devlin se reunió de nuevo con el detenido, esta vez ante la presencia de su abogado, así como de un intérprete de chino. Cuando le dieron la oportunidad de responder formalmente a las acusaciones, Wang Yam se acogió a su derecho a no hacerlo. Devlin le entregó a Wang Yam su tarjeta, y le dijo que contactara con él a cualquier hora si quería hablar. La entrevista terminó al cabo de solo seis minutos.

Una vez acabado el procedimiento formal, se invitó a Wang Yam a despedirse de su abogado —que le prometió que seguirían en contacto—, y después fue conducido en un vehículo hasta la prisión de Pentonville,^[6] en el norte de Londres. Allí, se inscribió su ingreso en recepción, lo cachearon y le entregaron un número de presidiario temporal (TX6281), para después llevarlo hasta una celda en la que pasaría su primera noche en una cárcel inglesa.

El 18 de noviembre de 2006, una semana después de su llegada a la prisión de Pentonville, comunicaron a Wang Yam que tenía que presentarse en el despacho del director.

Una funcionaria de prisiones lo escoltó al ala administrativa, donde le mostraron un teléfono. Era Dong Hui, que llamaba desde su cama del University College London Hospital. Había dado a luz esa mañana, según dijo en voz baja al teléfono; había sido un parto largo y duro, pero el bebé y ella estaban bien. Era un niño, añadió, y se llamaba Brian Ren Dong. Su madre había estado con ella, pero le habría gustado que también él estuviera presente.

De pie en las oficinas de la prisión, Wang Yam sintió emociones

encontradas: alegría por el nacimiento de su hijo, pena por no poder verlo. Dong Hui le comunicó que los médicos y las enfermeras estaban cuidando bien de ella, lo cual supuso un alivio. Según dijo, le permitirían permanecer en el hospital una o dos noches más, ya que se habían percatado de que su pareja estaba en la cárcel. Cuando se marchó de las oficinas, Wang Yam dio las gracias a la funcionaria por permitirle hablar con Dong Hui, y le dijo que había sido niño. «Enhorabuena», contestó la guardia, y volvió a llevarlo a su celda.

Dos meses más tarde, Dong Hui visitó a Wang Yam. Tardó menos de una hora de viaje en llegar a la prisión de Pentonville desde su piso en Finchley, en el norte de Londres. Llevó con ella a Brian, a pesar de que no era sencillo hacerlo con el cochecito y la bolsa de los pañales. Se encontraron ante la cegadora luz de la sala de visitas; a su alrededor, el resto de los prisioneros hablaban escandalosamente con sus familiares. Wang Yam pensó que Brian era su viva imagen. El bebé pasó toda la visita durmiendo.

Dong Hui le explicó a Wang Yam que no había dejado de amarlo un solo momento y que pronto volvería a visitarlo. Según dijo, creía en él, y aunque estaba confundida y frustrada por el hecho de que se encontrara en prisión, confiaba en que el sistema judicial británico le proporcionaría un juicio justo. Seguro que lo absolvían. Al fin y al cabo, no estaban en China.

APUNTES DEL CASO

He estado intentando comprender el trasfondo del juicio secreto a Wang Yam, pero los protagonistas se niegan a hablar. Al cabo de varios intentos, he conseguido contactar con un antiguo ministro de Asuntos Exteriores británico y le he preguntado si podía proporcionarme alguna información sobre el proceso. Preguntó mis motivos, y cuando los expliqué dijo que recordaba la versión de Wang Yam, pero: «No estaba al tanto de que estuviera usted escribiendo acerca de un caso específico..., uno del que no puedo ofrecerle detalles. Por lo tanto, me temo que daría cabida a demasiados malentendidos como para implicarme en ello». Contacté también, a través de Twitter, con la antigua ministra del Interior, Jacqui Smith, por medio de un mensaje privado en el que solicitaba entrevistarme con ella. Respondió sorprendentemente rápido. Me preguntó qué quería, y cuando le contesté dejé de tener noticias suyas. También le envié un correo electrónico al antiguo director de la fiscalía, Ken Macdonald, a través del Wadham College de Oxford, donde ejerce actualmente como rector. Al principio, este dijo: «Me temo que recuerdo poco o nada de ese caso, y no tengo memoria de haber participado en la toma de decisiones, por lo que dudo que pueda serle de gran ayuda». Después, cuando le dije que solo quería conocer aspectos más generales, él contestó: «Me temo que no puedo decir mucho sin revelar el material sensible, lo cual, obviamente, está fuera de discusión que no me planteo hacer». Necesito encontrar a alguien que pueda explicar cómo y por qué se celebran juicios *in camera*.

Sigo contrastando las afirmaciones que hacía Wang Yam en su currículum. He necesitado realizar más de diez llamadas telefónicas y envíos de correos electrónicos a la oficina de antiguos alumnos del Imperial College, pero al final he conseguido recibir la siguiente respuesta: «Querido señor Harding: su consulta me ha sido derivada como Agente de Protección de Datos de la Universidad. Puedo confirmarle que Wang Yam estudió en el Imperial College entre los años 1993 y 1997». De modo que, al contrario de lo que concluyeron sus abogados, WY no mintió al decir que había estudiado allí.

Tras varias solicitudes, he conseguido una entrevista con el fundador y consejero delegado de Centerprise, Rafi Razzak (hijo del primer ministro iraquí de la década de 1960). A pesar de que su departamento de recursos humanos negara categóricamente que Wang

Yam hubiera trabajado en la empresa, Razzak aclaró el asunto. «El señor Wang sí trabajó en Centerprise —escribió—. No conocí personalmente al señor Wang, ya que no ocupaba ningún cargo de dirección ni desempeñaba un papel importante». Añadió que Wang Yam cobraba veinte mil libras anuales. De nuevo, Wang Yam había sido honesto con su currículum. Esto demuestra lo difícil que es corroborar los hechos, sobre todo cuando han pasado veinte años.

Intento confirmar la incendiaria revelación que me hizo Wang Yam sobre el asesinato de Jill Dando. Por el momento, no he conseguido comprobar que su compañero de celda estuviera en el Reino Unido en abril de 1999 para tener oportunidad de cometer el crimen. También he hablado con un asesor de la Policía Metropolitana de Londres, que dijo que era bastante común que los internos confesaran falsamente asesinatos de gran importancia. Normalmente, quieren mejorar su estatus como presidiarios, o son psicópatas que atormentan a las familias que pasan por el duelo. No obstante, me aseguró que había hecho lo correcto al proporcionarle esa información. Hay suficientes datos como para investigarlo. Contactará de manera informal con sus amigos del cuerpo policial.

Hablé con WY, y le pedí que me contara su recuerdo favorito de su hija Angela, a la que no había visto desde hacía más de una década. Recordó un día que la paseaba en el cochecito por el parque Wimbledon cuando era una cría. «¡Oh, papi —dijo la niña—, yo empujaré tu cochecito cuando tú seas viejo!». También recordó cierta ocasión, cuando vivían en el 18 de Melrose Avenue, en que Angela, todavía muy pequeña, estaba dando saltos en la cama. Entonces, la niña se detuvo un instante, orinó sobre las sábanas y se echó a reír. Wang Yam, enfadado, se acercó a ella y le dio un cachete en el trasero. «Debí pegarle demasiado fuerte —dijo—. Me miró como si fuera un extraño. Y le dije: “No te preocupes, siento mucho haber hecho eso”». La niña no lloró, y Wang Yam nunca volvió a hacerlo. Me da la impresión de que un asesino con sangre fría no mostraría esa empatía y arrepentimiento. ¿Habrán encarcelado durante diez años a un hombre inocente por un crimen que no cometió?

La historia sigue complicándose. Es difícil contenerla. Cada vez que creo entenderla, descubro a otro testigo con el que hablar, otra pista que seguir, otro alegato que revisar. Y sobre el horizonte se cierne la alargada sombra de la siguiente apelación. Me pregunto cómo resultó esto para los inspectores, para el juez, para los miembros del jurado. Al menos ellos podían revisar todo el material disponible, pero ¿qué certezas puede arrojar un caso en el que quedan tantas preguntas sin responder? Este es un caso que sigue en pleno desarrollo. No se trata de una historia que acabó en 2006; está sucediendo ahora.

Sigo albergando una fantasía recurrente. Es el último día de la apelación final y estoy en los Reales Tribunales de Justicia. Se han realizado todos los alegatos. Los jueces piden a Wang Yam que se ponga en pie. La sentencia original queda revocada. Hay otro sospechoso al que perseguir. Wang Yam atraviesa el umbral de las enormes puertas de madera de los Reales Tribunales de Justicia, con los brazos en alto, sonriendo a la multitud de fotógrafos y periodistas congregada abajo. Ha estado encarcelado durante diez años por un crimen que no ha cometido, pero ahora es feliz. Por primera vez en una década puede comer en un restaurante, tomar el autobús, visitar a sus hijos. No dejo de soñar despierto con ese día.

IN CAMERA

El 19 de febrero de 2007 condujeron a Wang Yam desde la prisión de Pentonville al Tribunal Central de Londres para la vista en la que se consideraría su libertad bajo fianza. El reportero local Dan Carrier lo esperaba a su llegada. «No sabía qué pensar de él —recordó después Carrier—. Buscaba síntomas que desenmascarasen al hombre que había cometido un crimen horrendo, pero me sorprendió que su aspecto fuera bastante anodino y apacible.»

La audiencia fue breve. Tras la petición de los abogados de Wang Yam para que su cliente quedara en libertad bajo fianza y pudiera así pasar tiempo con su hijo recién nacido, el juez denegó la petición, alegando que, dada la gravedad del crimen, consideraba que el acusado estaba en riesgo de fuga. Carrier observó atentamente a Wang Yam cuando lo escoltaban. «Daba la impresión de que llevaba un tiempo sin dormir ni asearse —recordaba el periodista—. Parecía pensativo y muerto de miedo». Wang Yam sería trasladado de Pentonville a Belmarsh, una prisión de «categoría A» en Woolwich, en el sureste de Londres.

La prisión de Belmarsh, inaugurada en 1991, estaba considerada una instalación moderna. No obstante, al cabo de unos minutos de su llegada, Wang Yam se percató de que sería diferente a cualquier prisión en la que

hubiera estado anteriormente. Albergaba a novecientos presos, de entre los cuales muchos estaban cumpliendo una condena por asesinato y más de cincuenta de ellos habían sido declarados culpables de terrorismo. En Belmarsh parecía imperar la ley marcial. Hacía menos de un año que un motín había sacudido la prisión. Cuatro funcionarios de prisiones habían resultado gravemente heridos. Según informes independientes, el personal era agresivo, y el uso de la fuerza para controlar a los internos estaba extendido. Aquel año, 2007, cuatro internos cometerían suicidio, muy por encima de la media nacional. Algunos la llamaban la «Guantánamo británica».

Una vez realizado su ingreso, le mostraron su celda en el House Block 2, uno de los cuatro edificios residenciales, espacio que compartiría con otro interno. Le esperaba todo un proceso de adaptación. Cada cárcel tenía sus propios ritmos y peculiaridades, y Belmarsh no era ninguna excepción. Tenía que aprender los horarios diarios, dónde se comía, dónde se trabajaba, dónde se hacía ejercicio. Ya sabía que la mejor manera de llevarlo era no destacar demasiado, hablar solo cuando se dirigieran a él y ser conciso en las respuestas.

Durante las siguientes semanas, Wang Yam se reunió con su equipo legal, [1] el abogado principal, que era el QC Geoffrey Robertson, y su ayudante, Kirsty Brimelow. Robertson, un hombre apuesto y charlatán que hacía gala de gran ingenio, famoso en los círculos legales y en los medios, aparecía regularmente ante las cámaras defendiendo la libertad de expresión y los derechos humanos. En 1992, en el *caso Regina contra Ahluwalia*, había alegado célebremente que una mujer maltratada tenía derecho a actuar en defensa propia. En los juicios de La Haya por los crímenes de la guerra de Yugoslavia que tuvieron lugar en 2002 consiguió asegurar el derecho de los periodistas a proteger a sus fuentes de información. Y representó al principal inculpado en el caso «ABC» de 1978, que llevó al gobierno a admitir la existencia de su estación de vigilancia secreta del servicio de inteligencia GCHQ (Government Communications Headquarters). Era conocido por su habilidad para dominar los casos hasta el más mínimo detalle y por su capacidad para avasallar a un testigo durante los interrogatorios. Brimelow, de treinta y siete años, no era tan conocida, aunque tenía más de quince años

de experiencia trabajando en derecho penal.

Reunidos en la pequeña habitación sin ventanas de la prisión de Belmarsh destinada a los abogados y sus clientes, los letrados animaron a Wang Yam a que contara su versión con todo detalle. Se preguntaban si había conocido a Allan Chappelow y por qué aparecía en las cámaras de seguridad depositando el dinero de la víctima en su propia cuenta.

Según dijo Wang Yam, la razón por la que estaba en posesión de los cheques y la tarjeta de crédito de Allan Chappelow y también de que hubiera usado la tarjeta SIM de la víctima en sus teléfonos móviles, era que se había relacionado con un grupo de mafiosos chinos de Londres. Cuando los abogados le pidieron más información al respecto, dijo que unos hombres a los que conocía como Gaz, Zhao Dong y Ah Ming, le habían entregado los cheques, tarjetas de crédito y detalles bancarios. Les proporcionó sus descripciones físicas y los lugares que frecuentaban. Dijo que esos gánsteres eran los responsables de la suplantación de identidad del fallecido. Añadió que lo más probable era que lo hubieran seguido, cometieran el asesinato y decidieran incriminarlo.

El 29 de marzo de 2007, el abogado y procurador de Wang Yam escribió a la Fiscalía de la Corona para solicitar varios archivos relativos al caso, entre ellos, copias de los registros de llamadas telefónicas de Allan Chappelow, detalles sobre las actividades delictivas del jefe de Money TT, He Jia Jin, una copia de los artículos requisados en Denning Road y una copia de la carta a Patty Ainsworth.

Dos meses después, el 31 de mayo, los abogados de Wang Yam, Kirsty Brimelow y el QC Geoffrey Robertson, prepararon un documento interno titulado «Asesoramiento sobre el testimonio». Tras resumir el caso, los abogados informaron de que habían contratado a un detective privado que había sido incapaz de confirmar muchos de los detalles que proporcionaba su cliente. Por ejemplo, Wang Yam había dicho que uno de sus cómplices regentaba un establecimiento de fideos chinos en la estación del tren ligero DLR de Greenwich, pero el detective no pudo encontrarlo en dicha

localización. Dijo que otro de los gánsteres dirigía el taller de reparaciones informáticas Digital Vision en Camden Town, pero no pudo encontrarse ningún local con ese nombre. Así mismo, ningún vendedor de prensa de Hampstead lo reconoció al ver su fotografía, a pesar de que dijo que había colocado un anuncio en uno de sus escaparates. Brimelow y Robertson concluyeron que «el señor Yam no parece entender el peso que tienen las pruebas que hay en su contra» y «es muy difícil hacer que se centre». Continuaban diciendo: «Todas [sus] instrucciones parecen un callejón sin salida. A menudo da la impresión de ser un fabulador». Tras varias charlas, el equipo legal decidió que era posible basar su defensa en la merma de sus facultades mentales. Por lo tanto, acordaron que un psiquiatra evaluara el estado mental de Wang Yam. Los abogados coincidían en que si podían demostrar que su cliente no estaba en su sano juicio^[2] conmutarían la sentencia de asesinato por la de homicidio involuntario.

«Creían que yo estaba loco y que mentía desde un principio —recordaría Wang Yam más tarde—. Si los abogados no confían en mí, ¿cómo van a trabajar conmigo? Agregó que cuando lo informaron acerca de la evaluación psiquiátrica se enfadó mucho. Pero al comentarlo con otros internos de Belmarsh, estos le recomendaron que no faltara a la cita. Si se negaba a ver al médico, era posible que los abogados creyeran que estaba realmente loco. «Era posible que me encerraran en un sanatorio mental sin que se celebrase el juicio —recordó Wang Yam—. Y tal vez no saliera nunca».

El 10 de septiembre de 2007, Wang Yam se reunió con el doctor Warren Dunn, asesor psiquiátrico forense del ambulatorio de la prisión de Belmarsh. Conversaron durante una hora en una pequeña sala de entrevistas. Cuando Dunn le preguntó por sus orígenes, Wang Yang relató su primera infancia en Xi'an y el tiempo que había pasado estudiando en Pekín. Añadió que su padre lo había criticado por «hacer demasiado» y que «por esa misma razón, su padre creía que nunca tendría éxito». También dijo que no recibió mucha atención materna, ya que su madre murió joven, que había sido «amamantado por diferentes matronas a lo largo de su infancia».

Tras pedirle que proporcionara una relación detallada de su historia laboral, el médico sacó dos documentos que procedían del ordenador de

Wang Yam, titulados «Objetivos y plan de estudio» y «Estudio y plan de trabajo». Eran listados de sus objetivos laborales y vitales. Su principal objetivo era convertirse en primer ministro chino. Cuando el psiquiatra le presentó los documentos, Wang Yam se avergonzó instantáneamente; reconoció que eran demasiado ambiciosos, y dijo que no tenían ningún otro destinatario más que él mismo. Al final de la sesión, el médico le pidió al preso que participara en lo que llamó una «minievaluación del estado mental». Wang Yam cometió solo un error. Además, le pareció que el ejercicio de recordar tres nuevos objetos en cinco minutos era «bastante difícil».

Dunn comenzó su informe explicando el trasfondo del examen. Según dijo, los abogados de Wang Yam habían dado muestras de preocupación por el estado mental de su cliente, en particular porque «ha expresado ideas paranoides acerca de su compañero de celda, las pruebas y la policía» y ha mostrado «delirios de grandeza al relatar su vida y su historia».

Después de apuntar que «no existían antecedentes de enfermedades mentales en ninguna de las ramas de su familia», Dunn informó de que Wang Yam era «alegre», «educado» y «simpático». «Si acaso, parecía no estar demasiado preocupado por su situación». Dijo que el preso no presentaba «daños cognitivos», y no mostró «síntomas psicóticos durante la entrevista». Continuó afirmando que «tampoco yo he podido verificar su historia personal»; no obstante, «el relato de su formación académica y educación tiene visos de ser verdadero y coherente».

Finalmente, Dunn escribió:

Me dio la impresión de ser un hombre que exagera y extrapola sucesos reales como una forma de mantener su sentido interno de la ambición y su necesidad de alcanzar metas. Tiene la confianza en sí mismo y el sentido de la valía de alguien que procede de un entorno privilegiado. No creo que manifieste delirios de grandeza ni delirios paranoicos.

En resumen, el doctor Dunn dijo que habría «insuficientes pruebas en las que basar un alegato que se apoyara en alguna anomalía mental» como para considerar una defensa de responsabilidad atenuada según la Ley de Homicidios británica de 1957.

Tras el informe del psiquiatra, los abogados de la defensa parecían confiar menos incluso en la versión de Wang Yam. Sin embargo, el acusado persistió en su versión de los hechos a lo largo de septiembre, octubre y hasta noviembre de 2007. Siguiendo sus estrictas instrucciones, los abogados volvieron a escribir a la Fiscalía de la Corona el 8 de noviembre para pedir más detalles sobre el caso que presentaba la acusación particular. No obtuvieron respuesta alguna.

A principios de noviembre de 2007, un vehículo del gobierno británico llevó una carta al Ministerio del Interior. Esta contenía una petición a la principal secretaria de Estado del Ministerio del Interior (o ministra del Interior) Jacqui Smith[3] para que aprobara un certificado de «inmunidad del interés público» (*public interest immunity*, PII). Si lo firmaba, impediría que se revelaran ciertos testimonios a la defensa de Wang Yam. Además, solicitaba que parte del juicio a Wang Yam, o su totalidad, se celebrara *in camera*, es decir, en secreto.

Un certificado PII es un documento del gobierno británico que permite a un tribunal impedir que se revelen testimonios a una de las partes, al público o a ambos. Anteriormente conocido como «Privilegio de la Corona», uno de los primeros usos del PII fue en 1939, después de que los desconsolados familiares de los tripulantes de un submarino naufragado exigieran daños y perjuicios, y el gobierno expidió un certificado para impedir que se revelaran los planos constructivos de la embarcación. Las leyes que regulan las PII se recogieron en la sección 3 de la Ley de Enjuiciamiento e Investigaciones Criminales británica de 1996. Aunque la policía y los servicios de inteligencia envían cada año unas mil solicitudes de perfil bajo al Ministerio del Interior —para proteger a informantes, niños u otros testigos en peligro en los tribunales— los ministerios estatales solo reciben unos veinte o treinta certificados de alta seguridad al año.

Antes de llegar al escritorio de la ministra del Interior, un consejo independiente de la Fiscalía de la Corona había decidido que el material confidencial que se adjuntaba a la petición era relevante para la acusación de

Wang Yam. Ahora, para evaluar si aprobaba la PII, la ministra del Interior Jacqui Smith tenía que concluir que se cumplían dos criterios adicionales: primero, que existía la posibilidad de que la revelación de información causara un perjuicio real a la seguridad nacional del Reino Unido o a sus intereses económicos; y segundo, que este perjuicio pesara más que el interés público en la transparencia de la justicia.

El certificado en sí constaba de dos partes fundamentales: un anexo abierto que hacía poco más que referirse a la necesidad de proteger los intereses de la seguridad nacional y a ciertos testigos, y otro cerrado, y de contenido muy sensible, en el que había un extenso sumario del caso de Wang Yam. Aunque Smith contaba con la ayuda de asesores legales de dentro y fuera del gobierno, la decisión final sería suya. Después de considerar las alegaciones y revisar los documentos durante horas, firmó al pie del certificado con su rúbrica, dando su aprobación a la solicitud.

Así, el 30 de noviembre de 2007, solo seis semanas antes de la fecha programada para que comenzara el juicio, el equipo de Wang Yam supo que existía la posibilidad de que el juicio se celebrara *in camera*. Cuando preguntaron a qué se debía aquello, la fiscalía se resistió a revelar sus motivos. Tras varios días de tira y afloja cada vez más tensos, la Fiscalía de la Corona cedió y explicó que, si el juicio se celebraba en audiencia pública, no podrían continuar con el proceso «en interés de la seguridad nacional y para proteger la identidad de un testigo u otra persona».[4] Geoffrey Robertson, Kirsty Brimelow y James Mullion se quedaron anonadados al recibir esa información.

Había un estadio más antes de que el PII se hiciera efectivo. Tenía que ser ratificado por el juez que presidiría el juicio contra Wang Yam. Si este daba su aprobación, sería el primer asesinato en la historia moderna que se celebrara en secreto.

El 13 de diciembre, el diario *Evening Standard* publicó un artículo[5] con el titular «El Ministerio del Interior quiere celebrar un juicio por asesinato en secreto», el cual describía el suceso y el desarrollo del caso con todo lujo de detalles. A la mañana siguiente, el *Daily Mail* publicó un artículo parecido, explicando que «la Fiscalía de la Corona se negó a hablar sobre los motivos

por los que había realizado la petición», y añadía que «esa acción tan inusitada parece representar la primera ocasión en la que se solicita una “orden mordaza” para un caso de asesinato».

La mayoría de los medios de comunicación británicos clamaron contra las restricciones a la divulgación de información. Se trataba de una medida sin precedentes, y una mordaza que la prensa no estaba dispuesta a aceptar. A pocos días de que se hiciera pública la orden, un grupo de periódicos influyentes, entre los que se encontraban *The Times*, *The Guardian*, *The Independent*, *The Daily Telegraph* y *Daily Mail*, además de la BBC, acordaron trabajar en conjunto para luchar contra las audiencias a puerta cerrada, y contrataron al veterano abogado del derecho a la libertad de expresión Gavin Millar para que presentara su caso. El 15 de enero de 2008 se programó en el Tribunal Penal Central de Inglaterra y Gales (el llamado Old Bailey), en Londres, una audiencia preliminar para dirimir sobre el acceso de los medios al juicio por asesinato.

El equipo de la defensa no sabía como reaccionar ante el certificado PII, la petición de que la audiencia se celebrara *in camera* y la repercusión posterior que tuvo en los medios. ¿Por qué se celebraba en secreto ese juicio? ¿Cómo podrían armar una defensa que se celebrara al menos parcialmente ante un tribunal a puerta cerrada? ¿Era posible celebrar un juicio justo a puerta cerrada?

La audiencia preliminar del juicio por el asesinato de Allan Chappelow comenzó el 15 de enero de 2008. Este proceso, oficialmente conocido como *caso Regina contra Wang Yam*, se centraba en una sola pregunta: ¿debía celebrarse el juicio en secreto? Aunque el Ministerio del Interior había aprobado el certificado PII, el juez tenía poderes para aceptarlo, rechazarlo o aceptarlo parcialmente con ciertas modificaciones.

La audiencia se celebró en el tribunal de Old Bailey, un grandioso edificio de piedra blanca situado en el corazón de la City de Londres, apenas a unas calles de la catedral de St. Paul. Sobre su techo en forma de cúpula se yergue la Dama de la Justicia, una estatua de bronce con los ojos bien

abiertos, una espada en la mano derecha y una balanza en la otra. Sobre la entrada del edificio están inscritas las palabras: «Defiende a los hijos de los pobres y castiga al malhechor».

En la entrada de la sala número 14 había siete escritorios de madera oscura; detrás de cada uno de ellos, una silla de madera con respaldo alto forrada con piel de ánade real de color verde. En una de ellas estaba sentado el juez sir Duncan Brian Walter Ouseley, de sesenta y ocho años, con una peluca en la cabeza y su traje negro cubierto por una toga roja. Ouseley sería el encargado de presidir todo el juicio, y, dado que era el juez de mayor rango en Old Bailey aquel día, la Espada del Estado bañada en oro pendía por detrás de su cabeza colgada de manera vertical sobre la pared. Según la biografía autorizada en *Debrett's*, el juez Ouseley había ejercido como tal durante ocho años, y entre sus actividades de ocio estaban la «familia, el deporte, la música y el vino». También se mencionaba que era miembro del Club Garrick, en el centro de Londres, que había tenido como miembros a William Makepeace Thackeray, Charles Dickens, T. S. Elliot y sir Alec Guinness. El gobierno solía escoger al juez Ouseley para encargarle casos de seguridad nacional; era conocido en la profesión por ser un seguro de vida a este respecto.

A la izquierda del juez estaba el banquillo del jurado, en el que había dos hileras de asientos vacíos, ya que solo se lo citaría una vez que se celebrara el juicio principal al cabo de dos semanas. Bajo el juez estaba sentado el taquígrafo, junto con varios secretarios que le ayudarían en la administración del proceso.

Frente al juez se encontraban los letrados ataviados con peluca y los procuradores sin ella que ejercían como asistentes. Por parte de la defensa estaban el QC Geoffrey Robertson y su abogada auxiliar Kirsty Brimelow. Al otro lado del juzgado, la acusación particular estaba dirigida por el QC Mark Ellison. Este, licenciado en la Universidad de Gales,^[6] se había granjeado su fama representando a la fiscalía en complejos casos de estafa y delitos económicos. Su asistente era la abogada de cuarenta y un años Bobbie Cheema-Grubb.^[7] Nacida en Leeds, era la primera mujer asiática que había sido nombrada Consejera Júnior de la Tesorería, en 2006. También se

encontraba presente en esta audiencia preliminar al juicio el QC Gavin Millan, que representaba a los medios de comunicación. Estaba enojado ante el hecho de que aquel día el servicio de la fiscalía se hubiera negado insólitamente a decirle por qué solicitaban que ciertas partes del juicio se celebraran en secreto. «Aquello era como conducir con los ojos cerrados», dijo.

Por encima del banquillo del acusado (que se encontraba vacío) estaba la atestada galería del público. La fase previa del caso había recibido amplia cobertura en los medios, y apenas quedaban asientos libres. También habían acudido al juzgado varios periodistas, entre ellos Dan Carrier, del *Camden New Journal*, y un reportero de sucesos de *The Guardian*. Estaban sentados en el repleto banquillo de la prensa situado delante del juez, con las rodillas apretadas contra el compartimento de madera, tan cerca de los abogados que podían leer las notas que se pasaban entre ellos. No había presente ningún miembro de la familia de Allan Chappelow y tampoco familiares o amigos que apoyaran a Wang Yam.

El juez abrió la sesión y explicó que, si la petición de la fiscalía tenía éxito, la prensa y el público quedarían excluidos de ciertas partes del juicio, aunque el jurado, el acusado y sus abogados presenciarían la exposición de todas las pruebas y cualquier interrogatorio relacionado con ellas. Geoffrey Robertson tomó la palabra por la defensa, y alegó que tanto el interés general como el principio de transparencia en la justicia requerían que el juicio se celebrara en público. Según dijo, si este se celebrara en secreto, su cliente no tendría un juicio justo. «El acusado quiere que el público oiga su defensa y limpiar su nombre de toda mancha. Su defensa —la defensa que la Corona desea impedir— explicará las razones por las que se lo considera sospechoso». Una de sus preocupaciones particulares, según añadió, era que si se celebraran en secreto algunas partes fundamentales de la defensa, la prensa no podría informar sobre el caso adecuadamente y habría menos posibilidades de que se presentaran nuevos testigos para testificar en su favor.

Robertson continuó afirmando que el principio de la transparencia en la justicia era un elemento primordial en Inglaterra desde hacía siglos. Después citó al escritor radical John Lilburne, que había afirmado en su juicio por

difamación en 1649:

La corte debe defender el primer derecho fundamental de un ciudadano inglés, que los tribunales de justicia sean libres y estén abiertos a todo tipo de público pacífico para que este vea, observe, oiga y tenga libre acceso a ellos; y ninguna clase de hombre debe ser juzgado en agujeros, rincones ni ningún otro lugar donde haya puertas que permanezcan cerradas y entre rejas.

Robertson afirmó que los jueces del siglo XVII coincidían en que las audiencias debían celebrarse en público para «que todo el mundo sepa con qué sinceridad y justicia procede el tribunal».

El siguiente turno de palabra fue para Gavin Millar, en representación de los medios de comunicación. «Ha habido multitud de juicios en el pasado —dijo— en los que se han expresado inquietudes acerca de la seguridad nacional», y tras esto enumeró varios casos en los que se habían realizado alegaciones sobre las agencias de inteligencia que se habían celebrado en juicios abiertos al público. Añadió que el anonimato de los testigos podía garantizarse simplemente usando una pantalla u otro dispositivo similar. «La clara presunción legal —proclamó Miller— era que la prensa, como guardiana del interés público, pudiera informar sobre todo lo que acontece en el tribunal penal». Continuó diciendo que era imposible rebatir los argumentos de la fiscalía para celebrar el juicio a puerta cerrada, ya que esta se había negado a explicar sus motivos, colocando en desventaja a los medios de comunicación y a la defensa. Al fin y al cabo, ¿cómo podía realizar un alegato convincente para que se celebrara un juicio transparente si no comprendía los detalles de la supuesta amenaza que suponía para la seguridad nacional?

La exposición inicial del caso de Mark Ellison para la fiscalía fue breve. Explicó que, si el juicio se celebraba en público, retirarían todos los cargos (por temor a que se revelaran diversos secretos nacionales), lo que permitiría que un potencial asesino merodeara por las calles. Ante esto, Geoffrey Robertson reaccionó como un resorte y declaró con indignación que el alegato de Ellison era una forma de «chantaje forense». El juez tomó nota de su objeción, y pidió al fiscal que continuara con su argumentación. Mark Ellison habló un poco más sobre la importancia de proteger la seguridad

nacional, y después añadió que habían conseguido un certificado de inmunidad del interés público (PII) de la ministra del Interior, Jacqui Smith, que apoyaba su petición de celebrar el juicio *in camera*.

En su resumen, el juez reconoció que, en general, los juicios debían celebrarse en público, y que esto servía a la justicia, especialmente para que el público pueda comprender las consecuencias que acarrea cometer delitos. No obstante, según dijo, había excepciones en las que estaba en peligro la seguridad nacional, y le preocupaba que la Fiscalía de la Corona retirara la acusación si el juicio se celebraba en público. Tampoco creía que los temas de seguridad nacional pudieran ser gestionados mediante distorsión de la voz o colocando a los testigos detrás de una pantalla. El problema era proteger la identidad de los implicados, así como las actividades en las que participaban. «Las circunstancias —dijo—, apuntan inequívocamente a dictaminar que parte de este juicio sea celebrado *in camera*. Estoy completamente seguro de que el acusado tendrá un juicio justo con la disposición que solicita la Corona».

En un dictamen separado,[\[8\]](#) que fue entregado a los miembros de los medios de comunicación, el juez dijo que no solo serían excluidos de las partes del juicio *in camera*, sino que se les prohibía especular sobre las razones por las que ese juicio se celebraría en secreto. Añadió que cualquier tipo de especulación equivaldría a un desacato al tribunal punible mediante sanción administrativa que incluso podría acarrear pena de cárcel.

APUNTES DEL CASO

Me reuní con el QC Philip Baker en su residencia en Gray's Inn. Me entregó una copia de la petición de asilo que realizó Wang Yam en 1992, en la que se detallaba gran parte de su pasado en China. Baker había mantenido el contacto con WY, aunque se sentía culpable por haberlo visitado solo en una ocasión en la prisión de Whitemoor. («Es un lugar horrible», confesó Baker.) De las alrededor de trescientas personas de nacionalidad china a las que había ayudado en la década de 1990, no esperaba que WY fuera una de las que se metiera en problemas. «Había un par de matones —dijo Baker— de los que no me habría sorprendido que la policía me llamara en referencia a una investigación de asesinato. Me sorprendió que preguntaran por Wang Yam».

Me reuní con mis editores para hablar sobre la primera versión del manuscrito. Dijeron que no podría explorar la defensa de Wang Yam en profundidad, ya que hacerlo supondría incumplir la orden del juez Ouseley. Pregunté si había alguna forma de sortearla. Pero no la había. Según dijeron, la defensa de Wang Yam se celebró a puerta cerrada, y «hasta el día de hoy sigue cubierta por restricciones a la información». Me preocupa obedecer y convertirme en un accesorio para el silenciamiento de la prensa, un cobarde ante el orden establecido. Es muy frustrante no poder contar la historia completa de Wang Yam. Pero mejor contarla parcialmente que no hacerlo en absoluto.

Hay algo que me inquieta mucho: si se trató de un asalto frustrado, ¿por qué hubo tanta violencia? Lucho por borrar de mi mente las horrendas imágenes del cuerpo mutilado de Allan Chappelow. ¿No es obvio que después de la reyerta, incluso de un golpe en la cabeza, el ladrón huiría, en lugar de aporrear y quemar a la víctima para luego cubrirla con 560 kilos de papel?^[1] Necesitaba hablar con algún especialista en conducta criminal. Contacté a través de Twitter con una persona que trabajaba en el FBI realizando perfiles de criminales, Bill Fleischer, y después hablé con él por teléfono en su despacho de Filadelfia (Estados Unidos). Le conté la teoría con la que trabajaba la policía: un ladrón desesperado por conseguir dinero estaba robando correspondencia en la entrada de una casa cuando fue interrumpido por su anciano propietario; después hubo un forcejeo; al criminal se le fue la mano y golpeó a la víctima hasta matarla.

Bill dijo que aquello le parecía poco probable. «Da la impresión de ser demasiado personal para un asalto frustrado — dijo—. Se produjo un despliegue excesivo de violencia en ese caso», añadió, refiriéndose a los repetidos golpes en la cabeza que sufrió la víctima y al aplastamiento del cráneo. Era poco probable que el asesinato hubiera sido cometido por un desconocido, y seguramente el asesino fuera una persona autoritaria. «Cubrir el rostro de la víctima —añadió— suele ser indicio de un asesino furioso y vengativo». En cuanto a la razón por la que el cuerpo estaba cubierto con sus propios manuscritos, dijo: «A veces una pipa no es más que una pipa. Probablemente, los manuscritos estuvieran a mano en cantidades abundantes».

Me llamó Wang Yam. Dijo que había tenido noticias de sus contactos chinos: las tríadas de gánsteres habían recopilado pruebas del verdadero culpable del asesinato de Allan Chappelow y estaban esperando a que él o alguno de sus familiares pagaran para facilitarlas. Dijo que esa forma de extorsión, o «secuestro de pruebas», es común en China. Cuando pregunté a mis investigadores de Pekín me dijeron que nunca habían oído hablar de «secuestro de pruebas», pero eso no significa que no sea posible.

Hablé por teléfono con James Mullion, que dijo que el *Camden New Journal* había informado sobre la apelación y que se había presentado un nuevo testigo. Me comentó que no estaba seguro de que aquel individuo resultara creíble, ya que había dicho que en el parque Hampstead Heath se reunían habitualmente más de trescientos hombres para mantener relaciones sexuales en público. Mullion no parecía dar crédito a esto. En cualquier caso, me pasó los datos para contactar con «Serpico».

15

EL JUICIO

El juicio a Wang Yam comenzó el 28 de enero de 2008. El juez Ouseley dio la bienvenida al jurado a Old Bailey y explicó cómo se desarrollaría el caso. Según dijo, al acusado se le imputaban seis delitos, de los cuales el más grave era el primero: asesinato. También estaba acusado del asalto a un domicilio, incluyendo allanamiento de morada, y de tres delitos de receptación de efectos de origen ilícito.

En el lado opuesto al del juez, detrás de la fila de los abogados, había una caseta de madera en una posición más elevada y que estaba rodeada por un cristal antibalas a la altura de los ojos. En su interior se encontraban una joven intérprete china, un guardia y Wang Yam. El preso llevaba el traje gris, la corbata de color oscuro y los zapatos marrones que Dong Hui le había llevado al principio de la semana. Se había cambiado la ropa de la prisión antes de emprender el viaje al juzgado esa mañana. Diez metros a su izquierda estaban situados sus abogados. Lo único que veía de ellos eran sus espaldas, ya que, al igual que él, miraban hacia el juez. Si quería pasarles una nota, Wang Yam tenía que captar la atención del agente judicial y, después, pedirles que se la llevaran. Sus abogados no podrían colocarle una mano consoladora sobre el hombro o dedicarle una sonrisa amistosa.

Había doce miembros del jurado, todos ellos ciudadanos británicos

obligados a realizar ese servicio tras recibir una citación formal del tribunal. Se trataba de un grupo variopinto. Nueve hombres y tres mujeres. Ocho de ellos eran de raza blanca, dos, de raza negra, y otros dos, de orígenes asiáticos. Como solía suceder en tales casos, les habían dicho que no debían asistir si trabajaban como abogados o eran empleados de la Fiscalía de la Corona.

Una vez sentado, el juez explicó que el jurado podía declarar a Wang Yam culpable de todos, alguno o ninguno de los delitos imputados. La acusación expondría su caso en primer lugar y presentaría a sus testigos, que podrían ser interrogados después por la contraparte. Una vez que se hubieran escuchado todos los testimonios, ambas partes realizarían sus alegatos finales, y después él mismo, el juez Ouseley, dedicaría un tiempo considerable a resumir el caso para el jurado. Solo entonces podrían retirarse a una sala separada para comprobar si estaban de acuerdo en el veredicto. Si lo declaraban culpable de alguno de los delitos, el juez decidiría qué sentencia debía imponerle. El juicio, según dijo, podía prolongarse entre cuatro y seis semanas. Dado que se trataba del primer día, no se llegó a mucho más, y el juez anunció al tribunal que el proceso comenzaría a las nueve en punto de la mañana siguiente.

Antes de aplazar la vista, el juez Ouseley recordó a los representantes de los medios de información allí reunidos las estrictas directrices sobre información que se habían acordado en la audiencia preliminar. No se haría seguimiento alguno de las sesiones a puerta cerrada ni se especularía acerca de las razones que las motivaban. Incumplir este punto los expondría a la acusación de desacato al tribunal.

Esa noche, el noticiero insignia de la BBC, *Newsnight*, emitió un reportaje de seis minutos sobre el juicio. Primero explicaron el trasfondo del caso, mostrando fotografías de la casa en ruinas en el número 9 de Downshire Hill y entrevistando a un miembro de la Sociedad Shaw que habló con afecto de los libros de Chappelow. Después, hablaron con John Sparrow, amigo de Allan. «Se ponía a darte conversación —dijo—. Se interesaba por lo que tenías que decir, y ese pequeño halago hacía siempre que te engancharas, ese era su truco».

En el reportaje también aparecía Malcolm Rifkind, ministro de Defensa entre los años 1992 y 1995, cuando era primer ministro John Major, y que había aprobado varios certificados de inmunidad del interés público. «Existe un interés público legítimo —dijo Rifkind— por el que ciertos documentos altamente sensibles no pueden revelarse. También existe el interés público en que las personas que se enfrentan a acusaciones penales tengan acceso a la información que puedan necesitar para su defensa. Hay un conflicto de intereses, y la cuestión es: ¿quién es la persona mejor preparada para resolver ese conflicto? No puede ser un político —concluyó—. Tiene que ser alguien imparcial, como un juez».

Después de la emisión de las imágenes pregrabadas, el presentador del programa, Jeremy Paxman, moderó un debate en el estudio con dos abogados sentados en una mesa oval ante un fondo atenuado de color morado. «¿A usted qué le parece?», preguntó Paxman bruscamente a Alex Bailin, abogado experto en derechos humanos. «Sin duda, la presunción de inocencia está a favor de la transparencia de la justicia, nadie puede discutir eso —dijo—. Lo difícil es saber qué hacer en casos excepcionales. Si se trata realmente de un caso de necesidad de proteger secretos de Estado, entonces es obviamente posible que ciertas partes del juicio tengan que celebrarse en privado; de otro modo, los secretos de Estado serían públicos y no tendría sentido intentar protegerlos mediante la acusación a un individuo. Lo que resulta complicado es la cuestión de saber si este [caso] entra en esa categoría».

«Y no podemos especular acerca de ello porque lo desconocemos», intervino Paxman, consciente de la advertencia del juez acerca de no teorizar sobre lo que podría revelarse durante las sesiones del tribunal a puerta cerrada. «No tiene sentido hacerlo —respondió Bailin—. Lo que hay que observar con mayor atención es si esa exigencia de secretismo está basada realmente en la protección de secretos de Estado o se trata de algo menor, como impedir que el gobierno revele algo embarazoso. Esa es la verdadera cuestión».

Después, el presentador se dirigió al QC Michael Powers y le preguntó: «Pero ¿no es más importante que se haga justicia, que simplemente ver que se hace justicia?».

«Sí, sin duda —dijo Powers con una sonrisa burlona—, pero, al final, ¿no se trata de escoger entre decidir si quieres airear los secretos con la esperanza de condenar a alguien o, por otra parte, retener esos secretos y abandonar la esperanza de conseguir condenarlo?».

«No hay ninguna circunstancia en la que una decisión como esta sea permisible?», presionó Paxman a su invitado. «Sí, por supuesto —respondió Powers— que existen ciertas circunstancias, pero la razón en sí por la que estamos celebrando este debate esta noche es la preocupación que sentirá todo el mundo ante el hecho de que un juicio por asesinato pueda celebrarse en privado, cuando menos parcialmente...».

«Pero también —interrumpió Paxman— porque es algo completamente excepcional». Powers finalizó esa idea. «Si sigue siendo completamente excepcional, Alex y yo estaremos muy contentos de ello... —El realizador del programa mostró un plano de Alex Bailin sonriendo y asintiendo con la cabeza—. Pero si, por la razón que sea, se convierte en una práctica común —continuó diciendo—, entonces tendremos grandes motivos para preocuparnos». Paxman, considerándolo una buena conclusión, dio por terminado el debate y agradeció la visita a sus invitados.

Al día siguiente se le comunicó a la BBC durante el juicio^[1] que habían jugueteado peligrosamente con el desacato a la orden restrictiva del juez Ouseley. El juez había enviado un mensaje claro a los periodistas: si no siguen mis reglas sufrirán las consecuencias.

El segundo día del juicio, el QC Mark Ellison expuso el principal argumento de la acusación, un tema sobre el que volvería recurrentemente. Según dijo el abogado, el acusado se encontraba en una situación financiera desesperada: robó el correo de la víctima, lo asesinó y después huyó del país cuando se percató de que había comenzado la investigación policial.

Ellison, con voz monótona y dura, prosiguió con los detalles del caso. Dijo que, en el momento del asesinato, el acusado estaba en «serias dificultades económicas», con unas deudas que superaban el millón de libras. El fiscal afirmó que ese fue el móvil del crimen: «Las pruebas demuestran

que Wang Yam estaba en verdaderos aprietos incluso cuando empezó a robar la correspondencia de la víctima». Después, apuntó que las cámaras de seguridad habían captado imágenes del acusado depositando los cheques de la víctima en su cuenta corriente del HSBC, sacando dinero de un cajero de Kentish Town (utilizando la tarjeta de crédito de Allan Chappelow) y comprando libros en Foyles (también con la tarjeta de Chappelow). Aunque las imágenes tenían poca definición, se identificaba claramente a un hombre de apariencia china con una pequeña mochila al hombro.

Durante la semana siguiente, la acusación hizo desfilar a una serie de testigos que respaldaban su caso: el propietario del restaurante Curry Paradise, la casera Anna Toma, la vecina lady Listowel y el cartero Nicholas Sullman. Llamaron a testificar al patólogo, el doctor Chapman, que describió gráficamente la naturaleza de las heridas infligidas a Allan Chappelow y la forma en la que había fallecido. A este le siguió el entomólogo, el doctor Hall, que explicó cómo usó el ciclo de la moscarda azul para determinar la fecha probable de la muerte de Allan Chappelow.

También hablaron varios expertos forenses, que confirmaron que no había rastros de ADN, fibras, ni ninguna otra sustancia que pudiera vincular a Wang Yam con el número 9 de Downshire Hill. Ellison continuó diciendo que, aunque le habría gustado ofrecer informes periciales que relacionaran al acusado con el escenario del crimen, había resultado imposible hacerlo, debido al terrible estado en que se encontraba la vivienda. El abogado estaba abonando el terreno para que el jurado declarase culpable al acusado basándose solo en pruebas circunstanciales.

Cuando llegó su turno, el subinspector Peter Devlin proporcionó una relación detallada de la situación financiera de Wang Yam, la cual catalogó como pésima, y dijo que creía que Wang Yam habría intentado vender la casa de Allan Chappelow si no hubieran encontrado el cadáver de este. No obstante, admitió que no tenía pruebas que respaldaran esa afirmación.

Entre los testigos más convincentes estaba Beverly Young, que trabajaba para una organización sin ánimo de lucro dedicada a la prevención de delitos financieros entre los principales bancos y compañías de tarjetas de crédito. Explicó que el ladrón de correspondencia o «usurpador de identidad»

implicado en este caso, mostraba una «persistencia y convicción mayores de lo usual». Según dijo, normalmente, cuando el usurpador recibe el aviso de un banco —como sucedió efectivamente con la persona que estaba en posesión de la tarjeta de crédito de Allan Chappelow— suele retirarse. Los usurpadores de identidad normalmente permanecen en el anonimato, añadió, prefiriendo trabajar por medio de internet, del correo o del teléfono. Sin embargo, en este caso, el usurpador regresó frecuentemente al número 9 de Downshire Hill para recoger una nueva tarjeta y las claves de seguridad, arriesgándose a que lo descubriera el propietario. La acusación explicó que la razón por la que el ladrón de la correspondencia regresó tantas veces a la vivienda era que confiaba en que el propietario no lo molestaría, y esto se debía a que sabía que el ocupante estaba muerto.

A la semana siguiente se llamó a varios testigos de compañías telefónicas y proveedores de servicios de internet que detallaron la fecha, la duración y la localización de innumerables llamadas y conexiones a internet durante los meses de mayo, junio y julio de 2006. Mark Ellison comenzó explicando que la policía había rastreado el uso de cuatro teléfonos diferentes y el mismo número de tarjetas SIM, que fueron usados en ocasiones y dispositivos diferentes. Para dejar las cosas claras al jurado, la acusación presentó lo que llamaron «Apéndice A», una lista cronológica de todas las llamadas de teléfono con una clave en varios colores que explicaba de qué teléfono y tarjeta SIM procedían, quién había realizado las llamadas, qué torre de telefonía realizó las conexiones y la duración de estas. Había apuntadas un total de 550 llamadas.

La acusación alegó que la última vez que Allan utilizó su teléfono móvil fue el 8 de mayo de 2006, para llamar a la agencia tributaria. La llamada comenzó a las 9.43, duró 6 minutos y 18 segundos, fue realizada mediante el teléfono Nokia de color negro de Allan («Dispositivo 1»), con su tarjeta SIM (acabada en los números 8642), y transmitida a través de la torre de telefonía situada en el hospital Royal Free de Hampstead. Según afirmaron, la siguiente vez que se utilizó la tarjeta SIM de Allan fue doce días después, el 20 de mayo. Al principio, esa tarjeta se usó con un teléfono diferente, denominado «Dispositivo 2», un teléfono de tipo concha plateado de la marca

LP que pertenecía a Wang Yam. Veinte minutos después se realizaron dos llamadas más con el Dispositivo 1, el teléfono móvil de Allan. Las tres llamadas tuvieron como objeto recuperar los mensajes de voz que había en la cuenta de Allan Chappelow. La acusación recordó al jurado que Allan había denunciado a la policía la desaparición de sus cheques. Seguramente habría hecho lo mismo con su teléfono si se hubiera percatado de que lo habían robado. Podía deducirse, continuó diciendo Ellison, que la víctima permaneció en posesión de su móvil y tarjeta SIM hasta su muerte y que alguien se había llevado ambos objetos del número 9 de Downshire Hill a principios de mayo. Añadió que daba la impresión de que la persona que estaba usando la tarjeta SIM de Allan en la tercera semana de mayo de 2006 quiso comprobar si alguien había intentado ponerse en contacto con el fallecido.

Después, la fiscalía reprodujo varias conversaciones telefónicas grabadas entre el hombre que usó la tarjeta SIM de Allan Chappelow y varios empleados de atención al cliente del banco. Se produjo un silencio sepulcral en la sala mientras todos se esforzaban por escucharlas. La voz del teléfono tenía un acento asiático, probablemente de China. Muchos de los miembros del jurado miraron a Wang Yam mientras se reproducía la cinta.

Cuando Dan Carrier regresó a las oficinas del *Camden New Journal* aquella misma noche, le pidieron que contara lo que había sucedido en el juicio. Carrier dijo que la prueba de las llamadas telefónicas de ese día había resultado trascendental, y que la sensación de que Wang Yam estaba implicado de alguna forma en la suplantación de identidad de Allan Chappelow era abrumadoramente convincente.

Al comienzo de la tercera semana del juicio le llegó el turno a la defensa. El talante de Geoffrey Robertson era diferente del de sus apacibles colegas del banquillo de la acusación. Orador excelente, hablaba de cara a la galería, utilizaba gestos grandilocuentes y usaba un lenguaje pintoresco. Por ejemplo, en cierto momento, Robertson comparó el asesinato de Allan Chappelow a ser apaleado «como una cría de foca sobre un témpano de hielo», y dijo que

las paredes y suelos estaban tan llenos de salpicaduras de sangre «que aquello parecía Sweeney Todd». Su argumento era que resultaba inconcebible que su anodino y plácido cliente hubiera llevado a cabo un acto de tal vileza. En ocasiones, Robertson se excedía con su teatralidad, y el juez Ouseley le pedía que fuera «al grano». «El juez no se achicó —escribió Carrier desde su asiento cercano—. Era ducho en esas lides; casi de la vieja escuela».

La mayor parte de la defensa se celebraría en audiencia pública, y su estrategia giraba en torno a tres argumentos principales: que no había pruebas forenses que vincularan a Wang Yam con el número 9 de Downshire Hill ni con el cadáver encontrado allí, que nunca había mostrado un comportamiento violento en el pasado, y que había otros sospechosos potenciales que habían estado en el escenario del crimen. Una de las tácticas de Robertson era crear dudas en las mentes del jurado. Quería que se preguntaran si era posible que el crimen hubiera sido cometido por otra persona y, en tal caso, quién podría haber sido el autor. De modo que, en sus comentarios iniciales, Robertson hizo referencia a las declaraciones que habían realizado los vecinos de Allan Chappelow, entre ellos lady Listowel, que recordaba haber visto a varios personajes sin identificar entrar y salir del jardín del número 9 de Downshire Hill mientras su ocupante se encontraba en Estados Unidos. Robertson también mencionó la posible implicación del servicio secreto israelí, el Mosad, así como del operario de mantenimiento de Allan Chappelow y de varios gánsteres albaneses y chinos. No obstante, más allá de citar las palabras de su cliente, no proporcionó pruebas que respaldaran tales afirmaciones y tampoco ofreció explicación alguna respecto a la supuesta implicación del Mosad.

El testigo estelar de Robertson era Philip Baker, el abogado amigo de Wang Yam. Tras explicar cómo había conocido al acusado poco después de su llegada al Reino Unido, Baker hizo un bosquejo de los orígenes familiares de Wang Yam en China, incluyendo que era el nieto del famoso Ren Bishi. Según afirmó Baker, el equivalente británico era ser el nieto de Winston Churchill. Cuando le preguntaron si tenía conocimiento de que el acusado hubiera mostrado signos de violencia o actos agresivos, Baker respondió que todo lo contrario, pues siempre se había presentado como un individuo

apacible y equilibrado ansioso por integrarse en la sociedad británica. Dijo que Wang Yam había recibido la aprobación de su solicitud de asilo político en el intervalo de unas semanas, algo completamente inusual, añadiendo que tendría que haber sido un buen amigo del gobierno británico. Robertson repitió la conclusión del testigo de cara al jurado: Wang Yam había sido un buen amigo del gobierno británico.

Cuando Dan Carrier regresó a la sede del *Camden New Journal* al final del día tenía una respuesta diferente para sus compañeros. Ya no estaba seguro de la culpabilidad de Wang Yam. Le habían convencido los argumentos de Robertson. Los plumillas de la sala de redacción se rieron de él por cambiar de opinión.

El siguiente día, a las 10.40 del 7 de marzo de 2007, Wang Yam subió al estrado en una vista abierta al público. El QC Geoffrey Robertson fue directo al grano, y realizó una rápida sucesión de preguntas a bocajarro:

ROBERTSON: Señor Wang, ¿asesinó usted a Allan Chappelow?

WANG YAM: No.

ROBERTSON: ¿Conocía usted a Allan Chappelow?

WANG YAM: No.

ROBERTSON: ¿Tiene conocimiento de haberse encontrado alguna vez con Allan Chappelow?

WANG YAM: No.

ROBERTSON: ¿Entró usted alguna vez en el inmueble situado en el número 9 de Downshire Hill?

WANG YAM: No.

ROBERTSON: Podría sugerírsele que en el proceso del robo del correo de Allan Chappelow, este le sorprendió y que usted lo atacó y después lo asesinó: ¿Hay algo de cierto en esa proposición?

WANG YAM: Nada de cierto.

ROBERTSON: ¿Asaltó usted el domicilio?

WANG YAM: No.

ROBERTSON: ¿Era usted el hombre con las gafas negras al estilo de Eric Morecambe, el individuo chino que se dirigió al cartero, el señor Sullman?

WANG YAM: No.

ROBERTSON: ¿Alguna vez clareó los árboles del acceso que lleva hasta la puerta del edificio del número 9 de Downshire Hill?

WANG YAM: No.

ROBERTSON: ¿Ha recurrido usted alguna vez a la violencia?

WANG YAM: No.

ROBERTSON: ¿Alguna vez ha herido a alguien?

WANG YAM: No.

Robertson hizo una breve pausa, y le sugirió a su cliente que permaneciera sentado y bebiera un poco de agua, ya que «tendrá que continuar ahí durante un buen rato». A lo largo de la siguiente hora, el abogado de la defensa hizo que Wang Yam repasara su historia familiar, preguntándole por su abuelo Ren Bishi y por su infancia en Xi'an. Cuando llegó el momento de hablar sobre la muerte de su madre durante la Revolución Cultural, Wang Yam se detuvo y tartamudeó: «No me gustaría... No me gusta hablar...»; y después prorrumpió en sollozos. Viendo el estado de agitación en el que se encontraba su cliente, Robertson le preguntó si preferiría hablar a través de un intérprete. «No, está bien —dijo Wang Yam—. No se trata de eso».

Unos minutos después, el acusado volvió a romperse cuando empezó a hablar de las protestas en la plaza de Tiananmén de 1989. «Dese un respiro, señor Wang Yam —dijo el juez—. Tómese su tiempo». Después, cuando se percató de que el acusado necesitaba todavía recobrase, el juez indicó que harían un breve receso en el juicio. Con el jurado ausente, Robertson sugirió que se le trajera una taza de té a su cliente. «No está en mi mano encargarme de eso —respondió el juez secamente—. El agua es el sustento habitual».

Tras un breve receso, Robertson invitó a su cliente a hablar en mandarín con la ayuda de un intérprete, y el testimonio continuó durante las siguientes horas, unas veces en inglés y otras en mandarín. Al percatarse de que el jurado tenía dificultades para entender lo que decía, el juez le pidió frecuentemente al acusado que repitiera sus palabras y que hablara en voz más alta y clara. Cuando creyó que Wang Yam estaba «llegando a un estadio en el que no podía permitirse que se perdieran los detalles», el juez insistió en que Wang Yam se expresara a través de la intérprete. Incluso entonces, el acusado volvía al inglés, para mayor frustración del juez y de los miembros del jurado. En algunas de sus frases mezclaba el mandarín y el inglés, haciendo que todo resultara más confuso aún.

El testimonio de Wang Yam, que el juez siguió permitiendo celebrar en audiencia pública, describió después cómo había intentado «congraciarse» con los gánsteres chinos.[2] Dijo que tres gánsteres chinos a quienes había conocido le habían entregado los cheques y la tarjeta de crédito y que intentaba embaucarlos para reunir pruebas contra ellos y denunciarlos. Los

llamó Gaz, Zhao Dong y Ah Ming,[3] y proporcionó sus descripciones e información sobre los lugares que frecuentaban y, en el caso de Ah Ming, de su lugar de trabajo. Según dijo, estos querían que participara en la inmigración ilegal y otros delitos, y Gaz le entregó los cheques y le pidió que los ingresara en el banco.

Wang Yam también admitió haber creado «documentos cuestionables» después de declararse en quiebra para poder alquilar un apartamento. Continuó explicándole al tribunal que no podía levantar objetos pesados debido a una afección coronaria, y que por ello pidió ayuda para mudarse de casa. La defensa esperaba que esto hiciera inferir al jurado que Wang Yam no habría podido sepultar a la víctima del asesinato bajo 560 kilos de papel. Sin embargo, según Dan Carrier y otras personas presentes en el juicio, el testimonio del acusado cada vez era más vago, ininteligible, en ocasiones contradictorio y, sobre todo, nada convincente.

Por momentos, cuando Wang Yam estaba en mitad de una frase, el juez detenía abruptamente el proceso y advertía al acusado de que no hablara de esas cuestiones sensibles en una sesión abierta al público. Entonces, el secretario del tribunal ordenaba despejar la sala. Los periodistas, los agentes de policía y el resto de los miembros del público eran obligados a salir, y los agentes judiciales cerraban las pesadas puertas de roble. Estos interludios del proceso duraban solo unos minutos, y el juez siempre ordenaba al taquígrafo que usara la transcripción para redactar todo lo que había dicho el acusado durante ese período de tiempo. A Geoffrey Robertson no le turbaban estos parones en el testimonio, aunque creía que era muy importante evitar que el jurado otorgara mucha importancia a los testimonios secretos. Su estrategia era hacer que se centraran en el relato de la defensa y que las interrupciones del juicio no los distrajeran.

En cierto momento durante el interrogatorio de la parte de la acusación, Wang Yam dijo que podía demostrar que no era un asesino. Tras quitarse uno de los zapatos y ofrecerlo al jurado para que lo examinara, dijo que nadie había comparado sus huellas con las marcas encontradas en los papeles que cubrían el cuerpo de la víctima. Mientras mostraba su calzado, continuó diciendo que, como podían comprobar, sus zapatos del número 46 eran

mucho más grandes que las huellas encontradas en el escenario del crimen. El juez Ouseley reprendió al acusado por sus bufonadas, le dijo que volviera a ponerse el zapato; luego, una vez recuperada la calma en el juzgado, la acusación explicó que varios peritos habían fracasado en su intento de identificar el tamaño de las pisadas y que ese aspecto carecía de relevancia. En tanto que Wang Yam parecía molesto por el hecho de que no se tomara en serio la prueba, sus abogados dieron la impresión de enojarse por la rebeldía de su cliente.

Desde el 10 de marzo hasta el día siguiente, el testimonio de Wang Yam tuvo lugar *in camera*. Un guardia se apostó junto a la puerta de la sala del tribunal para asegurar que los periodistas y miembros del público no tuvieran acceso a ella. En total, se celebraron a puerta cerrada menos de cuatro de las veintinueve jornadas que duró el juicio. Además del testimonio *in camera* de Wang Yam, cuatro testigos declararon a puerta cerrada el miércoles 20 y el viernes 22 de febrero.[4]

Finalmente, a finales de marzo de 2008 la fiscalía concluyó con su alegato. Para quienes estaban sentados en la galería esperando que se hiciera mención a pisos francos, guaridas secretas o agentes encubiertos, el juicio fue toda una decepción. Apenas se mencionó ningún asunto relacionado con la seguridad nacional, al menos en las sesiones abiertas al público. La fiscalía llamó a declarar a más de ciento veinte testigos y expertos, y la defensa, a otros tantos. Habían pasado diez semanas desde el comienzo del juicio.

Ahora había llegado el momento de que el juez resumiera las pruebas. Durante los tres días siguientes, repitió escrupulosamente lo que cada parte había presentado durante el juicio. Una vez hubo finalizado, le dijo al jurado que el caso quedaba en sus manos. No obstante, antes de dejarlos marchar, les dio la siguiente instrucción: si no podían declarar al acusado culpable del robo de correspondencia en el número 9 de Downshire Hill, tampoco deberían declararlo culpable de asesinato. Tras esto, el jurado salió de la sala. [5]

Aquella noche, Carrier volvió a informar a sus compañeros. Le preocupaba que las pruebas presentadas en el juicio solo eran circunstanciales, y estaba frustrado por no haber podido escuchar el

testimonio a puerta cerrada. Esa noche, mientras se tomaba una cerveza con sus colegas, les contó que si él formara parte del jurado necesitaría que hubiera un portavoz de gran carisma para que lo convenciera de que Wang Yam no era culpable. Fuera cual fuese el veredicto, el juicio había sido fascinante. Era el caso más interesante en el que había trabajado.

El 2 de abril, después de dos días de deliberaciones, el jurado regresó a la sala del tribunal. El secretario le pidió a Wang Yam que se pusiera en pie. El acusado, que apenas mostraba sus emociones, miró fijamente al banquillo del jurado cuando pidieron al portavoz que pronunciara el veredicto. El jurado declaraba culpable a Wang Yam de tres de las acusaciones, declaró el portavoz, incluyendo la transferencia ilegal de veinte mil libras, el robo de veinte libras de un cajero y la manipulación y receptación de artículos robados. En cuanto a los otros delitos imputados de asalto, robo de correspondencia, y el más importante, el de asesinato, el jurado no podía ponerse de acuerdo respecto a su culpabilidad. Tras esto, el portavoz se sentó, igual que hizo Wang Yam. Tras una pausa muy breve, el juez agradeció al jurado todos sus esfuerzos y declaró juicio nulo. Anunció que se celebraría un nuevo juicio ese mismo año. Hasta entonces, Wang Yam permanecería bajo custodia policial.

El acusado fue trasladado al exterior de la sala y conducido hasta los calabozos que había en el sótano. Unos minutos más tarde, su equipo legal se reunió con él. Wang Yam les preguntó qué significaba aquello. Sus abogados le dijeron que, a pesar de que hubieran preferido que lo declarasen inocente de todas las acusaciones, estaban contentos con el resultado. Era crucial que el jurado no lo declarase culpable del robo de correspondencia ni, por supuesto, del asesinato. Podrían trabajar sobre esa base.

«Habían decidido que Wang Yam era su hombre —dijo Geoffrey Robertson refiriéndose a la investigación policial—. Tenía su lógica. Era un sujeto difícil de comprender, no se molestaron en mirar más allá y no buscaron otras alternativas». Albergaba esperanzas de que en el segundo juicio tendrían mayor éxito incluso.

Aunque Wang Yam estaba obviamente decepcionado por tener que volver a la prisión de Belmarsh, también sentía cierto alivio. Después de un juicio de tres meses de duración, el jurado no había podido declararlo culpable de asesinato. Confiaba en que, durante los siguientes meses, sus abogados afinarían sus argumentos para que el próximo jurado concediera un veredicto más favorable aún.

APUNTES DEL CASO

Volví a entrevistarme con Philip Baker en su domicilio. Le puse el audio del individuo chino que se hace pasar por Allan Chappelow al teléfono ante las compañías crediticias y dijo que estaba seguro de que no era Wang Yam. Ya en 2006, el inglés de Wang Yam era mucho mejor que el de la persona que mantenía esa conversación telefónica. El asunto del teléfono es fundamental. La policía asumía que Allan Chappelow tenía su teléfono cuando murió, de modo que solo el asesino podía estar en posesión de él. Si Wang Yam no había utilizado el teléfono o la tarjeta SIM de la víctima, no había nada que lo relacionara con el escenario del crimen (sus cómplices o él podrían haber sustraído el correo de la entrada de la casa sin entrar en la vivienda. Finalmente, le pregunté a Philip Baker si creía que WY había asesinado a Allan Chappelow. «No creo que lo hiciera él —dijo— , pero solo es una corazonada».

Me reúno con «Serpico» en el restaurante Villandry que hay cerca de Haymarket después de que James Mullion me lo presente. Era un hombre alto y delgado que rondaba los sesenta años, y se enfadó por lo caro que era el vino, pero se relajó al cabo de varios tragos. Serpico me dijo que fue a ligar a West Heath, en el parque Hampstead Heath durante décadas. Entre los años 2000 y 2006 tuvo encuentros frecuentes con un hombre que llevaba pantalones, camisa y sombrero negros. Este hombre tenía vello facial, tal vez también barba, se movía con mucha cautela, hablaba con acento pijo y se hacía llamar «Allan». Serpico dijo que «Allan» desapareció de West Heath en la primavera de 2006. Cuando le pregunté por qué no había dado la cara antes, me comentó que creía que habían detenido al culpable, de modo que no había necesidad de proporcionar su testimonio. ¿Tenía la víctima una doble vida? Y, en tal caso, ¿puede Serpico ofrecer una teoría alternativa para el asesinato de Allan Chappelow?

Llamé a Torben Permin, el primo danés de Allan Chappelow.^[1] No estaba seguro de cómo reaccionaría, pero se lo pregunté de todos modos. ¿Creía él que su primo tal vez fuera homosexual? Torben respondió que la policía le había contado que encontraron parafernalia relacionada con el sexo en el número 9 de Downshire Hill. Entre los objetos había un vídeo de la marcha del orgullo gay de Hampstead y un preservativo. Torben creía que la sexualidad de Allan era la causa de la tensión que existía entre su conservador padre y él. «Creo que

Allan era homosexual, y que Archie no lo aceptaba», dijo Torben. «En aquella época [tener un hijo gay] no era bueno para una familia. No estaba aceptado. En mi opinión, Archie era bastante tradicional».

También hablé con James Chappelow, uno de los primos ingleses de Allan. Dijo que tanto él como su hermano Michael (que murió en 2012) eran homosexuales y que creía bastante probable que Allan, que vivía solo y nunca había tenido relación alguna con una mujer, también lo fuera. «Con este tipo de cosas todo son habladurías e intuiciones», añadió. Patty Ainsworth, la prima estadounidense de Allan, también creía que probablemente Allan fuera homosexual, y que no debió ser fácil para él crecer en la Gran Bretaña de las décadas de 1930 y 1940. Las suposiciones de la familia de Allan me parecen poco convincentes, pero tal vez si se une al testimonio de Serpico, pueda sacarse algo de ello.

Llamé a Peter Devlin, que me dijo que no pensó que la sexualidad de Allan fuera importante para el caso y que no había sido tenida en cuenta en la investigación.

¿Tenía Allan Chappelow una cara oculta? He reservado un vuelo para Austin (Texas).

16

EL VEREDICTO

En abril de 2008, dos semanas después de la conclusión del primer juicio, Dong Hui visitó a Wang Yam en la prisión de Belmarsh.

Apareció con una amiga. Ambas mujeres llevaban camisetas de flores y faldas largas a juego de color rosa. Iban maquilladas, vestían con tacones y llevaban unas flores blancas en los moños que recogían sus cabellos. Dong Hui también lucía un sencillo collar de perlas. Tras una breve espera en la zona de recepción, un guardia escoltó a las dos visitantes a la capilla de la prisión. Allí se reunieron con Wang Yam, a quien se veía tenso y formal con su traje negro, camisa azul y corbata con estampado de diamantes. Tenía el pelo canoso y con entradas y se lo había cortado recientemente. Se saludaron y se quedaron charlando hasta que entró el director de la cárcel. Este le pidió a Wang Yam y Dong Hui que se pusieran de pie frente a él, y leyó una serie de frases de un folleto impreso que ellos repitieron de manera solemne. Wang Yam y Dong Hui estaban a punto de casarse.

En el Reino Unido se celebran menos de cien bodas al año en las prisiones. A la mayoría de los internos se les concede un permiso temporal para celebrar su compromiso fuera de la prisión. Sin embargo, como recluso de una prisión de «categoría A», la boda de Wang Yam tenía que celebrarse dentro del centro penitenciario de Belmarsh por cuestiones de seguridad.

Aunque se había declarado cristiano en los formularios de la prisión, no era practicante de ninguna religión, y había solicitado una ceremonia civil.

El director de la prisión, de pie ante el altar, procedió a celebrar la breve ceremonia, pidiendo al novio y la novia que repitieran sus votos matrimoniales. Aunque no hubiera familia, música ni invitados —aparte de la amiga—, aquella ceremonia significaba mucho para Dong Hui y Wang Yam. Tras dar el «sí quiero», los novios fueron invitados a intercambiar sus anillos de plata y, después, a besarse. Ya estaban casados.

Tras esto, Dong Hui y Wang Yam firmaron el certificado matrimonial y dejaron constancia de sus edades: cuarenta y siete años en el caso de él, y treinta años, en el de ella. El director les dijo que pusieran la dirección privada de Belmarsh para que no apareciera el nombre de la prisión en el documento. La amiga de Dong Hui y el propio director firmaron el certificado matrimonial como testigos, y después este se retiró para dar al grupo nupcial un poco de privacidad. Al cabo de unos minutos, sugirió que tal vez fuera el momento oportuno para celebrar el banquete. El personal de la prisión había preparado un plato con bocadillos junto con una pequeña tarta nupcial recubierta con nata que estaba incluso decorada con flores.

La amiga de Dong Hui tomó varias fotografías de la boda. En la primera imagen se veía a la pareja sonriente sentada en unas sillas azules, con Wang Yam rodeando la cintura de la novia con una mano mientras firma el registro matrimonial. Dong Hui sostiene un pequeño ramo de flores. Otra de las fotografías capta a los recién casados de pie ante un conjunto de puertas de madera cerradas, sonriendo ambos también a la cámara mientras sostienen un cuchillo de plástico sobre la tarta nupcial.

Al cabo de unos treinta minutos, su tiempo juntos se había acabado. Los recién casados se dieron un último beso y prometieron verse a la semana siguiente. Wang Yam fue escoltado hasta su celda. Diez minutos más tarde, Dong Hui y su amiga salían de la prisión y se encaminaban hacia la parada de autobús. «Fue muy extraño no ir a casa con ella», recordaría Wang Yam tiempo después.

Geoffrey Robertson anunció poco después del término del primer juicio que no estaría disponible para la revisión, ya que tenía un compromiso para trabajar en otro caso. Tenían que encontrar rápidamente a otro abogado experimentado, de modo que, a principios de 2008, seleccionaron al QC Geoffrey Cox para dirigir la defensa. Los abogados de la acusación continuaron siendo los mismos, y el juez también. Kirsty Brimelow volvió a ejercer como abogada auxiliar de la defensa.

Además de ser abogado, Geoffrey Cox también era miembro del Parlamento por el Partido Conservador[1] por las ciudades de Torridge y West Devon, en el suroeste de Inglaterra. A Wang Yam le preocupaba que no tuviera tiempo suficiente para cumplir con ambas funciones, pero Cox señaló que había otros parlamentarios que estaban pluriempleados. Es más, una comisión reciente de diversos partidos había concluido que era positivo para la democracia británica que sus políticos tuvieran experiencia en el mundo real. Wang Yam, tranquilizado, pensó que tal vez fuera beneficioso contar en su bando con una figura con tamaña reputación.

Sin embargo, a medida que continuaron los preparativos para el juicio durante la segunda mitad de 2008, empezaron a surgir tensiones entre el acusado y su equipo legal. Wang Yam estaba convencido desde el primer juicio de que las pruebas forenses eran la clave para salir en libertad. Señaló que se habían encontrado seis colillas de cigarrillos cerca del cuerpo de Allan Chappelow, y que las muestras de ADN obtenidas no coincidían con el de la víctima, el del acusado ni el de la única persona que tenía acceso a la vivienda, el operario Thomas Carr. El experto en ADN de la policía incluso había asignado estas colillas a un individuo al que llamó «Varón X». El defendido razonaba que esto seguramente podía ayudarles con su caso. Dijo que, asimismo, deberían usar la huella que se había encontrado al dorso de una de las hojas del manuscrito que estaba junto al cuerpo de Allan Chappelow. Como había insistido en el primer juicio, esta huella no se correspondía con el número de su calzado. Pidió una y otra vez a través de largas cartas detalladas escritas desde su celda, que contrataran a expertos adicionales para volver a examinar esos asuntos. Cuando finalmente encontraron a nuevos peritos forenses que coincidían con las conclusiones de

los anteriores expertos, Wang Yam mostró su desacuerdo con los resultados.

La única nueva estrategia en la que el defendido y su equipo legal coincidieron era centrarse en las grabaciones que se habían reproducido durante el primer juicio. En el tribunal, el jurado pareció asumir que ese hombre de voz aparentemente china que se hacía pasar por Allan Chappelow en las llamadas al banco era Wang Yam. Para contrarrestar esto, la defensa contrató al doctor Allen Hirson, experto en fonética forense de la Universidad de la Ciudad de Londres (la City).

Primero, Hirson envió a uno de sus empleados a la prisión de Belmarsh para grabar a Wang Yam hablando en una conversación normal. Se le hicieron varias preguntas que se usarían después para asegurar que el preso no intentaba enmascarar su voz para engañar al sistema. Hirson, con la colaboración de Yi Xu, experto del University College de Londres, comparó la dicción de Wang Yam grabada en la cárcel con la voz captada en las llamadas telefónicas a los bancos. En su informe a los abogados, Hirson y Xu explicaron que los hablantes de mandarín suelen realizar los mismos errores cuando hablan inglés. En lugar de «*police*» dicen «*please*», omiten la letra ese final del verbo en la tercera persona y añaden un énfasis nasal a la letra «a», como por ejemplo en la palabra *man*. En este caso, los expertos en fonética comprobaron que ambos hombres añadían una «s» incorrectamente a muchas palabras y que los dos tenían problemas con las fricativas dentales sordas —cuando la punta de la lengua toca los dientes—, de modo que en lugar de «*thing*» ambos decían «*ting*». Pero lo cierto era que esto les sucedía a muchos individuos cuya lengua materna era el chino cuando hablaban inglés.

En lo que concernía a sonidos más sutiles, que un lego en la materia no podría distinguir, los expertos detectaron diferencias significativas entre las dos grabaciones. Les pareció que la calidad de la voz y las pausas de relleno («er» y «um») no coincidían. Del mismo modo, Wang Yam decía «OK» de manera diferente que el hombre de la grabación telefónica.

Al final de su informe conjunto, Hirson y Xu concluyeron que era «bastante improbable» que el hombre de las grabaciones del banco fuera Wang Yam. También dijeron a los abogados que habían descubierto algo

nuevo en el archivo de audio. Les daba la impresión de que al final de la llamada de Allan Chappelow a la agencia tributaria del 8 de mayo de 2006 se oía la voz de otro varón sin identificar.

El 13 de octubre de 2008 comenzó el segundo juicio del *caso Regina contra Wang Yam*. Tras las declaraciones iniciales del juez, el QC Mark Ellison volvió a hablar en nombre de la fiscalía. El jurado, compuesto por un nuevo conjunto de doce hombres y mujeres, escuchaba con atención la sencilla explicación que daba a la muerte de la víctima: Allan Chappelow había interrumpido el robo que llevaba a cabo el acusado, Wang Yam; tras esto, se había producido un forcejeo durante el que la víctima había sido golpeada hasta morir.

A lo largo del mes siguiente, Ellison y su colega Bobbie Cheema-Grubb repasaron las pruebas para el jurado. Llamaron a más de cien testigos, entre ellos, la policía, varios residentes de Hampstead, expertos forenses y el patólogo. Entregaron grandes paquetes de datos y presentaron las enormemente detalladas y en ocasiones tediosas pruebas telefónicas y de internet. Mostraron al jurado las grabaciones de las cámaras de seguridad en las que Wang Yam depositaba los cheques de la víctima y sacaba dinero de un cajero utilizando la tarjeta de crédito de la víctima, y también exhibieron fotografías muy gráficas del cuerpo que habían encontrado sepultado bajo las páginas del manuscrito en Downshire Hill.

Uno de los pocos nuevos testigos que presentó la fiscalía fue la doctora Holmes, experta forense en identificación de voces. Mark Ellison pidió al secretario que reprodujera la grabación de audio del hombre que había llamado a las diversas entidades bancarias de la víctima. Una vez que la cinta hubo concluido, Ellison preguntó a la doctora Holmes a quién pertenecía la voz de la grabación. Holmes dijo sin dudarle que creía «bastante probable» que fuera la voz del acusado, Wang Yam. En el transcurso de la siguiente hora, la experta explicó los motivos por los que había llegado a esa conclusión. Una vez acabada su declaración, llegó el turno de preguntas de la defensa. Después de dirigirle varias cuestiones inocentes, Geoffrey Cox

preguntó a la doctora Holmes si era especialista en voces chinas. Cuando la experta afirmó que no lo era, Cox dijo que no tenía más preguntas y se sentó.

El tribunal estaba ahora mucho menos abarrotado que durante el primer juicio. Rara vez había asistentes en la tribuna del público, y los que había solían ser turistas que habían entrado por casualidad con la esperanza de presenciar una representación de la famosa imparcialidad británica en acción. Dong Hui acudía siempre que podía, pero, con un niño de dos años en casa y habiendo comenzado un nuevo trabajo en una agencia de viajes del norte de Londres, le resultaba complicado encontrar tiempo para escaparse. En el banquillo para la prensa no solía verse a ningún periodista. Incluso los medios que habían mostrado mayor dedicación a cubrir el caso, desde el *Camden New Journal* hasta *The Guardian*, creían que ya no era necesario informar sobre el día a día del caso. Los editores consideraban que el asunto del secretismo del tribunal ya se había cubierto debidamente en informaciones previas y que era poco probable que se revelaran nuevas pruebas.

Una vez que la fiscalía terminó sus alegatos, llegó el turno de Geoffrey Cox para llamar a sus testigos. Cox ofreció argumentos parecidos a los utilizados por Geoffrey Robertson en el primer juicio, todos basados en la idea de que, aunque Wang Yam estuvo implicado efectivamente en el fraude postal, no había tenido nada que ver con el asesinato. Volvió a llamar a muchos de los testigos, entre ellos, Philip Baker. Pero Cox propuso nuevas teorías propias. Dijo que las gafas de la víctima fueron encontradas junto a su cuerpo, de lo cual podía inferirse que estaba leyendo justo antes de ser asesinado y no atendiendo a la puerta. Asimismo, no se habían encontrado muestras de sangre ni de su ADN en el pasillo que recorría el vestíbulo, lo que sugería que el forcejeo había tenido lugar en la Habitación Seis y no antes. Finalmente, volvió a llamar a declarar al operario Thomas Carr, que confirmó que podía accederse a la vivienda a través del tejado, lo que refutaba el argumento de la fiscalía de que la única forma de entrar en la casa era a través de la puerta principal, que estaba cerrada con llave.

La defensa presentó después a sus expertos en fonética, el doctor Allen Hirson y el profesor Yi Xu. Con la ayuda de un ordenador y un proyector, los

expertos comentaron una presentación en PowerPoint titulada «R v Wang Yam: análisis de voz», en la cual explicaban la anatomía del tracto vocal, las bases de la ciencia fonética y el carácter distintivo del tono, el acento y el patrón de la dicción. El profesor Xu afirmó en su declaración que el nivel del tono indicaba con «certeza» que la voz de las llamadas telefónicas no era la del acusado. Geoffrey Cox alegó que no fue Wang Yam quien se hizo pasar por Allan Chappelow en las llamadas telefónicas a los bancos, por lo que no existían pruebas de que estuviera en posesión del teléfono y la tarjeta SIM de Allan Chappelow, la única evidencia que lo relacionaba con el cuerpo de la víctima.

Cox pidió entonces al doctor Allen Hirson que explicara qué más había encontrado en las cintas. Hirson dijo que había escuchado atentamente la llamada que la víctima realizó a la agencia tributaria el 8 de mayo de 2006, centrándose en particular en los últimos segundos de esta, que comenzaban en el minuto 6. Se presentó al proceso una transcripción detallada de esta parte de la llamada.

TIEMPO HABLANTE	CONTENIDO
06.03 VM1	... simplemente me preocupaba que, eh, hubiera caído en las manos equivocadas. Muchas gracias.
VF1	De nada, señor Chappelow.
VM1	Sí. Muchas gracias de verdad. Adiós.
VF1	De acuerdo. Adiós.
VM1	Gracias. Adiós, adiós, gracias.
06.13	[clic]
06.14	[señal distorsionada] [balbuceo en voz baja con al menos una voz femenina]
06.21 VM*	Bueno, muy bien. [balbuceo en voz baja con al menos una voz femenina]
VM1	(Sí) de otro modo, habría caído en las manos equivocadas. [balbuceo en voz baja con al menos una voz femenina]
VM1	Como usted dice, es decir, supuse que querrían saberlo. Bueno, acabo de darme cuenta de que era una de las cosas, que tenían que llegarme y eh... [balbuceo de fondo en voz muy baja (distorsión de la señal)]
06.38 VM*	Mmm...
06.39	[fin de la llamada]

El doctor Hirson identificaba tres sonidos esperados: la voz femenina de la telefonista de la agencia tributaria que hablaba al final de la llamada, «VF1», una voz masculina que se identificaba claramente como Allan Chappelow, «VM1», y «balbuceos» de fondo procedentes de la agencia tributaria como el que suele escucharse en oficinas de planta abierta o centralitas telefónicas. El experto en análisis de voz dijo que, sorprendentemente, la grabación había captado también un cuarto sonido. Tras el minuto 06.13, cuando la llamada parecía haber terminado, observó «locuciones» de una nueva persona, a la que llamó «VM*». En su declaración, Hirson explicó que se habían originado dos locuciones adicionales de un hablante sin identificar que no era el señor Chappelow y que esta voz masculina probablemente tenía su origen en el distal de la línea telefónica (el de Allan Chappelow) y no en el proximal (el de la agencia tributaria).

La defensa alegó entonces que esa llamada telefónica a la agencia tributaria indicaba que había una segunda persona en la casa con la víctima. Según dijeron, tal vez fuera alguien que se había ganado la confianza de Allan Chappelow. Eso refutaría la teoría con la que operaba la fiscalía de un asalto frustrado a un domicilio habitado por un ermitaño solitario. En suma, alegó la defensa: «Aunque había pruebas de que el señor Yam era culpable de fraude, estas no llevaban a la conclusión de que fuera culpable de asesinato. Las mismas circunstancias del asesinato descartan la teoría de la fiscalía de que el señor Chappelow fue víctima de un ataque espontáneo a la entrada de su casa».

Mark Ellison se puso en pie después para el interrogatorio de la contraparte al doctor Hirson. Dijo que, según el Apéndice A (la lista de llamadas telefónicas preparada por la policía), todo cuanto se sabía de la llamada del señor Chappelow a la agencia tributaria era que había sido realizada el 8 de mayo de 2006 en las inmediaciones de la torre de telefonía del hospital Royal Free de Hampstead. Por lo tanto, pudo ser realizada fuera del número 9 de Downshire Hill, según argumentó, tal vez en una tienda o en la oficina de correos, y esa voz podría ser la de un trabajador del establecimiento. El doctor Hirson afirmó que no podía saberlo con seguridad, y Ellison abundó más en la idea. ¿Era posible que esa otra voz fuera la de la

propia anciana víctima hablando sola? Hirson respondió a esto que, dado la calidad de la dicción, estaba seguro de que la segunda voz no correspondía a la de Allan Chappelow. El fiscal, no obstante, tenía la sensación de que había generado dudas suficientes en el jurado y, sin nada más que añadir, volvió a sentarse.

El juicio se prolongó a lo largo de los meses de noviembre, diciembre y el nuevo año de 2009, hasta que llegó el momento de que Wang Yam subiera al estrado. El juez había dictaminado que, dado que Wang Yam había tenido dificultades en el primer juicio para «distinguir entre los aspectos sensibles y no sensibles de su testimonio», esta vez toda su declaración se celebraría *in camera*.^[2] Geoffrey Cox intentó revocar esa decisión, pero no lo consiguió, dejando consternado a su defendido. Wang Yam sentía que el juez le imponía una mordaza.

Al igual que en el primer juicio, una vez que Ellison y Cox concluyeron sus alegatos, el juez Ouseley pasó tres días resumiendo las pruebas para el jurado. Revisó las declaraciones realizadas por los testigos clave y expuso metódicamente los principales elementos de las pruebas telefónicas y de internet. Por lo que respecta a los expertos en análisis de voz, señaló que el profesor Xu había cambiado su testimonio, pasando de creer «bastante improbable» que fuera Wang Yam quien se hizo pasar por Allan Chappelow en las llamadas telefónicas a los bancos a tener la «certeza» de que no lo era, y que, mientras que su primera conclusión no estaba basada en el tono de voz, su declaración ante el tribunal sí lo estaba. Avisó al jurado de que tuviera cuidado con ese «brusco cambio» de parecer, y advirtió a sus miembros de que él pensaba que el profesor Xu solo había utilizado ciertas llamadas en su presentación, omitiendo aquellas que no encajaban con su conclusión. El juez también se refirió al hecho de que el doctor Hirson creyera oír una voz masculina sin identificar durante la llamada de la víctima a la agencia tributaria. El juez observó que el jurado tenía que ser cauto también respecto al conocimiento del doctor Hirson acerca de «si este hombre de ochenta y seis años solía hablar consigo mismo o no».

Finalmente, a las 11.05 del lunes 12 de enero de 2009, el señor Ouseley anunció que había llegado el momento de que el jurado deliberase sobre el

veredicto. Llegados a este punto, dos de los doce miembros originales del jurado habían abandonado su puesto por enfermedad, dejando solo a diez. La jurisprudencia inglesa no contemplaba un sistema que proporcionara sustitutos de los miembros del jurado, pero el mínimo era un número de nueve individuos, de modo que podían proceder a realizar sus deliberaciones. El juez explicó que él preferiría que llegaran a un consenso entre todos los miembros, pero aceptaría un veredicto emitido por una mayoría. «Estoy deseoso de verlos al final de la jornada», concluyó.

Cinco horas más tarde, el jurado regresó a la sala y anunció que estaban lejos de llegar a tomar una decisión. «Los invito a marcharse a casa; descansen —dijo el juez. Y añadió—: Hasta mañana por la mañana no podrán hablar entre ustedes y tampoco con nadie que no pertenezca al grupo».

El martes, el jurado tampoco fue capaz de decidir sobre el veredicto y a lo largo del miércoles se esforzaron en alcanzar un acuerdo. Esa tarde, enviaron una pregunta al juez: ¿qué significa «veredicto emitido por una mayoría»? Volvieron a la sala del tribunal, y el juez explicó que una decisión por mayoría se alcanzaba cuando al menos nueve de los miembros del jurado coincidían en el veredicto. Al oír esto, la portavoz del grupo negó con la cabeza con aspecto de estar decepcionada. «Tengo la sensación de que habían pensado que la mayoría serían menos de nueve», comentó el juez una vez que el jurado hubo salido de la sala.

El jurado pasó todo el jueves deliberando hasta que, justo antes de las cuatro de la tarde, el juez recibió un mensaje que leyó en voz alta en el tribunal. «Acaba de telefonarme la agente judicial Jenny —dijo—. Los miembros del jurado quieren que se dé por concluida la jornada».

El viernes 16 de enero, los diez miembros del jurado volvieron a ser recibidos por el juez, que les dijo que no tenían que «sentirse bajo presión alguna» por emitir un veredicto y que podían regresar la semana próxima. Los acompañaron a la sala de deliberaciones, pero regresaron ante el tribunal unos minutos más tarde. Tal vez tenían que consultar con la almohada la decisión a la que habían llegado la noche anterior, o quizá solo necesitaran una última discusión. En cualquier caso, se habían puesto de acuerdo en el

veredicto.

Aquel día, la galería del público estaba más concurrida; había varios estudiantes de derecho que querían presenciar la conclusión de aquel histórico juicio y otras personas que habían leído noticias acerca del caso en los periódicos, además de los usuales turistas. Dong Hui, ocupada con su trabajo, no había podido acudir; no había presente ningún miembro de la familia de Allan Chappelow. En el banquillo de la prensa había periodistas de *The Guardian*, *The Times* y *Daily Mail*, además de Dan Carrier, del *Camden New Journal*. Sentado en la caseta que había al fondo de la sala del tribunal estaba Wang Yam. Parecía tranquilo, preparado.

«¿Puede levantarse el acusado, por favor? —ordenó el juez—. Señora portavoz, ¿puede ponerse en pie, por favor?».

JUEZ: Miembros del jurado, ¿han alcanzado un veredicto?

PORTAVOZ: Sí.

SECRETARIO: Miembros del jurado, respecto a la acusación número 1, ¿declaran al acusado Wang Yam culpable o no culpable de asesinato?

PORTAVOZ: Culpable.

Wang Yam no hizo movimiento alguno cuando escuchó el veredicto.^[3] Tampoco lloró ni emitió otros sonidos. Miró a su alrededor hasta que vio a Dan Carrier y lo miró fijamente. Al periodista le pareció que el acusado estaba enojado y mostraba una emoción intensa. Finalmente, al cabo de unos dos segundos, Wang Yam apartó la vista.

Mientras tanto, el secretario del tribunal continuó preguntando por los veredictos. La portavoz informó de que la votación del jurado para la acusación de asesinato había sido de nueve contra uno y que todos lo habían declarado culpable del asalto al domicilio. El secretario añadió que habían estado deliberando en total durante veintidós horas y veintinueve minutos. El juez anunció entonces que aplazaba la vista mientras pensaba en la sentencia. Tras un breve intercambio de palabras con sus abogados, Wang Yam fue escoltado a los calabozos del juzgado para esperar a que lo trasladaran de nuevo a la prisión de Belmarsh.

Dong Hui estaba en su escritorio cuando la informaron acerca del

veredicto. El sacerdote de su iglesia local la llamó y le contó que habían declarado culpable a su marido. Al oír las noticias, ella se desplomó sobre el suelo. Llevaba tres años convencida de que un jurado británico declararía inocente a Wang Yam. No tardó en recobrase, tras reavivarse con una taza de té y las amables palabras de sus colegas. Se preguntó qué sentencia le impondría el juez a su marido. ¿Cómo cuidaría ella sola de su hijo pequeño?

Al día siguiente, el 17 de enero de 2009, *The Times* publicó un artículo sobre el veredicto con el titular: «Wang Yam declarado culpable de asesinar al escritor millonario para suplantar su identidad». En un intento de protegerse de la ira del juez Ouseley, el artículo citaba material utilizado anteriormente en otros periódicos, pero también ofrecía información que todavía no había aparecido en la prensa: «Su defensa también alegó que había muchos sospechosos posibles del asesinato, entre los que se incluyen agentes del Mosad, las tríadas chinas... [y] un joven del que se había hecho amigo el señor Chappelow en el Hampstead Heath».

Cuando el juez Ouseley leyó este artículo mostró su descontento y lo envió a la fiscal general lady Scotland «para que lo considerase seria y urgentemente». La fiscal general informó a *The Times* de que su artículo incumplía la orden del juez que prohibía específicamente realizar «especulaciones» acerca de la naturaleza privada de la vista, pero que el interés público no exigía que los demandaran. Al final no se tomaron medidas contra ellos de ningún tipo, pero tanto *The Times* como otras publicaciones volvían a recibir aviso de que no podía informarse sobre el proceso *in camera*.

El 29 de enero,^[4] Wang Yam, sus abogados, la acusación, los taquígrafos, los agentes judiciales y el juez volvieron a reunirse en Old Bailey para oír la sentencia.

El juez comenzó recordando al tribunal el brutal asesinato por el que se celebraba el juicio. La víctima era «un hombre indefenso que por momentos

permaneció medio inconsciente durante el ataque —comenzó diciendo—. Fue asesinado en el curso de un asalto a su domicilio para robarle el correo —dijo. Y después, mirando al acusado, añadió—: Señor Yam, según el veredicto del jurado, usted fue el hombre que cometió el asesinato y el asalto al domicilio». El juez explicó que, según las directrices del gobierno sobre sentencias, debía comenzar con un mínimo de treinta años de condena.

Tras una breve pausa, el juez continuó. Dado que no creía que Wang Yam tuviera intención de asesinar a Allan Chappelow, sino solamente de robarle, estaba dispuesto a reducir la sentencia. «La víctima —dijo— tuvo la mala suerte de encontrarse allí», para «sorpresa» del señor Yam. El juez también descartó la idea de que el acusado hubiera torturado a la víctima con cera caliente, lo cual «probablemente no tuvo nada que ver con el asesinato». Añadió que Wang Yam no tenía antecedentes penales, y «lo más importante, queda bastante claro que los actos del acusado fueron completamente impropios de su carácter».

El acusado se puso en pie,^[5] y el juez anunció la sentencia. Tras tener en cuenta los factores atenuantes y los agravantes, «he llegado a la conclusión de que la condena mínima que puedo imponer es de veinte años». También sentenció a Wang Yam a cuatro años y medio por el allanamiento de morada y a dos años por tenencia y receptación de artículos robados, condenas que correrían paralelas a la de asesinato.

Wang Yam había sido detenido en septiembre de 2006, y desde entonces había estado en prisión esperando la resolución del juicio. El juez dijo que, en consecuencia, de esa condena de veinte años se deducirían los 852 días que ya había pasado bajo custodia policial, incluyendo los cuarenta y siete días que estuvo internado en la prisión suiza mientras esperaba a su extradición. Por lo tanto, no saldría en libertad hasta el 27 de octubre de 2027, cuando habría alcanzado la edad de sesenta y seis años. Wang Yam no mostró emoción alguna cuando los agentes judiciales lo sacaron de la sala del tribunal.

APUNTES DEL CASO

Llegué de madrugada a Austin (Texas), y me instalé en el albergue de Lakeshore Drive en el que se había alojado Allan Chappelow unas semanas antes de ser asesinado. Un alojamiento muy básico, pero limpio y bien iluminado. Me enseñaron el dormitorio común y decidí pasar allí la noche. El corpulento hombre que roncaba en la litera de abajo y la ventana cerrada (con 25 °C en el exterior) no me dejaron dormir. Al día siguiente me trasladé a un hotel cercano. Visité la biblioteca del Harry Ransom Center de la Universidad de Texas, donde Allan investigó la obra de George Bernard Shaw. Conocí a Kelly, la directora de la biblioteca, que recordaba a Allan. Según dijo, el anciano visitante tomaba el autobús público cada día desde el albergue hasta el centro de estudios, y después trabajaba de nueve de la mañana a cinco de la tarde. Me entregó una carpeta con el nombre de Allan Chappelow impreso en el borde. En su interior encontré un grueso montón de volantes con solicitudes de color rosa que Allan había realizado diez años antes (todos ellos relacionados con George Bernard Shaw). Dentro también estaba la correspondencia entre la biblioteca y la Policía Metropolitana de Londres y un albarán dirigido a la dirección de Allan en el número 9 de Downshire Hill con más de trescientas copias que no fueron enviadas, ya que su tarjeta de crédito había sido bloqueada.[1]

Cené (costillas a la barbacoa con maíz, judías verdes y galletas saladas) con Patty Ainsworth,[2] la prima de Allan, y su marido Steve. Recordaban a Allan con afecto. Según dijeron, despotricó sobre la guerra de Irak, y no apreciaba en absoluto al presidente Bush ni a Tony Blair. Patty recordaba que su primo tenía una especie de «olor a rancio» y que siempre que lo vio llevaba la misma ropa. Estaba muy emocionado con su investigación en el Harry Ransom Center, y les dijo que había encontrado la correspondencia que él mismo había mantenido con George Bernard Shaw en 1950. Como todas las personas con las que hablé en Austin, Patty dijo que Allan era activo físicamente, extrovertido, sociable y activo. Nada que ver con la representación de un «viejo frágil ermitaño» que habían presentado la policía y la fiscalía.

Cuando regresé al Reino Unido, visité al experto en análisis de voces Allen Hirson. Este me explicó en su pequeño despacho de la Universidad de la Ciudad de Londres (la City), los

fundamentos de la fonética forense: su cometido es identificar el «idiolecto» (los hábitos de dicción) de cada persona, incluyendo los «formantes» (bandas de frecuencia), la calidad de la voz, el tono, la fluidez y el acento. Después, me puso los archivos de audio de la llamada a la agencia tributaria del 8 de mayo de 2006. Fue muy conmovedor oír la voz de Allan Chappelow. Parecía una persona bien educada, divertida, amable, autocrítica. Hirson también dijo que él estaba seguro de que había otro hombre con Allan durante la llamada. Era posible que ese otro hombre no tuviera nada que ver con el asesinato. Pero, cuando menos, contradice la teoría de la policía de que Allan Chappelow era un solitario, un ermitaño. ¿Quién era ese otro hombre? ¿Un amigo? ¿Un vecino? ¿Alguien que había conocido en el parque Heath?

Envié un correo electrónico a Geoffrey Robertson acerca de su declaración narrada en *The Times* sobre la existencia de muchos sospechosos posibles para el asesinato, incluyendo «un joven del que el señor Chappelow se había hecho amigo en el Hampstead Heath». Robertson respondió: «Esa es ciertamente la teoría que anuncié como la más probable. Había revisado miles de fotografías de Allan Chappelow, sabía algo acerca de la especie de aprecio que tenía por los jóvenes que se mostraban disponibles en ocasiones en el parque Heath. Podría decirse que era una corazonada, pero era un sexto sentido que había desarrollado a lo largo de años de experiencia». Cuando le mencioné el testimonio de Serpico, Robertson añadió: «No tenía noticia de que nadie más se hubiera prestado a declarar, hágame saber los detalles y tal vez refresque otros recuerdos».

He estado indagando sobre las probabilidades de que un hombre de ochenta años recorra West Heath en busca de sexo. Envié un correo a Serpico y respondió lo siguiente: «En cuanto a hombres mayores a quienes les va el castigo corporal, no es algo difícil de entender, ya que muchos tipos de su generación entraron en contacto con esa actividad en la escuela y desarrollaron un gusto por ese tipo de prácticas en su vida adulta». [Nota: primeros informes de Chappelow de la escuela The Hall.] Dijo que se había encontrado regularmente con dos hombres mayores en el Heath que «buscaban personas con gustos similares». Añadió que «muchos de los clientes que visitan a amas dominantes profesionales para que los castiguen son personas mayores». Serpico también respondió a otra pregunta que le envié por correo electrónico: ¿eran usuales los juegos con cera caliente entre los hombres que disfrutaban con el castigo corporal? Respondió afirmativamente, y añadió que era exactamente el tipo de cosas con las que «Allan» habría disfrutado.

He intentado conseguir información básica sobre el sistema judicial para poder situar el caso de Wang Yam en contexto. He enviado al Ministerio de Justicia ocho solicitudes sobre la Ley de Libertad de Información británica. Todas han sido denegadas. Mi primera solicitud era: «¿Tendrían la amabilidad de proporcionarme una lista con todos los casos de asesinato que se celebraron *in camera* entre 1890 y 1945, 1945 y 1980 y desde 1980 hasta el momento actual?». Respondieron a ello diciendo que era demasiado caro encontrar esa información. «La ley nos permite rechazar las peticiones reguladas por la Ley de Libertad de Información cuando estimamos que los costes superarán las seiscientas libras». Cuando acoté la búsqueda a los casos «a partir de 1990», su respuesta fue: «Nuestro sistema de gestión de casos de la Corona no registra si las vistas se celebraron *in camera* o si se realizó alguna petición para que se celebraran *in camera*». Después, cuando les pedí que me dijeran cuántos internos se habían casado dentro de la prisión de Belmarsh en 2008, respondieron que, «aunque el departamento cuenta con la información que usted ha solicitado», no

podrían proporcionar las cifras exactas, ya que «esa cifra equivale a un total de cinco o menos personas», y «proporcionar esos datos pondría en riesgo la identificación de los individuos a los que se refiere». Estoy muy frustrado. ¿Cómo puedo contar esta historia si es imposible que el gobierno proporcione los datos más elementales?

Volví a hablar con Wang Yam. Era nuestra conversación número quince. Cada conversación telefónica duró alrededor de una hora. Le dije que estaba resultándome difícil creer su historia, porque no había podido verificar su pasado en China. Me sugirió que hablara con su prima hermana Zhu Xiaoping. No tenía su contacto ni sabía dónde trabajaba (tal vez fuera ingeniera informática). «Éramos muy amigos en Pekín —dijo—. Tiene más o menos mi edad. Creo que vive en Seattle». Necesito encontrar sus datos de contacto.

PRESIDIO

Inmediatamente después de la sentencia del juez, Wang Yam fue conducido a un calabozo situado en los sótanos de los juzgados. Unos minutos más tarde, Kirsty Brimelow fue a verlo y le aseguró a su cliente que haría cuanto pudiera para que revocaran la sentencia.

Cuando Brimelow se fue, Wang Yam se quedó solo en el calabozo. Al final de la jornada le pusieron las esposas, lo metieron en un enorme furgón de color negro y lo llevaron a una comisaría de la zona centro de Londres. Al cabo de unos días lo transfirieron al edificio estipulado para ser su hogar durante los siguientes dieciocho años: la prisión de Whitemoor.

Inaugurada en septiembre de 1991 por la esposa del primer ministro, Norma Major, la prisión de Whitemoor estaba situada cerca de la ciudad de March, en Cambridgeshire, a ciento sesenta kilómetros de Londres. Como le correspondía por ser una de las ocho prisiones de máxima seguridad de Gran Bretaña, tres cuartas partes de sus 440 internos cumplían condena por asesinato. Alrededor del 40 % de ellos eran musulmanes, y una cuarta parte eran ciudadanos extranjeros. Whitemoor también albergaba a algunos de los terroristas islamistas radicales más peligrosos del país. Por ejemplo, una semana antes de la llegada de Wang Yam, *The Sun* había informado con indignación de que: «Un terrorista de Al Qaeda implicado en una trama para

poner una bomba en Londres participó en un “taller de monólogos humorísticos” de ocho días en la cárcel de Whitemoor, junto con asesinos y violadores». Poco después de la publicación del artículo el Ministerio de Justicia canceló ese curso de monólogos cómicos.

En Whitemoor había tres alas comunes —A, B y C—, cada una de las cuales contenía tres «ramales» (identificados con los colores rojo, azul y verde) que albergaban a unos cuarenta internos. La cuarta ala, llamada D —o la «Ciénaga»—, era gestionada en colaboración con el servicio de salud pública, y acogía a unos setenta hombres diagnosticados con trastornos de la personalidad. Un informe reciente recogía que se habían producido veinticuatro casos de autolesiones en un solo año, y estas iban desde arañazos a intentos de ahorcamiento. La prisión contaba con un Equipo de Prevención de la Conducta Suicida formado por funcionarios de la prisión, miembros de la capellanía y del equipo sanitario que se reunían una vez al mes para compartir información sobre presos que presentaran riesgos. La organización benéfica para la prevención del suicidio Samaritans también formaba y apoyaba a una red de presos que actuaban como «oyentes» de otros internos.

Todos los presidiarios de Whitemoor dormían en celdas individuales que medían 2 × 4,5 metros, cada una de ellas con su propia cama, un escritorio de acero inoxidable, un lavabo y un váter. En una de las paredes había una pequeña ventana que daba al punto de encuentro de los presos, y en la otra, un televisor. Las duchas eran comunales. Y se trataba de un lugar ruidoso. Cuando no eran los propios internos quienes armaban jaleo, el canto de los pájaros o cualquier otro sonido de la naturaleza quedaba ahogado por el constante rugir de la lavandería y los sistemas de calefacción.

Al llegar a Whitemoor, Wang Yam recibió un uniforme y un código de presidiario: A5928AL. Se le permitiría vestir su propia ropa al cabo de dos semanas. Un funcionario de prisiones le explicó la rutina. La puerta de la celda de Wang Yam se abriría cada día a las 7.50; entonces, desayunaría con el resto de los internos en la cantina y se presentaría a las tareas que le hubieran asignado. Tendría permiso para hablar con los otros presos durante el período de «socialización», que empezaba a las cinco de la tarde y duraba poco más de dos horas. Durante los primeros cinco días de la semana tenía

que volver a su celda a las 19.20, y los fines de semana la puerta de esta se cerraba a las 16.50. Comenzaría su internamiento en el Ala C, que contenía un «ramal de iniciación» para los internos recién llegados.

Mientras estuviera en prisión, Wang Yam tenía el deber de mantenerse ocupado con diferentes actividades. Le enseñaron instalaciones modernas de gimnasio que ofrecían opciones variadas de ejercitación, entre ellas, bádminton, baloncesto, circuitos de entrenamiento y levantamiento de pesas, pimpón y vóleibol. También podía utilizar la biblioteca un máximo de treinta minutos a la semana. Podía disponer en cualquier momento de cualquiera de sus ocho mil volúmenes a préstamo, pero no se le permitiría acceder a internet. En la biblioteca había también periódicos turcos, árabes e irlandeses, pero no tenían ninguno chino. Le ofrecieron acceso a una nevera y un hornillo por si prefería prepararse su propia comida. Un dentista y un óptico los visitaban una vez a la semana y había un terapeuta para ayudarle a dejar de fumar. Una vez instalado, podía apuntarse a diferentes cursos educacionales.

Wang Yam tenía permiso para recibir a un máximo de tres visitantes en todo momento. Sus familiares y amigos podían incluso escribirle por correo electrónico, y las autoridades penitenciarias le entregarían el mensaje al día siguiente. No obstante, todas las comunicaciones con el exterior serían supervisadas por la administración, y cualquier cosa que se considerase inapropiada sería editada o eliminada. Una de las nuevas ofertas de la prisión se llamaba «Libro de historias de padres/madres». Este programa gratuito permitiría a Wang Yam grabar una historia para su joven hija y su hijo, más pequeño aun, que podría ser mejorada por editores utilizando un programa informático de audio digital y efectos de sonido. La historia completada sería grabada en un CD con una portada personalizada y la enviarían al niño.

Al segundo día de su estancia en el Ala C, uno de los presos le dijo a Wang Yam que lo necesitaban en el piso de arriba. Al cabo de unos minutos, subió las escaleras diligentemente hasta el lugar que le habían indicado, pero no encontró a nadie esperándolo. Se volvió justo a tiempo para ver a dos hombres antes de que lo dejaran inconsciente de un golpe. Mientras se recobraba en el ala sanitaria le dijeron que había perdido dos dientes.

Tras perder el segundo juicio, llegó el momento de que el equipo legal de la defensa volviera a reunirse. El abogado principal, Geoffrey Cox, fue despedido —Wang Yam lo responsabilizó de los veredictos de culpabilidad—, y ahora que Geoffrey Robertson estaba disponible, volvió a trabajar en el caso.

A mediados de febrero de 2009 tuvo lugar una conferencia telefónica entre Robertson, Brimelow y los abogados de Jane Solicitors para hablar sobre la estrategia a seguir. Ahora que su cliente estaba condenado a cadena perpetua, coincidían en que el siguiente paso era acudir al Tribunal de Apelación de Inglaterra y Gales para que revisara el veredicto. Sabían que los jueces de apelación solo examinarían una decisión de una instancia inferior si sentían que se había cometido un error en el procedimiento judicial. No volverían a litigar las quince semanas del juicio completo. Por lo tanto, la labor del equipo de la defensa era presentar razones específicas para revocar la decisión del juzgado de primera instancia.

Hacia el final de la reunión, los abogados acotaron la estrategia a tres aspectos: la injusticia de celebrar un juicio en secreto, el resumen sesgado que había proporcionado el juez al jurado y lo que consideraban instrucciones inapropiadas del juez hacia el jurado. Durante las siguientes semanas esbozaron y redactaron su solicitud, esforzándose por perfeccionar sus argumentos legales. Cuando creyeron que no podía mejorarse más, entregaron la documentación y esperaron a tener noticias del secretario del Tribunal de Apelación.

El caso tardó un año en llegar ante el Tribunal de Apelación. El 5 de mayo de 2010, se abrió la vista en los Reales Tribunales de Justicia, un grandioso edificio de piedra gótico situado al final de la calle del Strand, en la zona centro de Londres. El proceso fue supervisado por los jueces Hughes, Saunders y Thirlwall. La Corona volvió a estar representada por Mark Ellison y Bobbie Cheema-Grubb, en tanto que Geoffrey Robertson y Kirsty Brimelow se personaron en nombre de Wang Yam.

Dado que la defensa era quien presentaba el caso, Robertson habló primero. Empezó alegando que el juez Ouseley había instruido incorrectamente al jurado al final del primer juicio. Antes de que marcharan

para realizar las deliberaciones, el juez había dicho al jurado que no declarasen culpable a Wang Yam de asesinato a menos que lo considerasen culpable también del allanamiento de la morada de la víctima. Robertson dijo que, dado que el jurado del primer juicio había sido incapaz de declarar culpable al acusado de allanamiento del número 9 de Downshire Hill, esto tendría que haber descartado la acusación de asesinato en el segundo juicio.

Robertson continuó diciendo que el segundo error del juez fue que no supo resumir adecuadamente al jurado el testimonio de los expertos en fonética vocal que ellos habían presentado, por lo que había desequilibrado la balanza. Por ejemplo, el doctor Hirson, experto en análisis fonético, había oído una voz de varón sin identificar durante la llamada de Allan Chappelow a la agencia tributaria, lo cual, en opinión de Robertson, «desarmaba el caso presentado por la Corona». Sin embargo, en su resumen del caso, el juez había sugerido injustamente que el fallecido podía haber estado hablando consigo mismo, por lo que no habría habido una segunda persona en la casa. Es más, adujo Robertson, el juez había desautorizado la prueba proporcionada por el otro experto en análisis de voces de la defensa, el profesor Xu. Este había declarado ante el tribunal que estaba «seguro» de que Wang Yam no era el hombre que llamó a los bancos de Allan Chappelow, pero el juez no había transmitido esto claramente al jurado.

Robertson siguió cuestionando el sumario ofrecido por el juez, alegando que el venerable Ouseley había dado demasiada credibilidad al testimonio del cartero Nicholas Sullman, el único testigo que vinculaba al acusado con el escenario del crimen. Sullman no solo expresó falta de confianza en su identificación de Wang Yam, dijo Robertson, sino que la entrevista VIPER se había gestionado de manera inadecuada. De las nueve fotografías que se le mostraron a Sullman, solo una de ellas representaba a un hombre sin afeitar que llevaba una chaqueta de color beis, rasgos que Sullman había descrito previamente a la policía, y esa fotografía era la de Wang Yam. Robertson también se preguntó por qué habían permitido que Sullman se sentara junto a los otros testigos antes de la entrevista, dándoles una oportunidad de comparar sus anotaciones.

Finalmente, Robertson adujo que los juicios habían sido injustos a causa

de que gran parte de la defensa se había realizado *in camera*. Repitió muchos de los argumentos que había dado en la audiencia preliminar celebrada en enero de 2008, y cuestionó la validez del veredicto, dada la naturaleza secreta del proceso.

Tras escuchar a los abogados de la acusación, que negaron vehementemente todas las alegaciones de la defensa, la vista concluyó al final del tercer día. Tras esto, los jueces se retiraron para considerar su respuesta. Cinco meses más tarde, la mañana del 5 de octubre de 2010, su opinión fue publicada en la página web del tribunal.

Primero, los jueces coincidían en que el juez Ouseley no debería haber instruido a los miembros del jurado acerca de no condenar a Wang Yam por asesinato si no lo consideraban culpable de robar la correspondencia de la casa de Chappelow. Por lo tanto, anulaban la acusación número 4: robo en una vivienda. Esto supuso una decepción para la defensa. Obviamente, preferían que se revocara la acusación de asesinato y no la de robo, que acarrearía una sentencia mucho menor.

Los jueces se refirieron después al sumario realizado por Ouseley. Concluyeron que las fotografías mostradas a Nicholas Sullman representaban «en términos generales, una buena combinación de individuos similares» y que el juez Ouseley había dejado claro que la identificación del cartero había sido «cualificada». También coincidían en que Sullman y el resto de los testigos no deberían haber esperado juntos en la misma sala, pero concluían que «no había evidencia clara de comunicación» entre ellos, por lo que era irrelevante. De acuerdo con esto, rechazaban la afirmación de que la identificación del testigo debía ser descartada.

Respecto a los expertos en análisis de voz, los jueces dijeron que el juez Ouseley había actuado correctamente en lo que describían como un testimonio complejo y que había contextualizado la prueba presentada de una manera justa. Es más, criticaron al doctor Hirson por especular con que Allan Chappelow no hablaba consigo mismo, y cuestionaron al profesor Xu por cambiar de opinión.

Finalmente, los jueces se refirieron al tema de las vistas *in camera*. Afirmaron que «la mayoría del juicio se celebró en público», y que «el

acusado tuvo la oportunidad de nombrar a las tres personas que, según dijo, eran las responsables de proporcionarle los cheques, y también pudo ofrecer gran cantidad de material identificativo circunstancial». Continuaron diciendo que todos los que optaron por asistir al juicio pudieron oír ese testimonio. A los jueces del Tribunal de Apelación les resultaba «imposible aceptar» que existiera «una posibilidad real de que darle más publicidad hiciera que surgieran nuevos testimonios y que estos fueran exculpatorios». En la elaboración de su conclusión habían tenido en cuenta «la evidencia fehaciente» que demostraba que el hecho de que Wang Yam tuviera una implicación limitada en la suplantación de identidad de Allan Chappelow «simplemente no era cierto».

En la conclusión de su decisión de quince páginas,^[1] los jueces rechazaban unánimemente la apelación de Wang Yam. A esto se le añadió una coda: «A título informativo: se recuerda a las organizaciones de medios de comunicación que la pretensión de revelar o especular respecto a lo que se dijo o podría haberse dicho *in camera* puede resultar en un intento de desconsideración hacia el tribunal que sería penado como desacato».

Al oír las noticias sobre la decisión del Tribunal de Apelación, Wang Yam preguntó a sus abogados cuáles eran los siguientes pasos a seguir. Según le dijeron, ahora tenían dos opciones: podían apelar al Tribunal Europeo de Derechos Humanos, y, si eso no funcionaba, podían intentarlo con el Tribunal Supremo del Reino Unido. Todo esto tomaría meses, e incluso años. Por ahora, tendría que llevar su situación en presidio lo mejor que pudiera.

Wang Yam pudo evitar el contacto con el resto de los internos de la prisión de Whitemoor la mayoría de los días. Tras aquella primera paliza, su siguiente reto fue la presión diaria que ejercían sobre él los Hermanos Musulmanes. «Si no te conviertes, irás al infierno», le decían. Las exigencias de los proselitistas tenían más peso si cabe si tenía en cuenta el tamaño de aquellos hombres y la agresión que él acababa de recibir, pero se resistió a

sus esfuerzos para que se convirtiera.

Transcurridas dos semanas de su llegada al Ala C, Wang Yam fue transferido a uno de los bloques permanentes, donde no tardó en establecer una rutina. Disfrutó con las clases de arte y música que probó, y empezó un curso de guitarra y canto. También jugaba al ajedrez con algunos de los presos, y pronto consolidó su reputación como mejor jugador de pimpón de la prisión.

Por esa época llegó un nuevo interno a la celda contigua a la suya. Era Yasin Omar, a quien habían declarado culpable en 2006 del intento de poner una bomba en el metro londinense, en lo que se conoció como el «atentado del 21 de julio». Conversaban la mayoría de las noches, cuando apagaban las luces. Wang Yam hablaba sobre nombres de dominios, el pimpón y su hijo pequeño. Omar hablaba sobre la corrupción de Occidente, los males del capitalismo y los beneficios y las ventajas del islam. Wang Yam tenía la sensación de que intentaba hacerle un lavado de cerebro. Recordaba que una noche le dijo que «habría que matar a todos los judíos», y que «el pueblo debería seguir las instrucciones de Dios y atacar con bombas a los infieles». Wang Yam decía que cuando llegaban a la prisión noticias sobre los últimos ataques del terrorismo islamista, Omar y los otros internos lo celebraban jaleando y golpeando las puertas de sus celdas.

Ahora que Wang Yam había sido transferido a Whitemoor, tenía menos contacto con su familia. No había recibido noticias de Li Jia ni de su hija Angela desde que se hizo pública la sentencia por el asesinato. Mientras tanto, Dong Hui y su hijo Brian apenas lo visitaban. Quedaba demasiado lejos de su piso en Londres, y le resultaba difícil conseguir que alguna amiga se quedara con Brian para ir a visitarlo ella sola. Llamaba casi todas las semanas, y a veces ponía a Brian al teléfono. Su hijo tenía acento inglés, lo que a Wang Yam le hacía gracia.

En la prisión había otro interno de origen chino. Este había sido condenado por secuestro; aunque a Wang Yam le gustaba jugar al pimpón con él y a veces hablaban sobre sus vidas pasadas en la madre patria, evitaba entablar conversaciones emotivas. No tenía necesidad de mantener una amistad. Al fin y al cabo, sus abogados no tardarían en tener éxito con las

apelaciones y pronto estaría en libertad.

En mayo de 2011, su equipo legal pidió al Tribunal Europeo de Derechos Humanos que revisara el caso, quejándose de que había sido una condena injusta debido a que parte del juicio se había celebrado a puerta cerrada, por lo que violaba el artículo 6.1 del Convenio para la Protección de los Derechos Humanos y de las Libertades Fundamentales. Los abogados que representaban al gobierno del Reino Unido sostenían que la «solicitud debe ser declarada manifiestamente infundada e inadmisibile o, en su defecto, rechazada con base en cuestiones de fondo».[2]

Dicho Tribunal Europeo tardó otro año en revisar el caso. Aunque expresaron su disposición a examinar el veredicto de Wang Yam, el tribunal dijo que no podrían evaluarlo adecuadamente a menos que tuvieran acceso al material secreto. Por lo tanto, remitieron el asunto de nuevo al Tribunal Supremo del Reino Unido para que este determinara si podían entregarles la documentación confidencial.

Durante la primavera y el verano de 2012, la QC Kirsty Brimelow — había sido nombrada QC, o consejera de la reina, el año anterior— y sus homólogos de la Fiscalía de la Corona entablaron un tira y afloja acerca de si era apropiado liberar documentos secretos a un tribunal presidido por jueces extranjeros según los fundamentos de la Constitución europea, y menos aún tratándose de un asunto de seguridad nacional.

A lo largo de este proceso, Wang Yam cada vez tenía menos noticias de su equipo legal. Cuando se producía alguna comunicación era por teléfono o carta. Ya no iban a visitarlo a la cárcel. El intervalo entre las comunicaciones escritas parecía alargarse a medida que el procedimiento jurídico se extendía indefinidamente. Wang Yam cada vez se sentía más aislado y abandonado.

El periplo de Wang Yam en Whitemoor estuvo marcado por las revisiones anuales recopiladas por las autoridades de la prisión. A las dos de la tarde del 13 de noviembre de 2012, por ejemplo, la Junta de Planificación de Condenas

se reunió para revisar su caso. Tras resumir el pasado del preso, los cuatro miembros de la junta informaron de que, durante la entrevista, «el señor Yam demostró tener habilidades interpersonales» y que «mantuvo un contacto visual apropiado a lo largo de ella». Continuaron diciendo que «no mostraba ninguna actitud propia de un criminal» y apuntaban con cierta aprobación que, aunque negaba que hubiera participado en el asesinato, «está dispuesto a completar los programas de rehabilitación para agresores» de la prisión.

La comisión también dejó constancia de que Wang Yam no fumaba, ni tomaba drogas o alcohol; de hecho, «le gusta jugar al pimpón en su ala», algo que considera que «lo mantiene activo y en buena forma», y «siente que lleva una vida mucho más saludable que hace unos años». Observaban que ganaba 14,02 libras a la semana enseñando informática a otros internos y que «se basta con su salario».

Allyson Beckford, que dirigía el programa de arte para los presos, informó de que Wang Yam había asistido a sus clases durante cerca de un año y que se había distinguido por su habilidad para el retrato y el dibujo. También dijo que había recibido una mención en la competición Koestler 2012, un premio otorgado por la Fundación Koestler, obra benéfica dedicada al arte de los presidiarios. «Al señor Yam le interesa mucho el arte —escribió—, y se lleva bien con los otros miembros del grupo». Su único comentario negativo era que no siempre entregaba su trabajo con la puntualidad requerida.

Tras afirmar que Wang Yam era cristiano y que actualmente «asiste con frecuencia a la capilla», el informe concluía con una declaración de su supervisor. «El señor Wang convive en el Ala B desde hace un tiempo, siempre me trata con corrección y muestra un aspecto aseado —escribió el agente Ansell—. Su actitud general es muy buena». En su resumen, la junta recomendaba que los objetivos del preso se dirigieran a consolidar su «comportamiento positivo bajo custodia», formar parte de un módulo de justicia restaurativa que mejorase su capacidad para empatizar con la víctima y permanecer «libre de expedientes», o, en otras palabras, que no se metiera en líos.

Respecto a los asuntos familiares, la junta informaba de que, aunque

Wang Yam seguía en contacto con su segunda esposa, Dong Hui, su situación era menos cordial con la primera, Li Jia. Según declaraban, el interno afirmaba «estar extremadamente preocupado por la hija que ha tenido durante su primer matrimonio, ya que no sabe dónde se encuentra ni cómo localizarla».

Lo cierto era que, hacia finales de 2012, su relación con Dong Hui también estaba acabando. Wang Yam había permanecido seis años en prisión, y sus apelaciones no parecían conducir a ninguna parte. Había llegado el momento de que Dong Hui siguiera adelante con su vida. Desde el momento en que el Tribunal de Apelación anunció que no revocaría el veredicto de culpabilidad de su marido en 2010, ella había decidido que debía poner un punto final a la relación. Al fin y al cabo, era diecisiete años menor que él, y pronto dejaría de estar en edad para quedar embarazada. Pero Wang Yam le había dicho que si en algún momento quería «comenzar una nueva vida» debía «cortar los vínculos progresivamente». Y eso fue exactamente lo que hizo, por pura amabilidad, y quizá también por el respeto que le inspiraba la relación que en su momento pensó que compartían. Tras su traslado a Whitemoor solo había ido a visitarlo dos veces. Le había dicho que esto se debía a que tardaba un día entero en realizar el desplazamiento, pero Wang Yam comprendió que estaba poniendo tierra de por medio. Brian no la acompañaba en sus visitas para ver a su padre —no le convenía estar rodeado de todos esos asesinos y terroristas—. En poco tiempo, ya no se comunicaban ni siquiera por teléfono.

Mientras se sucedían las intrigas jurídicas entre los tribunales y los abogados, en una sala de redacción de King's Cross, en Londres, tenía lugar un acontecimiento de menor envergadura, pero que tal vez tuviera más relevancia en lo que concernía a la libertad de Wang Yam.

A finales de 2013 llegó una carta a la oficina de clasificación de correspondencia del periódico *The Guardian*. Iba dirigida a Duncan Campbell,^[3] de modo que, tras catalogarla, la enviaron al despacho que este tenía en su casa. De origen escocés, y casado con Julie Christie, actriz

galardonada con un Oscar, Campbell, de sesenta y nueve años, era uno de los periodistas de investigación más prestigiosos de Inglaterra. La carta que llegó a su escritorio aquel día de 2013 estaba escrita por Wang Yam, que, aunque había enviado correspondencia parecida a decenas de periodistas y políticos de todo el Reino Unido, no recibió respuesta alguna. Campbell se sorprendió de haber tenido tan pocas noticias sobre el caso cuando leyó la historia. Contenía un asesinato, un escritor ermitaño, un barrio de moda y la supuesta implicación de las mafias chinas. Cuando advirtió que gran parte del juicio había sido celebrado *in camera* quedó prendado. «Era una historia fascinante —recordaría Duncan Campbell—. Lo que me asombraba era que no hubiera otros periodistas cubriendo la noticia».

Aunque en realidad no le sorprendía. Veinte años antes, en la década de 1980, hubo un esplendor del periodismo de investigación. Sucedió tras varios errores judiciales en casos de relumbrón, como los juicios contra los «Cuatro de Guildford» y los «Seis de Birmingham». Las cadenas de televisión habían emitido programas dedicados a desvelar los errores de la policía y la fiscalía; las redacciones respaldaban a sus reporteros especializados en temas penales. Sin embargo, esos esfuerzos implicaban tener que hacer un dispendio de tiempo y dinero, y, con la llegada del nuevo milenio y la emergencia de los medios digitales, las televisiones y los diarios se vieron obligados a ajustarse el cinturón. Desde el año 2000 había pocos ánimos de investigar causas complejas que tal vez no llevaran a ninguna parte. La prensa apenas cubría las noticias de los tribunales y los días en que todos los periódicos locales informaban sobre los juicios habían quedado atrás. En Old Bailey, los banquillos para la prensa solían estar desiertos.

No obstante, durante los siguientes meses, Campbell y su antiguo compañero, Richard Norton-Taylor, se dedicaron a investigar la historia. Visitaron la casa situada en el número 9 de Downshire Hill y hablaron con los vecinos. La policía no quería proporcionarles información, pero consiguieron dar con el QC Philip Baker, que había ayudado a Wang Yam cuando este llegó al Reino Unido. Baker confirmó la historia sobre los orígenes de Wang Yam en China, y les pareció una fuente fidedigna, ya que había recibido la Orden del Imperio Británico por su trabajo con refugiados

políticos chinos. Aunque reconocían que Wang Yam tenía un «pasado escandaloso» —por ejemplo, sus especulaciones inmobiliarias fallidas y su quiebra—, eso no significaba que no mereciera un juicio justo.

A Campbell y Norton-Taylor no tardaron en presentárseles «multitud de interrogantes» acerca del veredicto: si no había evidencias forenses que vincularan a Wang Yam con el escenario del crimen, ¿cómo pudo el jurado estar seguro de su culpabilidad sin que cupiera una duda razonable? ¿Indicaban las seis colillas de cigarrillos, las huellas de pisadas en los manuscritos que cubrían a la víctima y la misteriosa voz de la llamada a la agencia tributaria que había más de una persona implicada en el asesinato? Y, sobre todo, ¿era justo celebrar un juicio en secreto?

Campbell había asistido a numerosas audiencias en las que los testigos declaraban de manera anónima, incluyendo a víctimas que se sentaban tras una pantalla por miedo a que se desvelara su identidad y niños cuyos rostros se ensombrecían digitalmente en testimonios grabados en vídeo. «La razón por la que el caso se celebró en secreto —dijo— fue evitar un escándalo gubernamental». Campbell creía que el gobierno «esperaba que todo el asunto quedaría en el olvido, que Wang Yam sería sentenciado a veinte años de prisión y todos se olvidarían de él».

Tardaron un tiempo en convencer al equipo jurídico del periódico para publicar la historia. Al fin y al cabo, se rumoreaba que tanto *The Times* como la BBC habían sido reprendidos por su información del juicio a Wang Yam. Finalmente, el 23 de enero de 2014, el diario *The Guardian* publicó un artículo con el titular: «Asesinato en Hampstead: el escritor, el disidente y un juicio celebrado en secreto». En él se citaban unas palabras que Wang Yam había escrito desde la cárcel. «Creo que la única forma de que me pongan en libertad es ofrecer al público una visión completa de mi defensa y de lo que he hecho. Sin tapujos».

Por aquella época se le pidió a William Hague, ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, que aprobara un nuevo certificado de inmunidad del interés público (PII) que impidiera el envío de la información

confidencial al tribunal de Estrasburgo (el Tribunal Europeo de Derechos Humanos).

En la nota que adjuntó al certificado de inmunidad, Hague escribió: «He concluido que habría un riesgo real de que se causen graves daños a un importante interés público» si la orden del juez Ouseley queda «revocada en su totalidad o en parte, permitiendo la divulgación de la información *in camera*, o si se revelara información ante el tribunal de Estrasburgo».

El 27 de febrero de 2014, la PII de Hague se presentó ante el juez Ouseley, que coincidía en que el material *in camera* no debería desvelarse ante el tribunal de Estrasburgo. Kirsty Brimelow solicitó una revisión de la decisión, y le fue otorgada, pero la petición fue rechazada teniendo en cuenta las cuestiones de fondo. Descontenta con el resultado, envió una nueva petición directamente al Tribunal Supremo del Reino Unido.

En abril de 2014, lord Phillips, que se había retirado recientemente de su puesto como presidente del Tribunal Supremo del Reino Unido y estaba considerado uno de los abogados más respetados del país, escribió un artículo en *London Review of Books* sobre juicios secretos, incluyendo el caso de Wang Yam. Que un juez de alto rango, aunque estuviera jubilado, se inmiscuyera en un caso abierto era extremadamente raro; hacerlo públicamente y antes de que el caso se presentara ante el tribunal sugería una profunda inquietud.

Tengo por costumbre ir cada mañana al Hampstead Heath y nadar en un estanque. Mi ruta de regreso me lleva hasta Downshire Hill, una amplia calle flanqueada por las casas de los más pudientes. Una de ellas siempre me resultó intrigante. Estaba muy mal conservada y envuelta en hiedras invasoras. Cierta día de 2006, el periódico local publicó una noticia relacionada con ella. Su propietario era un hombre de ochenta y seis años llamado Allan Chappelow, un ermitaño que apenas había salido de la casa en sus últimos años. Lo habían encontrado muerto sepultado bajo una montaña de papeles de un metro de altura en una habitación llena de mobiliario putrefacto. Capturaron a un sospechoso: un exiliado chino que se llamaba Wang Yam. Lo acusaron de asesinato. De manera muy inusual, gran parte de su juicio se celebró *in camera*.

Que un prominente juez pareciera bordear los límites de la restrictiva línea marcada por el juez Ouseley era algo excepcional. Tal vez lo más interesante fuera su conclusión general respecto a la celebración de juicios secretos. Tras

revisar la historia de las audiencias secretas, junto con una propuesta parlamentaria reciente que examinaba ese asunto, lord Phillips dijo que los tribunales a puerta cerrada «podían usarse solo como último recurso».

Brimelow volvió a solicitar acceso al material secreto como parte de sus esfuerzos previos al juicio. Al fin y al cabo, era difícil discutir acerca de las cuestiones de fondo de la revelación de documentos cuando se desconocía el contenido de estos. Al principio, el departamento jurídico de la fiscalía del gobierno denegó su petición. Finalmente, tras seguir insistiendo, un abogado del gobierno le contestó el 1 de agosto de 2014 exponiendo las condiciones para que viera el material sensible, incluyendo un registro previo a su entrada en la sala; entrega de cualquier dispositivo electrónico personal; firma de la Ley sobre Secretos Oficiales (Official Secrets Act, OSA); y la entrega de todas las notas que realizara durante la visita.

Cuando los abogados de Wang Yam señalaron que esos requerimientos eran excesivos, los abogados del gobierno respondieron:

Independientemente de lo que haya sucedido en el pasado, se requiere que el asesor legal firme la OSA para poder tener acceso al material, a causa de que el mismo, incluyendo las transcripciones, libretas de notas y material protegido legalmente que hace referencia a este, está en su conjunto subordinado a la OSA. Este hecho particular se debe a que es la primera vez en este proceso y contexto que se concede acceso al material.

En respuesta, Brimelow escribió que consideraba innecesarias estas restricciones, dado que su equipo y ella estaban sujetos ya a la orden de desacato al tribunal del juez Ouseley. También señaló que parte del material al que se les denegaba el acceso eran sus propios cuadernos de notas, que habían entregado previamente para depositarlos en lugar seguro. «Nos preocupa extremadamente —escribió— que parecen tratar esos cuadernos como si fueran de su propiedad». También preguntó por qué los abogados del gobierno se referían al litigio del *caso Regina contra Wang Yam* como «Caso A». Esta última pregunta nunca obtuvo una respuesta satisfactoria, y tampoco les devolvieron los cuadernos. Brimelow decidió concentrarse en prepararse para la siguiente audiencia que revisaría la ecuanimidad de celebrar un juicio por asesinato en secreto: el Tribunal Supremo del Reino Unido.

El 25 de noviembre de 2014, la Junta de Planificación de Condenas de la prisión de Whitemoor volvió a reunirse. Por lo que observaron, Wang Yam ya no recibía visitas; la última había sido hacía casi dos años, el 24 de enero de 2013. Según dijeron, escribía a Dong Hui regularmente; sin embargo, no había conseguido hablar con ella por teléfono, ya que la línea de ella había sido desconectada. Y, lo más significativo, informaban de que no había tenido noticias de Dong Hui desde hacía aproximadamente cinco meses.

Los miembros de la junta volvieron a resumir los términos de su rehabilitación, y mencionaron que, además de las clases de arte, a las que asistía semanalmente, Wang Yam también ayudaba a reparar ordenadores que eran enviados después a África. Él seguía jugando al pimpón con sus compañeros y con los empleados de la cárcel, y se describía a sí mismo como un «hombre con fortaleza mental».

En agosto de 2015, Wang Yam recibió finalmente una carta de Dong Hui. Tal como estaban las cosas, su hijo de ocho años iba a pasar toda la adolescencia sin su padre. Por lo tanto, ella necesitaba seguir con su vida, y para hacer eso necesitaba cortar por lo sano. Al parecer, sus padres tenían razón desde el principio: casarse con Wang Yam había sido un error. Ahora quería el divorcio.

Wang Yam quedó devastado al conocer esta noticia. Sin embargo, habían acordado que la dejaría marchar si encontraba a otro hombre o si, simplemente, quería tomar distancia, de modo que firmó los papeles del divorcio. Ahora perdería también a su hijo. «Aquello tuvo el mismo efecto en mí —dijo— que cuando oí que me condenaban a veinte años de cárcel».

Unas semanas después de que se publicara el artículo sobre Wang Yam en *The Guardian* llegó otra carta a la sala de clasificación de correspondencia para Duncan Campbell. Esta vez, su autor era Jonathan Bean, que había vivido en el 14A de Downshire Hill, y dijo tener una historia que podía interesar a los periodistas. Campbell y Norton-Taylor entrevistaron al nuevo testigo, y su relato fue incluido en su siguiente artículo, publicado el 28 de febrero de 2014. «En 2006, yo vivía unas cuantas casas más allá [de la

residencia de Chappelow] —les dijo Bean—. Cierta día de febrero [cuando Wang Yam estaba ya bajo custodia policial], estando yo en casa, oí un ruido en nuestro porche. Cuando abrí la puerta, encontré a un hombre con una navaja que estaba hurgando en nuestro correo. El tipo me apuntó con la navaja, y yo cerré la puerta... Me dijo que si llamaba a la policía me mataría».

A pesar de la amenaza, Bean recordaba que informó igualmente a la policía, que le tomaron declaración y redactaron un informe detallando el delito. Este fue registrado en la base de datos central de la policía, pero no llegó a compartirse con el equipo de investigación de homicidios de Pete Lansdown, que no interrogó al nuevo testigo. «Para mí resulta obvio que había una banda o persona violenta operando en la calle —dijo Bean—, y esa falta de interés de la policía resultaba muy extraña».

Para Campbell, este robo domiciliario sugería que, cuando menos, podría haber otros gánsteres implicados en fraude postal en la época del asesinato de Allan Chappelow. Cuando averiguó que ese informe del delito no se había compartido con el equipo de investigación de homicidios, con la Fiscalía de la Corona ni con los abogados de Wang Yam, no podía creerlo.

Esa misma reacción tuvieron los abogados de Wang Yam. Se reunieron con Jonathan Bean, recogieron su declaración y después realizaron una petición a la Comisión de Revisión de Casos Penales (Criminal Cases Review Commission, CCRC).[4] Esta, creada tras una serie de errores judiciales en la década de 1990, proporcionaba la última oportunidad a los presos que quisieran revisar sus veredictos de culpabilidad. Revisaba unos mil quinientos casos al año,[5] de los cuales menos de cincuenta de ellos eran transferidos al Tribunal de Apelación.

Primero, los abogados de Wang Yam tenían que convencer a la CCRC de que su caso era merecedor de revisión. Después, tenían que persuadir al Tribunal de Apelación de que la omisión de pruebas de la policía pudo influir en la decisión del jurado original. Solo entonces podrían esperar que la sentencia de su cliente fuera revocada.

Las opciones de éxito de Wang Yam eran escasas.

APUNTES DEL CASO

Me reuní con lord Phillips, el recientemente jubilado presidente del Tribunal Supremo del Reino Unido, en su casa de la costa sur inglesa. Dijo que era un firme defensor de la transparencia en la justicia, pero concedía que podía darse una circunstancia altamente inusual en la que la justicia abierta tenía que ser relegada en beneficio de las necesidades de Estado. Por ejemplo, para impedir la revelación de secretos de seguridad durante un juicio por asesinato. Después añadió que era «engañoso» aducir que un juicio *in camera* redujera las posibilidades de que aparecieran nuevos testigos. ¿Cómo podía ser así, como en el caso de Wang Yam, si los medios de comunicación habían cubierto la noticia en profundidad, precisamente porque el juicio se celebraba a puerta cerrada? También le pregunté cómo se protegía el sistema judicial ante la influencia del «sesgo de confirmación» (la tendencia a considerar solo las pruebas que apoyan la teoría existente). Dijo que una parte primordial del sumario que hacía el juez al final del juicio era proteger al jurado ante el sesgo de confirmación. En última instancia, advirtió: «No hay salvaguarda contra el sesgo del ser humano».

Volví a acudir al experto en perfiles criminales Bill Fleischer, y le hablé de los recuerdos de Serpico. «Tal vez tuvieran lugar dos delitos diferentes —dijo—, fraude postal y asesinato». Después proporcionó un relato alternativo: la víctima llevó a alguien a casa, tuvieron una relación, la cual pudo implicar «castigos corporales» o el uso de cera caliente. A partir de aquí, la cosa «explotó». El autor de los hechos montó en cólera y asesinó brutalmente a la víctima. Y, después, tras cubrir el cadáver con papeles y la puerta principal con ramas, «el criminal se esfumó».

Hablé también con Keri Nixon, una psicóloga forense que trabaja con la policía de Liverpool y otros cuerpos de seguridad. Dijo que la elaboración de perfiles criminales tiene mala reputación en el Reino Unido, especialmente después de un dictamen de un juez en la década de 1990 que desestimó dicha ciencia por considerarla poco fiable. A partir de ese momento, los expertos en perfiles habían adoptado el nombre de «asesores de investigaciones sobre la conducta», pero, a pesar de tener un enfoque precavido y regido por los datos, hacen esencialmente lo mismo que sus homólogos estadounidenses. Keri, igual

que el experto de perfiles del FBI retirado Bill Fleischer, no dudó en decir que el asesinato de Allan Chappelow no tenía apariencia de ser un asalto frustrado a un domicilio; coincidía en que era demasiado personal, presentaba unos ataques de ira demasiado explosivos y un nivel de violencia demasiado elevado. Añadió que le sorprendía que la Policía Metropolitana de Londres no hubiera usado a un experto en perfiles o a un asesor de investigaciones sobre la conducta, ya que, según las propias palabras de Pete Lansdown, era «uno de los mejores rompecabezas criminales que jamás haya visto».

Le pregunté a Kirsty Brimelow acerca de la posibilidad de que se hubieran cometido dos delitos diferentes. Dijo que sus colegas y ella también se habían planteado esa posibilidad. Eso explicaría uno de los misterios del caso. ¿Por qué volvió el ladrón repetidas veces al número 9 de Downshire Hill después de que hubieran asesinado a Allan Chappelow (para recoger las nuevas tarjetas de crédito y las claves secretas solicitadas) y no buscó en el interior de la casa, donde habría encontrado sobre la cama el pasaporte de Allan, su agenda de direcciones (con las claves secretas) y más tarjetas de crédito? La respuesta era que el ladrón no sabía que Allan Chappelow estaba muerto; creía que la casa estaba vacía, pero no se arriesgó a pasar del vestíbulo. Impecable..., pero, entonces, ¿quién utilizó el teléfono móvil y la tarjeta SIM de Allan en el West End de Londres el 20 de mayo de 2006, presumiblemente después de que Allan fuera asesinado? ¿El ladrón o el asesino?

EL TRIBUNAL DE APELACIÓN

El 2 de noviembre de 2015, mientras la petición de Wang Yam estaba todavía siendo considerada por la Comisión de Revisión de Casos Penales, su caso llegó ante el Tribunal Supremo del Reino Unido.

Este, creado hacía solo seis años, era inmaduro en comparación con sus homólogos de Francia o de Estados Unidos. Antes de su creación, el tribunal superior del Estado británico era la Cámara de los Lores, que también tenía funciones legislativas. El Tribunal Supremo del Reino Unido se había formado para establecer una separación de poderes entre el sistema judicial y el gobierno.

El proceso tenía lugar en el edificio Middlesex Guildhall, en Parliament Square. En la revisión del caso participaban siete jueces, entre los que se incluía a su presidente, lord Neuberger. Al contrario que en otros juicios del Reino Unido, las audiencias celebradas ante el Tribunal Supremo se transmitían en directo a través de internet y quedaban archivadas para las futuras consultas de abogados, estudiosos e investigadores. Wang Yam no estaba presente en el tribunal para atender al procedimiento, pero se le notificaría el resultado de este cuando se hiciera público.

Los medios de comunicación, que durante tanto tiempo habían luchado por el derecho a informar sobre el material auditado en las sesiones a puerta

cerrada, cubrieron ampliamente el caso. La historia fue difundida por medios que iban desde el *Camden New Journal* hasta el diario *Russia Today*. Por ejemplo, *The Daily Telegraph*, informó de que «Jacqui Smith, la ministra del Interior en aquel momento, concedió el certificado de inmunidad del interés público (PII), convirtiéndolo en el primer juicio por asesinato afectado por una orden de secretismo basada en la seguridad nacional». El artículo concluía afirmando que Wang Yam tenía intención de presentar su caso ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, ya que «partes muy significativas» de ese juicio habían sido celebradas *in camera*. Wang Yam estaba encantado con la exposición a los medios de comunicación, esperando que pudiera conducir a una nueva revisión de pruebas que anteriormente no se habían contemplado.

En nombre de Wang Yam se presentaba lord David Pannick, quien, con sus treinta y seis años de experiencia como letrado, había sido elegido por *The Times* (en su lista Times Law 100) entre los diez juristas QC más importantes del país. Con gafas rectangulares, traje a medida, corbata de color oscuro y una amapola roja en la solapa, Pannick dijo que el juicio original a su cliente no había sido justo, ya que incumplía el artículo 6 del Convenio para la Protección de los Derechos Humanos y de las Libertades Fundamentales, por el que vela el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, y, en especial, debido a que parte de su caso no se había celebrado en público. «Afirmamos que el juez del caso no tenía poderes legales para prohibir la revelación de material confidencial al Tribunal Europeo de Derechos Humanos». El distinguido abogado continuó diciendo que el asunto era de un interés público considerable, ya que las únicas razones por las que no se revelaba ese material a dicho tribunal europeo eran, o bien que no disponían de «procedimientos eficaces» para proteger el material sensible, o bien que no podía «confiarse en las personas». Por «personas», probablemente, se refería a los jueces extranjeros que tendrían acceso a los archivos.

Por parte de la Corona británica, James Edy y Jonathan Hall alegaron que ese asunto había sido tratado adecuadamente por las instancias inferiores y que no debería permitirse que dicho tribunal europeo dictara la política de

seguridad nacional del Reino Unido. Durante la audiencia, uno de los jueces preguntó a los abogados de la defensa si habían solicitado a un «defensor especial» que dispusiera de autorización de alta seguridad, que podría haber revisado el material confidencial que se adjuntaba al certificado de inmunidad del interés público (PII). Ese era el procedimiento empleado antes de que el PII se presentara al juez, y su cometido era asegurar que el gobierno no intentaba evitar que el acusado descubriera algo. Los abogados de Wang Yam respondieron que no lo habían hecho, ante lo cual el juez pareció sorprenderse.

En su decisión, que se hizo pública unas semanas después, los magistrados del Tribunal Supremo declararon que el juez Ouseley tenía potestad para evitar que el material *in camera* fuera compartido con el Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Sin tener acceso a ese material sensible, los jueces europeos no podrían saber qué asuntos de seguridad nacional estaban en peligro, por lo que les resultaría más difícil determinar si se habían vulnerado los derechos de Wang Yam. Dada la deferencia que mostraban los jueces hacia los asuntos de seguridad de cada país, había pocas posibilidades de que la petición de los abogados de la defensa ante el tribunal europeo prosperase.

El equipo de la defensa tenía realmente una única alternativa; la apelación que habían presentado ante la Comisión de Revisión de Casos Penales (CCRC).

El 30 de noviembre de 2015, la Junta de Planificación de Condenas se reunió de nuevo para revisar el expediente de Wang Yam. Esta vez solo asistieron dos personas, ya que los presos de larga duración rara vez congregaban a toda la comisión; esas dos personas eran el supervisor del delincuente y el secretario de la junta.

En su informe a la junta, Wang Yam escribió que había asistido a clases de música —«las disfruto», afirmaba— y que practicaba con la guitarra en su tiempo libre. «Obedezco las reglas y las directrices —añadía— y no me meto en problemas». La junta elogió al preso por su continuada actitud positiva y

por evitar altercados (no tenía ningún incidente violento) y dijo que sería trasladado a unas instalaciones de «categoría B», con un menor nivel de seguridad, cuando hubiera una plaza disponible.

No obstante, la junta incluyó una nota de advertencia en su informe. Dejaron constancia de que nadie había visitado a Wang Yam desde hacía más de dos años y de que no había tenido contacto con ninguna de sus anteriores esposas ni con sus hijos. Cuando le preguntaron dónde viviría en un futuro cuando lo pusieran en libertad, dijo que no volvería con Dong Hui y que no estaba «seguro de dónde residirá, pero no quiere regresar a China». La junta, preocupada por el bienestar público, afirmó que esa incertidumbre les inquietaba.

Hacia el final de su informe, la junta también observó que el preso cada vez tenía menos relaciones sociales. «El señor Yam se relaciona con muy pocos de los presos —dijeron—, y suele ser uno de los primeros en llegar a la celda». Según su abogada, Kirsty Brimelow, los numerosos años de encarcelamiento y el estrés de las apelaciones continuadas habían acabado pasando factura a su cliente. «Pasa menos tiempo en el gimnasio que antes —dijo—. Está perdiendo la esperanza, está deprimido».

El 28 de abril de 2016, la Comisión de Revisión de Casos Penales (CCRC) anunció su dictamen. Habían pasado cuatro años desde que los abogados de Wang Yam presentaron la primera solicitud ante esta.

En una nota de prensa que se entregó a los medios de comunicación, la CCRC dijo que su decisión se había visto trascendentalmente afectada por «el fracaso» de la policía a la hora de revelar «nuevas pruebas» que «podrían haber ayudado a la defensa y/o debilitar el caso de la acusación». También agradecía cortésmente los esfuerzos de los periodistas Duncan Campbell y Richard Norton-Taylor. «La existencia del incidente salió a la luz a resultas de un artículo publicado en el periódico *The Guardian* en enero de 2014. Posteriormente, esta comisión [CCRC] averiguó que existían informes policiales que no se pusieron a disposición de la defensa durante el proceso de liberación de información», añadía la nota de prensa, la cual concluía

diciendo que habían «llevado a cabo una investigación exhaustiva del caso» y que habían «decidido remitir la condena por asesinato del señor [Wang] Yam al Tribunal de Apelación».

Teniendo en cuenta que el 70 % de los casos que se derivaban al Tribunal de Apelación tenían un resultado positivo para el defensor, se trataba de una victoria importante para el equipo de la defensa.

«¡Vaya!», dijo Peter Devlin al oír el dictamen de la CCRC. Le sorprendía que no lo hubieran informado acerca del robo con violencia que había tenido lugar en Hampstead durante la época del asesinato de Allan Chappelow. Según dijo, si lo hubiera sabido, lo habría investigado. La policía local era la encargada de informar a los inspectores de homicidios acerca de delitos relevantes, continuó diciendo, pero al parecer no lo habían hecho. «Lo normal sería que alguien hubiera informado sobre ello». Afirmó que la sala de incidencias de investigaciones de homicidios de Colindale tendría que haber recibido una llamada o un correo electrónico para decirles que consultaran el expediente del delito y sugerirles que cabía la posibilidad de que tuviera relación con la investigación del asesinato. «Por lo menos se habría tomado declaración al testigo y lo habríamos puesto en conocimiento de la defensa». Devlin dijo que el dictamen de la comisión le resultaba frustrante, ya que seguía convencido «al 100 %» de que Wang Yam era culpable. «Personalmente, no veo qué relación tiene [el otro robo] con el caso —dijo—. No hay pruebas de que esté relacionado» con el asesinato de Chappelow.

«¡Oh, Dios santo!» fue la respuesta de Pete Lansdown a la decisión de la CCRC. Se atuvo rápidamente a las noticias, y añadió: «Es un obstáculo más que superar, ya veremos a dónde nos lleva». Se lo comunicaron por teléfono^[1] cuando se preparaba para volar a las islas Caimán para comenzar su nuevo empleo como director de la división de homicidios en ese territorio británico de ultramar. Dijo que no estaba al corriente de que se hubiera producido otro robo, pero que tal vez hubiera sido provocado por la atención que los medios habían dado a la muerte de Chappelow, que hizo que la gente se percatara de que en Hampstead había «dinero fácil». Antes de colgar el teléfono, dijo que, si se celebraba un tercer juicio, tal vez tendría que volver

del Caribe para ayudar con la acusación.

Al conocer la decisión, James Mullion y la QC Kirsty Brimelow estaban deseando realizar las gestiones para llamar a su cliente a la prisión de Whitemoor. Pero, cuando oyó las noticias, Wang Yam tuvo «sentimientos encontrados». Aunque obviamente estaba contento de que el Tribunal de Apelación decidiera revisar el caso y le dieran «una oportunidad», lo decepcionaba que «la CCRC no había comentado los asuntos más importantes», lo cual habría desvelado los motivos por los que no debieron acusarlo desde un principio.

Mullion y Brimelow no tuvieron mucho tiempo para regodearse con su victoria. Una semana después del anuncio de la CCRC supieron que Wang Yam los había despedido.^[2] Aunque estaba agradecido por los esfuerzos realizados por los abogados a lo largo de los años, quería que su equipo estuviera dispuesto a utilizar todos sus argumentos. Sus nuevos abogados serían el QC Peter Wilcock y Edward (Eddie) Preston. El primero, que se vendía como experto en apelaciones, había representado más de diez casos de relumbrón ante la CCRC (ganando varios de ellos), asesoraba a diversas entidades benéficas sobre errores judiciales y participaba como ponente en conferencias sobre derechos humanos.

La decisión del Tribunal de Apelación podía conducir a tres resultados. El primero era que los jueces denegaran la apelación de Wang Yam, quien, dado que no tenía derecho a que su veredicto volviera a revisarse, regresaría a la cárcel para cumplir sus diez últimos años de condena. En segundo lugar, el veredicto original podía ser declarado «improcedente», pero la fiscalía quizá decidía volver a presentar una acusación (en el sistema judicial inglés se puede perseguir más de una vez al acusado por un mismo delito), en cuyo caso Wang Yam permanecería en prisión o recibiría la libertad condicional a la espera del tercer juicio. O, como Wang Yam esperaba, la sentencia original podía ser declarada «improcedente» y que la fiscalía decidiera no presentar una segunda acusación. Entonces, Wang Yam quedaría en libertad.

Fuera cual fuese el resultado, el Tribunal de Apelación sería la última oportunidad de Wang Yam para revocar su condena. Aunque estaba deseoso de que se produjera una resolución y, con suerte, un resultado favorable, sería

su última bala en la recámara. El cometido del nuevo equipo legal era hacerla valer. No obstante, antes de que su caso llegara al Tribunal de Apelación, habría una serie de sesiones preliminares, comenzando con una «audiencia de directrices» que determinaría el alcance y la fecha de la apelación.

APUNTES DEL CASO

Finalmente he recibido noticias sobre el caso Jill Dando. Gracias a una búsqueda en internet pude determinar que el preso amigo de Wang Yam había sido detenido por tráfico de drogas en Bolivia en la época de la muerte de Dando. Me pusieron en contacto con los guardias de la prisión a través de un periodista local, pero no pudieron encontrar los archivos de diez años atrás. Después solicité la ayuda del consulado británico de La Paz, donde me remitieron a una abogada boliviana. «Señor Harding —escribió esta la semana siguiente—: Hemos obtenido información extraoficial sobre el caso en la Fuerza Especial de Lucha contra el Narcotráfico. Respecto a la información que pedía, el individuo fue condenado a diez años de reclusión en [la prisión de] Palmasola (a cumplir a partir de 1997), y fue puesto en libertad en 2003. Los motivos de esa rápida liberación no nos fueron explicados». De modo que, el día que Jill Dando fue asesinada (abril de 1999), el supuesto asesino confeso estaba preso en una cárcel boliviana. La historia del interno era imposible de antemano. Entonces, ¿por qué estaba WY tan dispuesto a creerla?

Hablé con Luke David, quien trabajó como periodista en el periódico local *Ham & High*. En 2014 escribió un artículo que ayudó a la policía a detener a un hombre que había llevado a cabo una serie de agresiones contra homosexuales en West Heath. El delincuente, conocido por la prensa como «Diente de Oro», fue encarcelado durante seis años bajo la acusación múltiple de robo, chantaje y agresión. David ganó un premio de prensa por su periodismo de investigación como infiltrado. Dijo que realizó su reportaje a raíz de un gran aumento de robos con violencia a homosexuales en el parque Heath durante la época del asesinato de Chappelow.

Lamé a Nigel Harris, del Camden Forum. En los años 2005 y 2006 había participado en un programa de divulgación sobre información y prevención del sida para hombres que buscaban relaciones sexuales en el parque Heath. Recordaba que había hombres mayores vestidos de negro que llamaban a otros para participar en actos sexuales. También dijo que no era inusual que se reunieran cientos de hombres en West Heath durante las noches cálidas de verano. Confirma muchos de los detalles de Serpico.

Hablé con un alto cargo del Grupo de Asesoramiento LGTB de la Policía Metropolitana de

Londres. Creado a finales de la década de 1990, ayudaba a resolver delitos graves contra lesbianas, gais, bisexuales y personas transgénero. Dijo que jamás se pusieron en contacto con ellos acerca del asesinato de Allan Chappelow. Añadió que, aunque Pete Lansdown le parecía un detective excelente, en 2006 este «no habría distinguido un delito contra homosexuales ni aunque se cometiera ante sus propias narices». Me mostró una lista de casos sin resolver relacionados con el colectivo LGTB de la época en la que asesinaron a Allan Chappelow. Entre ellos, estaba el nombre de Hallam Tennyson.

Cuando volví a casa leí los artículos del caso en internet. El 21 de diciembre de 2005, Beryl Hallam Augustine Tennyson fue encontrado con graves lesiones en la cabeza y heridas por apuñalamiento en su piso de Highgate, en el norte de Londres. Tennyson tenía ochenta y cinco años, era escritor y productor de radio, bisnieto del poeta Alfred Tennyson. Había muchas similitudes con Allan Chappelow. Tennyson había sido objetor de conciencia en la Segunda Guerra Mundial y era un socialista comprometido. En 1953, tras visitar la Yugoslavia comunista, escribió un libro titulado *Tito Lifts the Curtain*. Según sus propios diarios, Tennyson era homosexual, muy promiscuo, y frecuentaba West Heath. Miembros de una familia dijeron a la policía que Tennyson invitaba a hombres a su apartamento hasta tres veces a la semana. La policía no había establecido ninguna relación entre los asesinatos de Hallam Tennyson y Allan Chappelow.

Visité a Dan Carrier en su despacho de Camden. Me habló sobre otro anciano homosexual que había sido asesinado en Hampstead. En junio de 2005, el profesor de primaria jubilado Roger Hendra fue atacado con un martillo de carpintero y una navaja en su piso de Pond Street, frente al hospital Royal Free. El hombre condenado por su asesinato, Mark Papazian, conoció a Hendra cuando merodeaba por West Heath. Según un artículo del *Camden New Journal*, las anotaciones del diario de la víctima «indicaban los peligros a los que se enfrentan los hombres homosexuales implicados en relaciones casuales en el Heath». La BBC informó de que el asesino había «rastreado las inmediateces del Hampstead Heath en busca de homosexuales a los que matar, en su afán por convertirse en un asesino en serie, según se dijo ante el tribunal». No obstante, Papazian no habría podido matar a Chappelow, ya que se encontraba en prisión en ese momento. ¿Qué probabilidades hay de que tres ancianos que buscaban sexo casual en West Heath fueran brutalmente asesinados en un intervalo de un año?

Llamé a Pete Lansdown a su despacho de las islas Caimán. Dijo que estaba trabajando más que nunca. Le pregunté qué pensaba de la teoría de que Allan Chappelow hubiera llevado al asesino a su casa desde el Heath. Lansdown dijo que le parecía una «especulación» y que no existían pruebas de que el escenario del crimen estuviera «sexualizado». Según su experiencia, cuando un asesinato tenía un elemento sexual —ya fuera gay o heterosexual— era evidente. También le dije que dos expertos en perfiles de criminales creían que era poco probable que un asalto frustrado a un domicilio resultara en que mataran a la víctima a golpes. Lansdown admitió que no recordaba ningún asalto frustrado que acabara con un nivel de violencia parecido, pero seguía estando «absolutamente convencido» de que habían cogido al hombre adecuado.

Visité al QC Peter Wilcock y a Eddie Preston, los especialistas en apelaciones que trabajaban ahora en la petición de Wang Yam ante el Tribunal de Apelación. Hacía mucho calor; nos reunimos en un pequeño despacho sin ventilación en Lincoln's Inn Fields, en Londres. Wilcock se sirvió un vaso de agua y dijo que el sistema judicial del Reino Unido

revocaba ahora menos casos que en la década de 1990 y que, de entre los remitidos por la CCRC, el Tribunal de Apelación sobreescribía menos casos aún. Cuando les mencioné lo seguros que estaban los expertos en perfiles criminales de que el asesinato debió contener cierta ira vengativa, Wilcock dijo que los tribunales ingleses veían el trabajo de los creadores de perfiles con escepticismo. El relato alternativo del acompañante gay le pareció más interesante (nunca habían oído hablar de la policía LGTB ni del asesinato de Hallam Tennyson) y dijo que lo investigaría con Nigel Steward, el director del programa «Más Seguridad en Hampstead» (Hampstead Safer Neighbourhood). También me pidió que lo pusiera en contacto con la familia de Chappelow, que podría verificar que la anciana víctima era enérgica y extrovertida (como podría serlo el tipo de persona que invitaría a su casa a una pareja sexual y no el ermitaño que había imaginado la policía). Prometieron que me avisarían cuando se concertara la fecha para la audiencia del Tribunal de Apelación.

Tras la decisión de la CCRC volví a contactar con el Ministerio de Justicia, alegando que ahora, a la luz de un posible error judicial, existía un interés público en que me reuniera con Wang Yam. Dije que, dado su poco nivel de inglés, resultaría más fácil comunicarme con él si estábamos en la misma sala y que podría observar mejor su lenguaje corporal en una reunión cara a cara. Tras numerosas llamadas de teléfono, finalmente recibí respuesta del departamento de prensa del ministerio: «Se ha decidido que no hay circunstancias excepcionales que justifiquen la concesión de una entrevista cuando el caso de Wang Yam tiene que ser considerado todavía por el Tribunal de Apelación. Los requisitos son muy exigentes, y no consideramos que se hayan cumplido en esta instancia». No lo entiendo. ¿De qué tiene miedo el gobierno?

Tras una larga búsqueda en internet, he encontrado a una Zhu Xiaoping (el mismo nombre de la prima de Wang Yam) que vive cerca de Seattle. Nació en 1963, podría tratarse de la misma persona. Finalmente, a las cuatro de la tarde, hago la llamada. En la Costa Oeste estadounidense eran las ocho de la mañana, y la mujer que contestó al teléfono parecía un poco sorprendida. «Betsy», como se hace llamar en Estados Unidos, confirmó al momento que conocía a Wang Yam (Ren Hong), que había oído que lo condenaron por asesinato en Londres (había leído artículos en internet) y que su esposo y ella habían sido sus amigos en Pekín, antes de que salieran todos de China. Le pregunté si era miembro de su familia. «¿Todavía sigue contando esas mentiras? —exclamó entre risas—. No me lo puedo creer, después de todos estos años». Dijo que, a finales de 1980, su madre (la hermana de Ren Yuanyuan) recibió una llamada de teléfono de Wang Yam en la que le comunicó que estaba en Pekín, que era un miembro de la familia Ren en el anonimato desde hacía mucho tiempo y que si quería reunirse con él. Aquella tarde pasó por su casa a tomar el té, y poco después le presentó a su hija, Betsy, que también estudiaba en la Universidad de Pekín en aquella época. Betsy afirmaba que cuando se conocieron, retó a Wang Yam a que le contara la verdad. Este admitió que su abuelo era un terrateniente de una provincia rural, y no Ren Bishi. Desde aquel momento, según dijo, siempre que le preguntaban si Wang Yam era realmente de su familia ella explicaba que no, pero jamás volvió a mencionárselo a Wang Yam. «Era una víctima de la educación china —continuó—. Le habían enseñado a mentir». Dijo que, a pesar de que mintiera para aprovecharse de su familia, se hicieron amigos. Su futuro marido compartió habitación en la universidad con Wang Yam; jugaban al pimpón juntos. Lo que no podía creer era que siguiera contando esos embustes (aunque aceptaba que tal vez gracias a usar sus falsos vínculos con su familia pudo engañar al

gobierno británico para que este pagara su viaje desde Hong Kong al Reino Unido en 1992 y les dieran el visado a él y a sus dos esposas). «¿Cree usted que mató a Allan Chappelow?», le pregunté finalmente. «Sí», respondió con firmeza. «¿Porque es un mentiroso?», pregunté. «Porque es un hombre malo —respondió Betsy—. Porque estaba desesperado para conseguir dinero —dijo. Y enseguida añadió—: Pero lo que más me extraña es que le diera mi nombre, ¿qué sentido tiene que hiciera eso?».

Ha llegado a mi casa una carta del departamento de litigios del Ministerio de Justicia. «Escribimos en nombre del fiscal general», decía. Tras indicar que tenían entendido que estaba planeando «escribir un libro sobre el asesinato de Allan Chappelow», querían «llamar mi atención» hacia la orden del juez Ouseley (se adjuntaba una copia): «El efecto de esta orden es impedir la publicación de las razones o bases por las que se dictó la exclusión de la prensa y el público de parte del juicio penal a Wang Yam, así como impedir la publicación de cualquier prueba, solicitudes, decisiones judiciales u otro material que se oyera o con el que se trabajara *in camera*». Señalaban que quebrantar esta orden significaba incurrir en desacato al tribunal (penado con la cárcel) y me recomendaban que buscara asesoramiento legal independiente.

19

SOLO

Seguí hablando con Wang Yam a lo largo del verano y el invierno de 2016. Llamaba casi cada semana. Conversábamos acerca de su salud... «Estoy bien —dijo—, duermo mucho mejor en una celda individual». También intercambiábamos noticias sobre el progreso de su caso (yo había conocido hacía poco a su nuevo equipo legal) y comentábamos las historias que circulaban por los noticiarios: el *brexit*, los atentados terroristas en Europa, la crisis de los refugiados... Ahora que comenzaba el nuevo año y que seguramente programarían su audiencia en el Tribunal de Apelación para la primavera, quería insistirle en ciertos puntos que no lograba entender.

Le conté que había hablado con Xiaoping, su «prima» de Seattle. «Dijo que si no admitías que mientes sobre el hecho de ser familiar de Ren Bishi no volverá a hablarte en la vida», le comuniqué. «Es normal que diga eso —respondió con calma—. Hablé con mi familia para que negaran haberme conocido, es mejor para ellos». Le dije que Xiaoping creía que él era el autor del asesinato. Se produjo un silencio en la línea.

«Eso no está bien —dijo finalmente con tristeza—. En la sociedad china, cuando hay un miembro de tu familia condenado por asesinato vas al infierno, no puedes conseguir un empleo, no puedes presentarte ante tus amigos, no puedes hacer nada al respecto». Después me recordó que había

estado con la madre de Xiaoping durante las protestas de junio de 1989. «Si no fuera un miembro de la familia —continuó diciendo—, ¿de verdad crees que me habría acogido?».

Después hablamos del «hermanastro» de Wang Yam, Ren Jining, que también negó que fuera parte de la familia. «Ya lo esperaba», dijo. Cuando volví a retarlo, Wang Yam se puso más animado. «Estás de broma —afirmó—. ¿Crees que miento?». Me contó que había llevado a Ren Jining consigo a su despacho de la universidad en Pekín para que jugara al ordenador. A su supervisor, el profesor Chen, no le hacía gracia que se usaran los ordenadores para eso, y le dijo a Wang Yam que no volviera a llevar allí a su hermanastro. Según él, siguió llevándolo de todos modos. No contesté nada. Wang Yam dijo que lo dejaba a mi propio juicio. Podía escribirlo como yo quisiera. Tal vez en lo que concernía a su familia fuera mejor que diera ambas versiones. «Yo te sugiero —añadió— que digas simplemente que “afirmo” ser familia suya. Si te lo crees o no..., eso ya es cosa tuya».

Wang Yam me invitó después a centrarme en su reunión con la casera Deborah Sheppard, del 7 de junio de 2006. «Mira los registros de las llamadas de teléfono que presentó la acusación», dijo. Busqué en mi carpeta mientras seguíamos manteniendo la conversación, y encontré la página relevante. Me indicó que buscara las llamadas realizadas alrededor de las dos de la tarde. Había cuatro llamadas realizadas a través de la torre de telefonía del hospital Royal Free de Hampstead: una llamada al número de información que duraba un minuto y veinte segundos a las 14.01, otra de siete segundos al buzón de voz a las 14.03 de la tarde, una inmediatamente después a la compañía de crédito de la tarjeta Sainsbury's de Allan Chappelow, que duró un minuto y veintidós segundos, y después otra de seis minutos a la administración del distrito de Camden, que acabó a las 14.12.

«¿Y? ¿Qué relevancia tiene eso?», pregunté. Él contestó que la acusación afirmaba que todas esas llamadas habían sido realizadas desde el teléfono de Allan Chappelow, pero, en ese momento, él, Wang Yam, se encontraba con Deborah Sheppard. Después me indicó la declaración de ella en el juicio, en la que dijo que se reunió con Wang Yam «poco después de las dos en punto» del 7 de junio de 2006 y durante «alrededor de una hora». En el juicio,

Sheppard sacó su agenda y confirmó la hora de la cita. La acusación alegó que «poco después» podía significar quince minutos más tarde y que Wang Yam pudo haber realizado esas llamadas antes de ver el piso (tras hablar con él llamé a la señora Sheppard, y dijo que «poco después» podía ser a las dos y cinco, incluso a las dos y diez, pero nunca a las dos y cuarto, ya que habría considerado que llegaba tarde). Todo esto era muy relevante, ya que, como mínimo, el hecho de que fuera otra persona quien utilizó el teléfono de Allan Chappelow y se hizo pasar por la víctima durante las llamadas al banco, socavaría el argumento fundamental de la acusación según el cual Wang Yam actuó solo, y respaldaría la versión de que trabajó en connivencia con una banda.

También le pregunté a Wang Yam por qué se había marchado de Londres el día después de que encontraran el cuerpo de Allan Chappelow. Esa coincidencia fue uno de los factores determinantes para que la policía sospechara de él. Dijo que se trataba de una desafortunada casualidad. Había fundado una empresa llamada First Front Holding en Zug (Suiza), y tenía previsto reunirse con varios abogados y contables para que le ayudaran a depositar una solicitud de patente para un *software* de telefonía móvil. Afirmó que había visitado Zug al menos en tres ocasiones antes de 2006: incluso tenía una cuenta corriente en Zúrich desde la década de 1990. Me dijo que me enviaría el nombre de un abogado con el que había trabajado y que confirmaría que llevó a cabo actividades empresariales en Suiza durante los años previos a su arresto.

También discutimos acerca de la razón por la que no admitió simplemente que había robado las tarjetas de crédito y los talonarios de Allan Chappelow. Le dije que eso podría haber incitado al jurado a culparlo de robo en lugar de asesinato. «No habría cambiado nada —dijo—. Pero de todas formas no es cierto, así que no puedo admitirlo». Tras esto, me dio un ejemplo de lo que él veía como fallos de la acusación. «Uso gafas cuando leo el periódico. En un entorno normal, no me las pongo». Después añadió que no lleva las gafas ni en las imágenes que las cámaras de seguridad captaron de su visita al banco ni en aquellas en las que sacó dinero del cajero. Este aspecto era obviamente importante, ya que la acusación había dado una

enorme importancia al testimonio del cartero Nick Sullman, que se había encontrado con un hombre chino que llevaba unas gafas gruesas de color negro cerca de Downshire Hill.

También le pregunté por su primera esposa, Li Jia. Dijo que estaba «traumatizada» por lo que había sucedido conmigo. «La destruí. Eso lo lamento mucho. Todos sus compañeros se han convertido en líderes chinos muy importantes. Tenía una posición muy privilegiada. Yo destruí su futuro. Destruí su carrera. Destruí su vida. No sé qué puedo hacer ahora. Hay algunas cosas de mi vida que me ponen muy triste: no haber estado junto a mi padre cuando murió. [Lo que le hice a] Li Jia. Y, por supuesto, no poder estar con mi hijo ni mi hija. Esas son las cosas de las que me arrepiento en la vida. Escribí tres cartas [a Li Jia] diciéndole que lo siento muchísimo, que no he matado a nadie. Le hablé sobre el juicio secreto, y le pedí que se protegiera. Si no se hubiera casado conmigo, su vida sería completamente diferente».

Hacia el final de una de nuestras conversaciones[1] le pregunté por qué hablaba conmigo. «Prefiero morir en prisión o que me asesinen —dijo— a que el público no sepa lo que ha pasado». Cuando le pregunté qué pasaría si perdiera el caso ante el Tribunal de Apelación, Wang Yam dijo: «Estoy preparado para eso». Lo revelaría «todo», según dijo. Aunque había estado tentado de acudir a la prensa muchos años antes, se había contenido porque era «un ciudadano británico leal». Le formulé varias preguntas tanteando el tema, pero se negó a hablar más de ello.

Volvimos a hablar sobre cómo sería su vida cuando estuviera en libertad. ¿Qué había sobre su afirmación de haber descubierto un nuevo motor de combustión? Le dije que obviamente no podía esperar que yo lo creyera. «Soy ingeniero de formación —respondió fríamente—, y he estado pensando en ello durante muchos años, mucho antes de que entrara en prisión. No pensarás que iba a quedarme perdiendo el tiempo, ¿no?».

A lo largo de la primavera de 2017, Wang Yam se preparó para su definitiva presencia ante el tribunal, relejendo las declaraciones de los testigos, los informes forenses y peticiones legales que guardaba en cajas de cartón en su

celda. Escribió una memoria detallada explorando las potenciales nuevas líneas argumentales a seguir, y envió largas cartas a políticos, jueces y periodistas resumiendo su caso. Habló con sus compañeros de internamiento para ver si había alguna nueva estrategia legal que pudiera utilizar, y se reunió con sus abogados, ayudándoles a formular su apelación.

Finalmente, el 15 de marzo de 2017 se celebró una vista preliminar, en la que se acordaron los parámetros que seguiría el Tribunal de Apelación. Lo más destacable era que el equipo de la defensa había recibido permiso para llamar a nuevos testigos. Se concertó una cita en el tribunal para mediados de julio. Aquella sería la última oportunidad de Wang Yam.

APUNTES DEL CASO

Solo queda una semana para la apelación, y la cosa está que arde. Francesca Spennewyn, la agente que se encargó de dirigir el escenario del crimen, ha redactado una declaración diciendo que no encontró nada de «naturaleza sexual» en el número 9 de Downshire Hill. Gerry Pickering, el agente que ejercía de enlace con la familia, también ha emitido una nueva declaración: «En ningún momento mencioné a Torben Permin que se encontrara un vídeo sobre el desfile del orgullo gay ni preservativos. No sé de dónde ha salido esa información, pero puedo asegurar que no procede de mí».

Llamo a Torben. Al parecer, el relato de la policía es equivocado. El agente Pickering le envió un correo en el que se mencionaba que los inspectores habían encontrado preservativos y un vídeo del orgullo gay en el número 9 de Downshire Hill. Le pido a Torben que me envíe una copia del correo electrónico. Si se confirma, añadirá peso a la teoría de que Allan solía llevar a gente a su casa. Junto con el testimonio de Serpico de que un hombre llamado «Allan» era habitual en los puntos de encuentro de homosexuales del Heath, podría bastar para convencer a los jueces de que tal vez haya otro sospechoso. También haría que la policía dé una imagen pésima.

Han pasado unos días y sigo sin tener noticias de Torben, de modo que lo llamo y le pregunto cómo va la búsqueda. Dice que no puede encontrar el correo. Le escribo de nuevo sugiriendo que al menos preste declaración ante los abogados de WY, esta vez poniendo en copia también a su mujer. Recibo la siguiente respuesta: «Si la policía no puede ayudarle más, entonces nosotros tampoco podemos».

Faltan dos días para el juicio, y el tiempo se agota. Llamo a la prima estadounidense de Allan, Patty Ainsworth, para ponerla a ella y a su marido Steve al día sobre el caso. Les cuento que Torben no quiere hablar con los abogados de Wang Yam y que no me siento cómodo presionándolo más. Patty accede a contactar con él. «Aunque creemos que Wang Yam es culpable de fraude postal y robo, no estamos convencidos de que él asesinara realmente a Allan —escribe a Torben—. Nuestra principal preocupación es que se conozca la verdad, sea cual sea, y que la persona que cometió el crimen sea castigada. Solo queremos que se haga justicia con Allan». Es la primera vez que oigo a Patty decir que cree que Wang

Yam puede ser inocente del asesinato. Ella no obtiene respuesta.

Tras semanas de búsqueda, encuentro finalmente a Jonathan Bean, el antiguo residente de Downshire Hill que fue víctima de robo con violencia. Bean dice que, como todos los vecinos, conocía perfectamente el brutal asesinato de Allan Chappelow. «Estábamos a solo cinco casas de allí», me dice. Hablamos sobre el hecho de que no se haga mención en el informe del delito a que el asaltante llevaba una navaja. Cuando le pregunto si habló con alguien en aquel momento acerca del arma, me reenvía un correo que escribió a un amigo dos días después del delito en el que menciona la navaja. Paso esta información a los abogados de Wang Yam por si la necesitan para el juicio.

Me sorprende a mí mismo constantemente pensando en lo que sucederá con la apelación. Interpreto en mi cabeza los posibles escenarios una y otra vez. He contactado (obsesivamente) con los implicados para preguntarles cuáles son sus expectativas. Primero lo intento con el abogado que estará representando a la Fiscalía de la Corona, pero, de forma nada sorprendente, no logro que me conteste. Sí que he conseguido hablar con el funcionario de la CCRC a cargo del expediente de Wang Yam; dice que nunca había visto un caso de acusación tan poco convincente. Kirsty Brimelow también es optimista y cree que el error de la policía al no revelar información es suficiente para declarar un veredicto improcedente. El que fuera abogado principal de Wang Yam, Geoffrey Robertson, es más ambiguo; le preocupa que el nuevo testimonio no baste para convencer al tribunal. Mientras tanto, los nuevos abogados de Wang Yam, Peter Wilcock y Eddie Preston están bajando las expectativas. Duncan Campbell dice que Wang Yam debería ser puesto en libertad sobre la base de las nuevas pruebas, pero que no será así, porque en los últimos años el Tribunal de Apelación se ha mostrado menos dispuesto a revocar las decisiones de las instancias inferiores. Yo no sé qué sucederá. El corazón me dice que Wang Yam saldrá en libertad. La cabeza me dice que pasará los próximos diez años en prisión.

LA DECISIÓN

A las 10.30 del 18 de julio de 2017, tres jueces entraron en la sala número 4 de los Reales Tribunales de Justicia de la zona centro de Londres. A izquierda y derecha estaban el juez Nigel Sweeney y la jueza Juliet May; en el centro, el juez de mayor rango del país, el presidente del tribunal, Roger Thomas. Cada uno de ellos llevaba una larga toga negra con cuello blanco, y sus cabezas estaban cubiertas con una peluca de magistrado blanquecina de pelo de caballo. La peluca del juez Thomas era la de aspecto más viejo y harapiento, motivo de orgullo entre sus pares. Tras inclinarse ante el tribunal, los jueces se sentaron en una de las sillas giratorias de cuero rojo dispuestas sobre el estrado que presidía la sala.

Bajo los jueces estaban sentados los abogados de Wang Yam, el QC Peter Wilcock y el letrado Eddie Preston. En la fila de atrás estaba el QC Geoffrey Robertson, que había representado a Wang Yam en los primeros juicios y estaba presente como muestra de apoyo. Al otro lado del tribunal se encontraba el QC Duncan Atkinson, que representaría a la Fiscalía de la Corona.

En el banco para la prensa estaban los tres periodistas que llevaban cubriendo el caso desde hacía tantos años: Dan Carrier, del *Camden New Journal*, y Duncan Campbell con Richard Norton-Taylor, por parte de *The*

Guardian. También estaba presente un experimentado reportero de la Asociación de la Prensa. En la sección del público había reunidos varios observadores, entre ellos la señora Xing, esposa del hijo del guardaespaldas del presidente Mao (a quien conocí en un restaurante de Richmond), un gestor de casos de la CCRC y un pequeño grupo de turistas ansiosos por ver la justicia británica en funcionamiento. No había nadie representando a la familia de Allan Chappelow.

Los tres grandes monitores de pantalla plana suspendidos de las paredes revestidas de madera del vetusto tribunal parpadearon, desvelando una sala vacía con las palabras «HMP Nottingham Court I» fijadas a una pared de color azul verdoso. «Señor Wang Yam —dijo el bigotudo secretario del tribunal hacia el micrófono—, ¿está usted ahí?». Se produjo un momento de silencio tras el que un hombre con una camisa blanca bien planchada se sentó ante la cámara. Iba perfectamente afeitado, estaba casi calvo y llevaba puestas unas gafas de leer de montura plateada que adornaban su mofletado rostro. Parecía haber dormido poco. «Está muy, muy mayor», dijo Dan Carrier.

El juez Thomas se dirigió al preso.

«¿Puede usted oírnos, señor Yam?».

«Sí», respondió el reo.

«Señor Wang, si quiere algo, alce la mano».

«De acuerdo, gracias», dijo Wang Yam en voz baja.

El presidente del tribunal pidió al apelante que procediera a presentar su caso. Peter Wilcock se puso en pie y anunció de manera formal que representaba a Wang Yam y que Duncan Atkinson se personaba en nombre de la Corona. Tras esto, se volvió y presentó con un gesto de la mano a Geoffrey Robertson como su colega, «sentado detrás de mí» —dijo, haciendo así sonreír a los jueces.

Todos los jueces sabían que Robertson era un abogado de mayor rango que él y que, en condiciones normales, estaría sentado al frente. Una vez captada la benevolencia del tribunal, Wilcock pasó rápidamente a explicar el trasfondo del caso: que a tenor del posible error de la policía en la liberación de pruebas, la CCRC había referido el asunto al Tribunal de Apelación para

su revisión. Después, con el permiso del tribunal, el abogado llamó a su primer testigo, Jonathan Bean.

La puerta que había en la parte trasera de la sala se abrió, y por ella entró un hombre de mediana edad con pelo rizado moreno y corto que vestía unos pantalones de ante marrón, una camiseta de rayas marrón con cuello naranja brillante y zapatillas deportivas. Jonathan Bean siguió al secretario a lo largo del lateral de la sala y subió un par de tramos de estrechas escaleras hasta llegar al estrado y colocarse al mismo nivel de los jueces. Rehusó hacer el juramento sobre la Biblia, y en su lugar afirmó que diría toda la verdad.

«Señor Bean —dijo el juez Thomas, presidente del tribunal—, tendrá usted que hablar alto. Esta es una sala bastante grande y no hay sistema de amplificación». En la pantalla, Wang Yam alzó la mano. «Lord —dijo—, no puedo oír lo que usted dice». El presidente del tribunal comenzó a responderle, pero fue interrumpido por el preso, que repitió dos veces más: «Lord, no puedo oír lo que dice». El juez Thomas sonrió irónicamente, se acercó al micrófono y preguntó: «¿Me oye ahora?». Wang Yam respondió que lo oía, y entonces se invitó a Wilcock a que continuara.

Tras pedirle al testigo que confirmara su nombre y que vivió en el número 14A de Downshire Hill, Wilcock pidió a Bean que describiera con sus propias palabras lo que aconteció el 14 de febrero de 2007.

BEAN: Aquel día estaba en casa preparándome para mudarme a Nueva York, empaquetando cosas para enviarlas. Oí ruidos en la puerta de entrada. Mi mujer y el bebé se habían marchado hacía poco y pensé que tal vez mi esposa había dejado la puerta abierta. Abrí la puerta interior brevemente, vi a alguien en la zona del porche y el reflejo de un cuchillo, solo abrí durante una fracción de segundo. Mi reacción instantánea fue apartarme del peligro, de modo que di un portazo muy rápidamente.

WILCOCK: ¿Qué sucedió después?

BEAN: El hombre dijo a través de la puerta: «Si llamas a la policía mataremos a tu mujer y al bebé». Al cabo de unos minutos, seguía oyéndolo y me pregunté qué podía hacer. Estaba mirando a mi alrededor para ver si encontraba algo con lo que protegerme. Sinceramente, estaba aterrorizado. No paraba de pensar en que a mi vecino lo habían asesinado en circunstancias parecidas.

Cuando le preguntaron por la voz del ladrón de correspondencia, Bean dijo que no estaba seguro, no recordaba ningún acento característico. Añadió que

denunció el delito a la policía esa misma tarde, cuando su mujer y el bebé estaban seguros en la casa de un amigo. Se presentaron dos agentes, y les dijo que le preocupaba la seguridad de su familia, especialmente dado el «brutal asesinato» de su vecino, y que creía que ambos delitos estaban relacionados de alguna forma. Le dijeron que su delito «no tenía nada que ver» con el asesinato de Allan Chappelow y que no se preocupara por ello, porque ya habían atrapado al criminal. Bean declaró después ante el tribunal que se quedó «muy sorprendido» cuando descubrió después que habían omitido la navaja en el informe de la denuncia. Cuando el abogado le pidió al testigo que «comprobara sus facultades mentales» en relación con ese recuerdo, Bean dijo que estaba seguro, ya que comentó el tema de la navaja con varias personas después del robo, lo que incluía un correo electrónico que envió a un amigo al cabo de dos días. Wilcock entregó entonces una copia del correo a los jueces, y leyó el texto ante el tribunal.

Luego llegó el turno de Atkinson de interrogar al testigo. Tras revisar algunos aspectos cronológicos con Bean —la hora del delito (media tarde), cuándo llamó a la policía (alrededor de las nueve de la noche), cuándo se marchó del país (dos semanas después)—, Atkinson preguntó si realmente habían robado algo de la casa. Bean dijo que tal vez se llevaran parte del correo, pero que no le habían sacado dinero del banco. «¿Está usted seguro?», preguntó Atkinson. «Sí», respondió Bean. Había llamado al departamento de fraudes de su banco en cuanto se marchó el ladrón. «Entonces, ¿no se retiraron fondos de su cuenta?», insistió Atkinson. «No sacaron nada de mi cuenta —respondió el testigo cautamente—, pero no sé si lo intentaron». Una vez quedó determinado que el testigo era cauto y creíble, Atkinson supo que no conseguiría nada siguiendo con el interrogatorio. «No hay más preguntas, señorías».

El abogado de Wang Yam llamó después a dos testigos más. El primero era Michael Dunn, un respetable anciano de voz dulce que había vivido en Hampstead desde la década de 1960. Mientras Wilcock continuaba con el procedimiento, el testigo parecía estar relajado, con la mano izquierda en el bolsillo y la rodilla izquierda alzada descansando sobre el banco de madera que tenía ante sí.

«Dígame —preguntó Wilcock educadamente—, ¿que sucedió en el exterior del número 9 de Downshire Hill?».

Dunn recordó que, por la época del asesinato, se encontró con un hombre de aspecto sospechoso con un tablón de madera de dos metros de largo junto a la verja de entrada del número 9 de Downshire Hill. «Lo llevaba en una posición muy incómoda —declaró ante el tribunal—, y no como lo llevaría un operario». El hombre del tablón de madera tenía un fuerte acento irlandés, y le dijo que Allan Chappelow había viajado recientemente a Liverpool con su motocicleta. Esto, según informó el testigo, era una soberana tontería, ya que las dos motocicletas que había aparcadas en el jardín de Chappelow estaban cubiertas de arbustos y hacía años que nadie montaba en ellas. Dunn también recordaba que había intentado contar su historia a una de las agentes que se encargaban del registro del número 9 de Downshire Hill, pero que esta no parecía interesada en tomarle declaración y, simplemente, lo «dejó plantado». Una vez que Wilcock hubo terminado, y sin preguntas por parte de la acusación ni de los jueces, el presidente del tribunal dio las gracias al testigo por su tiempo y le dijo que era libre de marcharse.

El último testigo en aparecer fue Serpico, o Peter Hall, como resultó llamarse realmente. Vestido con una camisa de color morado, traje y corbata oscuros, Hall parecía nervioso y fuera de lugar. Tras dejar su maletín negro en el suelo, juró sobre la Biblia decir toda la verdad. Se apoyó fuertemente sobre la balaustrada de madera que bordeaba el banquillo de los testigos y recordó que había visitado West Heath tres o cuatro veces a la semana durante más de una década, y que «era rara la vez» en la que cierto anciano vestido todo de negro no estaba presente. Peter Wilcock preguntó en qué parte del Heath encontraba a ese hombre vestido de negro.

HALL: En un lugar llamado el «banco de los azotes».

WILCOCK: ¿Una zona muy conocida por los hombres homosexuales?

HALL: Sí.

WILCOCK: ¿Le dijo ese hombre cómo se llamaba?

HALL: Pasamos dos años sin hablar, y después nos dijimos nuestros nombres. Lo conocía simplemente como «Allan».

WILCOCK: ¿Había algo destacable en su persona?

HALL: Golpeaba el banco de los azotes con una paleta o un cinturón para atraer a ese lugar a

personas parecidas a él.

WILCOCK: Aparte de la paleta y el cinturón, ¿tenía costumbre de llevar consigo algo más?

HALL: Sí, un látigo de nueve colas improvisado. Era casero, llevaba atados a uno de los extremos entre diez y doce trozos de cuerda.

A lo largo de esta sesión de preguntas y respuestas, la voz y el tono de Wilcock permanecieron invariables. Del mismo modo, los jueces, la acusación y el apelante tampoco mostraron síntomas de estar sorprendidos ni reaccionaron de forma alguna. No podía decirse lo mismo de los periodistas, que tomaban notas frenéticamente en sus libretas.

WILCOCK: ¿Se hizo idea en algún momento del acento que tenía el hombre del banco de los azotes?

HALL: Está claro que no tenía ningún acento regional. Era un acento, cómo explicarlo, muy educado. Yo decía: «Hace un frío que pela». Y el decía: «Este tiempo es ciertamente inclemente». En otra ocasión dijo: «No he estado muy pletórico, que digamos».

WILCOCK: ¿Tuvo otras sesiones con él?

HALL: Ocasionalmente, yo me llevaba allí unas esposas. Me gustaría recalcar que no era por placer.

WILCOCK: ¿Le habló alguna vez de ir con él a su casa?

HALL: Sí, una vez.

WILCOCK: ¿Lo hizo usted?

HALL: No, no fui con él. Pensé que posiblemente eso era una insinuación para tener relaciones sexuales, y no me va la necrofilia.

Wilcock siguió con el interrogatorio. Le preguntó al testigo si sabía dónde vivía el hombre del banco de los azotes. Este respondió que pensaba que debía vivir cerca, ya que visitaba West Heath con mucha frecuencia. Al final de la noche había visto a menudo a «Allan» volver a casa en dirección a Downshire Hill. En dos ocasiones lo vio marcharse de allí con compañía. Hall añadió: «Normalmente soy una persona reservada, es decir, salvo hoy». Después, pidió permiso al tribunal para quitarse la chaqueta. El juez Thomas sonrió tranquilizadamente y le dijo que podía hacerlo.

Cuando el testigo estuvo preparado, Wilcock le preguntó cuándo tuvo la primera noticia sobre el asesinato en Downshire Hill. Hall dijo que la primera vez que oyó noticias vagas sobre un asesinato en Hampstead fue en verano de 2006. No obstante, no se percató de que su «Allan» era Allan Chappelow

hasta que leyó el artículo sobre el asesinato en el *Evening Standard*, que incluía una fotografía de la víctima. En aquel momento supo que había un detenido, así que no pensó en contactar con la policía. «¿Por qué iba a hacerlo?», preguntó Hall. Wilcock, con la sensación de que había sacado el máximo partido posible a su testigo, dijo: «No hay más preguntas», y se sentó.

Ahora llegaba el turno de la acusación. Atkinson comenzó agresivamente. «En 2003, ¿le dijo usted a la policía que era un agente de inteligencia de intendencia?», preguntó.

La pregunta pareció confundir a Hall.

«¿Qué es un agente de inteligencia de intendencia?», preguntó a su vez.

«Bueno, eso indica que no lo era», se mofó el fiscal, antes de pasar rápidamente a la siguiente pregunta. «¿Ha sido usted agente de la Policía de Parques Reales? Hall respondió que no. «¿No le dijo usted en 2007 a un caballero llamado señor Hancock que sí lo era? Hall dijo que no lo había hecho. A medida que el interrogatorio a quemarropa avanzaba, la voz de Atkinson empezó a adoptar un tono más duro, de incredulidad. Con cada réplica, alzaba su mano izquierda al aire para recalcar lo que decía. «Entre 2006 y 2016 —insistió el fiscal—, ¿no pasó usted información a la policía en numerosas ocasiones?». Hall dijo que era cierto. «¿Informó sobre su contacto con el hombre en el banco de los azotes?». Hall respondió tranquilamente que no había razón para hacerlo, ya que pensaba que la policía tenía a su hombre. Solo a partir de 2014, cuando vio una petición en la prensa local para que se presentaran nuevos testigos, ofreció su testimonio a los abogados de Wang Yam.

Después, Atkinson formuló al testigo una serie de preguntas sin relación. ¿En qué dirección caminaba el «hombre del banco de los azotes» al final de la noche? La chaqueta negra, ¿le llegaba por la cintura o hasta las rodillas? ¿Tenía vello facial? ¿Puede usted describir la paleta que utilizaba? Por momentos, el fiscal parecía intentar provocar al testigo, y en otras ocasiones, encontrar agujeros o inconsistencias en su declaración. Después, casi de manera abrupta, Atkinson declaró que no tenía más preguntas. Peter Hall preguntó si podía añadir algo. El juez Thomas, tal vez por pura amabilidad,

contestó que no era posible y le dijo al testigo que se retirase.

Tras una breve pausa, el presidente del tribunal miró a los abogados de Wang Yam, y, mientras sostenía un manojo de papeles que contenía más de cincuenta páginas, dijo: «Hemos recibido numerosas cartas del apelante, ¿las han visto?». Wilcock, cogido por sorpresa, respondió que no. Recibir correspondencia directamente de un acusado y sin la supervisión de un letrado era «extraordinariamente inusual», dijo el juez resoplando. Sugirió que ambas partes revisaran los contenidos de las cartas y se presentaran ante él después del almuerzo. A la una de la tarde, el juez Thomas aplazó la vista.

Wang Yam había pasado la mayor parte de la sesión matinal con la mano pegada a la oreja. Al parecer, la tecnología de la sala no había proporcionado al preso una transmisión clara del proceso. Cuando se levantó de la silla se vio un cartel que había en la pared que quedaba a su espalda: «Todo lo que diga puede ser oído».

A las 14.15, los tres jueces volvieron al tribunal. Cuando le preguntaron acerca de las cartas de su cliente, Peter Wilcock respondió que había hablado sobre el asunto frecuentemente con Wang Yam y que le había explicado que esos temas ya habían sido tratados en los juicios anteriores. No creía que mencionar de nuevo esos asuntos ante el tribunal ayudara en nada a Wang Yam. El juez Thomas apartó el manojo de papeles, y después pidió a los abogados que realizaran sus alegatos finales.

Wilcock volvió a dirigirse en primer lugar a los jueces, y dijo que había múltiples similitudes entre el robo de correspondencia que sufrió el señor Bean y el fraude postal que había tenido lugar en el número 9 de Downshire Hill. Sin embargo, la policía no había revelado esa información, y seguramente el jurado habría querido conocer ese testimonio a la hora de elaborar su veredicto. Continuó alegando que un elemento fundamental de la acusación a Wang Yam era que actuó solo, y que ahora la idea de que no hubo nadie más implicado en el crimen quedaba «menoscabada».

En respuesta a ello, Duncan Atkinson concedió que se había producido un error, que la policía local debería haber compartido la información con el

equipo de homicidios, que el asunto tendría que haber sido investigado y revelado a la defensa. Según dijo, se había producido un «fallo involuntario en la revelación de la información», pero no era más que eso. No había ninguna mala fe en ello, ni se había intentado ocultar pruebas. Se trataba simplemente de un error. Y, lo más importante, aunque ese delito se hubiera puesto en conocimiento del jurado, no habría cambiado nada. El jurado sabía que se habían producido otros robos en la zona, y este otro incidente no habría influido en su decisión.

Wilcock mostró su desacuerdo inmediatamente. No se trataba de otro robo sin más, dijo, alzando la voz por primera vez en aquel día. Había una navaja, una amenaza de muerte y la mención a una banda y al fraude postal. Sucedió a unos metros de la casa de Chappelow, también en el porche delantero y apenas unos meses después de que robaran las cartas de la víctima. Como tal, había un extraordinario parecido con el robo de correspondencia que se produjo en el número 9 de Downshire Hill, y esa información tendría que haberse revelado, independientemente de las razones por las que no se hiciera. El testimonio del señor Bean habría tenido un «impacto trascendental» en el jurado. Wilcock tomó aire tras decir esto, y afirmó: «El testimonio del señor Bean debería bastar por sí solo para que el tribunal aceptara la apelación».

Duncan Atkinson se refirió después a la declaración del señor Dunn. No entendía en qué podría haber influido en el jurado la descripción de ese «hombre desconocido con el tablón de madera». Continuó diciendo que, durante el juicio, más de uno de los testigos habían informado de que habían visto a numerosos desconocidos entrar y salir del jardín de Chappelow. En cierto punto, Atkinson pareció perder el hilo. «He olvidado totalmente a dónde quería llegar con este punto», confesó. El juez Thomas salió en su rescate, resumiendo perfectamente el alegato del fiscal, que este presentó después, aunque no tan bien como el presidente del tribunal.

Finalmente, Atkinson dijo que los extravagantes recuerdos de Peter Hall carecían de valor. Si creía que su acompañante homosexual había sido asesinado, ¿por qué no informó a la policía, con quien tenía contactos frecuentes? ¿Cómo pudo ver el rostro de su acompañante en la oscuridad

absoluta de West Heath? Y, es más, no había pruebas de que Allan Chappelow fuera homosexual ni de que se hubieran encontrado elementos de naturaleza sexual en el número 9 de Downshire Hill. Ante este último aspecto, Peter Wilcock se levantó y aceptó con cierta tristeza que «ese parece ser el caso». Si Torben Permin hubiera compartido el correo electrónico de Gerry Pickering en el que detallaba la aparición del vídeo sobre el orgullo gay y los preservativos, esa parte de la discusión podría haber adoptado un cariz diferente.

Geoffrey Robertson, tal vez consciente de que sus argumentos estaban perdiendo fuerza, le pasó una nota a Peter Wilcock, quien se dirigió al tribunal después de leerla apresuradamente. «El señor Robertson me ha entregado una nota. Durante el juicio se planteó la posibilidad de que el señor Chappelow hubiera sido asesinado por alguien que había conocido en el Heath». El comentario de Wilcock tenía el cometido de dar credibilidad al testigo Peter Hall.

El presidente del tribunal se acercó al micrófono y preguntó a Atkinson si creía que Peter Hall era un testigo relevante y creíble. El fiscal intentó evadir la pregunta, pero el juez insistió, interrogando al interrogador. «¿Por qué no acepta la visión del testigo? —continuó diciendo—. Sería lo justo. Se ha presentado ante el tribunal por voluntad propia». Atkinson se percató de que no podía rehuir la pregunta, y respondió: «El tribunal debería proceder con base en ello».

Después, el fiscal continuó con su alegato. Atkinson afirmó que el jurado había aceptado claramente el argumento central de la fiscalía: Wang Yam era el único responsable de la suplantación de identidad de Allan Chappelow a través del fraude postal. Las evidencias contra él eran abrumadoras. «Primero el fraude —dijo con un ademán ostentoso—, y, como consecuencia, el asesinato».

Wilcock acometió esto sin ambages. No había pruebas forenses que vincularan a su cliente con el escenario del crimen, y el propio hecho de que la fiscalía se empeñara en el fraude indicaba que no tenían pruebas del asesinato. Él no estaba seguro de si el fallecido había sido asesinado por gánsteres o por un acompañante al que llevó a casa desde el Heath y en

realidad tampoco le correspondía demostrar cómo había sucedido. De lo que sí estaba seguro era de que su cliente no era responsable del asesinato de Allan Chappelow y de que su condena debería ahora ser considerada abierta a revisión judicial.

A las 15.15, los alegatos habían concluido. Los jueces se ausentaron para discutir brevemente en una sala trasera, y volvieron al cabo de dos minutos. El presidente del tribunal fue breve. «El tribunal se tomará su tiempo para considerar el asunto —declaró—. Tras esto, entregaremos nuestro dictamen tan pronto como sea posible». Se produjo una pausa, el secretario del tribunal anunció: «Todos en pie». Y los jueces se marcharon para no volver.

Wang Yam permaneció en su asiento mientras el secretario le aclaraba lo que acababan de decir. «La decisión no se hará pública hoy. Cuando se presente la decisión ante el tribunal se le notificará». Al preso se lo llevaron de la sala. Tendría que esperar una vez más.

El 28 de septiembre de 2017 apareció una notificación en la página web de los Reales Tribunales de Justicia: el Departamento Penal del Tribunal de Apelación se reuniría al día siguiente a las doce del mediodía ante el presidente del Tribunal de Inglaterra y Gales, el juez Sweeney y la jueza May, para la «entrega» del dictamen sobre el *caso Regina contra Wang Yam*. Tras dos meses de trabajo y deliberaciones, se anunciaría la decisión final.

Llegué a los Reales Tribunales de Justicia a las 10.30, y me encaminé hacia el Juzgado número 6. Era el último día del receso estival y aparte de los afables guardias de seguridad y de algunos demandantes que esperaban asesoramiento legal, los vestíbulos y pasillos de este antiguo edificio de estilo gótico estaban desiertos. También era el último día antes de la jubilación del presidente del tribunal. Aquel sería el último dictamen que se entregara en su nombre.

A las 11.45, los banquillos con acolchado azul del Juzgado número 6 estaban prácticamente vacíos, a excepción de los cuatro periodistas presentes: Richard Norton-Taylor (de *The Guardian*), una corresponsal de asuntos nacionales de la BBC, una reportera de la Asociación de la Prensa y yo. Me

sorprendió que hubiera una ausencia absoluta de abogados. Me habían dicho que tanto la defensa como la acusación habrían recibido copias del dictamen para su revisión días antes, pero, después de tanto trabajo, pensé que habrían querido estar presentes para oírlo en primera persona. Los monitores de televisión también estaban apagados. Wang Yam debía estar en su celda de la prisión de Lowdham Grange, y no sería testigo del resultado. Me pregunté qué estaría haciendo, cómo se sentiría.

Cuando el reloj de la sala marcó exactamente el mediodía, un secretario ataviado con peluca anunció: «Todos en pie». Después entró en la sala la jueza May, que no llevaba su peluca puesta. El secretario se apresuró a desprenderse de su peluca mientras la jueza se sentaba.

«Este es el dictamen de este tribunal —dijo la jueza May con voz clara y cortante—. Los asesores legales ya recibieron una copia del esbozo la semana anterior, y han realizado correcciones. Hoy firmaré y haré entrega de la versión definitiva».

La jueza le quitó el capuchón a su bolígrafo, firmó con su nombre y entregó el documento al secretario del tribunal, que estaba sentado bajo ella. Este se levantó, y exclamó: «Todos en pie». Entonces, la jueza salió de la sala. El procedimiento había durado menos de dos minutos en total.

Seguí el ejemplo de los otros periodistas y me acerqué rápidamente al secretario, que comenzó a entregar copias del dictamen. Revisé la primera página, confuso. «Ve al final», susurró la mujer de la Asociación de la Prensa. Salté hasta el último párrafo, y allí estaba: apelación denegada.

La sala se vació inmediatamente. Caminé hasta la cafetería que hay en la planta baja de los Reales Tribunales de Justicia con mi copia. Pedí una taza de té y un sándwich sorprendentemente barato, y me senté a una mesa pequeña. El dictamen tenía treinta y cinco páginas de extensión, y estaba dispuesto en 135 párrafos. Me puse a leerlo. Quedaba patente que los jueces habían intentado ser imparciales, resumiendo las posiciones de las partes de la acusación y la defensa, junto con los testimonios de los testigos de la audiencia de apelación y las conclusiones del Tribunal de Apelación anterior. También se esforzaron denodadamente en confirmar que el juez Ouseley, responsable original del proceso, había sido «justo» y «claro como el agua»

en el resumen que hizo del segundo juicio, cuando el jurado entregó el veredicto de culpabilidad. Los jueces solo mostraban sus propios puntos de vista en los últimos diez párrafos, la «exposición». Creían que quien estuviera implicado en el fraude era responsable del asesinato, que *no* pudo haber dos delitos separados y que incluso la defensa aceptó la lógica de este argumento. El «vínculo clave», según escribieron, era el establecido entre el uso de la tarjeta SIM del móvil de Chappelow y el asesinato en sí. Añadieron que el jurado del juicio «concluyó claramente que la red de actividades realizadas [por Wang Yam] en relación con la identidad del fallecido y sus cuentas bancarias estaban tan interrelacionadas con el asesinato en sí que él, y solo él, pudo ser responsable de este».

Aparte de la falta de pruebas que respaldaran la afirmación de los jueces[1] de que el estafador era el asesino, el otro gran problema era que no daba explicación ni intentaba explicar muchos de los misterios del caso, tales como que la puerta principal estuviera bloqueada con ramas (lo que ayudaría a un asesino, pero impediría el robo), que no se hubieran sustraído ni el pasaporte ni las claves secretas que había sobre la cama de la víctima (sorprendente, en caso de que un ladrón con conocimiento del asesinato regresara a la casa), el grado de violencia (que no era el *modus operandi* en un asalto a un domicilio) o las colillas de cigarrillos encontradas en el escenario del crimen con un ADN desconocido. Estos hechos se explicarían mejor en caso de que hubiera dos delincuentes que no se conocían entre ellos y llevaron a cabo delitos diferentes.

En cuanto a los nuevos testigos, los jueces escribieron que no entendían sobre la base de qué «los nuevos testimonios habrían o podrían haber afectado razonablemente en la decisión del jurado en este caso», porque no habría «alterado o atenuado el singular vínculo establecido entre el apelante [Wang Yam] y el asesino a través de la red de evidencias». Añadían que su cometido no era dudar del proceso de razonamiento del jurado; se mostraban inherentemente reacios a revocar una decisión realizada con buena fe al final de un juicio bien gestionado.

En conclusión, los jueces escribieron que, aunque el señor Wilcock había presentado una «argumentación potente», «estamos convencidos de que la

condena del apelante es procedente; y, con base en ello, su apelación queda desestimada».

Mi teléfono empezó a vibrar. En la pantalla decía «Lowdham Grange». Contesté.

«Hola —dijo una tímida voz—. Soy Wang Yam».

Me quedé callado un momento.

«Hola, Wang Yam —contesté—, soy Thomas. —Otra pausa—. Lo siento mucho.

«¿La han denegado?».

Contuve la respiración al percatarme de que todavía no se lo habían contado.

«Sí, me temo que no hay buenas noticias».

«Ya sé, ya sé. No me sorprende. —Habla en voz baja, despacio—. Tenía un presentimiento». Parecía pensativo, afectado. Al cabo de un momento, le pregunté cómo lo llevaba. «Lo superaré —dijo—. No te preocupes por mí. Soy un hombre fuerte. Encontraré la forma de superarlo».

Después de un momento, Wang Yam dijo que tenía que colgar el teléfono.

Cinco minutos después, mi teléfono sonó otra vez. Era Wang Yam, que volvía a llamar. Esta vez estaba furioso. Habla atropelladamente, y describió cómo el gobierno británico lo había traicionado, cómo la mafia había conspirado contra él, cómo la policía china disponía de pruebas de su inocencia y el plan que tenía para «revelar material» a sus contactos en Hong Kong. Tal vez incluso enviara ese material a Rusia. «No me queda otra alternativa», afirmó. Me quedé callado. Acordamos hablar más tarde, y colgó, inmerso de nuevo en el día a día de la vida carcelaria.

Mi teléfono volvió a sonar. Era Peter Wilcock, el abogado QC de Wang Yam. Dijo que a él tampoco le sorprendía la decisión. «Me siento fatal por él —dijo Wilcock». Le hice saber que había tenido que contarle la noticia a Wang Yam, y me preguntó cómo se lo había tomado. Se lo expliqué. «El sistema es imperfecto —dijo, y después añadió—: Es uno de los casos más extraños en los que he trabajado».

Una vez acabé de hablar con el abogado, empecé a enviar mensajes de

texto con las noticias a todas las personas con las que había hablado del caso. Pete Lansdown escribió desde las islas Caimán: «Prevalece la justicia». Peter Devlin respondió: «Era la decisión correcta. Estoy seguro de que lo hizo, y creo que su defensa eran fuegos de artificio». Duncan Campbell dijo que no le sorprendía, pero que el tribunal había cometido un error. Basándose en las pruebas, Wang Yam no debería haber sido declarado culpable.

En la familia de Allan Chappelow, Patty Ainsworth expresó compasión por Wang Yam, y añadió que los jueces «parecen determinados a cubrir sus errores a toda costa». Merete Karlsborg, una de las primas danesas, simplemente escribió: «Menuda sorpresa».

Todo había acabado.

EPÍLOGO

Muchas preguntas rondan mi cabeza cuando salgo de los Reales Tribunales de Justicia. Pero hay algo que tengo muy claro: Wang Yam no debería haber sido declarado culpable. Tendrían que haber revocado su condena.

¿Qué había sucedido? ¿Era culpable de ello la policía? No cabe duda de que cometieron diversos errores. Establecieron un relato sobre el asesinato desde el principio: Allan Chappelow interrumpió un asalto a su domicilio y se produjo un forcejeo que resultó en su asesinato. Según la teoría de los «bloques» de Lansdown tenía que ser Wang Yam: tenía un móvil (se encontraba en apuros financieros), tuvo la ocasión para hacerlo (vivía a la vuelta de la esquina), estaba vinculado con el escenario del crimen (poseía las tarjetas de crédito y cheques de la víctima) y había intentado evadirse de la justicia (su huida a Suiza).

Pero ni Lansdown ni su equipo investigaron seriamente otros escenarios alternativos. Por ejemplo, el inspector jefe del caso no exploró la sexualidad de la víctima, ni consideró el asesinato sin resolver de Hallam Tennyson, caso que compartía muchos rasgos similares con el de Chappelow. Así mismo, el agente que ejercía como enlace familiar olvidó un aspecto crucial de la personalidad de la víctima, que más que un anciano frágil y recluido, Allan Chappelow era también enérgico, sociable y aventurero. Y, en cuanto a la escapada a Suiza, Wang Yam había viajado allí previamente y no se molestó en ocultar su paradero, ya que incluso dio sus datos al consulado

británico en Zúrich.

Lo que es peor, la policía fue incapaz de proporcionar ninguna evidencia física que vinculara a Wang Yam con el número 9 de Downshire Hill. Esto se debía, según explicaron, al estado ruinoso del edificio, pero también al fuego que se había producido en la primera planta durante la investigación. No obstante, la Policía Metropolitana de Londres y después la acusación particular, afirmaron que todas las pruebas relevantes y pertinentes habían sido identificadas y extraídas antes del destructivo incendio. Entonces, si Wang Yam era el asesino, ¿por qué no había dejado ningún rastro? Y, para empezar, ¿cuál fue el origen del incendio? Cuando menos, las preguntas que planean todavía sobre las pruebas obtenidas por la policía cuestionan la credibilidad de la investigación.

Tal vez lo peor de todo sea el fallo de la policía a la hora de revelar pruebas a la defensa. La policía local había registrado numerosos asaltos y allanamientos de morada durante la época del asesinato (entre ellos el caso del señor Bean), pero, por alguna razón, esa información no se envió automáticamente al equipo de investigación de homicidios de Colindale. Al parecer, el problema es que el sistema de información de denuncias de la Policía Metropolitana de Londres sigue confiando en individuos en lugar de en algoritmos para establecer las conexiones entre los casos. Dado el gran número de delitos que tienen lugar en Londres cada año, no es difícil ver cuántas cosas pueden pasar inadvertidas.

Pero el origen de la desacertada condena a Wang Yam va mucho más allá de los errores de la Policía Metropolitana, y procede de problemas más profundos del sistema judicial. En primer lugar, da la impresión de que el acusado sufrió de múltiples ejemplos del «sesgo de confirmación». No solo la policía se obcecó en su teoría operativa sobre el asalto frustrado a la vivienda, a pesar de las muchas pruebas contradictorias, sino que también algunos de los propios abogados de Wang Yam dudaron de él desde su primer encuentro y se aferraron a ello incluso después de que se confirmaran muchas de sus historias. Así mismo, el jurado concluyó que la persona que se hizo pasar por Allan Chappelow al teléfono era Wang Yam, a pesar del testimonio de dos expertos en análisis fonéticos.

También da la impresión de que Wang Yam fue víctima de la necesidad de ver resultados de la sociedad, su sed de soluciones claras, su aversión a la incertidumbre. A la policía le gusta afirmar que tiene un índice alto de resolución de casos de asesinato; al poder judicial no le hace gracia pensar que está perdiendo el tiempo (y el dinero del contribuyente); el público no quiere que le digan que el asesino sigue suelto. Más o menos como lo expresaba Lansdown, «si camina como un asesino y habla como un asesino, es un asesino». Pero a veces la vida no es tan simple.

Aparte del trágico y brutal asesinato de Allan Chappelow y la condena injusta de Wang Yam, esta historia contiene una tercera injusticia. En diciembre de 2007, Jacqui Smith, ministra del Interior, decidió que los medios no tendrían permiso para cubrir ciertos aspectos de la defensa de Wang Yam. Mientras tanto, la decisión fue ratificada por diversos ministros y jueces, por lo que partes significativas del proceso judicial —entre ellas, fragmentos de dos juicios por asesinato, dos apelaciones e innumerables audiencias preliminares— se celebraron *in camera*. A consecuencia de este proceso opaco, la prensa no ha estado capacitada para cuestionar las pruebas que se presentaron ante los tribunales, y tampoco ha podido rebatir los testimonios presentados por la Fiscalía de la Corona. Y, lo que es más extraordinario, los periodistas (entre los que me incluyo) tienen prohibido incluso «especular» acerca de las razones por las que el juicio se celebraba a puerta cerrada.

A efectos prácticos, esto significa que no solo no tengo permiso para informar sobre el material que pueda referirse a lo que sucedió *in camera*, sino que, siguiendo la ley al pie de la letra, no puedo repetir artículos, testimonios, correos electrónicos ni otros informes que ya son del dominio público, por miedo a provocar una orden de desacato por parte del juez. De hecho, el gobierno está tan desesperado por que no contravenga la orden del juez que el Fiscal General de Inglaterra y Gales envió una carta a mi domicilio con una advertencia: ándese con ojo, sabemos lo que está haciendo.

¿Qué puedo decir sobre las sesiones del tribunal a puerta cerrada? Pues no mucho. Lo único que puedo hacer es trepar el muro que ha impuesto el juez e intentar describirlo. No puedo mirar al otro lado ni imaginar por qué se

construyó ese muro. Lo que sí puedo decir es que el contenido secreto adjunto al certificado de inmunidad del interés público y lo que se reveló en las sesiones *in camera* debe ser de un alcance y magnitud enormes para que su relevancia pase por encima de una tradición centenaria de transparencia en la justicia. Al fin y al cabo, el de Wang Yam fue el primer juicio por asesinato en la historia moderna de Gran Bretaña que se celebró a puerta cerrada.

Wang Yam sigue en prisión, donde probablemente cumplirá el resto de sus veinte años de condena. Pero ¿le corresponde estar allí? Los tribunales de justicia dicen que así es. Yo no estoy tan seguro. Tras dos años de investigación, creo que Allan Chappelow fue víctima de dos delitos separados cometidos por dos o más personas diferentes: un asalto al domicilio y un asesinato. Creo que Wang Yam estuvo implicado en el fraude, y de hecho lo ha admitido, al menos en parte. Sin embargo, dadas las pruebas que había contra él, no creo que hubieran debido declararlo culpable del asesinato. Por lo menos merecería una revisión de su juicio.

Si no fue Wang Yam, ¿quién asesinó a Allan Chappelow?[1] ¿Fueron gánsteres de las tríadas chinas? ¿Un amigo o conocido al que la anciana víctima invitó a casa? ¿O un desconocido al que se le presentó la oportunidad?

Creo que la más probable de todas las posibilidades es que el asesino fuera alguien a quien Allan Chappelow llevó a su casa. Tal vez la voz captada en la llamada telefónica a la agencia tributaria fuera la del autor de los hechos. Según los expertos en creación de perfiles criminales, un acompañante de esa índole encajaría con la naturaleza íntima y violenta del crimen. También explicaría por qué no había señales de forcejeo entre la puerta de entrada y la habitación en la que se encontró el cuerpo de Allan Chappelow, porque tal forcejeo no existió. El lugar de eso, el acompañante fue invitado a pasar al interior del número 9 de Downshire Hill y, finalmente, a la Habitación Seis, en la que había tenido lugar el baño de sangre. Esto, no obstante, es pura especulación. Transcurrida una década del asesinato de

Allan Chappelow, no hay nada claro. Es un buen ejemplo de cómo este mundo nuestro tan bien iluminado sigue estando intercalado por áreas de profunda oscuridad. Esto es cuanto sabemos: asesinaron brutalmente a un anciano. Declararon culpable del delito a un hombre y lo encarcelaron durante más de una década. El gobierno británico sigue negándose a desvelar todos los detalles del crimen, o su propia implicación en el caso. Y es posible que haya un asesino libre merodeando por las calles de Londres.

Estaría bien imaginar una reunión de los fantasmas[2] al final de la historia, como sucedía en la obra *Santa Juana*, de George Bernard Shaw: Chappelow, Wang Yam, los jueces, los abogados, los detectives, los testigos, los periodistas... Revisarían el caso con los beneficios de mirarlo en retrospectiva. Tal vez llegaran a una nueva conclusión.

POST SCRIPTUM

Cuando se escribe sobre un caso de asesinato como este es fácil olvidar a la figura más importante de todas: la víctima. El asesinato de Allan Chappelow es la injusticia más grande de toda esta historia. Un anciano fue golpeado hasta morir en su propia casa y sepultado bajo una montaña de papeles de más de un metro de altura. Lo que también resulta asombroso es el hecho de que su cuerpo no se descubriera hasta después de un mes de su muerte.

En Hampstead, todos creían que Allan Chappelow era un excéntrico: un ermitaño con síndrome de Diógenes. Para cualquiera que pasara por delante de su casa, estaba claro que algo no cuadraba. Aun así, Allan hacía saber a todos su deseo de que le dejaran en paz. En su funeral, parientes a los que nunca había conocido alternaron con los agentes de policía a cargo de la investigación de su asesinato. Sabían tan poco de él que el sacerdote se vio obligado a recurrir a leer la biografía del difunto extraída de un libro suyo publicado hacía medio siglo.

Tal vez en otros tiempos, cuando se construyó la casa, alguien habría cuidado mejor de Allan, o lo habrían echado de menos antes. Entonces, quienes estaban en los márgenes de la sociedad solían recibir la atención de sus vecinos. Actualmente, parece que el único vínculo que tienen los vecinos entre ellos es el emplazamiento. Lo que nos conecta es el puro hecho de vivir físicamente cerca uno de otro. Sin esto, los vecinos serían desconocidos, como cualquier otra persona que pasa por la calle.

Y, no obstante, los vecinos pueden tener un impacto profundo en nuestras vidas. Compartimos el espacio con ellos, oímos su música, olemos lo que cocinan, vemos su colada o las condiciones en las que se encuentra la decoración exterior de sus casas. Sin embargo, la relación no es íntima. Lo que sucede tras las puertas cerradas de nuestro vecino es un misterio. La Biblia nos dice que «amemos al prójimo como a nosotros mismos», pero lo cierto es que, a pesar de nuestra proximidad, rara vez conocemos a nuestros vecinos, por no hablar de amarlos. Suelen ser extraños, otros, y sus vidas son privadas y permanecen ocultas. Tal vez la muerte de Allan Chappelow debiera servir como advertencia.

En otoño de 2017 volví a Hampstead para dar un paseo por mi antiguo barrio.

Empecé en la estación de metro de Hampstead, con sus familiares azulejos de color rojo oscuro. Giré a la derecha, caminé hasta la colina, pasé por la pequeña iglesia y la galería de arte, hasta que llegué al estanque Whitestone, donde en otro tiempo Allan expuso sus fotografías. Crucé la carretera, rodeé el pub Jack Straw's Castle y llegué a un estrecho sendero de tierra que me condujo hasta West Heath. Había pañuelos de papel, preservativos y latas de cerveza desperdigados por el suelo. Se acercaba el crepúsculo, y entre los árboles y los arbustos se veían siluetas en la penumbra. Vi a un anciano con muletas de pie junto a un árbol, observando. Cerca de él, otro hombre caminaba lentamente a través de la maleza. Aquel mundialmente famoso punto de encuentro entre homosexuales parecía seguir activo.

Salí a un claro polvoriento al que se llega tras internarte unos cientos de metros en el parque. El lugar estaba rodeado por grandes robles y olmos, con ramas que se elevaban perpendicularmente hacia el cielo. Una de estas largas ramas sobresalía de entre las demás, una extremidad gruesa y voluptuosa que se elevaba a escasos centímetros del suelo. En el centro de la rama había un trozo desgastado y reluciente. ¿Sería ese el banco de los azotes?

Volví sobre mis pasos a través del bosque hasta que me encontré de nuevo en el estanque Whitestone. A mi izquierda, la luz tenue de las farolas

iluminaba Spaniards Lane, en su día frecuentado por los salteadores de caminos y los ladrones, y la esquina en la que estaba el patíbulo improvisado. Me alejé del Heath, volviendo de nuevo hacia las luces de Hampstead, pasando ante tiendas de telefonía, restaurantes de franquicias y cafeterías, pero también algunas fachadas reconocibles: el cine de autor, el salón de té húngaro y, finalmente, la comisaría clausurada en la esquina de Downshire Hill, de la que se rumorea que se convertirá en una escuela para acomodar a la población infantil de Hampstead.

Dejé la casa en forma de cubo de cristal a la derecha y la hilera de pisos de ladrillo rojo a la izquierda, hasta que llegué al número 9 de Downshire Hill, con su entrada marcada por dos columnas perfectamente remodeladas y un cartel de SE VENDE. Cuando atisé entre la doble verja de hierro forjado accionada por control remoto vi que habían reformado completamente la finca. El descuidado jardín delantero había sido clareado para dar lugar a un camino de entrada con espacio suficiente para aparcar tres coches, adornado con varios árboles cuidadosamente podados. Detrás se erguía la alta casa de base rectangular, cuatro plantas reconstruidas por completo, con sus suaves paredes pintadas en un suntuoso color marfil, dos balcones que guardaban una simetría perfecta sobresaliendo de la fachada. Me pregunté qué pensaría Allan Chappelow de la casa de estilo regencia que tanto apreciaba su padre ahora que estaba en el mercado por 14,5 millones de libras y tenía una piscina en el sótano, cocina con suelos de mármol, cine privado y una bañera sin encastrar.

Caminé hasta la casa en la que pasé mi infancia, el número 13A. Se veía el césped de la entrada, el sinuoso camino de baldosas, los plantíos de flores bien cuidados. Aquí fue donde enterramos a nuestro gato, Iván. Aquí celebró mi hermana el día que cumplió veintiún años. Aquí, el periódico local me hizo una fotografía cuando tenía diecisiete años, justo antes de marcharme a hacer una ruta en bicicleta de un año por América del Sur y del Norte. La iglesia de St. John quedaba en frente, y detrás estaba la biblioteca de la Keats House, donde en ocasiones podía verse a Allan Chappelow leyendo los diarios.

Seguí bajando por la calle y llegué al pub The Freemasons Arms, en el

que había unos cuantos fumadores solitarios disfrutando de la última luz del día. Crucé la calle hacia el Heath, pasé por el estanque, atravesé un sendero de madera oscura hasta llegar al pie de Parliament Hill, por cuya familiar colina ascendí.

Cuando llegué a la cima, me senté en uno de los bancos de madera y admiré las vistas. Al mirar por encima de los tejados, vi hileras y más hileras de edificios: barrios que fluían hasta otros barrios. La ciudad se extendía ante mí, vivaz y anónima.

Para más información sobre esta historia:
www.bloodonthe page.com

NOTAS

LISTA DE PERSONAS

* Según Wang Yam.

1. EL DESCUBRIMIENTO

[1]. Como muchas calles de Hampstead, la calle Downshire Hill había acogido a numerosas estrellas de las industrias de la creación, a escritores y a artistas, entre ellas a los creadores de los Teleñecos (n.º 1B), los escritores Edward, Constance y David Garnett (n.º 6), el poeta Edwin Muir (n.º 7), los escenógrafos Gordon Craig y Elizabeth Jenkins (n.º 8), la escritora Teodora Benson (n.º 10), la poeta Sylvia Lynd (n.º 11), la artista Elena Meo (n.º 30), la familia Carline, también conocida por ser la organizadora de la reunión de artistas «Hampstead Set» (n.º 47) —durante la Segunda Guerra Mundial, la casa fue sede del Comité de Artistas Refugiados; una de las personas a las que acogió fue John Heartfield, el alemán inventor del fotomontaje—, el experto en arte sir Roland Penrose (n.º 21), el artista John Constable (n.º 25-26), la actriz Flora Robson (n.º 37), el artista Gaetano Meo (n.º 41), el escritor Amber Blanco White (n.º 44), la poeta Anna Wickham (n.º 49) y los arquitectos sir Michael y lady Patty Hopkins (n.º 49A), por nombrar algunos de ellos.

[2]. Según el libro *The Streets of Hampstead*, de Christopher Wade, el origen de la calle Downshire Hill está alrededor de 1814. Su nombre está relacionado con el primer marqués de Downshire, cuyo apellido era Hill.

[3]. Según el censo electoral Metropolitan Borough of Hampstead Register of Electors que se guarda en la biblioteca Holborn, en Londres, Archibald y Karen Chappelow se empadronaron en el número 26 de Downshire Hill en 1925 y en el número 9 en 1935. El registro Borough of Hampstead General Rates de 1934-1935 ofrece una versión similar y contiene una nota escrita en tinta roja que dice que el número 9 de Downshire Hill fue «comprado por A. C. Chappelow, del número 26 de Downshire Hill» y que se «trasladó el 4 de enero de 1935». El libro de registros refleja también que, hasta 1935, Herbert y Berta Green vivían en el número 9 de Downshire Hill (presumiblemente como arrendatarios), y que Archibald Chappelow compró el inmueble a la señora A. G. Spurling. Resulta confuso, no obstante, que en el registro de la escuela The Hall se reseñe que la familia Chappelow vivía en el número 9 cuando se marchó Allan, en junio de 1933.

* «La R es por la rudeza (no, no por el señor Rotherham). Eso dicen los profesores cuando los chicos van a molestarlos. / La S es por Sita, un gran vendedor, según parece, ya que un humorista dijo: «Marchad con él si queréis helado». / La T es por tunda, un castigo raro. Ve al estudio y el director te dará una buena». (N. del t.)

[4]. A pesar de la reputación que tenía en el barrio, Allan Chappelow no era un ermitaño (*recluse*). Según el *English Oxford Dictionary*, la palabra *recluse* alude a una persona «encerrada, aislada de la sociedad». Asimismo, el diccionario Webster define este sustantivo como una persona «retirada del mundo o de la vida pública». Sin embargo, apenas unos días antes de su asesinato, Allan había regresado de un viaje a Estados Unidos de un mes de duración, donde varios testigos lo describieron como una persona sociable, simpática y extrovertida. Es más, su vecino Peter Tausig dijo que había viajado recientemente a Alemania, en tanto que su primo Torben Permin afirmó que había ido a Dinamarca varias veces. Según los sellos de su pasaporte, Allan Chappelow había visitado El Cairo (Egipto) en octubre de 2002. También se indicaba que había viajado a Hungría y Eslovenia a principios de la década de 2000. Del mismo modo, permanecía en contacto con su comunidad local. Leía el periódico en la biblioteca comunitaria de Keats Grove y votaba en las elecciones del distrito (su última votación la emitió unos días antes de su muerte). Asimismo, el 20 de marzo de 2006, unos días antes de su viaje a Estados Unidos, dio una orden de domiciliación al banco por la que donaría

diez libras mensuales al Ejército de Salvación.

2. ALLAN CHAPPELOW

[1]. Genealogista aficionado, Pete Lansdown había determinado que su familia vivía cerca de St. Pancras, en el norte de Londres, desde 1795. Su abuelo había sido cabo en el prestigioso regimiento de caballería Household Cavalry, y su padre había servido como artillero en el regimiento de infantería. «Mi padre siempre me motivó —recordaba Pete—. Siempre me animaba a ser «lo mejor que puedas ser. Siéntete orgulloso de ti mismo y de tu familia».

[2]. Tal vez el caso más famoso de Lansdown antes del asesinato de Allan Chappelow fuera la detención de Mark Lambie, al que llamaban el «Príncipe de la Oscuridad», que era sospechoso del asesinato del agente Keith Blakelock y de varios delitos violentos relacionados con la banda Man Dem, de la que ejercía como líder. Lambie fue condenado a doce años por secuestrar a dos hombres y torturarlos con un martillo, un hierro candente y agua hirviendo. Después de que intimidaran a varios testigos clave, Lansdown dijo que el caso de Lambie confirmaba su visión de que «no debería confiarse en los testimonios de las víctimas, ya que pueden distraerse fácilmente en el juicio. Es mucho mejor utilizar a testigos profesionales..., policía, testimonios bancarios, conversaciones de teléfonos móviles y demás». En el libro *Guns and Gangs*, de Graeme McLagan, podemos encontrar un relato del papel de Lansdown en aquel caso.

[3]. Da la casualidad de que este hotel pertenecía a la familia de mi madre. Mi abuelo Samuel Salmon, que también era vigilante de bombardeos en aquella época, pudo haber compartido perfectamente la azotea con Allan.

[4]. Curiosamente, George Bernard Shaw, el héroe de Allan Chappelow, era consciente de las posibles consecuencias de un asalto frustrado al domicilio. En el prólogo a su obra de 1905 *Major Barbara*, escribió: «Es extremadamente difícil hacer que la gente se percate de que el mal... En el caso de que un hombre entre en mi casa y robe los diamantes de mi esposa, doy por sentado que le robaré diez años de su vida y lo torturaré durante todo ese tiempo. Si intenta superar mi monstruosa venganza disparándome, quienes me sobrevivan lo ahorcarán. El resultado neto que arrojan las estadísticas de la policía es que infligimos lesiones atroces en los asaltadores que atrapamos para que el resto tome precauciones eficaces contra su detección; de modo que en lugar de salvar los diamantes de nuestra esposa del robo, no hacemos más que reducir enormemente nuestras posibilidades de recuperarlos y aumentar la probabilidad de que el ladrón nos dispare si tenemos la mala suerte de molestarlo cuando realiza su trabajo».

[5]. El 14 de junio, justo después de conocer la existencia del asesinato, Pete Lansdown le pidió a Peter Devlin que contactara con el mando que estuviera de guardia en la comisaría de Hampstead. Dado que ya estaban en la comisaría, Devlin pensó que se trataría de un encargo sencillo. En el piso de abajo encontró a dos agentes de menor rango en el mostrador de ingresos que «no tenían ni idea de lo que sucedía» y no pudieron darle un número de contacto. Frustrado, Devlin llamó a la nueva centralita de la policía, les dijo que era el subinspector Peter Devlin, que estaba en la comisaría de Hampstead y quería hablar con algún mando de Hampstead. «¿Eso está en Islington, no?», le respondieron. Les dijo que en realidad estaba en Camden. La operadora de la centralita le sugirió: «Llame a Hampstead, allí alguien lo sabrá»; y, sin escuchar la respuesta de él («¡Estoy en la oficina de la entrada!»), le pasó con la comisaría de Hampstead. Llegados a este punto, Pete Lansdown estaba ya junto a Devlin, escuchando la conversación. Un momento después, sonó el teléfono en la oficina de la entrada, y Lansdown lo cogió y gritó: «¡No hay ni una puta alma aquí, ya te lo ha

dicho!». Tardarían un tiempo en contactar con el oficial al mando de guardia en la comisaría de Hampstead.

[6]. Según Devlin, Pollokshaws era un lugar lleno de aventuras en el que criarse. Cuando las camionetas aminoraban la marcha al final de la carretera, sus amigos y él se subían a los laterales y aguantaban agarrados tantas calles como fuera posible. También se ponían en las vías del tren que transcurrían por detrás del bloque de apartamentos, retándose a permanecer sobre ellas mientras las locomotoras se acercaban haciendo tronar su silbato. A principios de la década de 1960, la familia se trasladó a Drumchapel, y sus padres lo agradecieron, porque, aunque ese barrio de Glasgow era conocido por el vandalismo y las drogas, al menos tenían váter en el interior de la casa.

[7]. Devlin recordaba que estaba un tanto desorientado cuando llegó a Londres. No solo tuvo que aprender las diferencias entre las leyes escocesas e inglesas, también tenía que adoptar un nuevo vocabulario del inglés: lo que él conocía como *fire-raising*, por ejemplo, en Londres se le llamaba *arson* («incendio provocado»), *housebreaking* era *burglary* («allanamiento de morada»), y un *panel* se conocía como *defendant* («acusado o demandado»). Y en tanto que se había acostumbrado a la intensidad de trabajar con la violencia de las bandas criminales y las drogas, la pequeña comisaría a la que lo asignaron en el norte de Londres le parecía tediosa y aburrida.

[8]. George Bernard Shaw murió mientras dormía el 2 de noviembre de 1950. Cuando se supo la noticia, el consejo de ministros de la India aplazó su reunión, se guardaron dos minutos de silencio en los teatros australianos y se apagaron brevemente las luces en Broadway y Times Square. La última fotografía de George Bernard Shaw fue la que tomó Allan Chappelow, y fue la imagen que predominó en todos los periódicos del mundo.

3. EL ASESINATO

[1]. Otro artículo del 22 de junio de 2006 informó de que la investigación por la muerte de Allan Chappelow tuvo lugar el 19 de junio de 2006 en el juzgado forense de St. Pancras bajo la dirección del forense Andrew Reid. Este dimitió en 2012 tras contratar como auxiliar a su mujer (trabajó en la autopsia de la cantante Amy Winehouse), que no tenía la cualificación requerida.

[2]. No mencionó que en aquella época había más de tres millones de presos políticos en los gulags y campos de trabajos forzados soviéticos.

4. LA FAMILIA DE LA VÍCTIMA

[1]. El abuelo de Torben, Aagen Permin, era el hermano de Karen Chappelow. Por lo tanto, Allan y Torben eran primos segundos.

[2]. La campaña para detener a la cadena de hamburgueserías en Hampstead fue apoyada por más de cinco mil residentes y propietarios de establecimientos. Atrajo el apoyo de celebridades como el actor Tom Conti, la novelista Margaret Drabble y Peggy Jay, la gran dama del movimiento laborista. No obstante, tras una campaña de doce años y una audiencia en el Tribunal Supremo, McDonald's abrió finalmente las puertas de su sucursal en Hampstead High Street en junio de 1993. Transigieron en que la fachada típica de colores amarillo y rojo se pintara de negro. El 16 de noviembre de 2013 sirvió su último Happy Meal después de que la compañía anunciara que había vendido su concesión a otra cadena.

Apuntes del caso

* Consejero de la reina (QC, por sus siglas en inglés, Queen's Counsel). (*N. del t.*)

[1]. Instalada en los alrededores de Nottingham, al norte de Inglaterra, Lowdham Grange es una prisión en manos privadas operada por una compañía llamada Serco. Según su página web, Serco gestiona seis cárceles de adultos sobre la base de un contrato con el Servicio Nacional de Gestión de Delincuencia y el Servicio de Prisiones Escocesas del Ministerio de Justicia británico. También dirigen un Centro Correccional para jóvenes en nombre del Comité de Justicia Juvenil de Inglaterra y Gales. Serco cotiza en la Bolsa de Londres.

7. LA PERSECUCIÓN

[1]. Wang Yam admite que pasó por Downshire Hill en numerosas ocasiones. Solía beber en el pub The Freemasons Arms, situado al final de la calle, al lado del Heath (su bebida favorita era la cerveza Guinness; la de Dong Hui, el vino tinto). Acudía frecuentemente a la clínica Keats Group Practice en el número 1B de Downshire Hill, ubicada en lo más alto de la calle, frente a la comisaría de policía, casi en la esquina con Hampstead High Street. En 2003 fue a ver una casa en Downshire Hill con la perspectiva de comprarla. El 4 de mayo de 2006 votó en las elecciones locales en la biblioteca de Keats Grove. Declaró que esto había sucedido entre las cuatro y las cinco de la tarde, ya que recordaba que un miembro del partido Liberal Demócratas lo llamó poco después para comprobar que había votado. Merece la pena destacar que Allan Chappelow también votó en el mismo colegio electoral aquel día, aunque no hay registro de la hora en que lo hizo. Tanto el nombre de Wang Yam como el de Allan Chappelow aparecen reflejados en el censo de votantes de residentes de Hampstead de diciembre de 2005.

8. WANG YAM

[1]. Actualmente, a Xi'an se la conoce también por albergar uno de los símbolos culturales del mundo, el ejército de terracota formado por estatuas de soldados y caballos conocido como los «guerreros de Xi'an», que fue descubierto por unos granjeros que buscaban pozos de agua en 1974, una década después del nacimiento de Wang Yam.

[2]. Aunque los rastros del pasado de Wang Yam estén muy extendidos, son poco fiables. En Gran Bretaña, por ejemplo, usó varios nombres. Según su certificado de nacionalidad británica, su nombre era Ren Hong. Pero ese no era el único nombre con el que se lo conocía en Londres. En uno de los ordenadores que dejaron en Denning Road, la policía encontró un correo electrónico del 13 de abril de 2006 que le envió su novia, «Vivien» Dong Hui: «Hola. Soy Vivien, desde casa, en Hampstead, Londres. Quiero darte una noticia: me casaré con un hombre que se llama John Richard, también conocido como John Wong, Wang Yam, Zhang Jia, Ren Hong, Wang Hong Yam... Bueno, no recuerdo todos los nombres que tiene. Pero eso no afecta a mi amor. Te contaré otra historia más sobre él. ¿Estás interesado en compartir mi sentimiento? V.».

[3]. Según los informes de la policía china. Nótese que en China los apellidos se colocan primero, de modo que «Ren» era su apellido.

[4]. En su solicitud para obtener la ciudadanía británica, en otros documentos y en conversaciones con el autor, Wang Yam afirma que su padre era Ren Yuanyuan. Durante el juicio, el QC Philip Baker asegura esto mismo. En caso de ser cierto, Wang Yam sería el nieto de una de las figuras militares más importantes de China, Ren Bishi. No obstante, según el nieto reconocido de este, Ren Jining, y también según su nieta, Zhu Xiaoping, Wang Yam no es miembro de esa familia.

[5]. Según Wang Yam, su tío Ren Li Yi era el secretario personal de Peng Dehuai, uno de los líderes militares de mayor rango de la Revolución china de 1949, que después sería ministro de Defensa del país. Sin embargo, en 1959, Peng Dehuai publicó un poema que criticaba los fallos de los programas de colectivización masiva de granjas derivados del Gran Salto Adelante. «Grano desperdigado por el suelo, hojas de patata marchitas —escribió Peng Dehuai—, dejad que alce la voz para el pueblo». Durante los siguientes meses continuó aireando su oposición a las políticas del gobierno y, lo que es más extraordinario, criticando abiertamente al presidente Mao. Poco después, Peng fue obligado a dejar el cargo y participó en una serie de sesiones públicas de «autocrítica». Durante la Revolución Cultural, Peng se convirtió en uno de los objetivos más importantes de la Guardia Roja. En enero de 1967, Peng desfilaron encadenado, ataviado con un capirote y con un tablón alrededor del cuello que llevaba escrita la palabra «crímenes» ante varios miles de miembros de la Guardia Roja. Más tarde, Peng fue torturado repetidas veces y sentenciado a cadena perpetua. Entretanto, ahora que su anterior jefe era considerado un enemigo del estado, Ren Li Yi, tío de Wang Yam, regresó a su provincia natal de Shaanxi.

Apuntes del caso

[1]. Wang Yam afirma que habían empaquetado sus pertenencias del piso en febrero o marzo, anticipando que tendrían que marcharse a causa del desahucio pendiente. «Siempre tuvimos intención de ir a Suiza — dijo—. No tuvo nada que ver con el asesinato de Allan Chappelow».

9. LAS PRUEBAS

[1]. El 4 de mayo, tres días después de su regreso de Estados Unidos, Allan pagó una recarga de cincuenta libras para su teléfono móvil usando la tarjeta de crédito de Sainsbury's. La policía cree que esta fue la última operación financiera que hizo Allan Chappelow.

[2]. Zhu Xiaoping (amiga de Wang Yam y tal vez prima segunda) afirmaba que, a pesar de que en aquella época eran íntimos, no tenía conocimiento de que Wang Yam se hubiera casado en Pekín. Admitía que tal vez se debiera a que ella había emigrado a Estados Unidos en mayo de 1991, cuatro meses antes de la boda, pero le sorprendía que no mencionara nada al respecto en sus posteriores conversaciones telefónicas.

[3]. En 1997, Gran Bretaña transfirió los poderes de gobierno y la soberanía de Hong Kong a China. Muchos de los residentes del territorio estaban preocupados por su futuro. ¿Mantendría Hong Kong su cultura favorable a los negocios y su reputación como centro del capitalismo o se censuraría a la prensa y se impondría el sistema de partido único del gobierno central? A Gran Bretaña también le preocupaba que ceder el control de Hong Kong supondría perder su capacidad para vigilar lo que acontecía en China. El año anterior, más de un 1 % de la población había emigrado de Hong Kong, aquellos cuyas miras estaban puestas exclusivamente en Occidente.

[4]. Según un informe de la BBC publicado el 26 de noviembre de 2013, He Jia Jin, también conocido como «Anthony Ho», fue multado con 1,9 millones de libras en 2013 ante un tribunal de Bristol por evasión de impuestos. En 2012 fue sentenciado a ocho meses de prisión tras declararse culpable de realizar operaciones comerciales ilícitas. Pagó solamente mil libras de impuestos por ingresos por un imperio valorado en 370 millones, según se declaró en el tribunal. De no pagar su multa llegados a mayo de 2014, He Jia Jin sería encarcelado durante cinco meses. Actualmente, no queda claro qué sucedió al respecto.

[5]. El agente Rob Burrows contactó con la embajada de Estados Unidos en Londres el 19 de julio de 2006 para conseguir copias de las diversas cuentas de Hotmail y Yahoo que tenían Wang Yam y Dong Hui. Lo transfirieron al agregado legal adjunto, Scott Gickering, que le recordó el Acuerdo de Asistencia Legal Mutua entre sus dos países y le sugirió que enviara una petición por escrito. El 31 de julio, Gickering confirmó que tenían las copias de las cuentas de correo electrónico.

10. LA LLEGADA

[1]. La versión de Wang Yam difiere un poco. Cree que conoció a Jenny en 1992 en una protesta a favor de la democracia en Chinatown. En esa época, Li Jia todavía estaba en China. «Ella [Jenny] es una mujer hermosa y bien educada —recordaba Wang Yam—, siempre se acordaba de enviarnos regalos por nuestros cumpleaños».

[2]. Según Wang Yam, al principio había hecho arreglos para que sus pertenencias se quedaran en el 18 de Melrose Avenue, en Wimbledon, en la casa que todavía estaba a su nombre y al de Li Jia. Cuando Dong Hui le dijo que no quería ver a su exmujer ni pasar por su casa, acordaron buscar otro lugar.

11. EXTRADICIÓN

[1]. Los archivos que mantienen en el registro mercantil del Reino Unido (Companies House) confirman que, durante la década de 1990, Wang Yam fundó más de quince empresas. Seis de ellas estaban a nombre de Wang Yam, entre ellas Sun Life PLC, Kingston Networks PLC, First Direct Trust e Investment International Ltd. Otras, como City Computer y Network Service Ltd., First Direct Financial Service Ltd. y Rainbow Publishing Ltd., estaban registradas bajo el nombre Wong Yam, pero con la misma fecha de nacimiento. Entre sus socios solía estar su primera esposa, Li Jia (que a veces constaba como «Alison Lee») y su primo Lijun Wang. Ninguna de estas compañías opera en la actualidad. Las actividades de Wang Yam en Gran Bretaña son casi tan difíciles de determinar como las que realizó en China.

[2]. La primera mención que consta de una rueda de reconocimiento de la policía puede encontrarse en una orden de la Policía Metropolitana fechada el 24 de marzo de 1860, tras unos comentarios —supuestamente favorables— de un juez auxiliar en Middlesex. En las siguientes décadas, el procedimiento se mejoró y regularizó, de tal modo que, en 1905, el entonces ministro del Interior animó a todos los cuerpos policiales a usarlas.

[3]. De hecho, se produjeron tantas condenas improcedentes derivadas de las ruedas de reconocimiento que, en 1976, el Comité Devlin [sin relación alguna con el subinspector] sobre Evidencias Identificadoras de Casos Penales recomendó que solo se tuvieran en cuenta si eran corroboradas mediante otras pruebas.

[4]. Para ver una demostración de cómo funciona el VIPER visiten www.viper.police.uk/pages/demo_video.html.

[5]. El 13 de julio de 2006, nueve días después de la rueda de reconocimiento VIPER y prácticamente un mes después de que Wang Yam y Dong Hui hubieran salido del país, Peter Devlin recibió una llamada de Anna Toma relativa al piso de Denning Road. Dijo que tanto el piso C como el D habían sido allanados. Habían forzado las puertas de entrada. En el piso D estaban todas las cosas revueltas y se habían llevado un ordenador. Del piso C (que estaba en su mayor parte vacío) no se llevaron nada. Se tomaron las huellas dactilares de la puerta de entrada al piso D y de un joyero de su interior. Encontraron pisadas en la puerta del piso C, pero no se correspondían con ninguna de las que la policía tenía en sus archivos. Tras unas horas de pesquisas concluyeron que el asalto al domicilio no tenía relación con el asesinato de Chappelow.

[6]. Mientras estaba en prisión, Wang Yam escribió a varios políticos para que se interesaran por su caso. Según una carta que escribió al anterior ministro para la Empresa, Vince Cable, el 5 de julio de 2012: «Trabajé como director de Credit General Group PLC, que fue regulada por el MCCB [Mortgage Code Compliance Board, u Oficina de Cumplimiento del Código Hipotecario], cuyo poder fue transferido después a la FSA [Financial Services Authority, o Autoridad de Servicios Financieros]. También he recibido formación como asesor financiero independiente y conozco la normativa sobre blanqueo de dinero de la FSA, que se actualizó tras el “11 de septiembre”». El 10 de mayo de 2005, la Financial Conduct Authority [FCA, o Autoridad de Conductas Financieras, sucesora de la FSA] citaba a Credit General Group PLC con una nota de «advertencia» en la que decía: «Creemos que esta empresa ha estado proporcionando productos o servicios financieros en el Reino Unido sin nuestra autorización. Averigua por qué hay que estar especialmente alerta al tratar con esta firma no autorizada y cómo protegerte de los estafadores». En enero de 2013, Wang Yam

escribió también a la entonces ministra del Interior Theresa May para compartir detalles sobre su caso y alertarla sobre «la clase de injusticia que se ha hecho hacia este acusado».

[7]. Una de las pocas excepciones a esto sucedió a principios de 2006, cuando Wang Yam vendió algunos de sus dominios a Richard Ross, un joven periodista gastronómico que trabajaba para la editorial William Reed. Ross estaba buscando un dominio que encajara con su blog dedicado al vino y los licores. Encontró al propietario de *wine-spirit.com*, utilizando la herramienta Whois en internet. Tras recibir varios correos «pretenciosos», Ross estaba «ligeramente inseguro» respecto al vendedor. No sabía exactamente de qué se trataba, pero «había algo en sus modales» que le preocupaba. Durante un tiempo pensó en ir a Denning Road para comprobar la identidad de Wang Yam, pero después decidió que dada la pequeña escala del negocio no merecía la pena, y compró el dominio. «Estaba acostumbrado a lidiar con la gente más solitaria que habita este mundo», dijo. El 24 de febrero envió una carta a Wang Yam junto con un cheque de 450 libras. Unos días más tarde recibió el control sobre el dominio.

[8]. Según la declaración que hizo a la policía Daniel Epstein, de la agencia inmobiliaria TK International, Wang Yam dijo que trabajaba en «las oficinas de Credit Zurich en Mayfair»; es de suponer que se trataba de Credit Suisse, en Mayfair, cuyas oficinas centrales están en Zúrich.

12. EL FUNERAL

[1]. Más tarde, Michael Chappelow escribió un correo a Patty en el que compartía sus pensamientos sobre el funeral. «Querida Patty, desde el funeral me he sentido muy mal y no dejo de pensar en cuánto podríamos haber hecho para que fuera más apropiado para Allan, aunque no seamos nosotros quienes recibamos la herencia. Aquello fue una experiencia de lo más desoladora. Imagina una ceremonia en la pequeña iglesia de Downshire Hill, donde sus amigos y vecinos habrían tenido la oportunidad de incluir sus recuerdos sobre él y alguno de nosotros podría haberlos recopilado incluso en un panegírico. La verdad es que la culpa es de la policía, que tendría que haber seguido implicándonos como parte de la familia, en lugar de dejarnos a dos velas cuando se percataron de que no éramos los parientes más cercanos. En cualquier caso, los daneses tendrían que haber trabajado con nosotros para que Allen [*sic*] tuviera una mejor despedida... ¡Lo único bueno fue tener la oportunidad de conocerte! Me habría gustado que dispusiéramos de más tiempo... Voy a hablar con el detective Pickering sobre cómo me he sentido por no tener la oportunidad de ayudar a planificar el funeral e incluir los pensamientos de sus amigos y vecinos, así como los nuestros propios. Con amor, Michael». Patty contestó al correo electrónico: «Aunque fue una ocasión muy triste para conocernos —escribió—, estoy muy contenta de haberos conocido a ti y a James y también a los daneses. Además, me alegra mucho haber llegado a conocer a Allan y haber pasado algo de tiempo con él». Añadió: «Coincido en que la ceremonia podría haberse gestionado mejor, pero lo hecho, hecho está». Ese mismo día, Michael respondió que Gerry Pickering había hablado con una mujer de Hastings, en la costa sureste de Inglaterra, que conocía a Allan desde hacía sesenta años. Había hablado con él para que dejara testamento y él le dijo que si le pasaba algo «sus parientes de Dinamarca se quedarían con todo». Aparentemente sosegado al oír esto, Michael escribió que esta «es la más clara expresión de los deseos de Allan que se pueda tener. Creo que habría ayudado saberlo desde el principio, pero me siento satisfecho de que se haya hecho lo correcto». Añadió que había hablado con su madre sobre el asesinato de Allan y que esta le había dicho que cualquier Chappelow «lo habría intentado» con un intruso y que, «según el detective Pickering, probablemente sucediera eso». Finalizó su correo prometiendo «mantener el contacto» y deseándole que se repusiera pronto de su visita a Londres, agregando que «¡este tipo de cosas nos pasa factura a las personas mayores como nosotros!».

13. LA DETENCIÓN

[1]. Más tarde, Wang Yam afirmaría que había gestionado *beijingwatch.org* como blog para los disidentes chinos desde principios de la década de 1990, lo cual es sorprendente, ya que registró el nombre en 2006.

[2]. Once días más tarde, el 8 de octubre, Patty Ainsworth recibió un correo de su primo Michael Chappelow desde Inglaterra diciendo que tenía noticias del detective Gerry Pickering. «Han detenido al principal sospechoso —dijo— y está bajo custodia policial en Suiza, esperando la extradición». Aunque habían tardado cuatro meses en hacerlo, la familia de Allan Chappelow se alegró de que la policía tuviera bajo custodia al principal sospechoso. Solo podían esperar que el juicio no se retrasara mucho y que hubiera suficientes pruebas para condenarlo.

[3]. Unos días después, la noticia de la detención de Wang Yam se filtró a los medios británicos. El diario *Camden New Journal* cubrió la noticia bajo el titular: «ASESINO DETENIDO». «Los detectives que buscaban al asesino del ermitaño de Hampstead Allan Chappelow detuvieron a un hombre en Suiza», decía el artículo. «La policía suiza irrumpió en la casa para detener al individuo, de cuarenta y cinco años. Actualmente, la policía está preparando la documentación para extraditar al sospechoso y devolverlo a Gran Bretaña, donde se enfrenta a la acusación de asesinato».

[4]. Wang Yam tenía un recuerdo similar de aquel acontecimiento. Cuando les confirmó su identidad y le leyeron sus derechos, dijo que Peter Devlin asintió con la cabeza, como diciendo: «He atrapado a mi hombre».

[5]. Más tarde, el equipo forense de la división científica de la Policía Metropolitana de Londres examinó la caja, y encontró el número de Dong Hui en la agenda de su teléfono apuntado con el nombre «amante».

[6]. Al mismo tiempo que Wang Yam se instalaba en su nuevo alojamiento en la prisión Pentonville, el detective Gerry Pickering escribió a Patty Ainsworth, que estaba en Estados Unidos. «Hoy, 14 de noviembre, el principal sospechoso Wang YAM ha sido extraditado desde Suiza, se lo trasladó a la comisaría de Heathrow y fue acusado de asesinato, dos delitos de asalto y allanamiento de morada, robo y receptación de artículos robados, y comparecerá ante el tribunal de primera instancia de Highbury Corner el 15 de noviembre a las diez de la mañana. Permanecerá bajo custodia policial hasta el día de su juicio, que se celebrará dentro de unos meses, entre principios y mediados de 2007. Le comunicaré las fechas y horas exactas». Cuando Michael Chappelow vio este correo, que le reenvió su prima estadounidense, escribió: «No sé si quiero ir al juicio. Una vez fui a uno en Old Bailey, y fue muy desagradable».

14. «IN CAMERA»

[1]. Kirsty Brimelow es actualmente una de las abogadas más exitosas de Gran Bretaña. En 2012 fue elegida presidenta del Comité de Derechos Humanos del Colegio de Abogados de Inglaterra y Gales (Bar Human Rights Committee of England and Wales), convirtiéndose así en la primera mujer en ocupar ese puesto. Cuando la nombraron consejera (o asesora) de la reina (Queen's Counsel, QC) en 2011, las mujeres que ostentaban ese título solo suponían un 13 % del total. El porcentaje actual permanece testarudamente en niveles parecidos. Brimelow es la única de los abogados que ha seguido con el caso de Wang Yam desde el principio. Cuando le preguntaron por qué continuaba trabajando en él tras más de una década, respondió: «Es mi responsabilidad, he trabajado muy duro en este caso y seguiré con él hasta que Wang Yam salga de la cárcel o hayamos agotado todas las posibilidades».

[2]. Según el DSM IV (*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders IV*), el sistema de clasificación estadounidense para diagnósticos psiquiátricos, los timadores y estafadores pueden entrar dentro de la categoría de los narcisistas con delirios de grandeza en ciertas ocasiones, y como tales podría considerarse que sufren una enfermedad mental.

[3]. Si ese material confidencial tenía algún impacto en las relaciones exteriores, el servicio de inteligencia o el comercio internacional, el certificado PII tendría que haber pasado por el ministro de Exteriores.

[4]. Según consta en el informe de prensa que presentó el Tribunal Supremo del Reino Unido el 16 de diciembre de 2015.

[5]. El 16 de diciembre, James Chappelow escribió un correo a su prima estadounidense Patty. «El juicio salió en *The Times* la semana pasada —escribió—. El gobierno ha mediado para que se celebre *in camera*, es decir, sin público ni periodistas presentes». Añadía que la casa de Allan de Downshire Hill se había vendido por 4,5 millones de libras, «así que, si sigues en contacto con los daneses, ¡¡¡pídeles algo de dinero!!!». Patty respondió unas horas más tarde: «Steve, mi marido, tiene una alerta en Google con el nombre de Allan, así que hemos leído todos los últimos artículos. Lo que está pasando con el juicio es muy interesante». Unos días más tarde, el 30 de diciembre, Patty envió un correo a su primo Michael Chappelow. «Al parecer, ahí todos están estupefactos con que intenten celebrar el juicio en secreto». Dijo que un periodista de *The Times* se había puesto en contacto con ella —James le había dado sus datos de contacto— y le había preguntado cuál era el motivo por el que el juicio se celebraba en secreto y si podía darle información sobre el viaje que Allan había realizado a Austin. «El periodista quiere saber la historia de Allan para ver si le encuentra explicación —escribió a Michael—, aunque yo estoy segura de que no tiene nada que ver con eso». Al día siguiente, Michael respondió. «Yo no estoy muy seguro del pasado de Allan —escribió—. Puede que esté relacionado con su época en Cambridge, cuando los rusos reclutaban agentes, pero ¡ni se me pasa por la cabeza que fuera un espía ruso! En una familia como esa lo veo muy poco probable».

[6]. Uno de los casos más famosos de Ellison fue el escándalo financiero de las acciones de Guinness, que se hicieron subir artificialmente en 1986. En 2006, fue nombrado jefe de un grupo de diecisiete abogados de la Fiscalía de la Corona que llevaban los casos penales más graves del país en los juzgados de Old Bailey. Tras haber trabajado en numerosos casos de terrorismo, asesinatos y de la legislación sobre secretos oficiales (Official Secrets Act), ganó una reputación de abogado

inteligente y trabajador que ofrecía resultados claros. Ellison estuvo implicado en la acusación a Wang Yam desde el momento en que la Fiscalía de la Corona se encargó del caso.

[7]. Se trata de la primera mujer asiática en servir como jueza del Tribunal Supremo en el Reino Unido.

[8]. Dos días después, el 17 de enero, el agente que ejercía de enlace familiar, Gerry Pickering, puso al día a Patty Ainsworth mediante un correo electrónico. «Estará preguntándose por qué se ha solicitado que algunas partes del juicio se celebren a puerta cerrada —escribió—. Por desgracia, no tengo permiso para explicarlo, pero no tiene nada que ver con Allan, sino con la defensa de Wang Yam. Espero obtener permiso para explicarlo después del juicio. —Y añadió—: Sé que posiblemente mi respuesta no le resulte satisfactoria, pero tengo las manos atadas».

Apuntes del caso

[1]. Para determinar el peso exacto del papel, Gerald Pickering cargó una furgoneta con los manuscritos y después la llevó a una báscula de pesaje, donde hizo que pesaran el vehículo con y sin papeles.

15. EL JUICIO

[1]. Fue Pete Devlin quien me dijo que habían reprendido a la BBC ante el tribunal por la cobertura que dieron del juicio en el noticiero «Newsnight». Sin embargo, el realizador del programa, Simon Enright, me dijo: «No recuerdo que nos metiéramos en problemas por lo que emitimos. Lo que recuerdo es que fuimos muy cuidadosos con lo que dijimos». Y añadió que existía cierta «memoria corporativa» según la cual habían recibido una advertencia por su reportaje, pero «no hemos encontrado ninguna mención a que hubiera desacato a las resoluciones del tribunal por parte del programa “Newsnight”».

[2]. Información extraída del resumen del juicio que realizó el juez.

[3]. Esto se recoge en el fallo del Tribunal Supremo del 16 de diciembre de 2015. Además, Peter Devlin dijo que realizó esfuerzos denodados para hallar a esos cómplices y que no pudo obtener declaraciones de ellos.

[4]. Mencionado en el fallo del Tribunal Supremo, y citado originalmente en la sentencia del tribunal de apelaciones del 5 de octubre de 2010. Véase también el fallo del Tribunal Supremo del Reino Unido, presentado el 16 de diciembre de 2015, en el que se afirma: «Él [señor Robertson] sostiene que si las declaraciones que fueron prestadas en privado, que comprenden las de cuatro testigos, además de la del acusado, hubieran sido realizadas en público, el juicio habría recibido una cobertura mediática mucho más significativa, y que existe una posibilidad real de que, al verlas, se hubieran presentado otros testigos que apoyaran al defendido en su caso».

[5]. El 2 de abril de 2008, Gerry Pickering envió un correo a Patty Ainsworth para informarla sobre el resultado del juicio. «Disculpe que haya tardado tanto en contactar con usted. El juicio acabó ayer por la noche (diez semanas de duración). Como ya sabe, Wang Yam estaba acusado de seis delitos. Los miembros del jurado tardaron varios días en alcanzar sus veredictos. Lo declararon culpable de tres de las acusaciones: 1) Realizar la transferencia de veinte mil libras; 2) Robo de efectivo de un cajero automático; 3) Receptación de artículos robados. Respecto a las acusaciones de asesinato, asalto al domicilio y robo de correspondencia de la casa, el jurado no pudo ponerse de acuerdo unánimemente sobre su culpabilidad, de modo que el juez desconvocó al jurado, y se celebrará un nuevo juicio este mismo año. Yam permanecerá bajo custodia policial hasta ese momento».

Apuntes del caso

[1]. En la introducción a su libro *Shaw the Villager*, Chappelow se refiere a cierta Kathleen con la que disfrutó de un paseo en barca por el río Cam en Cambridge. Según recordaba, fue durante este viaje cuando pensó por primera vez en entrevistar a George Bernard Shaw. No decía que fuera su novia, sino una amiga. En las entrevistas que realizó la policía a los vecinos se mencionaba a un amigo que se llamaba «Eric», pero nada indicaba que tuviera ninguna relación sexual con él. La vida amorosa de Allan fue objeto del interés de los medios de comunicación. El diario *The Independent* citó a su amiga Peggy Sparrow, que declaraba: «Era un ingenuo. Solía decirme lo terriblemente inteligente que había sido yo por tener cuatro hijos. Para Allan, eso era como un milagro». Añadía que Allan «ocasionalmente le echaba el ojo a alguien. Una vez intentó convencer a mi hermana para que fueran de vacaciones a Albania en su motocicleta. Ella rechazó la invitación educadamente». No he sido capaz de encontrar a nadie que haya conocido o visto a ninguna novia de Allan.

16. EL VEREDICTO

[1]. Según un artículo del diario *The Daily Telegraph* publicado el 4 de febrero de 2016: «Al parlamentario conservador Geoffrey Cox no le quedará más remedio que disculparse tras no declarar cientos de miles de libras. El Standards Committee [Comisión de Normas de la Cámara de los Comunes] descubrió que Geoffrey Cox ha incurrido en un “grave” incumplimiento de las normas, [pero] ha decidido no castigarlo formalmente». En 2015 se supo que Cox declaró ganancias de 820.000 libras por trabajos externos y pluriempleo, doce veces más de los ingresos anuales de los parlamentarios. Según el último registro de los intereses financieros de los miembros del Parlamento, «el señor Cox recibió 325.000 libras el 15 y el 16 de junio de este año por 500 horas de trabajo llevadas a cabo entre junio de 2014 y marzo de 2015».

[2]. Extraído del fallo del Tribunal Supremo del 16 de diciembre de 2016. La cita completa dice lo siguiente: «Durante la [revisión del juicio], debido a la dificultad del apelante para distinguir entre los aspectos sensibles y no sensibles de su testimonio, el caso de la defensa se celebró *in camera* en su totalidad, en presencia del apelante y de quienes representan su defensa, que eran el QC señor Robertson y la señora Brimelow, a cargo de Janes Solicitors. Al final de la revisión del juicio, el juez Ouseley emitió un mandato adicional para que no se publicara nada que revelara testimonio alguno o cualquier otro material dicho o tratado *in camera* más allá de lo que se había dicho en público durante el proceso».

[3]. Lo que sintió realmente fue una profunda rabia por el hecho de que el jurado no hubiera comprendido las complejidades de su caso, que sus abogados no habían conseguido comunicar su versión de la historia, que el gobierno británico lo había abandonado. «El jurado era estúpido», recordaría Wang Yam más tarde.

[4]. Según Wang Yam, la fecha de su condena no fue pura coincidencia. Señaló que, dos días después, el primer ministro chino Wen Jiabao aterrizó en el aeropuerto de Heathrow de Londres para realizar una visita de Estado de tres días de duración. Según informaba la BBC, el primer ministro tenía que promocionar las perspectivas económicas chinas y conseguir más inversiones del Reino Unido. Se produjo tras las declaraciones que había realizado ese mismo mes el ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, David Miliband, según las cuales mejorar las relaciones con China sería una «prioridad máxima» para el Reino Unido en los años venideros. Durante su visita, Wen Jiabao planeaba visitar la Universidad de Cambridge y el barrio londinense de Chinatown, este último para celebrar el Festival de la Primavera, también conocido como «Año Nuevo Chino».

[5]. Ese mismo día, Gerry Pickering informó a los miembros de la familia de Allan Chappelow acerca del veredicto. «Como saben, en Inglaterra la cadena perpetua no significa siempre “perpetua”, [pero] cumplirá una larga condena en prisión. Sé que el resultado que se indica más arriba supondrá un alivio para todos ustedes». Cuando Patty Ainsworth recibió este correo, lo reenvió a su primo Michael con las palabras: «Tenemos buenas noticias». Este respondió al día siguiente: «Hola, Patty. ¡Muchas gracias por contármelo! Esperemos que permanezca fuera de circulación tanto tiempo como sea posible. Debe ser un hombre peligroso. Todo esto es muy triste, y me arrepiento de no haber pasado nunca tiempo con Allan».

Apuntes del caso

[1]. Esta fue otra transacción que intrigaba a los detectives. El 14 de junio, hubo un intento de retirar 81,67 libras de su tarjeta de crédito. El proveedor era la Universidad de Texas. Dos semanas más tarde, el 22 de junio, Peter Devlin recibió una explicación de Richard Workman, el director de la biblioteca del Harry Ransom Center. Esa cantidad era el equivalente a 146,50 dólares, el monto que la biblioteca había cargado a su cuenta por la realización de 360 fotocopias. Al final, la transacción no se hizo efectiva, ya que la tarjeta había sido bloqueada y los documentos no llegaron a enviarse a Londres. «Estamos todos bastante conmocionados por la noticia de su asesinato —escribió Workman—. Era un tipo algo excéntrico, y tampoco es que cautivara precisamente al personal, pero lamentamos oír que le haya sucedido algo tan horrible». Al día siguiente, Devlin recibió un nuevo correo en el que Richard Workman escribió: «Hablo en nombre de todos los trabajadores del [Harry Ransom] Center cuando digo que esperamos sinceramente que encuentren y castiguen a la persona que hizo eso».

[2]. Al día siguiente hicimos un trayecto de dos horas en coche hasta la casa de campo familiar, que estaba al suroeste de Austin. Allí me enseñó la correspondencia de la familia, árboles genealógicos y fotografías que se remontaban a cien años atrás. Los Chappelow tenían una tradición de enviarse cartas a uno y otro lado del Atlántico que pasó de generación en generación. Patty le dijo que había mostrado ese mismo archivo a Allan durante su visita. También me mostró los correos que había mantenido con sus primos ingleses, Michael y James Chappelow.

17. PRESIDIO

[1]. Los jueces argumentaron también que, en la vista abierta, Wang Yam había podido expresar ante el tribunal numerosas alegaciones contra el empresario chino He Jia Jin, «y presentar ante el jurado material que indicara, tal vez no a modo de prueba, pero sí de una manera ventajosa para el acusado, que ese hombre participaba asimismo en actividades execrables».

[2]. Extraído de una nota de prensa del Tribunal Supremo del Reino Unido del 16 de diciembre de 2015.

[3]. Entre 1987 y 1999, Campbell había ejercido de corresponsal de sucesos criminales para el periódico. Durante ese tiempo había informado sobre el juicio a los Cuatro de Guildford y el de los Seis de Birmingham, que habían desvelado una corrupción fuertemente arraigada en los cuerpos policiales y suscitaron una reforma del sistema judicial. Una de las principales consecuencias fue la instauración de la Comisión de Revisión de Casos Penales (Criminal Cases Review Commission, CCRC), un tribunal de última instancia independiente para los presos que seguían manteniendo su inocencia. Tras una breve gira por Los Ángeles, entre 1999 y 2005, Campbell había regresado a las oficinas londinenses de *The Guardian*, y fue entonces cuando se percató del cambio que se había producido en el arte de cubrir las noticias criminales. En tanto que en la década de 1990 era relativamente sencillo que un periodista concertara una visita a la cárcel, ahora era virtualmente imposible. El periodista tenía que sortear una serie de obstáculos burocráticos para que se le permitiera el acceso, entre ellos la aprobación del Ministerio de Justicia, al que tendría que convencer de que era de interés público celebrar una reunión cara a cara. Incluso aunque concedieran tal visita, algo inusitado y que prácticamente se tardaba un año en concertar, el preso tenía que elegir a un solo periodista de una organización informativa con el que hablar, y este o esta tendrían un límite de una hora para realizar la entrevista, que estaba vigilada por dos supervisores del gobierno y era grabada por las autoridades. A consecuencia de ello, el correo ordinario era una de las pocas formas que tenía el preso de comunicarse con la prensa.

[4]. El abogado Edward Preston también participó en la petición a la Comisión de Revisión de Casos Penales (CCRC). Tras la decisión de dicha comisión, otro tribunal resolvió que Preston, y no Brimelow ni Mullion, sería quien representara a Wang Yam en los tribunales de apelación.

[5]. Según su informe anual, en el ejercicio 2015-2016, la Comisión de Revisión de Casos Penales (CCRC) remitió 33 casos a los tribunales de apelación. Esto significa que refirieron solo el 1,8 % de los 1.797 casos presentados ese año. En el ejercicio anterior, la cuota de casos transferidos fue del 2,2 %; en 2013-2014 fue del 2,7 %; en 2012-2013, DEL 1,6 %; y en 2011-2012, del 2,5 %. En 2009-2010 remitieron también 31 casos, número que representó una cuota del 3,5 %. La tasa de transferencia de casos de la CCRC en el largo plazo es del 3,43 %.

18. EL TRIBUNAL DE APELACIÓN

[1]. Tras retirarse como inspector jefe de investigaciones en 2012, Pete Lansdown pasó un año trabajando sin cobrar como policía especial, y después comenzó a trabajar sesenta horas semanales formando a inspectores de homicidios para la Policía Metropolitana de Londres. Como el personaje del profesor Indiana Jones, pasaba el tiempo enseñando a quienes estaban ansiosos por seguir sus pasos, mientras le seguía picando el gusanillo de volver a coger el látigo. En mayo de 2016, Lansdown firmó un contrato de cinco años para trabajar en la policía de las islas Caimán. Pete Lansdown se quedó anonadado cuando cincuenta personas le montaron una fiesta sorpresa de despedida en su último día de trabajo para la policía de Londres. Entre los regalos que recibió había un par de zapatos de color marrón. A lo largo de sus años como instructor y oficial al mando había insistido en que los inspectores de homicidios debían de vestir siempre con zapatos negros. Lansdown había trabajado para la Policía Metropolitana de Londres durante treinta y seis años.

[2]. Brimelow y Mullion fueron invitados a continuar en el caso que se presentaría ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Mullion rechazó la invitación.

19. SOLO

[1]. Cuando le pregunté si era posible que hubiera olvidado o reprimido lo que había sucedido, dijo: «No, nunca perdí la memoria. Yo no lo hice». También añadió que sabía que había «cometido errores», por ejemplo, invitar a sus cómplices gánsteres a su piso de Denning Road «tres o cuatro veces», pero insistió en que nunca había caminado con ellos por Downshire Hill ni les indicó nada sobre la casa de Allan Chappelow.

20. LA DECISIÓN

[1]. Para dar fuerza a su argumento, los jueces dijeron que incluso el QC de la defensa Peter Wilcock había concedido que «el jurado tenía derecho a concluir que el robo, la suplantación de identidad y el asesinato estaban relacionados». Esto me sorprendió, ya que no recuerdo que Wilcock afirmara eso durante la apelación que se celebró en julio. Cuando le envié un mensaje de texto en referencia a ello, contestó: «¡Teníamos que admitir lo que había sido previamente aceptado en la apelación anterior!». Para asegurarme de eso, le pregunté a la abogada Kirsty Brimelow, la cual había dirigido las primeras apelaciones. Respondió lo siguiente: «Mmm... No cuando se trata de una apelación nueva, y, además, nunca admitimos que no pudiera haber dos delitos separados».

EPÍLOGO

[1]. Wang Yam se mantiene fiel a su versión: «Soy inocente». Cuando le pregunté a Wang Yam quién creía él que había asesinado a Allan Chappelow, dijo que no lo sabía. Pero tenía sus teorías. Según dijo, al principio creyó que tenía que ver con los gánsteres con los que él había estado trabajando; tal vez hubieran intentado robar su correo y, como argumentaba la acusación, el solitario anciano los había sorprendido, se había producido un forcejeo y lo habían asesinado. Pero ahora creía que estaba relacionado con las acciones que Chappelow poseía de Rank PLC, una casa de apuestas y empresa de entretenimiento británica. Wang Yam indicó que la víctima llamó a Rank varias veces antes de su muerte (en realidad, la participación de Allan Chappelow en las acciones de Rank no era significativa). También dijo que sus contactos en China le habían contado que los gánsteres o corredores de apuestas chinos estaban involucrados en ello y que tal vez incluso los servicios de inteligencia chinos o taiwaneses estuvieran intentando «incriminarme». Indicó que en otras ocasiones ya se habían producido muertes violentas en el Reino Unido a manos de gánsteres chinos. Por ejemplo, en agosto de 2008, se encontró a una pareja china brutalmente asesinada en Newcastle; les habían machacado las cabezas y encontraron a su gato asesinado y guardado en un cuenco bajo el fregadero de la cocina. Una de las víctimas ganaba dinero realizando apuestas fraudulentas a través de internet.

[2]. En tanto que la fotografía que Allan Chappelow tomó de George Bernard Shaw permanece en la National Portrait Gallery de Londres, la figura del dramaturgo no goza de la veneración de la que disfrutó en su momento. Sigue alabándose su trabajo por sus obras más famosas, como *Pigmalión*, *Major Barbara* y *Hombre y superhombre*, pero muchos cuestionan su apoyo al régimen de Hitler, a la eugenesia y a Stalin.

BIBLIOGRAFÍA

- CAPOTE, TRUMAN, *In Cold Blood*, Nueva York, Random House, 1966. [Hay trad. cast.: *A sangre fría*, Barcelona, Anagrama, 1987; trad. de Jesús Zulaika Goicoechea.] Una investigación sobre el asesinato de la familia Clutter en Holcomb (Texas). Esta novela de «no ficción» está considerada un ejemplo clásico del género del true crime.
- CAPUZZO, MICHAEL, *The Murder Room: The Heirs of Sherlock Holmes Gather to Solve the World's Most Perplexing Cold Cases*, Nueva York, Penguin Random House, 2011. Estupenda exploración del mundo de los expertos en perfiles criminales y los psicólogos forenses.
- CHAPPELOW, ALLAN, *Russian Holiday*, Londres, George G. Harrap & Co., 1955. Descripción que realiza Chappelow de su viaje tras el Telón de Acero a principios de la década de 1950.
- , *Shaw the Villager and Human Being: A Biographical Symposium*, Londres, Charles Skilton Ltd, 1961. El primer libro de Chappelow sobre George Bernard Shaw, que incluye recuerdos de residentes locales y conocidos, su famosa fotografía del autor (*The chucker-out*) y un prólogo de Vera Brittain.
- , *Shaw: «The Chucker-Out»*, Londres, George Allen & Unwin, 1969. Segundo libro de Chappelow sobre George Bernard Shaw, en el que se incluyen extractos de escritos del dramaturgo.

- CHAPPELOW, ARCHIBALD, *The Old Home in England*, Londres, Harrison & Sons, 1953. Investigación del padre de Allan acerca de los edificios que adoraba, entre ellos su muy apreciada casa en el número 9 de Downshire Hill. Se incluyen hermosos dibujos del mismo Archibald Chappelow.
- CONAN DOYLE, ARTHUR, *The Case of Oscar Slater*, Londres, Hodder & Stoughton, 1912. Existen muchas similitudes sorprendentes entre el asesinato de Marion Gilchrist en 1908 y el de Allan Chappelow en 2006: ambas víctimas rondaban los ochenta años, fueron golpeadas brutalmente hasta la muerte y sus cuerpos se encontraron tapados (el de ella con una alfombra). En ambos casos, la policía se apresuró a culpar a un extranjero (el oriundo de china Wang Yam y el judío alemán Oscar Slater) y creyó que habían huido del país tras un asalto frustrado a una vivienda. Slater salió de la cárcel después de cumplir dieciocho años de condena tras una campaña de protesta pública. El suyo es conocido como uno de los casos de errores judiciales más indignantes de Escocia.
- HOLLINGHURST, ALAN, *The Swimming-Pool Library*, Londres, Vintage Books, 2015. [Hay trad. cast.: *La biblioteca de la piscina*, Barcelona, Anagrama, 2006; trad. de Jordi Fibla Feito.] Novela con un gran éxito de ventas que retrata la vida homosexual en Londres, incluyendo las zonas de encuentros sexuales.
- HOLROYD, MICHAEL, *Bernard Shaw*, Londres, Pimlico, 2011. Una de las mejores biografías de George Bernard Shaw.
- , (editor), *The Genius of Shaw*, Nueva York, Henry Holt & Co., 1988. Los mejores expertos hablan acerca de los temas fundamentales de la vida de George Bernard Shaw. La obra está además repleta de fotografías útiles.
- JENKINS, ELIZABETH, *The View From Downshire Hill*, Norwich, Michael Russell Publishing, 2004. La escritora Elizabeth Jenkins fue vecina de Allan Chappelow desde 1939 hasta 1984. Describe su hogar en el número 8 de Downshire Hill («una casa de seis habitaciones hermosa, aunque destartalada»), la vida en la calle y sus amigos, que vivían en los números 7 y 10, aunque desgraciadamente no habla sobre sus vecinos de la casa de al lado, los Chappelow.

- KEEBLE, HARRY, *Crack House: The Incredible True Story of the Man Who Took on London's Crack Gangs and Won*, Nueva York, Simon & Schuster, 2009. Útil descripción sobre la lucha policial contra los gánsteres de Londres en la década de 1990.
- MACLAUGHLIN, DUNCAN, *The Filth: The Explosive Inside Story of Scotland Yard's Top Undercover Cop*, Londres, Mainstream Publishing, 2002. Un exdetective de la policía cuenta los trapos sucios de Scotland Yard.
- MCLAGAN, GRAEME, *Guns and Gangs: Inside Black Gun Crime*, Londres, Allison & Busby, 2005. Uno de los mejores resúmenes de los esfuerzos de la policía para combatir la violencia. Contiene entrevistas con Pete Lansdown y una descripción de sus anteriores casos, entre ellos la detención de Mark Lambie.
- PHILLIPS, MARIE, *Gods Behaving Badly*, Londres, Vintage Books, 2008. [Hay trad. cast.: *Gamberradas divinas*, Madrid, Espasa Libros, 2009; trad. de Jesús de la Torre Olid.] Novela humorística sobre dioses de la Antigüedad que tienen que adaptarse a la vida actual de Londres. Según su autora, la casa en la que viven está inspirada en el número 9 de Downshire Hill.
- SHAW, GEORGE BERNARD, *The Quintessence of Ibsenism*, Londres, Walter Scott, 1891. [Hay trad. cast.: *La quintaesencia del ibsenismo*, Madrid, Ediciones Cinca, 2009; trad. de Miguel Ángel Martínez Cabeza.] El estudio de Shaw sobre el dramaturgo noruego Henrik Ibsen fue un encargo ensayístico que le pidió la Sociedad Fabiana acerca del «socialismo en la literatura contemporánea».
- , *Major Barbara*, Londres, A. Constable & Co., 1909 (ed. revisada en 1930 y 1945). [Hay trad. cast.: *La comandante Bárbara*, Madrid, Hyspamérica, 1988; trad. de Julio Broutá.] Reflexiones sobre el comercio de armas.
- , *Pygmalion*, Londres, A. Constable & Co., 1916 (revisada en 1941). [Hay trad. cast.: *Pígmalión*, Madrid, Cátedra, 2016; traducción de Miguel Cisneros Perales.] Un conmovedor relato acerca de una chica pobre a la que se obliga a usar el lenguaje de la clase alta. La película *My Fair Lady* (1964), basada en esta obra, tiene un final diferente.

- , *Saint Joan*, Londres, A. Constable & Co., 1924. [Hay trad. cast.: *Santa Juana*, Madrid, Cátedra, 1985; trad. de Antonio López Santos.] Obra que habla de Juana de Arco y en la que los fantasmas regresan al final de la historia para discutir sobre lo que ha sucedido realmente.
- SUSSKIND, RICHARD, *The End of Lawyers?: Rethinking the Nature of Legal Services*, Oxford, Oxford University Press, 2010, ed. revisada. Uno de los principales abogados del Reino Unido ofrece sus reflexiones sobre el futuro de la profesión legal en Gran Bretaña.
- TENNYSON, HALLAM, *The Haunted Mind*, Londres, HarperCollins, 1984. El bisnieto de lord Tennyson proporciona un sincero relato sobre su propia vida.
- WADE, CHRISTOPHER, *The Streets of Hampstead*, Londres, Camden History Society, 1984. Una revisión de la historia, la arquitectura, la cultura y los residentes de Hampstead.
- YOUNG, HELEN PRAEGER, *Choosing Revolution: Chinese Women Soldiers on the Long March*, Champaign (Illinois), University of Illinois Press, 2001. La mejor introducción en lengua inglesa sobre la familia de Ren Bishi, que incluye entrevistas con la «abuela», el «padre» y la «tía» de Wang Yam.

CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

1. Manuscritos bloqueando la entrada del número 9 de Down-shire Hill, junio de 2006 (prueba de la Policía Metropolitana de Londres).
2. Fotografía distribuida por la policía del aviso de desaparición de Allan Chappelow, junio de 2006 (Rex Features).
3. Cama de Allan Chappelow en el escenario del crimen, junio de 2006 (prueba perteneciente a la Policía Metropolitana de Londres).
4. Zapatos de Allan Chappelow bajo los manuscritos, 2006 (prueba de la Policía Metropolitana de Londres).
5. Esquema de la planta baja del número 9 de Downshire Hill (prueba de la Policía Metropolitana de Londres).
6. Entomólogos en el número 9 de Downshire Hill, junio de 2006 (Rex Features).
7. Retrato de Wang Yam en la sala del tribunal, enero de 2008 (por Julia Quenzler).
8. Recibo de Wang Yam del restaurante Curry Paradise mostrado como prueba en el juicio (fotografía del autor).
9. Juez sir Duncan Brian Walter Ouseley (Topfoto).
10. Pete Lansdown, antiguo inspector jefe del caso, Policía Metropolitana de Londres (departamento de policía de las islas Caimán).
11. Ilustración del número 9 de Downshire Hill perteneciente a *Old Homes in England*, de Archibald Chappelow, 1953 (Har-rison & Sons).

12. Vestíbulo principal del número 9 de Downshire Hill, década de 1920 (Burgh House).
13. Allan Chappelow en el equipo de críquet de la escuela The Hall, 1930 (escuela The Hall).
14. Allan, junto con su padre Archibald y su tía Lise en el número 9 de Downshire Hill, 1952 (Merete Karlsborg).
15. *The chucker-out*, fotografía de George Bernard Shaw realizada por Allan Chappelow, julio de 1950 (Lebrecht/Cordon Press).
16. Downshire Hill, con la motocicleta de Allan Chappelow aparcada en la calle, 1967 (Historic England).
17. Allan Chappelow con chaqueta de cuero, década de 1980 (familia de Allan Chappelow).
18. Allan Chappelow y Patty Ainsworth en Austin (Texas), abril de 2006 (Steve Derrick).
19. Carnet de estudiante de Wang Yam, década de 1980 (fotografía del autor).
20. Ren Bishi, «abuelo» de Wang Yam, alrededor de 1950 (dominio público).
21. «Padre», «abuela» y «tía» de Wang Yam, 1987 (Helen Praeger Young).
22. Boda de Wang Yam y Li Jia, 1991 (fotografía del autor).
23. Certificado de nacionalización y cambio de nombre de Wang Yam, 1992 (fotografía del autor).
24. Fotografía de Wang Yam realizada por el servicio de inmigración del Reino Unido, 1992 (fotografía del autor).
25. Wang Yam en las cámaras de vigilancia de Tesco Express, junio de 2006 (prueba de la Policía Metropolitana de Londres).
26. Autorretrato de Angela, hija de Wang Yam, 2008 (fotografía del autor).
27. Wang Yam y Dong Hui cortan la tarta de la boda en la prisión de Belmarsh, en 2008 (Wang Yam).
28. Piso de Wang Yam en el número 13C de Denning Road, 2017 (fotografía del autor).
29. Celda de Wang Yam en la cárcel, 2017 (dibujo de Wang Yam, fotografía del autor).

30. Autorretrato de Wang Yam en la cárcel, 2017 (dibujo de Wang Yam, fotografía del autor).
31. El «banco de los azotes», en el área del parque de Hampstead conocida como West Heath, 2017 (fotografía del autor).

El editor y el autor han hecho todo lo posible para acreditar correctamente a los propietarios de las imágenes de todo el material publicado y, en caso de detectarse alguna omisión, la corregirán en futuras reimpresiones de esta obra.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a varios bibliotecarios, archivistas e investigadores que me han ayudado con este proyecto, entre ellos: Jacqueline Cox (Biblioteca de la Universidad de Cambridge), Mark Curteis (Museo Chelmsford), Sue Donnelly (London School of Economics), Christian Dupont (Boston College), Mike Fitz-maurice (escuela The Hall), Catherine Harpham (Imperial College), Elspeth Langsdale (escuela Oundle), Rhodri Lewis (Universidad de Oxford), Rebecca Lodge (Burgh House), Imogen Lyons (National Portrait Gallery), Melanie Richardson (Trinity College, de la Universidad de Cambridge), Rose Wild (*The Times*), Pat Swire (Asociación Anglo-albanesa), Andrew Young (*Daily Mail*). También doy las gracias al personal del Harry Ransom Center, en Austin (Texas), incluyendo a Stephen Enniss, Cheryl McGrath, Kelly Kerbow Hudson y Richard Watson; y a mis infatigables investigadores en China, Yadan Ouyang y Kevin Jia.

Como persona fascinada por el derecho, pero sin formación alguna, me siento especialmente agradecido hacia los expertos y funcionarios públicos que se han ofrecido amablemente a darme sus visiones y perspectivas. Además, entre las personas que me han ayudado en mi intento de consolidar esta narración, están: Carolina Aguire, Rosie Blau, Paul Crook, Alex Drake, James Kynge, Simon Enright, Luke Harding, Frances Gibb, Harold Olmas, Helen Praeger Young, Diane Stokes, Louise Shorter, Sarah Casey, Deborah Gold, Jennifer Steil, Sarah Chapman, Michael Capuzzo y sir Ken McDonald.

Esta historia contiene las palabras y recuerdos de los personajes que aparecen en ella. Me gustaría agradecer la generosidad, apertura y paciencia que han mostrado Patty Ainsworth, Philip Baker (QC), Tom Best, Kirsty Brimelow (QC), la señora viuda de Tom Carr, Dan Carrier, James Chappelow, Duncan Campbell, Steve Cook, Steve Derrick, Peter Devlin, Mark Ellison (QC), Martin Hall, Tony Hillier, Allen Hirson, Merete Karlsborg, Pete Lansdown, Gavin Millar (QC), James Mullion, John Newall, Richard Norton-Taylor, Torben Permin, Edward Preston, Geoffrey Robertson (QC), Richard Ross, «Serpico» (Peter Hall), Nigel Steward, John Sparrow, Peter Tausig, Peter Wilcock (QC) y, por supuesto, Wang Yam.

Gracias también a la familia de Allan Chappelow por darme permiso para usar sus escritos y fotografías. También me gustaría mostrar mi agradecimiento a mis lectores, entre ellos, Lucy y Zam Baring, Nigel Barton, Trevor Cornwell, Amanda Harding, Angela Harding, Frank Harding, James Harding, Michael Harding, Jane Hill, Rupert Levy, Charlie McCormick, Cait Morrison, Taylor Robinson, Philip Selway, Charles Sweeney, Nick Viner, Kate Weinberg y Amelia Wooldridge.

Me siento en deuda con Patrick Walsh, quien me animó a encargarme de este proyecto y revisó las primeras versiones. Doy las gracias especialmente a mis agentes, Sarah Chalfant y James Pullen, y a todos los de la agencia literaria The Wylie Agency.

Una vez más, tengo que agradecer las ideas, el duro trabajo y el apoyo que me ha proporcionado mi extraordinario editor, el único e increíble Tom Avery. También a Glenn O'Neill, por su estupenda cubierta, y a Darren Bennett, por sus fantásticos mapas, además de a todas las personas de Penguin Random House que ayudaron a llevar este libro de manera tan eficiente hasta los lectores.

Finalmente, gracias a Deb y Sam, que han soportado muchas más conversaciones de lo debido sobre escenarios del crimen, testimonios forenses y sospechosos alternativos y que, como siempre, han proporcionado unos comentarios increíblemente útiles sobre el manuscrito y me han hecho sonreír cada día.

LÁMINAS



1. Manuscritos bloqueando la entrada del número 9 de Downshire Hill, junio de 2006.



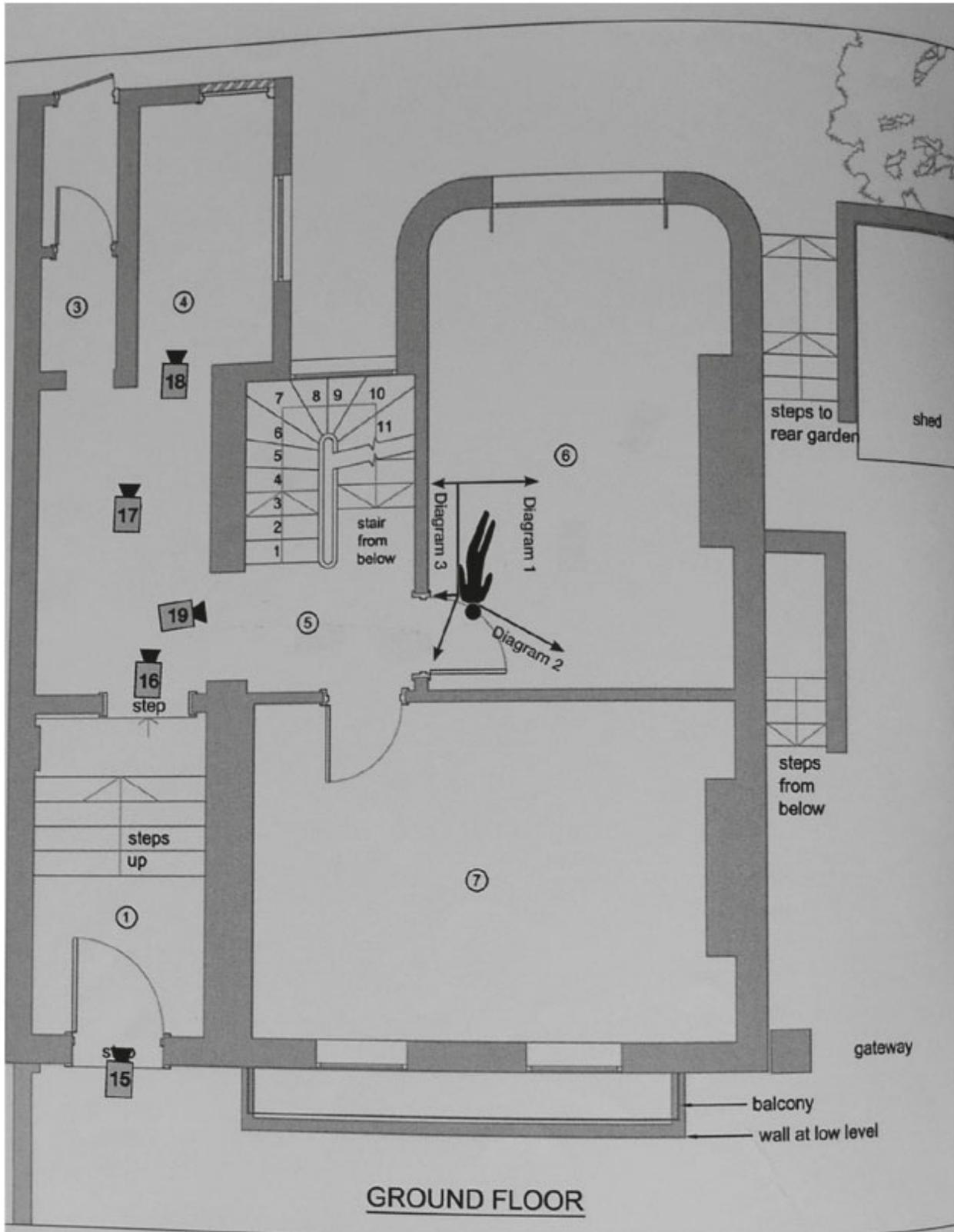
2. Fotografía distribuida por la policía del aviso de desaparición de Allan Chappelow, junio de 2006.



3. Cama de Allan Chappelow en el escenario del crimen, junio de 2006.



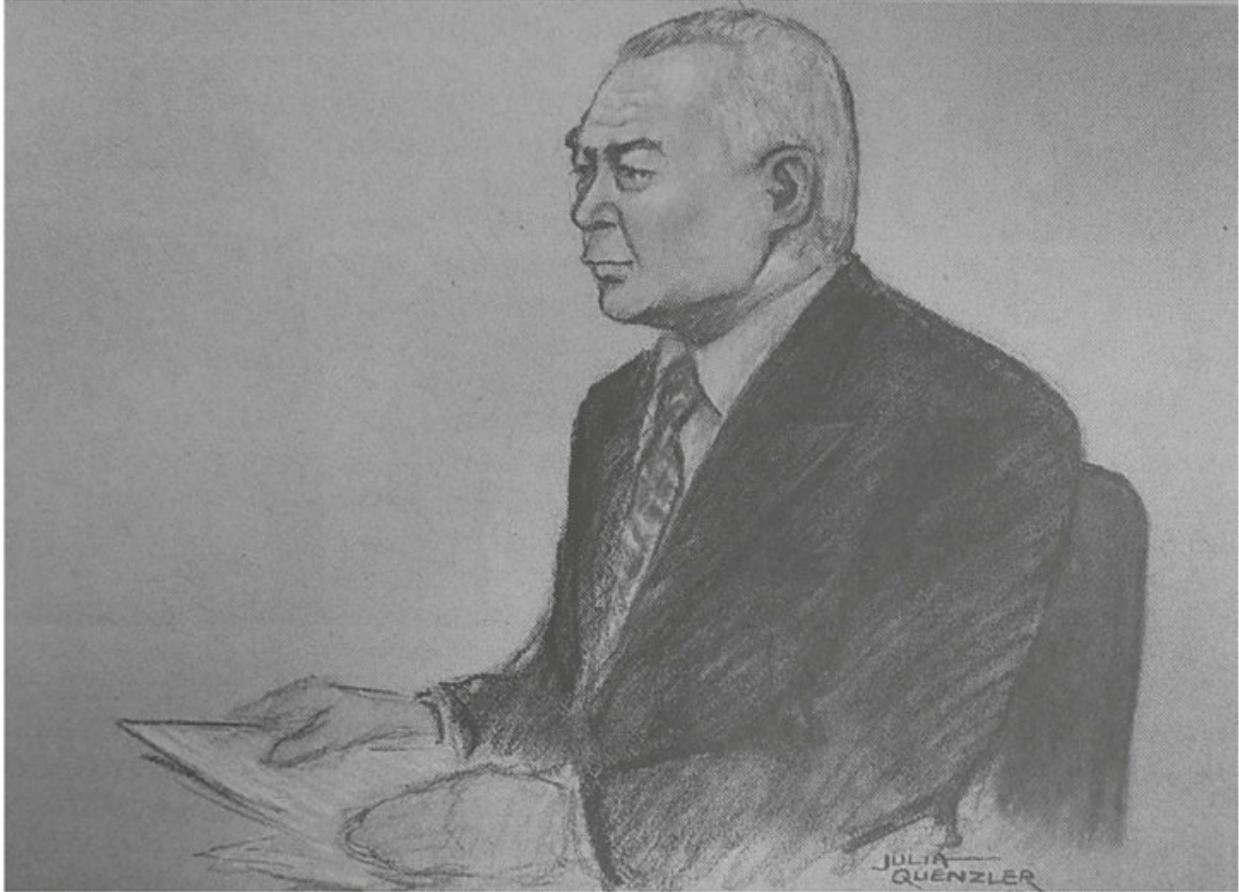
4. Zapatos de Allan Chappelow bajo los manuscritos, 2006.



5. Esquema de la planta baja del número 9 de Downshire Hill.



6. Entomólogos en el número 9 de Downshire Hill, junio de 2006.



7. Retrato de Wang Yam en la sala del tribunal, enero de 2008.



CURRY PARADISE

ARISTOCRATIC PAK-INDIAN AND BANGLADESHI
TANDOORI RESTAURANT FULLY LICENSED

49 SOUTH END ROAD, HAMPSTEAD, LONDON NW3 2QB
TELEPHONE: 020 7794 6314 & 020 7794 9352

Table	Persons	Date		
11	2			
1			1/2m Soup	2 80
1			Mull Soup	2 50
			— " —	
1			mt Banna	5 95
1			mt Curry	5 70
1			Mush Baj	3 30
2			Pan Aise	4 30
1			Pan	1 95
1			Pan	1 95
			Drinks	3 50
			31 65	
			GRAND TOTAL	£ P

Handwritten notes:
Paid by card
17.6.02
R

(SERVICE CHARGE NOT INCLUDED)

8. Recibo de Wang Yam del restaurante Curry Paradise mostrado como prueba en el juicio.



9. Juez sir Duncan Brian Walter Ouseley.



10. Pete Lansdown, antiguo inspector jefe del caso, Policía Metropolitana de Londres.



11. Ilustración del número 9 de Downshire Hill perteneciente a *Old Homes in England*, de Archibald Chappelow, 1953.



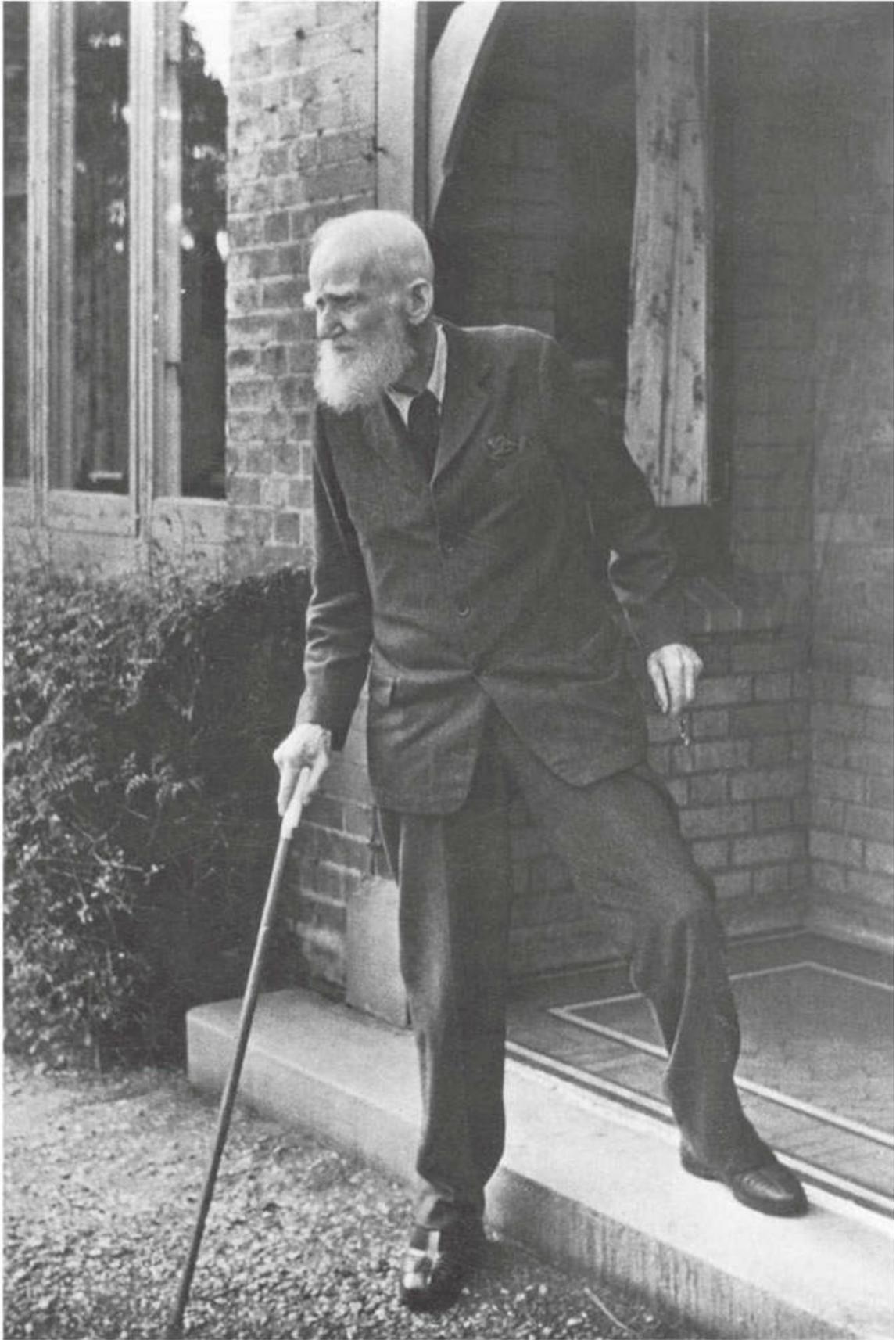
12. Vestíbulo principal del número 9 de Downshire Hill, década de 1920.



13. Allan Chappelow en el equipo de críquet de la escuela The Hall, 1930.



14. Allan, junto con su padre Archibald y su tía Lise en el número 9 de Downshire Hill, 1952.



15. *The chucker-out*, fotografía de George Bernard Shaw realizada por Allan Chappelow, julio de 1950.



16. Downshire Hill, con la motocicleta de Allan Chappelow aparcada en la calle, 1967.



17. Allan Chappelow con chaqueta de cuero, década de 1980.



18. Allan Chappelow y Patty Ainsworth en Austin (Texas), abril de 2006.

姓名	任宏	
性别	男	
年龄	29	
职务	教师	
单位	应用物理系	
京工证字	第	4024 号

5417

注意事项

- 一、此证必须随身携带。
- 二、不得转借他人，所填各项不得涂改。
- 三、要妥善保管不得遗失，如有遗失立即报告主管部门。
- 四、调离本校必须交回。
- 五、此证盖章有效。

19 90 年 8 月 10 日签发

19. Carnet de estudiante de Wang Yam, década de 1980.



20. Ren Bishi, «abuelo» de Wang Yam, alrededor de 1950.



21. «Padre», «abuela» y «tía» de Wang Yam, 1987.

结婚人像片



发证机关



一九九一年八月九日

22. Boda de Wang Yam y Li Jia, 1991.

British Nationality Act 1981

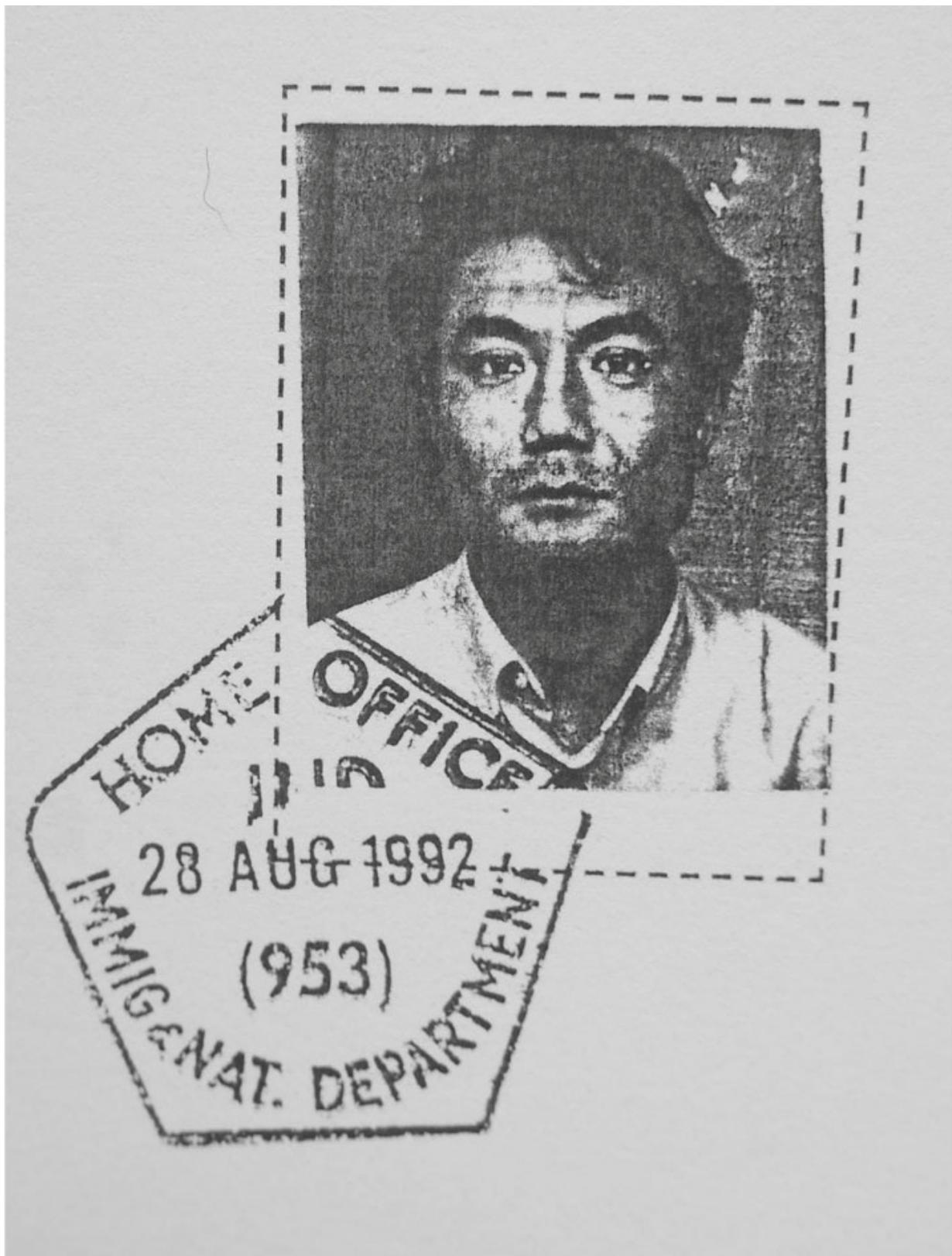
Certificate of naturalisation

as a
BRITISH CITIZEN

The Secretary of State, in exercise of the powers conferred by the
British Nationality Act 1981, hereby grants this certificate of naturalisation
to the person named below, who shall be a
BRITISH CITIZEN
from the date of this certificate

Full name	*YAM*WANG
Name at birth if different	*REN*HONG
Date of birth	27 APRIL 1961
Place and country of birth	XI'AN CITY, PEOPLE'S REPUBLIC OF CHINA

23. Certificado de nacionalización y cambio de nombre de Wang Yam, 1992.



24. Fotografía de Wang Yam realizada por el servicio de inmigración del Reino Unido, 1992.



13-06-2006 11:22

PLAY

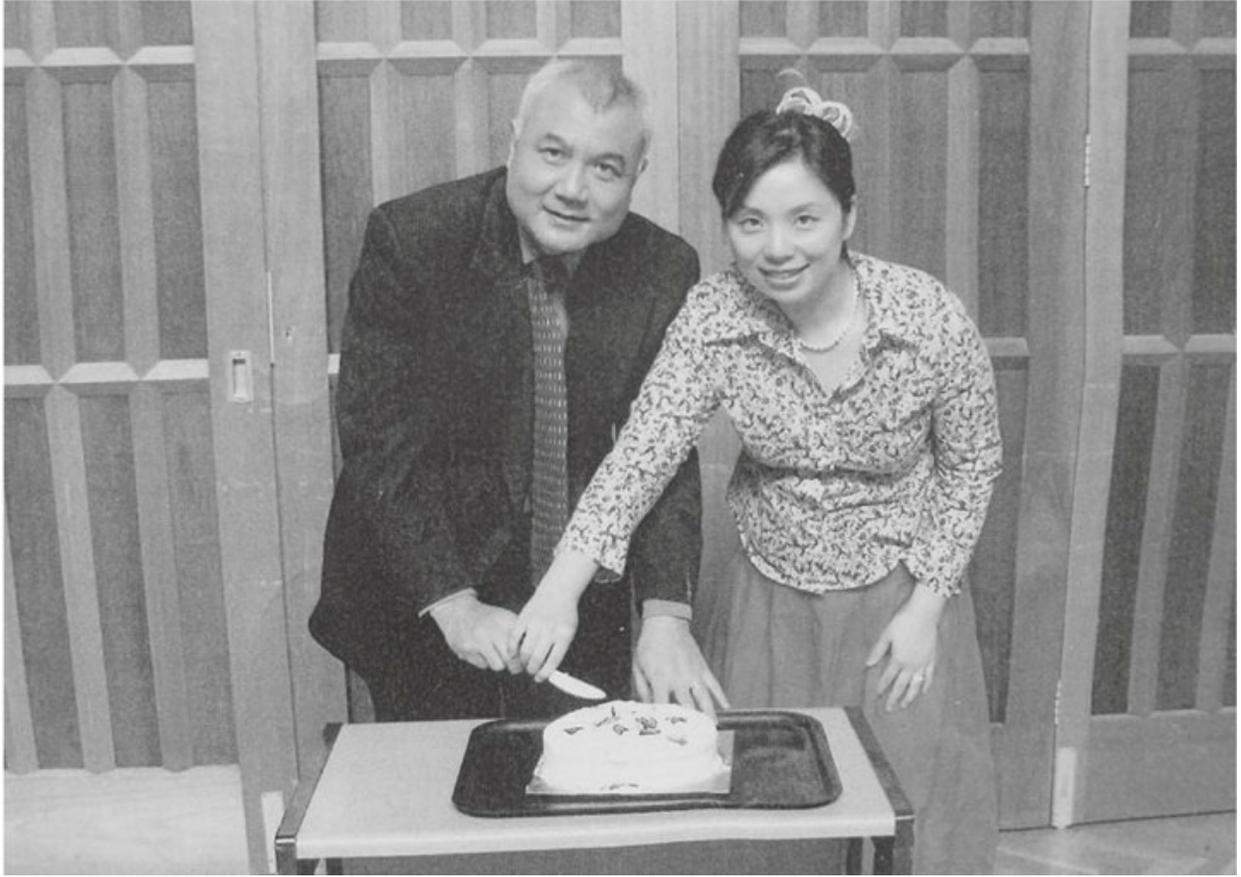
REC

25. Wang Yam en las cámaras de vigilancia de Tesco Express, junio de 2006.

Dear
the R
grends
kac
Pre
ge
li
AR



26. Autorretrato de Angela, hija de Wang Yam, 2008.



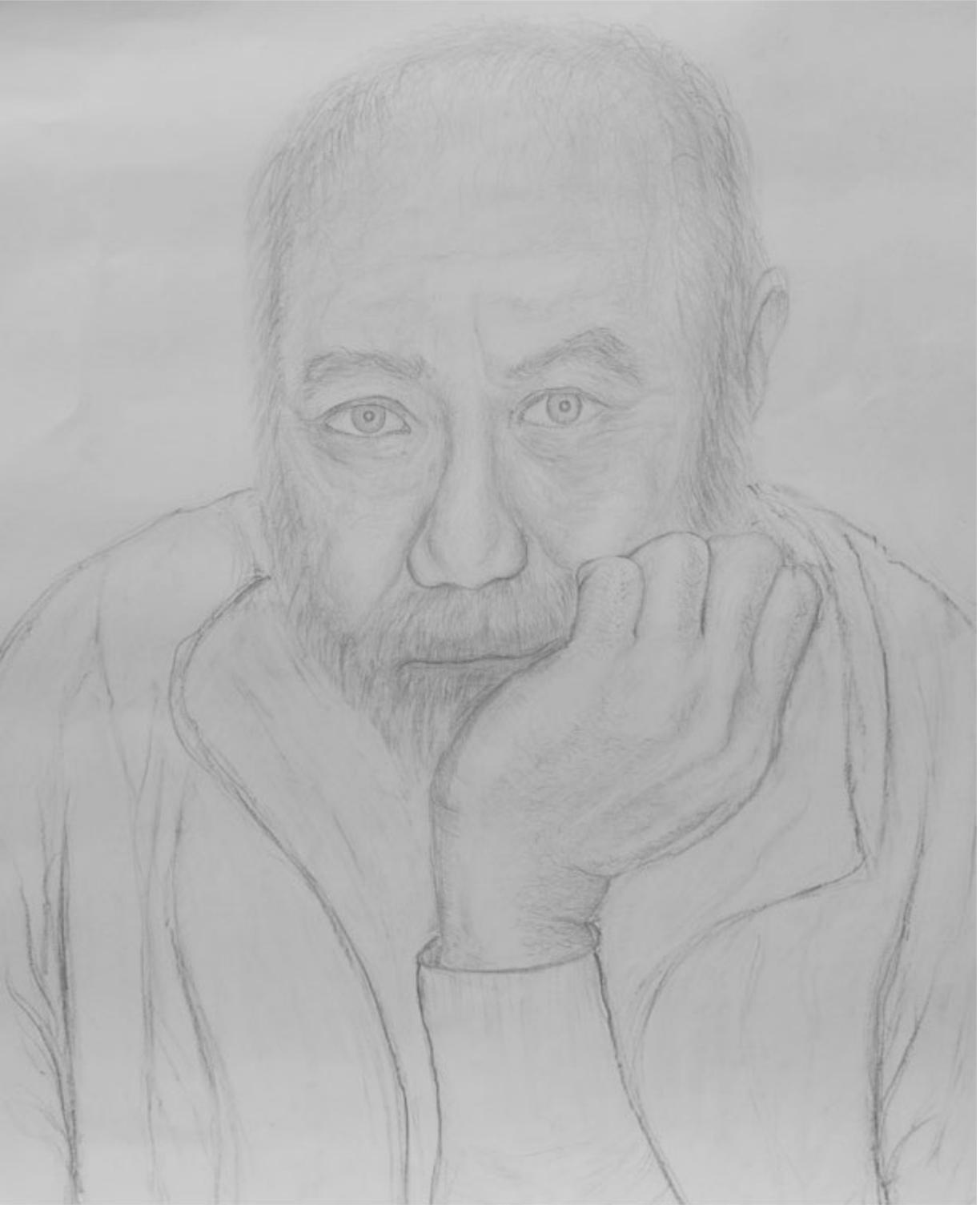
27. Wang Yam y Dong Hui cortan la tarta de la boda en la prisión de Belmarsh, en 2008.



28. Piso de Wang Yam en el número 13C de Denning Road, 2017.



29. Celda de Wang Yam en la cárcel, 2017.



30. Autorretrato de Wang Yam en la cárcel, 2017.



31. El «banco de los azotes», en el área del parque de Hampstead conocida como West Heath, 2017.